Juan del Encina
(Alias Francisco Delicado)

Retrato de la Lozana andaluza



Estudios y comentarios de

Govert Westerveld

Juan del Encina
(Alias Francisco Delicado)

LA LOZANA ANDALUZA



Estudios y comentarios de:

Govert Westerveld

2013

Juan del Encina
(Alias Francisco Delicado)

LA LOZANA ANDALUZA



Estudios y comentarios de:
Govert Westerveld
2013



Academia de Estudios Humanísticos de Blanca
(Valle de Ricote)
Impreso en España – Printed in Spain

ISBN #: 978-1-291-63782-3 ID: 14168499
Ebook: Without ISBN

30540 Blanca (Murcia) Spain

Dedicatoria

Al Profesor José Luis Canet Vallés

Prólógo

En este libro voy a escribir sobre el poeta Juan del Encina, el cual según mi hipótesis no era solamente el autor de *La Celestina,* sino también autor y editor de muchos otros libros. Cuando Juan del Encina estaba en Salamanca, en la Universidad de Salamanca también estaba allí el humanista italiano Lucio Marineo Sículo. Era siciliano y discípulo de Pomponio Letro. Marineo Sículo estuvo en la Universidad de Salamanca entre los años 1484-1485, hasta el año 1496, puesto que en enero de 1497 se dirigió a la corte de los Reyes Católicos. Durante estos años tuvo tiempo de escribir su obra *De Hispaniae laudibus,* publicada en Burgos. Este libro es vital para saber la vida de la Universidad de Salamanca entre 1484-1496, puesto que los libros de claustro se perdieron de esos años.

Es importante saber que Marineo Sículo era profesor en la Universidad de Salamanca y discípulo de Pomponio Leto, dado que bajo la dirección de Pomponio Leto

(1427-1498) se comenzó a formar, en los últimos años del Papa Pío II hacia 1460, aquella sociedad semisecreta que más tarde se llamaría Academia Romana. Pomponio Leto era amigo de César Borgia y César, hijo del papa Alejandro VI, era gran amigo de Juan del Encina.

Los judíos que fueron en 1492 a Italia se asentaron primeramente en Ferrara y en Roma, y posiblemente estos exilados pueden ser considerados como los pioneros del judaísmo sefardí en Italia. En Roma se instaló una comunidad muy numerosa, en la que destacan las escuelas catalano-aragonesas y castellanas, en un intento por mantener la propia identidad de ellos. Felizmente, el propio papa Alejandro VI no estaba en nada de acuerdo con la expulsión de los judíos y probablemente por eso acogió muy bien en sus territorios, tanto de Italia como en Francia, a los judíos expulsos como a los conversos.

Algún conocimiento de esta Universidad de Salamanca es necesario para entender mejor la vida de los miembros del clan Lucena. Salamanca y Compostela fueron durante varios siglos dos grandes focos luminosos, que atraían las miradas de Europa, como Córdoba y Toledo las del mundo musulmán. Si hacia 1450 España ya contaba con seis Universidades, Salamanca era famosa en todo el mundo por su Universidad, a donde acudieron cada año entre cinco y siete mil estudiantes, porque sus grados eran los más estimados en todas partes. La universidad de Salamanca era, en efecto, un pequeño estado independiente, con bastantes conversos a finales del siglo XV.

Sí sabemos que tanto Juan del Encina, como sus seudónimos, Lucena, Bartolomé Torres Naharro y Francisco Delicado, estudiaron en Salamanca, y Juan del Encina y Francisco Delicado eran discípulos de Antonio de Nebrija. No hay mucha más información sobre su muerte; según unos, en 1529, y otros en 1535. La gran mayoría de los autores piensan que Juan del Encina murió a fines del año de 1529 o principios de 1530, fijándose en las investigaciones de Eloy Díaz-Jiménez y Molleda, y Ricardo Espinosa Maeso. Por el contenido de este libro el lector se dará cuenta de que creemos que Juan del Encina no murió entre 1529-1530, sino que se fue a Roma y a continuación a Venecia, bajo el seudónimo de Francisco Delicado, para terminar su gran obra, tal como había profetizado en su obra Trivagia.

Mis muchos trabajos sobre Juan del Encina se deben realmente a las sugerencias de la gran autoridad con respecto a las comedias, el profesor valenciano José Luis Canet, que decía que casi todo está por hacer en relación con las imprentas. No sé si podemos llamar a Juan del Encina un editor o organizador de imprimir libros. Sea lo que fuere, la verdad es que Juan del Encina mostró una enorme inquietud de viajar y escribir anónimamente. Él usó constantemente las imprentas para editar los libros.

Algunos historiadores ya no creen que Fernando de Rojas sea un autor de la Celestina. En este sentido es importante conocer su testamento, del año 1541, donde figuran muchos libros en su poder. Fernando de Rojas tuvo en su poder una obra de ajedrez, que no puede ser otra obra que el arte de Ajedrez de Lucena del año 1541.

También tuvo en su poder el libro Propalladia, de Bartolomé Torres Naharro, así como el libro de Calisto (la Comedia de Calisto y Melibea), el libro de Cárcel de amor, dos libros de Amadís de la Gaula, el libro Las Sergas de Esplandián, el libro Primaleón, el libro del Cortesano, de Baltasar de Castiglione, el Cancionero general y otros. Todos estos libros muestran la gran amistad que hubo durante toda la vida entre Fernando de Rojas, Alonso de Cardona y Juan del Encina.

Juan de Encina, hijo o ahijado de Juan Ramírez de Lucena era amigo de Fernando de Rojas en Salamanca. Este poeta estaba en Roma desde el año 1499 y sirvió a César Borgia. Es muy probable que usara en ocasiones el nombre de Lucena para abrir camino. Amigo de varios papas durante su estancia en Roma, Juan del Encina usó varios nombres seudónimos y viajó constantemente para la divulgación de *la Celestina* y otros libros tanto en España como en Italia y tener la obra impresa en años posteriores.

Ya han pasado cuatro años desde la publicación de mis libros[1], en el cual anunciaba que la obra de *Lozana*

---

[1] **VALLE DE RICOTE, Gofredo** (2006), Los tres autores de la Celestina, el judeoconverso Juan Ramírez de Lucena, sus hijos Fernando de Rojas (Lucena) y Juan del Encina (alias Lucena, Bartolomé Torres Naharro y Francisco Delicado). Tomo I. Biografía, estudio y documentos del antiguo autor de La Celestina, el ajedrecista Juan Ramírez de Lucena. Editor: .ISBN – 10:84-923151-4-8 - 441 páginas. Prólogo del Prof. Ángel Alcalá – Universidad de Nueva York.
VALLE DE RICOTE, Gofredo (2008). Los tres autores de La Celestina: El judeoconverso Juan Ramírez de Lucena, sus hijos Fernando de Rojas (Lucena) y Juan del Encina (alias Bartolomé Torres Naharro y Francisco Delicado). Tomo II: bajo el seudónimo de Godofredo Valle de Ricote. El libro perdido de Lucena. "Tractado sobre la muerte de Don Diego de Azevedo". Editor: .ISBN – 10: 978-84-612-604-0-9 - 142 páginas.

Andaluza en realidad podría haber sido escrita por Juan del Encina. Entre tanto parecen ser que los nuevos métodos estilísticos computarizados confirman mi hipótesis. Esto es el motivo de escribir ahora este libro para reconfirmar mi punto de vista del año 2009, de que La *Lozana Andaluza* fue escrita por Juan del Encina.

Govert Westerveld

VALLE DE RICOTE, Gofredo (2009). Los tres autores de La Celestina: El judeoconverso Juan Ramírez de Lucena, sus hijos Fernando de Rojas (Lucena) y Juan del Encina (alias Lucena, Bartolomé Torres Naharro y Francisco Delicado). Tomo III: bajo el seudónimo de Godofredo Valle de Ricote. - El misterioso Juan del Encina. ISBN: 13:978-84-613-2191-9 - 351 páginas.
VALLE DE RICOTE, Gofredo (2009), Los tres autores de la Celestina, el judeoconverso Juan Ramírez de Lucena, sus hijos Fernando de Rojas (Lucena) y Juan del Encina (alias Lucena, Bartolomé Torres Naharro y Francisco Delicado). Tomo IV. La Celestina: un señuelo, Fernando de Rojas, y un autor velado, Juan del Encina". Editor Govert Westerveld, Beniel. ISBN-13: 978-84-613-2189-6 264 páginas.

ÍNDICE:



Introducción.

Los historiadores nuevamente se llevarán las manos a la cabeza, y no puede ser de otra manera. Es realmente muy atrevido afirmar que Francisco Delicado (Delgado), no es otra persona que nuestro famoso poeta Juan del Encina (Lucena). Del misterioso Francisco Delicado (forma italiana de Delgado) se sabe hasta ahora bien poco, pero los distintos investigadores le han analizado muy bien y ellos nos informan que viajó por Roma y por Venecia. En esta ciudad publicó su única novela: *Retrato de la lozana andaluza* (1530), escrita casi en su totalidad alrededor de 1524, en Roma; y algunos textos en fechas posteriores, que constituye un importante documento sobre la vida y las costumbres de su tiempo. El autor explica bien en su obra el saco de Roma, pero tengo mis dudas de que realmente Delicado estuviese, en 1527, en Roma. Juan del Encina en esta fecha estaba en León, y se volvió a Roma en 1529, para arreglar una bula en nombre de un familiar e interesarse por lo que realmente pasó en Roma. Estoy en este sentido de acuerdo con Ugolini, que los libros de la *Lozana andaluza* y *El modo de adoperare el legno de India occidentale* fueron impresos en 1530 y nunca en 1529. El autor estuvo en Venecia hasta 1534, trasladándose según mi teoría en el mismo año hacia España.

Del misterioso Francisco Delicado (forma italiana de Delgado) se sabe hasta ahora bien poco, pero los distintos investigadores le han analizado muy bien y ellos nos informan que viajó por Roma y por Venecia. En esta ciudad publicó su única novela: *Retrato de la lozana andaluza* (1530), escrita casi en su totalidad alrededor de 1524, en Roma; y algunos textos en fechas posteriores, que constituye un importante documento sobre la vida y las costumbres de su tiempo. El autor explica bien en su obra el saco de Roma, pero tengo mis dudas que realmente Delicado estuviese en 1527 en Roma. Juan del

Encina en esta fecha estaba en León y se volvió a Roma en 1529 para arreglar una bula en nombre de un familiar e interesarse por lo que realmente pasó en Roma. Estoy en este sentido de acuerdo con Ugolini que los libros de la *Lozana andaluza* y *El modo de adoperare el legno de India occidentale* fueron impresos en 1530 y nunca en 1529.

La obra *Lozana andaluza* fue dada a luz en 1845 por el alemán Ferdinand Wolf, que descubrió esta obra en la Biblioteca Imperial de Viena[2]. Delicado editó, además, Cárcel de amor (20-11-1531) los cuatro libros de *Amadís de Gaula*[3] (7-9-1533), los tres libros de *Primaleón* (febrero, 1534), *La Celestina* (24-10-1531 y 10-7-1534)[4] y la *Cuestión de amor* (1533) con esta nota final hízolo estampar miser Juan Bautista Pedrezano, mercader de libros: por importunación de muy muchos señores a quien la obra y estilo y lengua romance castellana muy mucho place; correcta de las letras que

---

2 **DAMIANI, Bruno M.** (1969). La Lozana andaluza: bibliografía crítica. En: Boletón Real Academia Española, XLIX – cuaderno CLXXXVI, enero-abril. Págs. 117-139. Cita en pág. 117.

3 **SHOLOD, Barton.**(1982). «The Fortunes of *Amadís* among the Spanish Jewish Exiles». En *Hispania Judaica. Studies on the History, Language,and Literature of the Jews in the Hispanic World. II. Literature*, eds. Josep M. Solà-Solé, Samuel G. Armistead y Joseph H. Silverman. Barcelona: Puvill, [1982], págs. 87-99. (Sugiere que la edición de *Amadís* de Francisco Delicado [Venecia, 1533] fue hecha en parte para los refugiados hispanojudíos).
Citado por **EISENBERG, Daniel y MARÍN PINA, María Carmen** (2000). Bibliografía de los libros de caballerías castellanos. Zaragoza : Prensas Universitarias de Zaragoza. Pág. 173

4 **JOSET, Jacques.** (1998). «Muestra el Delicado a pronunciar la lengua española». En *Estudios en honor del profesor Josse de Kock, reunidos por N. Delbecque y C. De Paepe con motivo de su jubiliación*. Lovaina: Leuven University Press, 1998, págs. 297-310. (A partir de los prólogos de las ediciones venecianas de *Amadís* (1533), *Primaleón* (1534) y *Celestina* (1534), edita el tratadito de fonética práctica de Delicado).
Citado por **EISENBERG, Daniel y MARÍN PINA, María Carmen** (2000). Bibliografía de los libros de caballerías castellanos. Zaragoza : Prensas Universitarias de Zaragoza. Pág. 118

trastrocadas estavanse[5]. Después de 1534 no se sabe nada de Francisco Delicado y esto motivó a Ruth Pike[6] de suponer que vivió en Venecia hasta su muerte, algo después de 1534.

La mayoría de los autores estipulan su permanencia en Italia entre los años 1513 y 1534. Según ellos Francisco Delicado estaba en Roma en 1513 hasta 1528 y a partir de esta fecha se estableció en Venecia. El lunes, seis de mayo de 1527 penetraban veinticinco mil hombres de los ejércitos de Carlos V en la ciudad de Roma y por espacio de ocho meses se dedicaron a una orgía militar. Una vez terminado el saqueo en Roma Delicado sale según estos autores el diez de febrero de 1528 con ayuda del ejército imperial hacía Venecia, «por no esperar las crueldades vindicativas de los naturales». No hay documentos y los autores que dicen esto lo tienen sacado del mismo libro de Francisco Delicado. Éste lo podría haber escrito perfectamente en una fecha posterior, con ayuda de su amigo Pietro Aretino en Venecia, puesto que Juan del Encina estaba en 1527 en León y no en Roma.

Serrano Poncela[7] apunta 1480 como fecha de su nacimiento[8] y que «su conocimiento de episodios sucedidos durante el pontificado de Alejandro VI parece muy personal», estimando que salió de España en 1492, año de la expulsión. Años difíciles, porque los judeosconversos romanos temían su competencia en los negocios y ofrecieron al Papa Alejandro

---

[5] **SÁNCHEZ REYES, Enrique** (2008). Antología de los poetas líricos castellanos. La poesía en la Edad Media. Tomo III. Pág. 183. (Edición digital).

[6] **PIKE, Ruth** (1969). The Conversos in La Lozana andaluza. En: Modern Languages Notes, 84-2. Págs. 304-308. Cita en pág. 304

[7] **SERRANO PONCELA, Segundo** (1962). Aldonza la Andaluza Lozana en Roma. En: Cuadernos Americanos, CXXII, págs. 117-132.

[8] Francisco Delicado dejo ver en el prólogo a la edición veneciana del Amadís (7 de septiembre), 1533 de que había sido discípulo de Antonio de Nebrija y éste era profesor en Salamanca entre los años 1475 y 1486. Por lo tanto la fecha del año 1480 es imposible.

VI mil ducados[9] para rechazarles la entrada en Italia. El Sumo pontífice no solamente no quiso saber nada de esta súplica tan denigrante, sino que impuso a la colonia romana una multa de mil ducados y la obligación de hospedar a los judeosconversos huidos de España. Sabemos que Juan del Encina fue muy estimado por César Borgia y su padre, el Papa Alejandro VI.

En este aspecto observa Ferrara de Orduna[10] que en La Lozana andaluza se halla: «…fue tiempo de Alejandro VI, cuando Roma triunfaba», y que hay también un texto tocante al Papa Julio II (1503-1513): «¿Y a vos no's conosçí yo en tiempo de Julio segundo en Plaça Nagona, cuando sirvíedes al señor canónigo?» Opina Menéndez Pelayo que Francisco Delicado, probablemente siendo ya clérigo, se fue a Roma en busca de algún beneficio y que allí debió de obtener el vicariato del valle de Cabezuela[11], algo que Eduardo María de Segovia también supone[12]. Recordamos que el cardenal Bernardino López de Carvajal y Sande era en 1516 el protector de Bartolomé Torres Naharro (Juan del Encina)[13].

---

9 **PECCHIAI, Pio** (1948). Roma nel Cinquecento, Bologna, Cappelli. Pág. 378 Citado por **ALLEGRA, Giovanni** (1985). Lozana Andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra. Taurus Ediciones, Madrid . Pág. 24

10 **FERRARA DE ORDUNA**, Lilia (1973). Algunas observaciones sobre La Lozana andaluza. En: Archivum, XXIII. Págs. 105-115. Cita en pág. 105 - 107

11 **MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino** (1943). Orígenes de la Novela, tomo IV. Consejo superior de investigaciones científicas, Madrid. Pág. 49 y 50

12 **SEGOVÍA, Eduardo María de** (1916). Introducción all'edizione del retrato de la Lozana Andaluza, Madrid. Pág. XII. Citado por **GALLINA, A.** (1962). L'attività editoriale di due spagnoli a Venezia nella prima mettà del '500. En: Studi ispanici. Volumen I, Università degli Studi di Pisa. Studi di Filologia moderna. Feltrinelli editore, 1962-1. Págs. 69-91. Cita en pág. 71

13 **MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino** (1941). Bartolomé de Torres Naharro y su Propaladia. Estudios y discursos de crítica histórica y literaria. Ed. Nacional, Santander, Aldus S.A., 1941, tomo II, págs. 274-275
Dice Menéndez Pelayo de este cardenal entre otras cosas: «Fue, a lo que parece, su principal protector, quizá por su condición de extremeño, el pródigo, fastuoso y turbulento cardenal de Santa Cruz y obispo de Túsculo, don Bernardo Carvajal, descendiente de la noble familia placentina de su apellido, principal fautor o más bien alma del conciliábulo de Pisa, reunido contra Julio II, bajo la protección del rey de

Enriqueta zafra[14] considera que los últimos estudios sobre la novela picaresca femenina de Damiani[15], Imperiale[16] y Cruz[17] dan suficientes pruebas de que esta obra merece ser incluida dentro del canon picaresco. Esto entonces no es nada más que una confirmación de algo que muchos autores habían intuido en el pasado, porque para uno de ellos el estilo en *La Lozana andaluza* era la prehistoria en la novela picaresca[18].

Otra investigadora, Carla Perugini, da en la clave cuando afirma que el clérigo andaluz no era persona cualquiera si en Roma, en Nápoles, en Mantua, en Venecia y en Sienna, pudo contar con estimadores y protectores importantes, tal como se observa en los prólogos y dedicatorias de sus libros y con un privilegio para la impresión de su obra *El modo de adoperare el legno de India occidentale,* concedido por el Papa Clemente

---

Francia Luis XII. Carvajal, cuyos altos pensamientos aspiraban nada menos que a la tiara, para la cual había obtenido doce votos en el conclave de 1503, del cual salió electo Julio II, se hizo cabeza de un cisma viendo frustrada su ambición, y fue excomulgado y destituído en el consistorio de 24 de octubre de 1511……si bien Carvajal persistió en su rebelión, hasta que, muerto Julio II, abjuró solemnemente su error en el Concilio de Letrán (27 de junio de 1513), recibiendo la absolución de manos de León X, que le volvió a su gracia y le restituyó el capelo.

[14] **ZAFRA, Enriqueta** (2004). El papel de la protitución en la picaresca femenina. Tesis doctoral. Department of Spanish and Portuguese University of Toronto. Pág. 18

[15] **DAMIANI, Bruno M.** (1989). La Lozana andaluza as Precursor to the Spanish Picaresque. The Picaresque: A Symposium on the Rogue's Tale. Ed. Carmen Benito-Vessels and M. Zappala. Newark: University of Delaware Press, 1989. Págs. 57-68

[16] **IMPERIALE, Louis** (1997). La Roma clandestina de francisco Delicado y Pietro Aretino. New York: Peter Lange.

[17] **CRUZ, ANNE J.** (1999). Discourses of Poverty: Social Reform and the Picaresque Novel in Early Modern Spain. Toronto: University of Toronto Press.
CRUZ, ANNE J. (1989). Sexual Enclosure, Textual Escape: The Picara as Prostitute in the Spanish Female Picaresque Novel. Seeking the Woman in Late Medieval and Renaissance Writings. Eds. Sheila Fisher and Janet Halley. Knoxville: University of Tenessee Press. Págs. 135 - 159

[18] **BLANCO AGUINAGA, Carlos** (1957). Cervantes y la Picaresca: Notas sobre dos tipos de realismo", Nueva Revista de Filología Hispánica (NRFH), XI: Págs. 313-42. Citado por **DELICADO, Francisco** (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani. Pág. 16

VII, quien le llama «dilectus filius». Según esta investigadora Francisco Delicado estaba en el ejército de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, y su protector era - igual como pasó con Juan del Encina y Bartolomé Torres Naharro – el problemático Bernardino de Carvajal[19]. No creo que Juan del Encina estuvo en el ejército del gran capitán, sino que más bien estuvo al lado de César Borgia durante algún tiempo. El Cardenal Bernardino de Carvajal había recibido el encargo de Julio II de custodiar en Ostia al rebelde César Borgia. Sin embargo, Bernardino liberó a César y ambos fueron el 19 de abril de 1504 llevados a Nápoles en las galeras que enviaba el buen amigo de César, el Gran Capitán[20]. Así César gracias al Cardenal se libró de un peligro y se metió en otro peor, puesto algún tiempo después César fue encarcelado por el gran capitán, Gonzalo de Córdoba, por orden expresa del Rey Católico. Tal vez durante esta estancia el Cardenal Carvajal pudo escribir o adueñarse de la obra *La conquista del Reyno de Nápoles* que poco después fue editado por uno de los amigos del clan Lucena, en Zaragoza, Jorge Coci[21]. Sea lo que fuere, el Cardenal Bernardo de Carvajal, no era muy partidario del Papa Julio II y lideró durante muchos años un movimiento rebelde[22] contra este Papa, más guerrero que enviado de Dios.
Luego la hipótesis de Perugini[23], de que la posible profesión del joven Delicado fuera militar es igual como la de Juan del Encina y de Bartolomé Torres Naharro. Por otro lado estima

---

19 **DELICADO, Francisco** (2004). La Lozana andaluza. Edición, introducción y notas de Carla Perugini. Fundación José Manuel Lara, Sevilla. Págs. XII-XIII

20 **CALVO FERNÁNDEZ, Vicente** (2000). El cardenal Bernardino de Carvajal y la traducción latina del Itinerario de *Ludovico Vartema*. EN: Cuadernos Filológicos Clásicos. Estudios Latinos, 18: págs. 303-321. Cita en pág. 309
MARTOS RUBIO, Ana (2006). Los 7 Borgia. Nowtilus. Pág. 278

21 **ANÓNIMO** (1948). La Conquista del Reyno de Nápoles. Madrid: La Arcadia.

22 Más detalles en: **FERNÁNDEZ Y SÁNCHEZ, Teodoro** (1981). El discutido extremeño Cardenal Carvajal. Cáceres.

23 **PERUGINI, Carla** (2000). Las fuentes iconográficas de la *Editio Princeps de La Lozana Andaluza*. En: Salina, 14 (2000), págs. 65-72. Citado en pág. 69



Perugini[24] que podría haberse conocido a seis Papas: Alejandro VI (Rodrigo Borja 1492-1503), Pío III (Francesco Todeschini Piccolomini, pocos meses de 1503), Julio II (Giuliano della Rovere, 1503-1513), León X (Giovanni de Médici 1513-1522), Adriano VI (Adrian Floriszoon, 1522-1523), Clemente VII (Giulio de Médici, 1523-1534).

En un primer momento Allegra[25] pensó que el "ilustre señor" de la "Dedicatoria" de Francisco Delicado podía ser uno de los siguientes personajes: Federico Gonzaga, un Bonifacio di Montefeltro, un Manfredo di Collalto o el dux Andrea Gritti, pero rechazó esta idea.

En el "Argumento" delata Francisco Delicado de haber estudiado en el tiempo de Antonio de Nebrija, puesto que Juan del Encina fue discípulo de Antonio de Nebrija. En aquellos años el término mamotreto no se usó demasiado y era una de las asignaturas durante el tiempo de Antonio de Nebrija. En aquellos años los estudios de gramática implicaban *el "Doctrinal"* (de Alejandro de Villa-Dei)*, el Grecismo* (de Everardo de Bethune)*, Compendio de Pastrana, Libros Menores y Mayores, Libros auxiliares: el "Mamotreto", el "Compreensorio"* y el *"Catolicon"*. Con respecto a los libros auxiliares "Mamotreto", *el "Compreensorio"* y el *"Catolicon"*. Olmedos nos hace saber[26]:

> Compuso el primero el minorita Marquesino de Regio Lépido, que floreció hacia el año 1300. Era natura de Regio Lépido, cerca de Módena, de la provincia de Bolonia. Hombre sencillo, devoto y

[24] **DELICADO, Francisco** (2004). La Lozana andaluza. Edición, introducción y notas de Carla Perugini. Fundación José Manuel Lara, Sevilla. Págs. XII-XIII

[25] **ALLEGRA, G.** (1973). Pequeña nota sobre el ilustre señor de La Lozana Andaluza. En: Boletín Real Academía Española. LIII, págs. 391-397. Cita en págs. 392-393

[26] **OLMEDO, Felix G.** (1913). Nebrija en Salamanca (1475 -1513). Madrid. Págs. 37 y 38.

> caritativo, vio que podía ser útil a los clérigos componiendo una exposición gramatical o diccionario eclesiástico, y aunque sus conocimientos eran pocos, quiso imitar a la pobre viuda del Evangelio, echando como ella en el gazofilacio del tiempo sus dos cornadillos, o sea un diccionario o exposición de la Biblia y de otros libros litúrgicos que contuviese el significado, el acento y la pronunciación de las palabras más oscuras. Como este trabajo iba destinados a los clérigos ignorantes, que eran como niños en materia de letras, el buen franciscano ofreció su libro a los clérigos, *veluti mommam suggendam et manibus puerilibus tractandam.* De ahí el nombre de *Mammotrepton* o Mamotreto, con que se le conoció en adelante.

Con el nombre del señor "Prospero" en la epístola, Francisco Delicado se refiere al capitán del ejército imperial y Allegra[27] piensa que este capitán es Filiberto de Chalôns, príncipe de Orange. Bajo el mando de este capitán, sucesor de Hugo de Borbón, Francisco Delicado se retiró de Roma. Iba bien encaminado Allegra, pero Delicado escribió su obra casi totalmente en 1524 y la dedicatoria me parece un asunto mucho más difícil, puesto que el autor se está jugando su reputación y pellejo. Solamente podía haber dedicado esta obra a una persona de su total confianza, pero Francisco Delicado continuó su obra en 1529 con más textos. Por consiguiente se trata efectivamente del capitán Filiberto de Chalôns, príncipe de Orange.

Tampoco se puede tomar al pie de la letra los textos añadidos de Francisco Delicado, alias Juan del Encina, puesto que en 1527 nuestro autor (Juan del Encina) se encontraba en León y no en Italia. En 1521, el capitán del ejército imperial era nada

---

[27] **ALLEGRA, G.** (1973). Pequeña nota sobre el ilustre señor de La Lozana Andaluza. En: Boletín Real Academía Española. LIII, págs. 391-397. Cita en págs. 396-397

menos que su amigo Próspero Colona[28], el cual murió en Milán en 1523. El emperador Carlos V le puso al frente del ejército imperial cuando Próspero Colona[29] (1452-1523) contaba ya con 69 años. Esto fue en el año 1521, por lo que Francisco Delicado escribió su obra Lozana Andaluza después de esta fecha. La fecha última que hallamos en su libro es de 1524, puesto que dice en su libro:

> LOZANA: Porque lo guardaron para el diluvio, que había de ser este año en que estamos de 1524, y no fue.

Pero esta fecha no puede ser la última, como he indicado anteriormente. Curioso es que Lozana se hizo concubina de Diosmedes el Ravegnano, o sea, un hombre de Ravenna[30]. Recordamos otra vez la batalla de Ravenna, del 11 de abril de 1512, donde, entre otras personas, luchaban por un lado el Gran Condestable del Reino de Nápoles, Fabricio Colonia y el Marqués de Pescara, Fernando Dávalos y por otro lado el duque de Ferrara, Alfonso del Este. En este sentido nos referimos al capítulo de Bartolomé Torres Naharro, donde se explica en detalle que el duque de Ferrara tuvo como prisioneros a estos dos personajes en Ferrara. Vemos de esta forma otra vez una conexión con Torres Naharro.

---

[28] **FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gónzalo** (1989). Batallas y Quinquagenas [1550-1552]. Edición de Juan Bautista de Avalle Arce, Salamanca. Págs. 258

[29] En la portada del libro de Giovio vemos a Próspero Colona:
GIOVIO, Paoli (1570). Historia del fortissimo, y prudentissimo Capitan Don Hernando de Aualos Marques de Pescara: con los hechos memorables de otros siete excele[n]tissimos capitanes del Emperador D. Carlos V. Rey de España, que fueron en su tiempo, es a saber, el Prospero Colu[a]na , el Duque de Borbón, Don Carlos Lanoy, Don Hugo de Moncada, Philiberto Principe de Orange, Antonio de Leyua y el Marques de Guastro, Recopilada por el Maestro Valles; con una adicion hecha por Diego de Fuentes donde se trata la preía de Africa y así mismo la conquista de Sena con otras azañas particulares. Ánveres.

[30] **COSTA FONTES, Manuel da** (1994). Trinity in La Lozana andaluza. En: Hispanic Review, Vol. 62, No. 2 (Spring, 1994), págs. 249-266. Cita en pág. 249
COSTA FONTES, Manuel da (1994). The art of 'Sailing' in La Lozana andaluza. En: Hispanic Review, Vol. 66, No. 4 (Autumn, 1998), págs. 433-445. Cita en pág. 433

Francisco Delicado se permite un retruécano con el nombre de "Próspero" en su epílogo, procedimiento que debe repetir con los apellidos y nombres de otros amigos. Evidentemente, era una práctica común en aquella época[31].

En 1522 se publicó en Venecia por primera vez la edición italiana del Almanaque de Efemérides de Johann Stoffler. En ella se advertía que en febrero de 1524 se produciría una conjunción de planetas en el signo de Piscis. Stoffler, basándose en sus predicciones sobre las posiciones planetarias que ocurrirían en los años subsiguientes, pronosticaba para 1524: *"Durante el mes de febrero habrá veinte conjunciones pequeñas, medianas y grandes y de éstas, dieciséis ocuparán signos de agua.."*. Con todo esto la gente temiera un nuevo diluvio universal[32].

Del texto de Lozano deducimos que la fecha era después de febrero de 1524 y en esta fecha Próspero Colona, con el título de capitán general[33] del ejército imperial, ya había muerto en Milán, puesto que murió poco después del 28 de diciembre de 1523, según Konstam[34]. La amistad de Juan del Encina con los Colonnas ya viene de lejos. También tenía Juan del Encina en mente a Próspero Colonna cuando conjuntemente con el

---

[31] Compare del uso de Castillo (Hernando del Castillo) por Alonso de Proaza. Cf. **McPHEETERS, D.W.** (1961). El humanista español Alonso de Proaza. Editorial Castalia, Valencia. Págs. 113-114

[32] **PONS, José Enrique** (2005). Lues, luminarias, lujuria y lucro en Roma renacentista. En: Archivos de Ginecología y Obstetricia, vol. 43, nº 3, págs. 148-153. Cita en pág. 148

[33] **GIOVIO, Paoli** (1570). Historia del fortissimo, y prudentissimo Capitan Don Hernando de Aualos Marques de Pescara: con los hechos memorables de otros siete excele[n]tissimos capitanes del Emperador D. Carlos V... / recopilada por el Maestro Valles ; con una adicion hecha por Diego de Fuentes..., Ánveres, págs. 88-89

[34] **KONSTAM, Augus** (1996). Pavia 1525: The Climax of the Italian Wars. Oxford: Osprey Publishing, págs. 27-28

primer Marqués de Tarifa, Fadrique Enríquez de Ribera, escribieron la obra del viaje de Sevilla a Jerusalén[35]:

> Otro día llegamos a Terachina a comer, que es de la Iglesia, y a dormir a Itre, que pertenece a Próspero Colonna, que está en un paso muy fuerte.

Recordamos que Próspero Colonna era el primo de Fabricio Colonna (1460-1520), Gran condestable del Reino de Nápoles en 1512. Ambos primos ayudaron a escaparse en 1512 a Alonso del Este, Duque de Ferrara, de las manos del Papa Julio II. Unos meses antes el Duque de Ferrara había liberado a Fabricio Colonna por una señal de caballerosidad su prisionero de la famosa batalla de Ravenna. Al final del año 1512 el duque de Ferrara quiso rehabilitarse ante el futuro Papa León X mediante una edición de un libro del ajedrez nuevo y para eso uso los servicios de su maestre de ajedrez, Francesch Vicent. Probablemente también pudo contar con la ayuda de Juan del Encina, y luego la influencia de su amigo Fabricio Colonia y su primo Próspero Colonna hizo el resto.

En 1524 Francisco Delicado no estaba al tanto de la muerte reciente de su amigo y esto puede implicar que escribiese la obra de *La Lozana Andalusa* en León. Una vez vuelto Encina a Italia tampoco quiso cambiar mucho los textos, ni los prólogos, para una futura impresión. Incluso, añadió como sabemos, textos de los acontecimientos del año 1527. Merece la pena observar que hubo una portada diferente de *La Lozana Andalusa* y cuyo ejemplar es propiedad de la Biblioteca Imperial de Viena. La misteriosa portada lleva la presencia de unos grabados de figurillas desnudas. ¿En que fecha se publicó

---

[35] **ENRIQUEZ DE RIBERA, Fadrique de** (1974). Desde Sevilla a jerusalén con versos de Juan de la Encina y prosa del Primer Marqués de Tarifa; estudio y transcripción de Joaquín González Moreno. Sevilla. Pág. 167

esta misteriosa obra? No lo sabemos, pero es un hecho de que hubo otra portada[36].

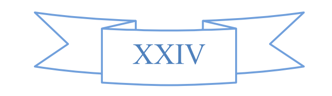
Dice Francisco Delicado: *Si me decís por qué en todo este retrato no puse mi nombre, digo que mi oficio me hizo noble, siendo de los mínimos de mis conterráneos, y por esto callé el nombre, por no vituperar el oficio escribiendo vanidades con menos culpa que otros que compusieron y no vieron como yo.* Si tenemos como hipótesis de que Francisco Delicado no era otra persona que Juan del Encina, entonces tenemos que demostrar que efectivamente Encina se hizo noble. Por los documentos que demostramos al final del capítulo de Juan del Encina, bien que sean simplemente unos extractos, sabemos que nuestro poeta era uno de los conclavistas en el conclave que eligió al Papa Julio II. Demostramos ahora mediante el diccionario de Derecho Canónico que un conclavista es un caballero noble[37]. Es decir, Juan del Encina era un noble en Roma.

> CONCLAVISTA. Es una especie de familiar del cardenal en el *cónclave*; se ha empleado necesariamente esta palabra, porque no se permite a nadie en el *cónclave* cerca de los cardenales sino bajo este concepto y para sus necesidades; de donde viene que eclesiásticos muchas veces del mas elevado nacimiento, siguen a Roma a los cardenales para ser sus *conclavistas.* Estos son como unos secretarios de honor que elije cada cardenal para dividir su soledad y hacer mas llevaderos los enojos inseparables de una clausura rigorosa y a veces bastante larga. Todos los *conclavistas* llevan una toga del mismo color y forma. Es una túnica de seda con mangas flotantes, largas y estrechas. La cámara apostólica les da una gratificación de diez mil escudos que dividen entre todos ellos; pero de nada sirve esta gratificación en comparacion de los privilegios que adquieren. Los *conclavistas* legos [?] adquieren la



[36] **DELICADO, Francisco** (2004). La Lozana andaluza. Edición, introducción y notas de Carla Perugini, Sevilla. Fundación José Manuel Lara. Págs. XVIII – XIX.

[37] **ANDRÉ, Michel** (1847). Diccionario de Derecho Canónico. Madrid. Pág. 26



> cualidad de caballeros nobles y el derecho de vecindad en la ciudad de Roma. Los eclesiásticos son preferidos para los benéficos y dignidades, y se les concede la esención de todo derecho en la corte de Roma, tanto por las bulas como por cualquiera otras expediciones de la dataría.

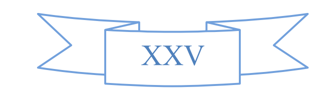
Ugolini dio con la fuente de esta *Carta de excomunión*, puesto que los primeros quince versos de la *Descomunión de amores fecha a su amiga* del comendador Ludueña (1468) coinciden casi exactamente con la *Carta de excomunión*, desde "De mí el vicario Cupido" hasta "de una muy graciosa dama"[38]. Ugolini se refiere en este caso al manuscrito Add. 10.431 del cancionero español del Museo Británico, editado parcialmente por Rennert[39] e inserta en las paginas 478 hasta 483 tanto los versos del manuscrito como los de Delicado. Probablemente el *Concilio de los galanes y cortesanos de Roma, inuocado por Cupido* es una situación comparable con *la Carta de excomunión*[40]. Daremos algunos versos a continuación:

DE COMENDADOR LUDUEÑA	**FRANCISCO DELICADO**
Descomunión de amores	Carta de excomunión
Fecha a su amiga.	Contra una cruel doncella
	De sanidad.
De mí, el vicario Cupido	De mi el vicario Cupido,

[38] **ALLEGRA, Giovanni** (1976). Sobre una nueva hipótesis en la biografía de Francisco Delicado. En: Boletin de la Real Academia Española. 1976-LVI, págs. 523-535. Cita en pág. 528

[39] **RENNERT, Hugo Albert** (1899). Der spanische Cancionero des Britischen Museum (Ms. add. 10431), Erlangen. En: Romanische Forschungen, X, págs. 1-176, n. 168, pág. 87; ver también la nota en pág. 181. Citado por **UGOLINI, Francesco A.** (1974-1975). Nuovi dati intorno alla biografia di Francisco Delicado desunti da una sua sconosciuta operetta (con cinque appendici e otto tavole fuori testo…). En: Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia. Università degli Studi di Perugia", XII (1974-1975), págs. 443-616. Cita en pág. 477

[40] **GILLET, Joseph** (1943). Propalladia and other works of Bartolomé de Torres Naharro. Edición de Joseph E. Gillet, 3 vols., volumen 1, págs. 241-255. Citado por **GERNERT, Folke** (1999). Francisco Delicado *Retrato de la Lozana Andaluza* und Pietro Aretinos *Sei giornate.* Geneve. Librairie Droz S.A. Pág. 42



de la linea celestial
por el alto Dios de amor
elegido y escogido
en todo lo tenporal,
juez, administrador
á todas las dynidades,
y á todas las tres edades
donde su ley sucedió,
de qualesquier calidades,
salud y graçia, sepades
que ante mí pareçió

Un amador que se llama
de rremedio despedido,
el qual se me querelló
de una muy hermosa dama,
de cuyas fuerças vencido
siempre se halla y halló;
dize que, con su beldad
sin estima ni igualdad,
y con graçias muy estrañas,
que, contra su voluntad,
le rrobó su libertad
de dentro de las entrañas.

Dize que le desclavó
la cerrada clavadura
con que su seso guardava
y que çierto le rrobó
toda junta la cordura
que Fortuna le giava;
y que le mató el sosiego
sin valerle ningun rruego
ni tenple ni descriçion,
por la cual causa está çiego,
y aridas en vivo fuego
las telas del coraçon.

Etc.

de linea celestial,
por el Dios de amor
elegido y escogido
en todo lo temporal,
y muy gran administrador

y a todas las tres edades
de qualesquier calidades,
donde su ley sucedió,
salud y graçia: sepades
que ante mi pareçió

Un amador que se llama
de remedio despedido,
el qual se me querelló
de una muy hermosa dama.

Dize que, con su beldad

y con graçias muy extrañas,

le robó su libertad
de dentro de las entrañas.

Dize que le desclavó
la clavada cerradura
con que su sesso guardava
y también que le tomó
toda junta la cordura
qual fortuna le guiava;
que le mató el sosiego
sin bolverle ningún rruego
ni saber ni descriçion,
por la cual causa está çiego,
y le arden en muy bivo fuego
las telas del coraçon.

Etc.

También Menéndez y Pelayo[41] mencionó estos versos y el comendador debería estar identificado con «el comendador Hernando de Ludueña, maestresala de la Reyna nuestra señora», autor de un *Doctrinal de gentileza.* Ugolini[42] en relación con estos versos se refiere a las obras de *Celestina*, la *Cárcel de Amor*, la *Tinelaria de Bartolomé Torres Naharro* y las *Coplas de Fajardo* contenidas en el *Cancionero de* obras de burlas.

En la Dedicatoria de *La Lozana Andaluza* dice Francisco Delicado: "que solamente diré lo que oí y vi, con menos culpa que Juvenal". Esta idea corresponde a un texto que hallamos en la "carta a un su amigo" de Fernando Rojas (nuestra hipótesis es que la carta es de Juan del Encina): "el estilo del Acto I es tan "elegante" que nada como él fue "jamás en nuestra castellana lengua visto ni oído". En el tiempo de Fernando de Rojas y Juan del Encina la Universidad era primordialmente oral. Dice Imperale al respecto[43]:

> A raíz de tales reflexiones, afloran varias consideraciones: si la expresión "ver y oir" era casi sinónima de Salamanca, entonces hay que intuir en la afirmación de Delicado "solamente diré lo que oý y vi, con menos culpa que Juvenal" una sentencia truncada, recurso muy frecuente en Delicado. El *auctor* nunca dijo: "solamente diré lo que oý y vi [en los libros], con menos culpa que

---

[41] **MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino** (1944?). Antología de poetas líricos castellanos, III, pág. 215. Citado por **UGOLINI, Francesco A.** (1974-1975). Nuovi dati intorno alla biografia di Francisco Delicado desunti da una sua sconosciuta operetta (con cinque appendici e otto tavole fuori testo…). En: Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia. Università degli Studi di Perugia", XII (1974-1975), págs. 443-616. Cita en pág. 478

[42] **UGOLINI, Francesco A.** (1974-1975). Nuovi dati intorno alla biografia di Francisco Delicado desunti da una sua sconosciuta operetta (con cinque appendici e otto tavole fuori testo…). En: Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia. Università degli Studi di Perugia", XII (1974-1975), págs. 443-616. Cita en pág. 477

[43] **IMPERIALE, Louis** (1997). La Roma clandestina de francisco Delicado y Pietro Aretino. New York, Peter Lang. Pág. 31



> Juvenal," y esto se refería a lo que Delicado había visto y oído igualmente en los libros. Por ende el *ver* y *oir* del *auctor* de *La Lozana* es una expresión que aclara el propósito fundamental de la "carta a un su amigo"de Fernando de Rojas, y además, gran parte de lo que él oyó y vio, lo había oído y visto en las universidades españoles. Por consiguiente, la oralidad de la narrativa delicadiana proviene, en gran parte, de la calle, pero la otra parte, provienen en cambio, de las aulas universitarias.

Allegra apunta algo en la dirección de Bartolomé Torres Naharro[44]:

> Varios estudiosos han observado o puesto de relieve cierto aire asonantado que caracteriza la Carta de excomunión, otros –como el que redacta esta nota- la han relacionado con el Concilio de los Galanes… de Torres Naharro, parecido que no puede negarse.

Torres Naharro se detecta en la obra de "La Lozana andaluza"[45]. No solamente a Bartolomé Torres Naharro, sino también a las coplas de Fajardo y a la Celestina. Aquí "que me leáis" puede tener un doble sentido, pero para mí está claro que el que habla es el autor de estos libros. O sea, Francisco Delicado, el seudónimo de Juan del Encina, escribió estas obras.

> Mi señor, no sea mañana ni el sábado, que terné priesa, pero sea el domingo a cena y todo el lunes, porque quiero que me leáis, vos que tenéis gracias, las coplas de Fajardo y la comedia Tinelaria y a Celestina.

---

44 **ALLEGRA, Giovanni** (1976). Sobre una nueva hipótesis en la biografía de Francisco Delicado. En: Boletin de la Real Academia Española. 1976-LVI, págs. 523-535. Cita en pág. 528

45 **DELICADO, Francisco** (1969). La Lozana andaluza, Madrid. Castalia. Edición de B. Damiani, pág. 160



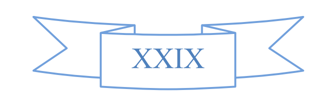
Hughes también nota claramente algo extraño en la obra de Lozana Andaluza. Para él la *Lozana andaluza* es la *Divina* en la *Comedia Jacinta* de Bartolomé de Torres Naharro y en seis puntos intenta Hughes demostrar su hallazgo[46]:

> This essays seeks to demonstrate:
> 1. that Bartolomé de Torres Naharro, Francisco Delicado and Juan del encina, three Spanish conversos know to be in Rome in 1513, knew each other and knew the «Lozana andaluza» who was first depicted in literature as «Divina» in Torres Naharro's play *Comedia Jacinta;*
>
> That Torres's play is an «oeuvre à clé» in which the characters can be identified as follows:

Divina	Lozana
Pagano	1. Rampín
	2. Torres Naharro (dramatic voice)
	3. Pseudo rustic, loutish *cristiano viejo*
	4. Pre-gracioso, theatrical device
Jacinto	Torres Naharro (lyric óbice)
Precioso	Juan del Encina
penco	Francisco Delicado

> 3. that to be fully understood, the play must be read as an ironic «semi-cypher» in which the lyric celebration of the central and explicit themes, i.e. *Eros,* woman (women) and the city of Rome, and the exalted vow of friendship in adversity of the three pilgrims, and by implication of all the characters are analyzed against the backdrop of the work's wealth of historical «realistic» and topical allusion, and in terms of it's frequently ambiguous and convoluted language;
>
> 4. that such a reading reveals an elaborate and self-consicious juxtaposition which would have been perfectly obvious ot the

[46] **HUGHES, John B.** (1983). La Lozana andaluza and the Comedia Jacinta. En: Essays on Hispanic Literatura in Honor of Edmund L. King. Eds. Sylvia Molloy and Luis Fernández Cifuentes. London: Tamesis, 1983. Págs. 97-121. Cita en págs. 98-99

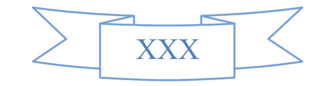


> public for whom the play was written, namely the presence of a transparent vulgar farce behind the lyrical aristocratic façade in which the noble *señora del castillo,* the three *caballeros* and *Pagano, criado de Divina* are clearly perceived to be a well-known prostitute, her «count» of *converso* clients and admirers, and her pimp;
>
> 5. that one of the play's significant levels of meaning is as an «injoke» for a *converso* public in Rome in which the dominant Old Christian Society of Spains is severely criticized and parodied at the same time that the livelier *converso* sub-world of the author and his friends is simultaneously mocked and exalted;
>
> 6. finally, that this reading of the play, in conjunction with his other works, suggest, in addition to his importance in the development of the Spanish theater, that Bartolomé de Torres Naharro should be included among the significant creators of the Spanish secular novel in the great stemming from the *Celestina* and leading to the *Quijote.*

Hernando de Ludueña se movía en los círculos poéticos donde se transmitía la obra del judeo-converso Antón de Montoro, más conocido por su apodo el Ropero (1404-1480) Ludueña escribió 1468 la "Descomunión de amores", y le dedica a Isabel la Católica su "Doctrinal de gentileza". Antón de Montoro era en estos años el único poeta de su época que afirmó abiertamente su origen judeoconverso y defendió frente a nobles y monarcas el valor de la población conversa.

El autor no quiso indicar en *La Lozana andaluza* su nombre y las razones se encuentran en la Apología:

> Si me decís por qué en todo este retrato no puse mi nombre, digo que mi oficio me hizo noble siendo de los mínimos de mis conterráneos, y por esto callé el nombre, por no vituperar el oficio escribiendo vanidades…



Francisco Delicado dejó ver en el prólogo a la edición veneciana del Amadís (7 de septiembre), 1533 de que había sido discípulo de Antonio de Nebrija[47] y lo insinúa indirectamente cuando dice en la introducción al primer libro de Primaleón: «…..como dize mi preceptor Antonio de Librixa[48]». Gallina[49] nos informa que esta edición sigue bastante fielmente la edición de Sevilla (22 de junio) en el año 1531. ¿Estaba Francisco Delicado este año o en 1530 también en Sevilla? Del Prohemio del corregidor (Amadís de Gaula, Venecia, 1533):

> Este libro se celebra por muy antiguisimo e assi lo parece en el su gentil y gracioso estilo. *Hijo* es más elegante por ser toledano, e *fijo* está bien por ser sacado del latin que dice *filius* y por el semejante de otros muchos, que el mismo autor del libro los puso en diversos vocablos por nos dar a entender que la lengua no es menguada o falta de vocablos, antes muy abundante, que se puede por muchas maneras dezir una palabra… y certísimamente este libro es del arte de la Gramática Española[50].

Este hecho anterior ya fue indicado por Menéndez Pelayo que dice que en la Lozana se observa: «Eso que está escrito no creo que lo leyese ningún poeta sino vos, que sabéis lo que está en las honduras y Lebrixa lo que en lo alturas» (Orígenes de la novela, Madrid, 1910, t. III, pág. CXC), mientras Eugenio Asensio opina que la mención de Nebrija en la

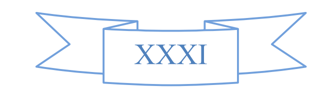
---

47 **DELICADO, Francisco** (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani. Pág. 11

48 **ALLEGRA, Giovanni** (1974-75) Introduzione alla "Loçana Andaluza" di Francisco Delicado. En: Annali della facoltà di Lettere e Filosofia (Università degli Studie di Perugia), XII, Págs. 383-442. Cita en pág. 386

49 **GALLINA, A.** (1962). L'attività editoriale di due spagnoli a Venezia nella prima mettà del '500. En: Studi ispanici. Volumen I, Università degli Studi di Pisa. Studi di Filologia moderna. Feltrinelli editore, 1962-1. Págs. 69-91. Cita en págs. 77-78

50 **ASENSIO, Eugenio** (1960). «Juan de Valdés contra Delicado. Fondo de una polémica». En *Studia philologica. Homenaje a Dámaso Alonso*. 3 vols. Madrid: Gredos, 1960-63, I (1960), págs. 101-113. Cita en pág. 109



Lozana es auténtica y la del Amadís imaginaria. A continuación indica Asencio[51] parte de los prólogos, del primer y el tercer libro de Primaleón, escritos por Delicado donde las ideas delatan la autoridad de Antonio de Nebrija.

Resume la introducción al primer libro de Primaleón (Venecia, 1534) como sigue:

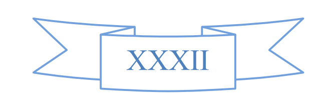
> Casi todo el prólogo lo gasta en apoyar: dos teorías: primero, que el Amadís y el Primaleón son historias castellanas de los días de Fernando el Magno y Enrique II transportadas alegóricamente a reinos extraños; segundo, que son escuela de valor y galanteria para damas y caballeros nobles que no frecuentan las escuelas. Sabe que algunos bachilleres remendados, para quien los libros caballerescos son meras fablillas, le censurarán y no le importa «porque no serán buenos ni aun para badajos de campanas. Porque, como dezia mi preceptor Antonio de Librixa, quien menos vale se endereza en las puntillas por parecer más de lo que es».

De la introducción al tercer libro de Primaleón dice Delicado:

> Quando se acabó de imprimir *Amadis de Gaula*.. y porque aquel libro es muy verdadera lengua Castellana (y dirvos he una machorrada: que cierto los que se apartan de la gramática española que es encerrada en aquella grande y famosa ystoria de *Amadis de Gaula*, son sin duda nuevos romancistas, como lo fui yo cuando compuse la *Loçana* en el común hablar de la polida Andaluzia; mas fizelo por mejor la arrendar en la manera de su hablar) assi que yo mismo por poder deprender aquella suavidadá y razonamientos y aquellos fermosos vocablos y machuchas palabras que en *Amadis* están, lo tomé a corregir. No digo a corregir el libro (que cierto, si él fuera libro de la Sagrada Escritura, yo no tuviera tanto miedo de quitar ni ajuntar) porque él no lo havia menester, que está bien, mas …. con zelo que los

---

51 **ASENSIO, Eugenio** (1960). «Juan de Valdés contra Delicado. Fondo de una polémica». En *Studia philologica. Homenaje a Dámaso Alonso*. 3 vols. Madrid: Gredos, 1960-63, I (1960), págs. 101 – 113. Cita en págs. 109 - 111



> officiales de las letras no trastrocasen o cohondiessen tan excelente obra, y tam bien ordenada como es ella. Porque alli deprendí yo para ser bachiller deste otro libro de Primaleón. Digo que deprendía la Ortografía de Castilla la alta, porque soy de Castilla la baxa, y junto a mi tierra dizen *zarro* y en la vuestra dizen *jarro,* y acá dezimos cueros y allás vosotros *odres* por ser más elegante vocablo, de manera que mas presto se debe escuchar el hablar de un rudo Toledano en su çafio razonar que no al Gallego letrado, ni al polido Cordovés. Y aquí daré yo mi alcaldada, y es que todas las otras provincias que son fuera de Castilla la alta, con bárbaros a los Castellanos salvo los de la fermosa Andaluzia. La razón es ésta: porque ningunos otros se conforman tanto en el hablar Castellano como ellos, salvo que son algo más cendrados o polidos y hermoseadores de sus razones. Y esto no es error, porque no salen fuera del camino real, especialmente que ellos son los que más se allegan al latín que ningunos otros. Dime un poco: ¿Por qué no te allegas al latín quando dizes *hacer* o *hijo* y *hurtar* y *hidalgo*? Esta letra h no se escribe en latin para dezir *facio, filio, furto, fidalgo*. Si dize que está bien porque la usanza es más que la ley, callaré. Mas ni los Gallegos, ni Vizcaínos, ni Navarros, ni Aragoneses, Ni portogeses, ni Catalanes no conforman sus bárbaras lenguas con los Castellanos, como lo fazen los de Castilla la baxa que son de Toledo acá yuso. Y esto, si no te do la razón, no quiero que me valga. Toledo con toda el Andaluzia, ¿no fue la última a ganarse de las manos de los moros quando el Rey don Fernando, el que ganó a Seuilla y a Córdoua y a la Frontera? Echamos los moros, mandóla poblar de los castellanos, como assi mismo hizieron los católicos reyes de inmortal memoria don Fernando y doña Ysabel, quando ganaron el reyno de Granada. Pues ¿de dónde se pobló toda aquella Bétia sino de los hombes y mugeres Castellanos que viniero de Castilla la vieja a poblar el Andaluzia? Mas el ayre que es delicado y gentil haze las mugeres hermosas y los hombres orgullosos y dizen sus palabras agudas que primero las dezían machorrales.

Francisco Delicado exponiendo sus opiniones en su prólogo en las ediciones venecianas de Amadís (1533) y del Primaleón (1534) exaltó el Amadís como la cúspide del estilo y el



modelo del lenguaje, glorificando de este modo el lenguaje andaluz y alabando a Antonio de Nebrija. Según Asensio estas opiniones "provocaron la cólera de Juan de Valdés"[52]. Es interesante ver que en el prólogo que antepone a su edición del *Primaleón,* Delicado deja ver sus relaciones con personajes importantes italianos de la época[53], como los Fernández de Córdoba de Nápoles, los Gonzaga de Mantua o los Ghinucci de Sienna[54].

Sin embargo, al fin de la obra de *La Lozana andaluza* Francisco Delicado no quiere descubrirse y prefiere presentarse como un hombre indocto:

> Y si quisieren reprehender que por qué no van munchas palabras en perfeta lengua castellana, digo que, siendo andaluz y no letrado … conformaba mi hablar al sonido de mis orejas….

Desde luego, de hombre indocto tenía poco nuestro Francisco Delicado. Era autor de muchas ediciones en los últimos años de su vida y se nota un gran dominio del castellano, igual como Juan del Encina. Lo observamos cuando Delicado, en la introducción a la tercera parte del *Primaleón,* se dirige contra los impresores de la edición de 1528 de Toledo, inculpándoles de no saber castellano, así como su disparatada ambición de lucro[55].

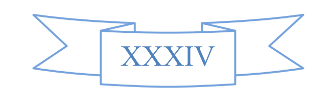
---

[52] **ASENSIO, Eugenio** (1960). «Juan de Valdés contra Delicado. Fondo de una polémica». En *Studia philologica. Homenaje a Dámaso Alonso*. 3 vols. Madrid: Gredos, 1960-63, I (1960), págs. 101 – 113. Cita en pág. 102

[53] **DELICADO, Francisco** (2004). La Lozana andaluza. Edición, introducción y notas de Carla Perugini, Sevilla. Fundación José Manuel Lara. Pág. XX

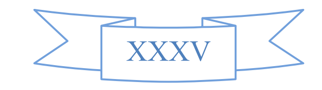
[54] **DOWN, Kevin** (1995). The Administration of the Diocese of Worcester under the Italian Bishops, 1497-1535, in: Midland History 20, 1995, págs. 1-19

[55] **BUBNOVA GULAYA, Tatiana** (2004). Los prólogos de Delicado, II: el texto del *Primaleón.*En: María Luisa Lobato; Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional siglo del oro, Madrid. Págs. 373-383. Cita en págs. 376-377



> El libro estava tan demarañado como hilado de regatera, y esto porque lo estamó Christóval Francés, y lo corigió Cosmedamián, que cierto ninguno de los dos nasció en Çocodover, y por vender bien dizen que fue estampado en la Emperial ciudad de Toledo, y no miran el provecho de los letores, ni se dan nada, porque la lengua y romance Castellano sea loada y amada de todos, como lo es de todas las naciones estrañas, ni guardan honrra del que lo compuso puniendo estrangeros aljamiados a lo corregir. Mas esto cada uno lo conosce que el Autor hordenó bien y sabidamente tex[i]ó la ystoria y en ella no ay que corregir. Mas el defeto está en los impresores y en los mercaderes que han desdorado la obra de la señora Agustobrica con el ansia de ganar, puniendo vocablos que no los hallarían en todo el reyno de Toledo aunque viniesen los caçadores del rey don Pelayo. Salvo si no los hallaron en algún misal moçárave. Pues conoscidos estos impedimentos sobredichos y especialmente porque era voz y fama que el segundo libro de Palmerín (es decir, el *Primaleón* – TB) estava descoregido, yo con mi alma de cántara rriéndome de los que de mí burlaran partí el libro entre partes y púsele el sobrenombre que él tenía por nombre propio, de guisa como se dezía libro segundo de Palmerín, dixe, libro primero y segundo & tercero de Primaleón. Mas hize que no quise ninguna abreviatura salvo que todo va por letras, porque ninguno tropeçe y porque otra vez los officiales de las letras no atropillen (sic) en ellas, ni menos los letores buscaran achaques, porque va en buena letra y clara y puntada y pausada que a ojos abiertos lo leeran los que no son ciegos.

Una crítica sin demasiada imparcialidad que solamente se puede comprender si Delicado hubiese sido el verdadero autor de la edición príncipe en 1512. En la edición de Salamanca (1512), en la de Sevilla (1524) y la de Toledo (1528) no hay un índice de capítulos, algo que Delicado mejora, agregando un índice de capítulos. Se nota otra vez la mano de Juan del Encina y lo mismo pasó en la Tragicomedia donde Encina tuvo una importante participación; primeramente en Italia y a continuación en Zaragoza. También la gran investigadora



Patriza Botta[56] ve claramente huellas de Juan del Encina en la Tragicomedia de Zaragoza:

> Una coincidencia más es una corrección textual a lo que el primer "impressor" no había entendido: al hablar del encuentro de amor en el jardín de Melibea, el primer argumentista hablaba de "huerta" dos veces en el *Arg.XIV* de la *Comedia*:
>
> (*B*):
> Esperando Melibea la venida de Calisto en la huerta
> Sube por ella y métese en la huerta
>
> sin percatarse que el autor a lo largo de toda la obra (tal como nos muestran las Concordancias) distingue netamente entre "huerta", la del primer encuentro ('huerta' como campo cultivado fuera de la ciudad) y "huerto", el jardín de la casa ciudadana de Melibea. El primer argumentista no lo entiende, y se equivoca, poniendo dos veces "huerta" aun refiriéndose al jardín de la ciudad. Ahora bien, el segundo argumentista, el que redacta el *Argumento* correspondiente para la *Tragicomedia* (o sea el *Arg.XIX*), y que mejor conoce el texto y sus matices, corrige las dos menciones en "huerto" respectivamente, y añade de su cosecha una mención más:
>
> (*Z*):
> Yendo Calisto con Sosia y Tristán al huerto de Pleberio a visitar a Melibea
> Estando Calisto dentro del huerto con Melibea
> Y oyendo Calisto desde el huerto onde estava con Melibea
>
> y ésta tiene todas las trazas de ser una corrección de autor. Son menudencias, claro, pero que todas juntas, y sumadas a las consideraciones anteriores, dan verosimilitud a la hipótesis de un Rojas autor de los 6 *Argumentos* nuevos (visto además el tono

---

56 **BOTTA, Patricia** (2001). Los epígrafes en "La Celestina" (títulos, subtítulos, rúbricas, argumentos, etc.), in Los orígenes del español y los grandes textos medievales: "Mio Cid", "Buen Amor" y "Celestina" (ed. M. Criado de Val), Madrid, C.S.I.C., [col. "Biblioteca de Filología Hispánica"], págs. 237-264.



> irónico con que aludía a los *Argumentos* viejos -que habrá querido de alguna manera superar, evitando interferencias y escribiendo de su puño los 6 nuevos, con su propio enfoque y asumiéndose la presentación del contenido de los Autos).
>
> *Si es correcta la hipótesis, la actitud del autor de la Tragicomedia sería semejante a la de Juan del Encina que cuida en primera persona los aspectos editoriales de su Cancionero de 1496, incluidos los epígrafes, para no dejarlos al azar de cajistas extraños al material poético que se edita, como declara expresamente el propio Encina.*

Como era costumbre en Juan del Encina, también en la Tragicomedia vemos un autor que se mete con los impresores[57]. Opina Menéndez Pelayo de Delicado; que es un hombre indocto y ni siguiera quiere entrar, por supuesto, en su análisis, que no es tarea para ningún crítico tan decente como el mismo Menéndez. Es francamente interesante la opinión de este gran literario, porque con el tiempo más de uno ha dudado de estas palabras[58]:

> La *Lozana*, en la mayor parte de sus capítulos, es un libro inmundo y feo, aunque menos peligroso que otros, por lo mismo que el vicio se presenta allí sin disfraz que le haga parecer amable. Es un caso fulminante de naturalismo fotográfico, con todas las consecuencias inherentes a este modo de representación elemental y grosero, en que la realidad se exhibe sin ningún género de selección artística y hasta sin plan de composición ni enlance orgánico. Con saber que llegan a ciento veinticinco los personajes de esta fábula, si tal nombre merece, pude formarse idea del barullo y confusión que en ella reina. No es comedia, ni novela tampoco, sino un retablo o más bien un cinematográfo de figurillas

[57] Dice la Tragicomedia de Zaragoza: "quien negará que aya contienda en cosa que de tantas maneras se entienda: que aun los impressores an dado sus punturas poniendo rúbricas o sumarios al principio de cada acto, narrando en breve lo que dentro contenía: una cosa bien escusada según lo que los antiguos scriptores usaron".

[58] **MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino** (1943). Orígenes de la Novela, tomo IV. Consejo superior de investigaciones científicas, Madrid. Págs. 54-55



> obscenas, que pasan haciendo muecas y cabriolas, en diálogos incoherentes. En rigor puede decirse que la *Lozana* no está escrita, sino hablada, y esto es lo que da tan singular color a su estilo y constituye su verdadera originalidad.
>
> Aunque muy admirador de la *Celestina,* que cita desde la portada y vuelve a mencionar en otras partes, Delicado no pertenece a la escuela de Fernando de Rojas, ni era capaz de comprender siguiera el arte tan profundo y humano de la tragicomedia de Calisto y Melibea. Sólo podia asimilarse los elementos picaresco de aquella creación, y ni aun esto hizo, porque las costumbres que describe son más italianas que españolas, y él mismo era un español italizanado. El tipo de la protagonista Aldonza carece de la grandeza y de la perversidad transcendental del de Celestina. Una sola seducción y tercería de ésta significa más que todas las acciones indignas y vituperables que comete la Lozana y todos los disparates que pronuncia su cínica lengua.

Francisco Delicado dice incluso: "digo que soy iñorante y no bachiller", afirmaciones poco verosímiles en un discípulo de tan excelente humanista como Nebrija, según observa adecuadamente Damiani[59]. Incluso en la *Nouvelle biographie générale*, publicado por Didot en 1866 Delicado aparece como sacerdote, doctor y autor del trato de Legno de India[60].

Por lo tanto tampoco se debe creer todo lo que el autor escribe de su pueblo natal y otros asuntos, porque el autor quiere ante todo despistar. Sin embargo, algunos años después de la edición de la Lozana andaluza el autor resolvió el enigma de

---

[59] **DELICADO, Francisco** (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani. Pág. 11

[60] **DAMIANI, Bruno M.** (1970-1971). Francisco Delicado. El modo de adoperare el legno de India Occidentale a critical transcription. En: Revista Hispánica Moderna, XXXVI, págs. 251-271. Cita en pág. 255
Roma, 1525; Venezia, 1529; ejemplares en: Biblioteca Marciana, Venecia, Misc. 2544; Fondazione Cini, 371 II A 37; Biblioteca Mazarine, Paris.



su nombre en el prólogo al tercer libro de Primaleón, edición veneciana corregida por él[61]:

> … que cierto los que se apartan de la gramática española que es encerrada en aquella grande y famosa historia de *Amadís de Gaula* son, sin duda, nuevos romancistas como lo fui yo cuando compuse la *Lozana* en el común hablar de la polida Andalucía.

Damiani nos hace saber que al final de la obra de *Primaleón*, para la edición de Venecia de 1534, encontramos la afirmación de que los tres libros de dicha novela de caballerías "fueron corregidos y emendados de las letras que trastocadas eran, por el vicario del Valle de Cabezuela, Francisco Delicado, natural de la Peña de Martos". En cambio en el libro de la *Lozana andaluza* vemos que es más bien su madre que nació en Martos: "Porque su castísima madre y su cuna fue en Martos", y no Francisco Delicado. Por otro lado, Delicado usa en sus libros el lugar de su nacimiento Peña de Martos solamente después de su encuentro con el embajador veneciano[62] Andrés Navagero, probablemente en 1527. Por tanto, parece más bien un invento de Delicado para despistar al lector su verdadero origen. Veamos lo que dice Bubnova[63]:

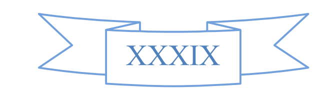
> El último punto que importa recoger en relación con Martos es el culto a Hércules, relacionado con el de Marte. Navagero, que le trae a Delicado el recuerdo de Martos, viene de una estancia bastante prolongada en la corte de Carlos V, donde empieza a promoverse una imagen ideologizada del que pronto sería emperador. A pesar de que su articulación definitiva pertenezca a

---

[61] **DELICADO, Francisco** (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani. Págs. 9-10.

[62] **ALLEGRA, Giovanni** (1973). Breve nota acerca del "Ilustre Señor" de la Lozana Andaluza. En: Boletín de la Real Academia Española, LIII, Págs. 391-397. Cita en pág. 396

[63] **BUBNOVA, Tatiana** (1998). Delicado en la Peña de Martos. En: Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas 21-26 de agosto de 1995, Birmingham. Volumen 2. Págs. 70-78. Cita en págs. 74-75



una época posterior, la genealogía del príncipe flamenco convertido primero en rey de España y luego coronado emperador de Alemania y del Sacro Imperio, derivada nada menos que de Hércules, muy dentro de la tradición hispánica, permitía a la vez ver en el joven soberano a un legítimo heredero de los Césares y además considerarlo español. Emblemáticamente, en el marco del *RLA,* el César representa al ejército imperial y a la vez la política imperial española en Italia; su presencia en la obra se vincula con Martos, por ser descendiente de Hércules y "Marte español". Marte, alegoría de la guerra, recibe sacrificios del descendiente de Hércules que es el Emperador. Martos, según la etimología popular politizada, vinculado genéticamente a Marte, es patria de hombres aguerridos; "cabeza del maestrazgo de Calatrava" (es decir. Villa perteneciente a los calatravos, pero además su centro administrativo en la zona), en el siglo XV participa en las luchas civiles encabezadas por la familia Carvajal; los Carvajales buscan destruir a Lucas de Iranzo, protector de los conversos, y alternativamente se alzan en contra de o apoyan a Enrique IV. La "felice patria" Martos y el "felicísimo ejército imperial", causa del desastre romano, pertenecen así a un mismo campo semántico.

El haberse criado en Martos proporcionaba al autor, que en otra parte se refiere a sí mismo como "de los mínimos de sus conterráneos", una oportunidad de un supuesto y ambivalente abolengo, en cierta forma paralelo al origen mítico de los antepasados del Emperador. Así, la referencia a Martos es realmente ambigua: permite tangencialmente (por ejemplo, nunca se dice de quien es patria) introducir una crítica indirecta a los efectos de la política imperial y, a la vez, hacerse de una genealogía, y la idea probablemente le surgiría en Venecia, después de su encuentro con Navagero. En efecto, la licencia papal para la impresión de *el modo,* fechada n Roma, 1526, no incluye la identificación del sacerdote con *oppidum Martos.* En cambio, en el *finis* del tratado, fechado en el 10 de febrero de 1529[64], ya parece la identificación. Asimismo en el *Spechio vulgare per li Sacerdoti*

---

64 Recuérdese que Ugolini estipula la fecha en 10 de febrero de 1530. Cfr. **UGOLINI, Francesco A.** (1974-1975). Nuovi dati intorno alla biografia di Francisco Delicado desunti da una sua sconosciuta operetta (con cinque appendici e otto tavole fuori testo…). En: Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia. Università degli Studi di Perugia", XII (1974-1975), págs. 443-616. Cita en pág. 458.

> *che administranno li Sacramenti [.....]* (Roma, 1525), otra obra de Delicado, el autor aparece como cura de la parroquia romana Santa Maria in Posterula, sin ninguna mención de Martos. En cambio, los demás textos de Delicado producidos en Venecia, casi todos llevan una referencia a Martos.

Creo que Andrea Navagero era amigo de Francisco Delicado (Juan del Encina) y el texto con respecto a Martos en el libro de Navagero es como sigue[65]:

> El día diez fuimos a Mártos, que dista de Alcaudete tres leguas; se pasa en el camino con río llamado *Bívora,* por un castillo inmediato del mismo nombre, y otro río salado del cual se provee Mártos. Mártos fue colonia romana, y según se infiere de muchas lápidas que allí se encuentran, se llamaba *Tucci,* y los habitantes *tuccitanos;* hablando de ella dice Plinio: *Tucci cognomine Auguta Gemella;* en algunas lápidas encontramos no sólo el nombre, sino el *cognomen.*

Veamos también lo que escribió Francisco Delicado en su *El modo de adoperare el legno de India Occidentale*[66]:

> Siendo venido en esta ínclita ciuidad de Venecia después de la dispersión de los eclesiásticos que en Roma nos hallamos, hallé que vn magnífico embaxador d'esta prudentíssima et serenísima Señoría, que en España era estado, truxo el libro del señor Ouiedo, y porque me pareció que dize mui bien en todo, máxime d'este legno santo come el precedente capítulo suyo, y púselo en mi obra porque en este legno da muncha autoridad de la nuestra lengua romance. Y porque su Magnificencia estuuo ansimismo en mi tierra, y traxo la copia de los epitaphios, que antiguamente allí dexaron los romanos, demonstrando la grandeza de la felicíssima

---

65 **NAVAGERO, Andres** (1983). Viaje por España (1524-1526). Traducido y anotado por Antonio María Fabie. Ediciones Turner, Madrid. Págs. 65-66

66 **DAMIANI, Bruno M.** (1970-1971). Francisco Delicado. El modo de adoperare el legno de India Occidentale a critical transcription. En: Revista Hispánica Moderna, XXXVI, págs. 251-271. Cita en págs. 265-266

> patria que allí fue en quella fortíssima peña que agora se dize Martos porque miraculosamente Santa Martha delibró aquellos pópulos de vn ferocíssimo serpiente criado sota la peña la sierpe a los quales pueblos Tolomeo llama Tuci[tanos]. Estos epitaphios lo prueuan. Por tanto escriuí aquí tres, el primero que está escrito en la misma peña, ouero Monte lapideo a la fuente Santa Martha; el otro, en la ylesia de Santa Martha que antiguamente era el templo del fortíssimo planeta Marte como parece en esta efigie aquí figurada; el tercero, èn el foro a la fuente de la república Tucitana.

El embajador de Venecia, Andrea Navagero, estuvo en Mártos y Granada en la corte del emperador Carlos V, el mes de mayo hasta diciembre de 1526[67]. Durante las fiestas de la boda del emperador Carlos V con la emperatriz, Andrea Navagero (1483-1529), amigo de Pietro Bembo (1483-1529), tuvo tiempo a ver a Juan Boscán y su amigo Baldosare Castiglione (1478-1529)[68]. En estas fechas también se vieron Alfonso de Valdés, Pedro Mártir de Anglería, Lucio Marineo Sículo y el mismo Castiglione, Navagero murió en Blois de Francia, donde era embajador de su ciudad natal, dejando sólo unos cuantos escritos y poesías[69]. En el tiempo del Papa León X Navagero igual como Pietro Bembo y Baldassare Castiglione, pertenecían a la Academia romana, regentada por el secretario de León X. De allí la temprana amistad entre ellos en el vaticano[70]. Comprendemos ahora enseguida que Juan del

---

[67] **NAVAGERO, Andres** (1983). Viaje por España (1524-1526). Traducido y anotado por Antonio María Fabie. Ediciones Turner, Madrid. Págs. 65-66

[68] **VEGA, Garcilazo de la** (2003). Poesías castellanas completas; edición, introducción y notas de Elías L. Rivers, Madrid. Pág. 14

GARCÍA DE LA CONCHA, Victor (1999). Historia de España Menéndez Pidal. Tomo XXI. La cultura del Renacimiento (1480-1580). Madrid: Esposa-Calpe. Pág. 634

[69] **GREGOROVIUS, Ferdinand** (2003). Roma y Atenas en la edad media y otros ensayos. México: Fondo de Cultura Económica. Pág. 159

[70] **GREGOROVIUS, Ferdinand** (2003). Roma y Atenas en la edad media y otros ensayos. México: Fondo de Cultura Económica. Pág. 135 y 294.

Encina también conocía a estos humanistas italianas y tuvo amistad con ellos.

Nuestra hipótesis es que Francisco Delicado es el seudónimo para Juan del Encina. Pues sabemos que entre los años 1526 y 1529 Juan del Encina estaba en España y seguramente allí tuvo ocasión de encontrarse con su amigo, el embajador Navagero. ¿Cuándo tuvo lugar este encuentro entre Juan del Encina y Andrea Navagero? Me parece que debió ser en el año 1527, cuando Navagero se hallaba en Paredes de Nava, desde el 30 de agosto hasta el 15 de octubre. Suficientes días para que Encina pudiese correr en caballo la distancia de unos 100 km. También es posible que Encina le viera en Valladolid, donde la corte de Carlos V estuvo entre el 10 de enero de 1527 hasta el 24 de agosto[71].

Puede ser que el mismo Andrés Navagero[72] le ayudó a Encina en tiempos pasados con libros de la imprenta de Zaragoza, porque este embajador conocía muy bien la importancia de la imprenta de Jorge Coci en Zaragoza y otorgó a la ciudad el título de "la harta". Curiosa es la carta de Navagero, escrita en Toledo en 12 de septiembre de 1525, donde se revela su conocimiento del libro de caballería *Primaleón*[73].

> Os envio, hermano Juan Bautista, con el magnífico Micer Gaspar Contarini, el *Primaleon* que me encargasteis.

---

[71] **NAVAGERO, Andres** (1983). Viaje por España (1524-1526). Traducido y anotado por Antonio María Fabie. Ediciones Turner, Madrid. Págs. 79-80

[72] **NAVAGERO, Andrea** (1524-1526). Viaje a España del magnífico señor Andrea Navagero, Embajador de la República de Venecia ante el Emperador Carlos V. Citado por **RUIZ LASALA, Inocencio** (1975). Historia de la Imprenta en Zaragoza con noticias de las de Barcelona, Valencia y Segovia. Zaragoza, pág. 61

[73] **NAVAGERO, Andres** (1983). Viaje por España (1524-1526). Traducido y anotado por Antonio María Fabie. Ediciones Turner, Madrid. Págs. 108-114

Es muy posible que Juan del Encina también viera a Alonso de Valdés, el secretario del rey Carlos V, durante la estancia de ése en la corte en las ciudades de Valladolid (1527), Palencia (verano1528) y Burgos (otoño 1528). Éste estaba preparando entre 1527 y 1529 sus dos obras, el *Diálogo de Lactancio y un Arcediano o Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, y el *Diálogo de Mercurio y Carón*. Son discursos en los que defiende la política del emperador Carlos V y glorifica el pensamiento erasmista. De Alonso de Valdés podía tener información exacta de las cosas que había ocurrido en Roma en el año 1527.

Otra noticia interesante de Damiani es que éste cree que Francisco Delicado naciera en la diócesis de Córdoba, y no en la Peña de Martos, como dicen los impresores de sus obras[74]. Se debe el descubrimiento de este hallazgo a Pascual de Gayangos[75], hacia el año 1857.

En el mamotreto XLVII vemos:

- Señor Silvano, ¿qué quiere decir que el autor de mi retrato no se llama cordobés, pues su padre lo fue, y él nació en la diócesi?
- Porque su castísima madre y su cuna fue en Martos, y como dicen: "no donde naces, sino con quien paces".

Podría ser que aquí Francisco Delicado quisiera decir indirectamente el nombre de su padre. Dice que su padre era Cordobés y sabemos que el nombre de Lucena corresponde a un pueblo cerca de Córdoba. Indirectamente dice por lo tanto que su padre se llama Lucena. El hecho de que nació en la

---

[74] **DELICADO, Francisco** (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani. Pág. 10

[75] **GAYANGOS, Pascual de** (1857). Libros de caballerías, con un discurso preliminar y un catálogo razonado - Madrid, - Enc. - XCII, 580p - Son tratados "Amadís de Gaula" y "Las Sergas de Esplandián"- 17 X 26 - (M. RIVADENEYRA / Bibl. de Autores Españoles, desde la Formación del Lenguaje hasta Nuestros Días)



diócesis puede implicar que su padre fuera un eclesiástico y el verbo nacer (nació) podría significar indirectamente "engendrar". De momento estos datos corresponden a nuestro protonotario, Juan Ramírez de Lucena. Una cosa es "engendrar" y otra cosa es "nacer" y no veo nada claro que Francisco Delicado realmente nació en Andalucía; todo es muy confuso. Ruth Pike piensa que el origen de Francisco Delgado es de un cristiano nuevo, a pesar de que no existen documentos que lo prueban. La evidencia circunstancial, sus conocimientos de las costumbres de los conversos y su percepción íntima de los sentimientos tal como reflejados en La Lozana apunta fuertemente en esta dirección[76].

Contundente en su análisis es José Luis Canet Vallés[77] que afirma: «Pero tanto los versos finales de las *Sergas de Espandián* como los de *La Celestina* parece que sobrepasan los simples comentarios de los correctores de imprenta de su época, pareciendo más un poema laudatorio de un amigo del autor o de un "intérprete", que una "epístola al lector" de los correctores, en la cual cualquier supervisor de la impresión declararía la imposibilidad de corregir todas las erratas...». Segun López Castro[78] el personaje trágico de Rojas, con su aura sexual y económica, influyó de manera decisiva en *la Lozana andaluza* (1528), de Francisco Delicado, y en la aparición del género picaresco. También La Celestina, tal

---

[76] **PIKE, Ruth** (1969). The Conversos in La Lozana andaluza. En: Modern Languages Notes, 84-2. Págs. 304-308. Cita en pág. 305

[77] **CANET VALLÉS, José Luis** (2000). Prólogo en Tragicomedia de Calisto y Melibea. Valencia : Vicent Garcia ; [Madrid] : Biblioteca Nacional Reprod. facs. de la ed. de : Valencia : Juan Joffre, 1514. Págs. 32-33.

[78] **LÓPEZ CASTRO, Armando** (2001). El motivo de la vieja bebedora: Celestina y María Parda. En: La Celestina V Centenario (1499-1999). Actas del Congreso Internacional. Salamanca, Talavera de la Reina, Toledo, La Puebla de Montalbán, 27 de septiembre a 1 de octubre de 1999. Edición cuidada por Felipe B. Pedraza Jiménez, Rafael González Cañal y Gema Gómez Rubio. Universidad de Castilla-La Mancha. Págs. 391-401. Cita en pág. 399

como observa Patrizzia Botta[79], vibra en la Lozana". José A. Hernando Ortiz dice en este sentido[80]:

> El caso caro de la *Lozano*, ni es caso, ni es raro, sino que aparece como una consecuencia y reacción ante *La Celestina,* siendo un libro que literariamente tiene como modelo, un contramodelo, o la negación del ejemplo sentado por *La Celestina,* aunque esta misma negación prueba la dependencia de nuestro autor ante la obra de Rojas.

Ugolini después de un profundo estudio estima que incluso la obra de "Lozana andaluza" fue publicada en 1530 y este es el año de impresión de la obra[81]. Este dato es de sumo interés, porque en la obra de Lozana Andaluza falta, igual que el nombre del autor y lugar, también la fecha y muchos autores habían estimado de ser una obra impresa en 1528 en Venecia[82]. Ciudad de pegado que en 1490 tuvo al menos 300.000 habitantes, de los cuales 11.654 eran cortesanas ocupando los prostíbulos de dicha ciudad[83]. Ugolini no puede creer en una fecha de 1528, porque realmente no hay lógica

---

79 **BOTTA, Patrizia** (2002). La Celestina vibra en "la Lozana". En: *Cultura Neolatina,* núm. 62 (2002), págs. 275-304.

80 **BUBNOVA, Tatiana** (1987). F. Delicado puesto en diálogo: las claves bajtinianas de 'La lozana andaluza', México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. Pág. 74

81 **UGOLINI, Francesco A.** (1974-1975). Nuovi dati intorno alla biografia di Francisco Delicado desunti da una sua sconosciuta operetta (con cinque appendici e otto tavole fuori testo…). En: Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia. Università degli Studi di Perugia", XII (1974-1975), págs. 443-616. Cita en pág. 458. Citado por **ALLEGRA, Giovanni** (1976). Sobre una nueva hipótesis en la biografía de Francisco Delicado. En: Boletin de la Real Academia Española. 1976-LVI, págs. 523-535. Cita en pág. 524
"Recuerdo que Juan del Encina salió de León con rumbo desconocido en 1529".

82 **ALLEGRA, Giovanni** (1976). Sobre una nueva hipótesis en la biografía de Francisco Delicado. En: Boletin de la Real Academia Española. 1976-LVI, págs. 523-535. Cita en pág. 523

83 **REYES, Alfonso** (1957). Capítulos de literatura española: (primera y segunda serie). De un autor censurado en el "Quijote". Páginas adicionales. La casa de España en México. Págs. 249-256. Cita en pág. 249



que un autor, desconocido en una ciudad donde acaba de refugiarse, pudiese escribir un libro tan largo y tan bien hecho. Vemos que Francisco Delicado se refiere a otro libro, el de "*De consolacione infirmorum"*, escrito para entretener o consolar la pasión melancólica que su enfermedad le produjo[84]. Este libro hasta ahora no se ha encontrado y debería entonces existir antes del año 1530 cuando Delicado publicó su "Lozana andaluza" en Venecia. Según afirman Toda[85] y Palau[86] la obra *De consolatione infirmorum* consta como obra del año 1549, pero entonces debería ser una segunda edición. Por otro lado Ugolini halló otro libro de Francisco Delicado, en este caso un libro religioso llamado *"Spechio vulgare per li Sacerdoti",* que Delicado compuso en italiano para religiosos forasteros, y cuyo libro solo se conocía por Toda[87] y Palau en su *Manual del librero*.

Es muy extraño que un refugiado de Roma pudiera imprimir en tan breve tiempo un libro de larga composición, de un autor desconocido. La verdad no puede ser otra que en Venecia Francisco Delicado no era un desconocido. En este sentido es interesante lo que comenta Damiani con respecto a un grabado en el mamotreto XXXVII de la Lozana Andaluza, que también

---

84 **MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino** (1943). Orígenes de la Novela, tomo IV. Consejo superior de investigaciones científicas, Madrid. Págs. 50 y 51

85 **TODA, Eduard** (1927-1931). Bibliografia espanyola d'Itàlia: dels origens de la impremta fins a l'any 1900. Escornalbou: Vidal-Güell, 1927-1931. 5 v. Cita en tomo II, pág. 1443. Citado por **ALLEGRA, Giovanni** (1976). Sobre una nueva hipótesis en la biografía de Francisco Delicado. En: Boletin de la Real Academia Española. 1976-LVI, págs. 523-535. Cita en pág. 530

86 **PALAU Y DULCET, Antonio** (1923-1927). Manual del librero hispano-americano: inventario bibliográfico de la producción científica y literaria de España y de la América latina desde la invención de la imprenta hasta nuestros días, con el valor comercial de todos los artículos descritos. Tomo IV, pág. 349. Citado por **ALLEGRA, Giovanni** (1976). Sobre una nueva hipótesis en la biografía de Francisco Delicado. En: Boletin de la Real Academia Española. 1976-LVI, págs. 523-535. Cita en pág. 530

87 **TODA, Eduard**. Bibliografia espanyola d'Itàlia: dels origens de la impremta fins a l'any 1900. Escornalbou: Vidal-Güell, 1927-1931. 5 v.



se halla por primera vez en una edición veneciana de *La Celestina,* en el año 1523, que aparentaba haber sido hecha en Sevilla[88]. El mismo grabado se halla otra vez en *La Celestina* de 1531, obra impresa por el librero Juan Bautista Pederzano, y algunos años más tarde en La Celestina de 1534, impresa en Venecia por Estephano de Sabio. En esta última edición de *La Celestina* hay en la introducción (págs. 213-215) una muestra de Francisco Delicado sobre la pronunciación española[89]. Según Gallina[90] el texto de la portada del año 1531 es como sigue:

> Tragicomedia de Calisto y / Melibea en la qual se côtiene de mas de su / agradable et dulce estilo; muchas sentêcia / filosofales e auisos muy necessarios para mâcebos: mostrâdoles los engaños q esta / encerrados en seruientes et alcahuetas: et / nueuamëte añadido el tractado de Cêturio. Alla fine: El libro presente agradable atodas las extrañas na/ciones fue enesta inclita ciudad de Venecia. Reim / preso por miser Juan batista Pedresano mercader de libros que tiene por enseña Tore: junto al puente / de Rialto dôde esta su tiêda o botica de diuersas obras / y libros apeticion y Ruego de muy muchos magni/ficos señores desta prudentissima señoria. Y de otros / munchos forasteros los quales como que el su muy d/licado y polido estilo los agrade y munchos mucho la / tal comedia amê maxime enla nuestra lengua Roman/ce Castellana q ellos llaman española q cassi pocos la ygnoran y porque en latin ni enlengua Ytaliana no / tiene e puede tener aquel impresso sentido que ledio / su sapientissimo autor: y tambien por gozar de su encubi/erta doctrina encerada debaxo de su grande y

---

88 Salvá, Foulché-Delbosc y Prince Essling estaban de acuerdo que este libro se imprimió en Venecia y no en Sevilla. **PENNEY, Clara Louisa** (1954). The book called Celestina in the library of the Hispanic Society of America. Pág. 41

89 **PENNEY, Clara Louisa** (1954). The book called Celestina in the library of the Hispanic Society of America. Pág. 41 Citado por **DAMIANI, Bruno M.** (1969). La Lozana andaluza: bibliografía crítica. En: Boletón Real Academia Española, XLIX – cuaderno CLXXXVI, enero-abril. Págs. 117-139. Cita en págs. 117 y 118.

90 **GALLINA, A.** (1962). L'attività editoriale di due spagnoli a Venezia nella prima mettà del '500. En: Studi ispanici. Volumen I, Università degli Studi di Pisa. Studi di Filologia moderna. Feltrinelli editore, 1962-1. Págs. 69-91. Cita en págs. 78-79



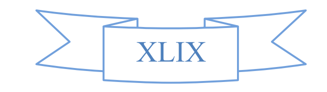
> marauilloso ingenio assi que auiendole hecho coregir de mû/chas letras que tras trocadas estauâ (ya de otros estâ/padores) lo acabo este año del Señor de, 1531, a dias / 14 de Otobre. Reinando el inclito y serenissimo Príncipe miser Andrea Grisi Duque clarissimo. / / El coretor que es dela peña de martos solamente cor/rigio las letras que malestauan. // Finis. (Madrid, Bibl. Nacional R 12435). Altra edizione: Venezia, 1534. Estephano da Sabio (Madrid, Bibl. Nacional R 2877).

Observamos que Francisco Delicado se refiere a la "encubierta doctrina" en el texto de la portada, arriba mencionada. Según Henk de Vries, había dos personas que sabían los códigos secretos de *La Celestina.* Uno de ellos era precisamente Francisco Delicado. Termina De Vries su artículo diciendo[91]:

> Hará falta también un estudio más detenido de las estructuras aritméticas que Delicado escondió en su novela. Aparte de lo que estas estructuras contribuyen a la interpretación integral del *Relato,* son de máximo interés porque atestiguan, treinta años después de aparecer *La Comedia,* que el mensaje secreto de *La Celestina* no pasó inadvertido, sino que lo descifraba y comprendía un círculo de lectores al cual pertenecía y para el cual escribía Francisco Delicado. El testimonio de las estructuras aritméticas del *Retrato*-necesariamente encubierta, porque expresa un mensaje "subversivo", dirigió contra los que pueden suprimir la expresión libre del pensamiento- confirma la alusión expresa que hizo su autor a la "encubierta doctrina" de *La Celestina.* A los buenos entendedores para quienes escribía no les escaparía la señal que les hacía el autor al escribir en el Argumento que "solamente gozará d'este retrato quien todo lo leyere".

---

[91] **VRIES, Henk de** (1994). ¿Quién es La Lozana?. En: Celestinesca, 18.1, págs. 51-73. Cita en pág. 68
VRIES, Henk de (2001). Knisters en Goziedemij "*La Celestina".* Athenaeum-Polak & Van Gennep, Ámsterdam. Págs. 345-346. Con gracias a mi buen amigo Rob Jansen de Ámsterdam que me indicó esta valiosa referencia y me facilitó generosamente esta edicón holandesa.



En un fragmento de la "Introducción en La Celestina" aconseja Delicado como se debe pronunciar la lengua española. Este consejo se atribuyó durante muchos años a Alfonso de Ulloa, pero era realmente de Delicado[92]:

> Assendo poca diferencia entre la Ytaliana lengua con la española, brevemente se nos da a entender en qué sílabas y en qué letras discrepa la una con la otra (…) La dificultad está en saber pronunciar cada una de estas sobrepuestas letras, las quales a mi ver, sería cosa más razonada oyrlas para pronunciar según que se oyen.

Penny[93] veía ya a Francisco Delicado en el ambiente de la Universidad de Salamanca y en relación con Rojas y Luis de Lucena, cuando afirmaba:

> A fellow-student of Delicado and of Rojas at Salamanca should have been Luis de Lucena, son of the prothonotary. There the son's *Repeticion de amores e arte de axdres* was printed about 1994-95.
> ...Seemingly, Rojas also possessed a copy (no. 37 of his library) of this "survey of anti-feminist opinio".

En julio de 1534 se imprimió en Venecia una edición de La Celestina con «introducción que muestra el Delicado a pronunciar la lengua española». Sin embargo, en esta edición falta la predilecta añadidura sobre el vicariato y la patria chica del autor. Y con razón se pregunta ahora Allegra si aquello quiere decir que había muerto o simplemente que se había ido de Venecia[94].

---

92 **DELICADO, Francisco** (1985). La Lozana andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra, Taurus Ediciones, Madrid. Pág. 53

93 **PENNEY, Clara Louisa** (1954). The book called Celestina in the library of the Hispanic Society of America. Pág. 126

94 **DELICADO, Francisco** (1985). La Lozana andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra, Taurus Ediciones, Madrid. Pág. 54

La Lozana Andaluza esta escrito en el mismo estilo que la Tragicomedia. Delicado insiste en que se tiene que leer la obra entera y luego dice: "no quiero que ninguno añada ni quite; que si miran en ello, lo que al principio faltase hallará al fin". Podría de esta manera haber un mensaje secreto de este judeoconverso. Tiene ya todo el aspecto de escribir en este lenguaje tan místico como se solía hacer con la *Comedia* y *Tragicomedia de Calisto y Melibea.*

Si Delicado fuera discípulo de Antonio de Nebrija en Salamanca, entonces esto ocurriría entre los años 1475 – 1486[95], cuando Nebrija estaba en Salamanca, porque en el período 1487-1504 Nebrija estaba ausente, volviendo a Salamanca en el año 1505, hasta 1513. Esto implicaría también que Francisco Delicado, alias de Juan del Encina, era entonces, al menos, unos 10 años mayor que Fernando de Rojas. Si estudiara con Nebrija, por ejemplo en el año 1485, entonces Delicado pudiera haber tenido unos 17 años y su nacimiento entonces fue el año 1568. La mayoría de los autores piensan que Delicado nació después del año 1480. Uno de los autores que cree en una fecha anterior al de 1480 es Vilanova[96].

Sin embargo Menéndez Pelayo era muy crítico con él y opina que Delicado se había aprovechado poco de Nebrija: «Pero no creo que se aprovechase mucho de la doctrina de tan excelente maestro, ni que llegase a ser nunca un verdadero humanista. Su arqueología es popular y del gusto de la Edad Media; su estilo, el de la conversación, no el de los libros; rara vez cita autores clásticos. Quizá su relativa incultura le libró de

---

95 **BONMATI SÁNCHEZ, Virginia** (1998). El humanista Juan del Encina, discípulo de Antonio de Nebrija. En: Studia philologica valentina, Nº 3, págs. 113-120

96 **DELICADO, Francisco** (1952). La Lozana andaluza. Edición de A. Vilanova, Barcelona, pág. XII.

pedanterías y afectaciones, que en su tiempo eran frecuentes, pero en cambio rebajó su ideal artístico hasta un punto que apenas pertenece a la literatura[97]». Observa nuestro gran genio literario que Delicado en su libro de Lozana andaluza no muestra conocimiento de los clásicos con excepción del *Asno de Oro* de Apuleyo[98], un cuento del siglo II donde tampoco faltaba Cupido armado con saetas[99].

También José A. Hernández Ortiz[100] señala la relación entre el *Retrato de la Lozana andaluza* con la obra *Asno de oro* y las correspondencias entre el *Elogio de la locura* de Erasmo y el *Retrato.* Francisco Delicado se siente solidarizado con las ideas de Erasmo y los alumbrados[101]:

> La relación entre Erasmo y Delicado se reduce a una serie de coincidencias: ambos estuvieron en Roma y ambos observaron su decadencia y corrupción. Esta visión inspiró a los dos escritores, que dejaron testimonio de ella: Erasmo en su *Elogio de la Locura* y Delicado en *La Lozana.* Pero es justo notar que una diferencia esencial entre ambos es su posición con respecto a esa depravación romana. Para Erasmo, pensador de enorme talla e influencia, es un objeto de reflexión moralizante y generalizadora. Para Delicado, clérigo ordinario sin educación mansita, es su vida misma, y poco se para a pensar en los porqués de tanta maldad. Los escritos de

---

97 **MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino** (1943). Orígenes de la Novela, tomo IV. Consejo superior de investigaciones científicas, Madrid. Págs. 48-49

98 **MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino** (1943). Orígenes de la Novela, tomo IV. Consejo superior de investigaciones científicas, Madrid. Pág. 56

99 **GIL, Juan** (1986). Apuleyo y Delicado: el influjo de El asno de oro en La Lozana Andaluza. En: Habis, XVII, pp. 209-220

100 **HERNÁNDEZ ORTIZ, José A.** (1974). La génesis artística de "La Lozana andaluza". Ed. Ricardo Aguilera, Madrid. Citado por **BUBNOVA, Tatiana** (1987). F. Delicado puesto en diálogo: las claves bajtinianas de 'La lozana andaluza', México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. Pág. 74

101 **GARCIA-VERDUGO, María Luisa** (1994). La Lozana andaluza y la literatura del siglo XVI. La sífilis como enfermedad y metáfora. Editorial Pliegos, Madrid. Págs. 40-41

> Erasmo son una abstracción: los de Delicado quieren ser un reflejo fiel de realidad.

Del Obispo de Córdoba, Alonso Manrique (1516-1523), nombrado Inquisidor General en 1523, Francisco Delicado habla con ironía[102]:

LOZANA.- ¿Quién es éste? ¿Es el Obispo de Córdoba?
RAMPÍN.- ¡Ansí viva mi padre! Es un obispo espigacensis de mala muerte.
LOZANA.- Más triunfo lleva un mameluco.
RAMPÍN.- Los cardenales son aquí como los mamelucos.

Igual como Juan de Encina, nuestro autor también intentaba obtener un beneficio de la iglesia, pero en vez de un lugar en España, ahora en Italia. Esto finalmente consiguió Delicado entre los años 1529 y 1533, tal como nos indica Damiani[103]:

> Esto se puede comprobar en el hecho de que la publicación de su obra *El modo de adoperare el legno de India* (Venecia, 1529), todavía lleva el nombre del autor con el título "prete de oppido Martos", y solamente se le atribuye el vicariato del Valle de Cabezuela en la impresión veneciana del *Amadis*, 1533 y en la del *Primaleón*, 1534.

Durante mi investigación ya sabía que Juan de Encina se fue a Roma y seguramente pudo contar con la ayuda de Juan Ramírez de Lucena. También se fue a Roma Francesch Vicent y también es posible que aquí también pudiera contar con apoyo del protonotario. Desde el principio vi un tipo de conexión entre Francisco Delicado y Juan de Encina. Sin embargo, estos resultados de mi investigación no son nada

---

[102] **DELICADO, Francisco** (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani. Pág. 62

[103] **DELICADO, Francisco** (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani. Pág. 11

nuevos, ya que hace años había observado Alfonso Reyes[104] un tipo de colaboración o amistad entre ellos, cuando remarcó que Juan de Encina y Francisco Delicado se conocieron en la Ciudad Santa. Reyes[105] trató de ver la precedencia literaria de la Garza Montesina, famosa mujer en la Lozana Andaluza, y la halló en el villancio de Juan del Encina de la Cancionero General en 1496. El texto es como sigue[106]:

Montesina era la garza, y de muy alto volar: no hay quien la pueda tomar. Mi cuidoso pensamiento ha seguido su guarida, mas cuanto más es seguida tiene más defendimiento; de seguirla soy contento por de su vista gozar: no hay quien la pueda tomar. Otros muchos la han seguido pensando poder tomalla, y a quien más cerca se halla tiene más puesto en olvido; harto paga lo servido	Si la sigo por halago, no me cree mi deseo, y por mal perdidos veo os servicios que le hago; quiérole pedir en pago me deje suyo llamar: no hay quien la pueda tomar. Y pues de tan alta suerte la hizo Dios en extremo, de ningún peligro temo si es contenta con mi muerte; puede con su fuerza fuerte

104 **REYES, Alfonso** (1957). Capítulos de literatura española: (primera y segunda serie). De un autor censurado en el "Quijote". Páginas adicionales. La casa de España en México. Págs. 249-256. Cita en pág. 251

105 **REYES, Alfonso** (1945). La Garza Montesina. En: Capítulos de literatura española, 2ª edición, México. Págs. 91-99.
REYES, Alfonso (1963). Un enigma de «La Lozana andaluza ». Studia Philologica. Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso por sus amigos y discípulos con ocasión de su 60.º aniversarios – Tomo III. Pág. 153

106 **ENZINA, Juan del** (1496). Cancionero General. Págs. XCVv – XCVIr. Reproducida en facsímile por la Real Academia Española en Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1928 (reimp. Madrid, Arco/Libros, 1989).

en sólo querer mirar: no hay quien la pueda tomar. Nunca vi tanta lindeza ni ave de tal crianza, mas a quien tiene esperanza muéstrale mucha esquiveza; puede bien con su belleza todo el mundo cativar: no hay quien la pueda tomar. Tiene tan gran hermosura y es tan noble y virtüosa, que en presencia nadie osa descubrirle su tristura; es de dichosa ventura el que sirve en tal lugar: no hay quien la pueda tomar. El que más sigue su vuelo, le parece muy más bella: por sólo gozar de vella el trabajo le es consuelo; su mirar pone recelo porque calle el desear: no hay quien la pueda tomar.	ligeramente matar: no hay quien la pueda tomar. No quiero sino fatiga, soy contento ser penado, pues que quiere mi cuidado que sin descanso la siga; y que pene y no la diga, pues es vitoria penar: no hay quien la pueda tomar. Asi que por muy dichoso me siento por la servir, aunque sienta mi vivir trabajo muy trabajoso; quiero vida sin reposo, por huir de la enojar. ¡No hay quien la pueda tomar!

La Garza Montesina en la "Lozana andaluza" era una mujer hermosa, inalcanzable para Juan de Encina en sus años jóvenes. Pero hay otro indicio que delata una posible previa relación entre esta dama y uno de los autores de la Celestina, el del protonotario Juan Ramírez de Lucena. Como la Garza Montesina, en la Mamotreto LVIII, no halló capa que ofrecer a su criado, todavía le mandó un sayo que fue del protonotario.

LOZANA: Señora, ¿quién osará ir a mi casa? Que luego me matará mi criado. Que le prometió ella misma una capa.

MONTESINA: Capa no hay en casa que se le pueda dar, más mirá si le verná bueno este sayo, que fue del protonotario.

LOZANA: ¡Buen paraiso hay quien acá os dejó!.....

Reyes pensaba que Francisco Delicado y Juan de Encina se conocieron durante su estancia en Roma, ya que ambos frecuentaban el mismo ambiente y que Garza Montesina podía ser una de las más reputadas cortesanas españolas en este ambiente. Sin embargo, el poema de Juan de Encina es del año 1496 y las primeras acciones que se conoce de Francisco Delicado son el año 1513. Por tanto, un lapso de 17 años[107]. Sin embargo, estos datos son otra prueba más de que efectivamente Francisco Delicado conocía perfectamente la obra de Juan de Encina y el ambiente de la Corte. Una prueba más que delata que Francisco Delicado no es otra persona que el mismísimo Juan del Encina.

Igual como en el diálogo vital de *La Celestina,* el amor es el motivo central en *La Lozana andaluza,* donde la moral determina la obra; muerte de los amantes en el caso de *La Celestina* y el saqueo de Roma en el caso de *La Lozana andaluza.* Delicado debía conocer muy bien a La Celestina y lo dice en su obra:

> ..el cual retrato demuestra lo que en Roma passaba y contiene munchas más cosas que la Celestina.

---

107 **DAMIANI, Bruno M.** (1969). La Lozana andaluza: bibliografía crítica. En: Boletón Real Academia Española, XLIX – cuaderno CLXXXVI, enero-abril. Págs. 117-139. Cita en pág 132.

También Francisco Marqués Villanueva ve bastante semejanza en diversos aspectos de la Celestina con los de Lozana Andaluza[108]:

> Si en lo profesional la Lozana se muestra algo más escrupulosa que Celestina, no dejamos de palpar en el amoralismo de tales argumentos el nexo que liga al personaje de Delicado con el de Rojas. Aunque de otro empuje y dimensiones, la vieja alcahueta es también el mismo personaje de religiosidad neutra, amoral por encarnación de un racionalismo implacable y por tanto dentro de una perspectiva española, inconfundiblemente converso. Celestina tenía también su casilla "allá cerca de las tenerías" (Aucto I) y Delicado, agudo entendedor de lo pequeño y de lo grande hubo de ser uno de los primeros en percatarse de los sentidos más íntimos de la obra de Rojas. En su Lozana andaluza, que vale, por su imitación declarada, como un comentario sutil a La Celestina, pretendió aclarar ciertos extremos.

La obra *Ragionamento del Zoppino,* del año 1539, se atribuye a Francisco Delgado, pero Perugini se refiere más bien al veneciano Lorenzo Venier[109]. Interesante es que Apollinaire, en su prólogo a La Gentille Andalouse[110], ve en Pietro Aretino (1492-1556) como un plagiador de Delicado, tal como había observado antes ya el investigador italiano Manzella Frontini[111]. Menéndez y Pelayo observa que "el Aretino no necesitaba lecciones de nadie en semejante materia, y menos

108 **MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco** (1973). El mundo converso de la Lozana andaluza. En: Archivo Hispalense. 1973-CLXXI-CLXXLIII, Págs. 87-97. Cita en págs. 95 y 96

109 **DELICADO, Francisco** (2004). La Lozana andaluza. Edición, introducción y notas de Carla Perugini, Sevilla. Fundación José Manuel Lara. Pág. XL

110 **SADE, Donatien Alphonse François, marquis de** (1912). L'Oeuvre du Marquis de Sade / introduction, essai bibliographique et notes par Guillaume Apollinaire. Paris : Bibliothèque des Curieux, Pág. 3. Citado por **DELICADO, Francisco** (1985). La Lozana andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra, Taurus Ediciones, Madrid. Pág. 20

111 **FRONTINI, Manzella** (1910). La Lozana andaluza, Catania.

del autor oscurísimo de *La Lozana,* a quien nada cita ni en Italia ni en España durante aquella centuria[112].

El cardenal Julio de Médici era en 1520 protector de Pietro de Aretino. En 1523 estuvo con Federico Gonzaga en Mantua. En noviembre de 1524 estuvo en Roma y después de un atentado en julio de 1525 fue herido seriamente y se quedó en Roma hasta octubre de 1525. Es muy probable que en este año Francisco Delicado y Aretino se vieran en Roma. Una vez curado, Aretino se fue el 13 de octubre de 1525 a su amigo Giovanni delle Bande Nere, en Mantua. Tanto el cardenal Julio de Médici y Federico Gonzaga eran buenos amigos de Juan del Encina. Bruno Damián cree en la posibilidad de que Andrea Navagero, otro amigo de Juan del Encina, también fuese amigo de Aretino[113].

Louis Imperiale hizo un estudio amplio sobre Francisco Delicado y Pietro Aretino. El teatro de Juan del Encina se cambia por la vida real. La realidad en la calle se hace visible en la imaginación del lector por la ortografía de la exacta fidelidad auditiva, captada por Francisco Delicado. Con respecto a la obra *La Lozana Andaluza* escrita con la firme intención de orientar la obra hacia la representación teatral, que según mi entender forzosamente nos hace pensar en Juan del Encina, dice Imperiale[114]:

> *La Lozana Andaluza* es una novela dialogada (como lo es *La Celestina*) más apta para ser dramatizada que leída. Delicado pudo alcanzar una fidelidad acústica con efectos muy "realistas" donde se destaca la nota verosímil, gracias a una ortografía "inventada",

---

[112] **MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino** (1943). Orígenes de la Novela, tomo IV. Consejo superior de investigaciones científicas, Madrid. Pág. 54

[113] **DELICADO, Francisco** (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani. Pág. 19

[114] **IMPERIALE, Louis** (1997). La Roma clandestina de francisco Delicado y Pietro Aretino. New York, Peter Lang. Pág. 27



imaginativa, fantasiosa que se adaptaba más a la palabra-sonido (a su masa acústica) que a la palabra escrita, se adecuaba más a una *lingua franca,* lengua bastarda por excelencia que carece de reglas y normas internas.

Otros habían fechado la primera parte de los ragionamenti en 1534, y la segunda en 1536[115], pero sea lo que fuere la posterioridad cronológica de los Ragionamenti está comprobada en la literatura italiana. Allegra dice en este sentido[116]:

> no sólo habla de La Lozana como posible modelo imitado por Aretino, sino que atribuye a Delicado la paternidad del pseudoaretiniano *Dialogo del Zoppino*, y esto porque «ces détails presque macabres, ces descriptions écoeurantes de la crasse, cet étalage malpropre de laideurs féminines, ces méthaphores bizarres, épouvantables, apocalyptiques même, décèlent, à mon sens, un auteur espagnol».

Como he indicado anteriormente, es de suponer que Aretino conocía a Delicado ya en Roma, donde al parecer Aretino estaba entre los años 1517 y 1525. Luego es casi probable que los dos se vieran en la imprenta de Venecia, de donde salieron obras de Aretino, entre ellas la *Cortigiana* y el *Marescalco* (1534 y 1535)[117].

Creo que la *Carajicomedia* fue escrita por Juan del Encina y no por Reinosa[118] y que escritos similares tales como figuran

---

115 **DAMIANI, Bruno M.** (1969). La Lozana andaluza: bibliografía crítica. En: Boletón Real Academia Española, XLIX – cuaderno CLXXXVI, enero-abril. Págs. 117-139. Cita en págs. 120.

116 **DELICADO, Francisco** (1985). La Lozana andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra, Taurus Ediciones, Madrid. Pág. 20

117 **DELICADO, Francisco** (1985). La Lozana andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra, Taurus Ediciones, Madrid. Págd. 19-21

118 **DÍAZ TENA, María Eugenia** (2006). Vicios y virtudes de una Reina. En: Península. Revista de Estudios Ibéricos, Nº. 3, págs. 19-36. Cita en pág. 25

en las *Obras de burlas provocantes a risa* fueron conocidos por Pietro de Aretino. Gracias a este conocimiento y su amistad con Juan del Encina pudo escribir *en* 1524 *Sonetos sobre los dieciséis modos*[119]. Ya en su obra *Coloquio de las Damas* escrita en Venecia en 1534 se nota que Aretino estaba al tanto de *La Celestina*[120]*,* y los libros de *Amadis de Gaula*[121].

Damiani observa que, en cuanto a la figura de la protagonista la Lozana Andaluza, existe un precedente más directo que la Celestina: la lasciva Franquila, que aparece en la anónima Comedia llamada Thebayda (Valencia, 1521)[122]:

> Franquila, como la bella cordobesa, proviene de familia rica, es joven, astuta y sensual: posee su misma mezcla de cinismo y agudeza, sirve de tercera y se entrega a un mercader, en cuya ausencia tiene amores ilícitos con su paje. A más de esto, las circunstancias en que tiene lugar el primer encuentro de Franquila con el pajecillo Amintas, así como la descripción de la escena amorosa que sigue, tiene elementos análogos en la Lozana. Sin embargo, en la obra de Delicado, maestro en el arte de retratar, las circunstancias y escenas, como los personajes que en ellas actúan, adquieren un aspecto verdaderamente realista, singular en la literatura española del siglo XVI.

---

119 **ARETINO, Pietro; CABRERA, Sarandi; BAFFO, Giorgio** (1991). Sonetos lujuriosos & pasquines del aretino. Vintén Editor. Montevideo.

120 **VÍAN HERRERO, Ana** (2003). El legado de "La Celestina" en el aretino español: Fernán Xuárez y su "Colloquio de las damas". En: El mundo social y cultural de la Celestina: actas del Congreso Internacional de la Universidad de Navarra / coord.. por Jesús María Usunáriz Garayoa, ignacio Arellano, págs. 323-354.

121 **ARETINO, Pietro; XUÁREZ, Fernán; LLANAS AGUILANIEDO, J.M.** (1900). Coloqvio de las Damas y la Cortesana del famoso y gran demostrador de vicios y virtudes Pedro Aretino. Madrid, B. Rodríguez serra, Editor, pág. 13

122 **DAMIANI, Bruno M.** (1969). La Lozana andaluza: bibliografía crítica. En: Boletón Real Academia Española, XLIX – cuaderno CLXXXVI, enero-abril. Págs. 117-139. Cita en pág. 129. Citado por **DELICADO, Francisco** (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani. Pág. 15

En el mismo sentido ya se había expresado Vilanova que también vio un influjo de la anónima Thebayda en la génesis de la Lozana Andaluza. Hay semejanza entre el primer encuentro de Franquila con Aminthas y el de la Lozana con Rampín. La primera noche de amor de Rampín y la Lozana se inspira a la entrega de Franquila a Aminthas. Por otra parte Aminthas llevó una noche a su casa a Franquila, mientras Rampín enseña la ciudad a Lozana. Incluso Vilanova rechaza el dictamen de Menéndez Pelayo[123]:

> El volumen de comedias anónimas, publicado en Valencia en 1521, que contenía la comedia Hipólita, la Thebayda y la Seraphina, fue, sin duda alguna, el estímulo decisivo que decidió la creación literaria de la Loçana, y el modelo que se fundió en su espíritu con el influjo de La Celestina para dar origen a una obra absolutamente original pero en el fondo estrechamente vinculada con los anteriores hitos de la comedia celestinesca. En consecuencia, y después de un análisis pormenorizado de las coincidencias y semejanzas que relacionan la obra de Francisco Delicado con la Comedia Thebayda, ya no es lícito aceptar como veredicto inapelable el dictamen de Menéndez Pelayo al afirmar erróneamente que la Lozano carecía de antecedentes literarios. Sin menoscabar en un ápice la originalidad creadora del clérigo cordobés, cabe afirmar que, desde el punto de vista literario, el tipo humano de la Lozana procede de una fusión de la vieja Celestina vuelta a sus años mozos de cortesana astuta y sin escrúpulos, y de la joven Franquila, apasionada y sensual, que encubre su insaciable lascivia y su perfidia de alcahueta bajo un mano de fingida honestidad y de taimada hipocresía. Y, por otra parte, es de todo punto evidente que el tránsito de la tragicomedia de Fernando de Rojas a la novela dialogada de Francisco Delicado sólo se explica por la existencia de un estadio intermedio, correspondiente a la comedia de costumbres rufianesca y licenciosa que tiene su más perfecto exponente en la Comedia Thebayda, en la que se inicia la transformación de la

---

123 **DELICADO, Francisco** (1952). La Lozano andaluza. Edición y prólogo por Antonio Vilanova. Barcelona, págs. XXXIV-XXXVII.

> vieja Celestina, en el tip deo mujer pícara, rufiana y deshonesta, que tendrá su encarnación no superada en la Lozana Andaluza.

Allegra[124] observa que el modelo del Galterio de la Thebayda parece más próximo a otro rufián que aparece fugazmente en el Mamotreto LII y siguientes: Sagüeso.

> Mamotreto LII
> Cómo la Loçana se encontró, antes que entrase en su casa, con un vagamundo llamado Sagüesso, el cual tenía por offiçio jugar y cabalgar de balde, y dize
> SAGÜESSO.- Si como yo tengo a Çelidonia, la del vulgo, de mi mano, tuviesse a esta traidora colmena de putas, yo sería duque del todo. Mas aquel azemilón de su criado es causa que pierda yo y otros tales el susidio d'esta alcatara de putas y alcançía de bobas y alambique de cortesanas. Juro a Dios que la tengo de hazer dar a los leones, que quiero dezir que Çelidonia sabe más que no ella y es más rica y vale más, aunque no es maestra de enxambres.
> LOÇANA.- ¿Dónde is vos por aquí? ¿Hay algo que malsinar o que baratar? Ya es muerto el duque Valentino, que mantenía los haraganes y vagabundos.

El duque Valentino es nadie menos que César Borgia, el hijo de Alejandro VI, cuyas hazañas y crímenes llamaban constantemente la atención en los años del comienzo del siglo XVI y que era amigo de Juan del Encina.

Damiani también se refiere a la *Comedia Serafina* como modelo de enseñar las especialidades culinarias[125]. Allegra señala el parecido del rufián Pinardo de la Seraphina con el

[124] **ALLEGRA, Giovanni** (1985). Lozana Andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra. Taurus Ediciones, Madrid . Pág. 19
[125] **DELICADO, Francisco** (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani. Pág. 15



Rampín Lozanesco; el de los sabrosos pasajes sobre manjares de la cocina y producto de campo andaluses[126].

Ruth Pike[127] observa que el barrio de Pozo Blanco en *La Lozana andaluza* también se halla en la comedia *Soldadesca*[128] de Bartolomé Torres Naharro. También hay una referencia a la Comedia Tinalaria, porque en La Lozana andaluza vemos en la mamotreta XLVII[129]:

> Quiero que me leáys, vos que tenéys graçia, las Coplas de Fajardo y la Comedia Tinalaria [Tinellaria] y a Celestina, que hueglo de oyr estas cosas muncho.

Las Coplas de Fajardo, también conocidas como Carajicomedia[130], están dedicadas al noble caballero Diego Fajardo y atribuidas a la fantasía de un fraile, un tal Bugeo Montesinos[131]. Otras obras pornográfícas similares eran[132]: el *Sermón de amores* de Cristóbal de Castillejos, el *Concilio de los galanes y cortesanas de Roma, invocado por Cupido* de Bartolomé Torres Naharro.

Tanto Torres Naharro como Francisco Delicado tienen en sus obras varios pasajes con palabras extranjeras. En este sentido

126 **DELICADO, Francisco** (1985). La Lozana andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra, Taurus Ediciones, Madrid. Págs 37-38

127 **PIKE, Ruth** (1969). The Conversos in La Lozana andaluza. En: Modern Languages Notes, 84-2. Págs. 304-308. Cita en pág. 304

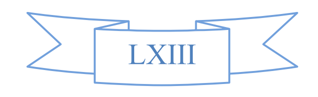
128 **TORRES NAHARRO, Bartolomé** (1517). Propalladia, Nápoles. Edición facsímil: Real Academia Española, Madrid, Tipografía de Archivos, 1936. Serafina, II jornada.

129 **ALLEGRA, Giovanni** (1985). Lozana Andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra. Taurus Ediciones, Madrid. Pág. 34

130 **MONTESINOS, Bugeo** (1519). Cancionero de obras de burlas provocantes a risa (Carajicomedia). Valencia.

131 **ALLEGRA, Giovanni** (1985). Lozana Andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra. Taurus Ediciones, Madrid. Pág. 35

132 **GERNERT, Folke** (1999). Francisco Delicado *Retrato de la Lozana Andaluza* und Pietro Aretinos *Sei giornate.* Geneve. Librairie Droz S.A. Pág. 75



Torres Naharro advierte a sus lectores en el prólogo de la *Propalladia,* de usar algunos vocablos italianos[133]:

> Hallarán en parte de la obra algunos vocablos ytalianos, especialmente en las comedias, de los cuales conuino vsar, hauiendo respecto al lugar y a las personas a quien se recitaron.

Lo mismo ocurre en la obra Lozana andaluza de Francisco Delicado, donde los motivos son similares:

> Y si dizen por qué puse algunas palabras en ytaliano, pudelo hazer escriviendo en Ytalia, pues Tulio escrivió en latin, y dixo munchos vocablos griegos y con letras griegas. (Apología).

La obra Cárcel de amor (1492) también tuvo un posible influjo en la creación literaria de Delicado[134] según Damiani y el mismo autor corrige al gran maestro Menéndez y Pelayo[135]:

> Hay que notar el posible influjo que tuvo aún otra obra, la *Cárcel de Amor* (1492), en la creación literaria de Delicado. Esto es en cuanto se refiere a la intervención del autor en la obra, intervención que se basa, en ambos casos, en la relación íntima del autor con sus personajes. Recordemos que en la *Cárcel de amor* el autor hace el papel de intermediario, de mensajero entre Leriano, el doliente amante desdeñado, y la ingrata Laureola.
> ..En fin, aunque la Lozana nazca de la vida real de sus personajes en el ambiente corrompido y rufianesco de la Roma renacentista, tiene, como obra literaria, un modelo en la estructura dialogada de la Celestina, un precedente de la figura humana de su protagonista en la lasciva Franquila de la Thebayda, y el antecedente novelístico de la intervención del autor en la Cárcel de amor. Así

---

133 **ALLEGRA, Giovanni** (1985). Lozana Andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra. Taurus Ediciones, Madrid. Pág. 34

134 **BUBNOVA, Tatiana** (1987). F. Delicado puesto en diálogo: las claves bajtinianas de 'La lozana andaluza', México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. Pág. 112

135 **DELICADO, Francisco** (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani. Págs. 15-16



> que no es la Lozana andaluza una obra aislada, sin antecedentes literarios, como afirma Menéndez y Pelayo, sino que tiene notables puntos de contacto con la tradicción literaria que la precede.

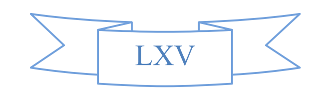
Este hecho no me extraña nada, porque siempre he pensado que la obra Cárcel de Amor es realmente una obra del clan Lucena. Interesante en este aspecto es que tanto Eduardo María de Segovía[136] como Menéndez Pelayo[137], éste de una forma dudosa, atribuyen al Delicado la rarísima edición del Cárcel de amor en el año 1531:

> Está descrita con el número 4.568 en las adiciones al Ensayo de Gallardo (t. IV, cols. 1563-64). Las palabras con que termina este volumen son exactamente las mismas que Delicado solía usar aunque no se expresa su nombre. «Estampado en la ynclita ciudad de Venecia; hizo lo estampar miser Juan Batista Pedrezano, mercader de libros: por importunacion de muy munchos señores a quien la obra y estilo y lengua Romance Castellana muy muncho plaze. Correcto de las letras que trastrocadas estavan; se acabo año del Señor 1531. A dias 20 Noviembris. Reinando el inclito y sereníssimo príncipe miser Andrea Griti, Duque clarissimo. Cum gracia y privilegio del inclito e prudentissimo Senado; a la librería o botecha (botica) que tiene por enseña la Torre junta al puente de Rialto».

---

[136] Carcel de amor compuesto/ por diego de sant Pedro a pedimiento/ del señor Diego hernandez alcayde de los donzeles et de otros cavalleros cor/tesanos: Nuevamente correydo.
SEGOVÍA, Eduardo María de (1916). Introducción all'edizione del retrato de la Lozana Andaluza, Madrid. Pág. XII. Citado por **GALLINA, A.** (1962). L'attività editoriale di due spagnoli a Venezia nella prima mettà del '500. En: Studi ispanici. Volumen I, Università degli Studi di Pisa. Studi di Filologia moderna. Feltrinelli editore, 1962-1. Págs. 69-91. Cita en pág. 77

[137] **MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino** (1943). Orígenes de la Novela, tomo IV. Consejo superior de investigaciones científicas, Madrid. Pág. 54



Ugolini[138] no quiere adjudicar la edición en 1531 de cárcel de Amor a Delicado, porque piensa que estas palabras no son suficientes bases para esta hipótesis. Además no hay lógica que indica su nombre en la edición de Celestina y no en la edición de Cárcel de Amor. Nosotros, en cambio, si creemos en esta posibilidad y tal vez no figura Delicado en esta obra por un olvido o que no tuvo tiempo de corregirla por estar de viaje. Francisco Delicado conocía perfectamente esta obra y la prueba es que hallamos en La Lozana andaluza en una misma frase a Diego de San Pedro hermanado con Rojas[139]:

> CABALLERO.- Monseñor, ésta es Cárcel de Amor; aquí idolatró Calisto, aquí no se estima Melibea, aquí poco vale Celestina.

Es de suponer que Francisco Delicado llevaba consigo esta obra, porque se halla huellas de "Carcel de amor" en la Celestina[140]. Esta obra ya se conocía en Italia, porque se hizo una traducción al italiano por Lelio Manfredi, a ruegos de Isabel de Gonzaga[141], con el fin de poder publicarla en 1515, en Italia.

Nuestro autor, Francisco Delicado, también estaba al tanto de lo que pasaba en Ferrara. Sabía contar que los médicos de Ferrara pagaban a Gonela dos carlines al mes:

> LOÇANA.- ¿Qué más Çelidonia o Celestina que ella? Si todas las Çelidonias o Celestinas que hay en Roma me diesen dos

138 **UGOLINI, Francesco A.** (1974-1975). Nuovi dati intorno alla biografia di Francisco Delicado desunti da una sua sconosciuta operetta (con cinque appendici e otto tavole fuori testo…). En: Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia. Università degli Studi di Perugia", XII (1974-1975), págs. 443-616. Cita en pág. 488

139 **ALLEGRA, Giovanni** (1985). Lozana Andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra. Taurus Ediciones, Madrid. Pág. 33

140 **ALBORG, Juan Luis** (1986). Historia de la literatura española. Editorial Gredos, S.A. Pág. 457

141 **ALBORG, Juan Luis** (1986). Historia de la literatura española. Editorial Gredos, S.A. Pág. 456



carlines al mes, como los médicos de Ferrara al Gonela, yo sería más rica que cuantas mugeres hay en esta tierra.
DIVIÇIA.- Dezíme esso de Gonela.
LOÇANA.- Demandó Gonela al duque que los médicos de su tierra le diesen dos carlines al año. El Duque, como vido que no había en toda la tierra arriba de diez, fue contento. El Gonela, ¿qué hizo? Atóse un paño al pie y otro al braço y fuesse por la tierra. Cada uno le dezía «¿Qué tienes?», y él les respondía «Tengo hinchado esto». E luego le dezían: «Va, toma la tal hierba, y tal cosa, y póntela y sanarás.» Después escrebía el nombre de cuantos le dezían el remedio y fuesse al duque y mostróle cuántos médicos había hallado en su tierra. Y el duque dezía «¿Has tú dicho la tal medizina al Gonela?» El otro respondía: «Señor, sí». «Pues pagá dos carlines, porque sois médico nuevo en Ferrara.» Assí querría yo hazer por saber cuántas Çelidonias hay en esta tierra.

Dicen los distintos autores que es difícil saber cuando exactamente Francisco Delicado entra en Roma. Dos referencias vemos con respecto al año 1512. Se menciona la batalla de Ravena:

> Ansí que, si esto se hiçiese, munchas más vernían y sería como en las batallas, cuando echan delante la gente armada y, a la postre, cuando van faltando éstos, los peones y hombres d'armas, y esles fuerça pelear a ellos y a los otros que esperaban seguir vitoria, que si bien venzen el campo, no hay quien lo regozije como en la de Rávena, ni quien favoresca el plazer que consiguen por ser pocos y solos, que no tienen quien los ayude a levantar.

Y por otro lado, el mamotreto XVII se refiere al papa Julio, cuando Delicado pregunta a Rampín:

> ¿Y a vos no's conosçí yo en tiempo de Julio segundo en Plaça Nagona, cuando sirvíedes al señor canónigo?
> RAMPÍN.- Verdad dezís, mas estuve poco.



Vilanova expuso la posibilidad de que Delicado perteneciera a una familia de judeosconversos[142]. Varios autores creen que Francisco Delicado era el vicario del Valle de Cabezuela, que vivió en Italia desde los últimos años del siglo XV hasta mediar los treinta del sucesivo.

Francisco Delgado conocía bastante autores clásicos y cita diversos autores, entre ellos Séneca, Virgilio, Marcial, Lucano, Cicerón, Avicena y Demóstenes. La influencia más clara viene de Juvenal, Hernando del Pulgar, Torres Naharro, La Celestina, la Comedia Thebayda, Cárcel de Amor y Apuleyo. Particularmente de los seis primeros. Tiene Delicado en común con Bartolomé Torres Naharro (Tinelaria[143] y Soldadesca) de que se expresan las costumbres romanas. Por otra parte, Delicado en la Lozana andaluza no incluye solamente palabras italianas, sino también voces latinas, catalanas (mossén) y portuguesas (boa)[144].

El profesor Márques Villanueva ha destacado el mundo converso de la Lozana andaluza, donde los conversos y andaluces son, precisamente, muchos personajes de La Lozana[145]. Francisco Delicado era este converso que debía sentir una honda admiración por Fernando de Pulgar, uno de los pocos hombres que, igual que Juan Ramírez de Lucena, se atrevió con escritos denunciar el maltrato inquisitorial a los conversos hebreos sevillanos. Francisco Delicado no olvida

---

142 **DELICADO, Francisco** (1952). La Lozana andaluza. Edición de A. Vilanova, Barcelona, pág. XIII. Citado por **DELICADO, Francisco** (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani. Pág. 11

143 **GILLET, Joseph** (1930). Torres Naharro and the Spanish Drama of the 16th Century. En: Estudios Eruditos in Memoriam de Bonilla y San Martín (1875-1926), Volumen 2, págs. 437-468. Cita en pág. 441

144 **DELICADO, Francisco** (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani. Pág. 24

145 **MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco** (1973). El mundo converso de la Lozana andaluza. En: Archivo Hispalense. 1973-CLXXI-CLXXLIII, Págs. 87-97.



hablar de los primeros momentos de la inquisición de Sevilla, en el año 1481[146]:

BEATRIZ.- Señora mía, desde el año que se puso la Inquisiçión.

Se observa el gran conocimiento que tenía Delicado en todos los aspectos. Era el típico judeoconverso sabio, seguramente inocente, que se fue a Roma para sentirse más seguro y realizado. En la Lozana Andaluza también hallamos "el Ropero" (Es parienta del Ropero, conterrana de Séneca, Lucano, Marçial y Avicena) y aquí se refiere Delicado al poeta Antón de Montoro (1404-1480), poeta y converso famoso, cuyo padre fue Alonso de Baena, como sobrino de Juan Alfonso de Baena[147].

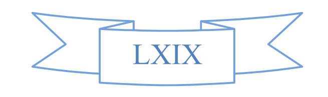
En el *Cancionero general,* del año 1511, se incluyen muchos poemas del Ropero, Antón de Montoro, las cuales por motivos desconocidos desaparecen en las futuras ediciones del *Cancionero general*. Podríamos preguntarnos por qué figuran dichas obras en la edición de 1511 y no años más tarde, en las ediciones de 1514, 1517, 1520, 1527, 1535 y 1540, en España. Seguramente había problemas con la Inquisición y esto intentaremos demostrar con uno de sus poemas[148], el *Aposentamiento en Juvera,* que también se halla en *El Cancionero de obras de burlas provocantes a risa*, en el capítulo 2 de este libro. Es verdad que el *Aposentamiento en Juvera* es una obra con una aguda crítica del aspecto religioso del país y el clan Lucena tenía motivos suficientes para remar

---

146 **MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco** (1973). El mundo converso de la Lozana andaluza. En: Archivo Hispalense. 1973-CLXXI-CLXXLIII, Págs. 87-97. Cita en pág. 90

147 **RAMÍREZ DE ARELLANO, Rafael** (1900). Antón de Montoro y su testamento. **Revista** de Archivos, Bibliotecas y Museos (RABM), 4, págs. 484-489.

148 **ANÓNIMO** (1974). Cancionero de obras de burlas provocantes a risa. Basado en la edición original de Valencia, 1519. Edición a cargo de J.A. Bellón y P. Jauralde Pou. Págs. 27-45



en esta dirección. La obra fue escrita con motivo de la visita del Legado Papal a Castilla, en el año 1473, cuando dicha embajada estuvo durante tres semanas en Álcala[149] y no se puede excluir que fuera una obra de nuestro protonotario Lucena.

El frecuentísimo tópico conocido como *carpe diem* (aprovecha el día) consiste en una invitación a disfrutar del presente sin preocuparse del futuro. Esta invitación al *carpe diem* se halla tanto en la Lozana andaluza como en la Celestina[150] y la comedia Thebayda[151].

Delicado se refiere a "las coplas de Fajardo" y estas coplas se hallan en el *Cancionero de* obras de burlas:

> LOÇANA.- Mi señor, no sea mañana ni el sábado, que terné priessa, pero sea el domingo a çena y todo el lunes, porque quiero que me leáis, vos que tenéis graçia, las copias de Fajardo y la comedia Tinalaria y a Celestina, que huelgo de oír leer estas cosas muncho.

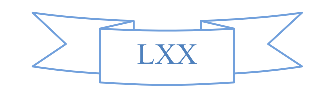
Gracias a estos investigadores sabemos que existe una relación entre *La Celestina* y su obra *El retrato de la Lozana andaluza*. Más sospechoso es aún que este hombre editó dos obras de la Celestina, la del año 1531 y otro del año 1534 y este hecho confirma mis sospechas de que Francisco Delicado es realmente el personaje que estaba buscando en Italia.

---

149 **ANÓNIMO** (1974). Cancionero de obras de burlas provocantes a risa. Basado en la edición original de Valencia, 1519. Edición a cargo de J.A. Bellón y P. Jauralde Pou. Pág. 27

150 **DELICADO, Francisco** (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani. Pág. 14

151 **IZQUIERDO-VALLADARES, Rafael** (1999). El tópico del "carpe diem" en la Celestina y en la comedia Thebaida. En: Revista de Folklore. -- ISSN 0211-1810. -- Valladolid: Obra Social y Cultural de Caja España. -- T. 19/2, 1999-223, Págs. 9-19



Para comenzar, igual que como pasa en la Comedia *La Celestina*, el autor no quiere decir su nombre en la obra *Lozana Andaluza* y las razones se hallan en la Apología[152]:

> Si me decís por qué en todo este retrato no puse mi nombre, digo que mi oficio me hizo noble siendo de los mínimos de mis conterráneos, y por esto callé el nombre, por no vituperar el oficio escribiendo vanidades con menos culpa que otros que compusieron y no vieron como yo.

Según se aprende del libro Primaleón del año 1534, editado en Venecia[153], Francisco Delgado era un vicario del Valle de Cabezuela (Cáceres) y natural de la Peña de Martos.

Recibió Francisco Delicado, en beneficio, el vicariato en la diócesis placentina del Valle de Cabezuela. Justo en este lugar vemos:
- Bernardino López de Carvajal entre 1521 y 1523
- Gutierre Vargas de Carvajal, nacido en Madrid en 1506 y sobrino del cardenal Bernardino de Carvajal, como obispo entre 25 de mayo 1524, hasta 27 de abril 1559.

Es decir, había un muy buen entendimiento entre nuestro autor Francisco Delicado y el cardenal Bernardino de Carvajal.

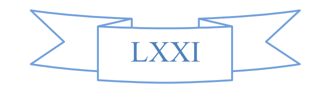
Cervantes conocía la obra de Fernando de Rojas y también la obra de la Lozana andaluza[154]. El estudio de Francisco

---

152 **DAMIANI, Bruno** (1984). Francisco Delicado. La Lozana Andaluza. Edición de Bruno Damiani. Pág. 9

153 De este libro tambien trata **GALLINA, A.** (1962). L'attività editoriale di due spagnoli a Venezia nella prima mettà del '500. En: Studi ispanici. Volumen I, Università degli Studi di Pisa. Studi di Filologia moderna. Feltrinelli editore, 1962-1. Págs. 69-91. Cita en págs. 79-80

154 **BUBNOVA, Tatiana** (1987). F. Delicado puesto en diálogo: las claves bajtinianas de 'La lozana andaluza', México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. Págs. 63-64



Maldonado de Guevara va en esta dirección[155]. En este sentido, Henk de Vries dice que no solamente Francisco Delicado conocía los códigos secretos de *La Celestina,* sino también Cervantes[156]. Se refiere a la criptografía y sabemos que Juan Ramírez de Lucena era un gran experto en esta arte.

Dice Menéndez Pelayo[157] que Torres Naharro tiene algunas afinidades con Delicado, especialmente en una composición bastante licenciosa que no se atrevió incluir en la Propaladia: Concilio de los Galanes y cortesanas de Roma invocado por Cupido (pliego suelto de la Biblioteca de Oporto). De su contexto parece inferirse que fue compuesto en 1515.

La Lozana Andaluza sigue siendo un misterio entre los distintos investigadores. Seguimos sin noticias o menciones de Francisco Delicado entre escritores de su tiempo y esto solamente puede implicar que su nombre sea falso, algo que era costumbre en estos años debido a los brazos largos de la Santa Inquisición[158]. Tampoco parece arriesgado suponer, tal

---

155 **MALDONADO DE GUEVARA, Francisco** (1972). La Lozana andaluza y el Quijote. En: Anales Cervantinos Tomo XI, págs. 1-16.

156 **VRIES, Henk de** (1994). Libro, en mi opinión, divi-»: La comedia y el acto primero. En: Dicenda. Cuaderno de Filologia Hispánica, 1987-6, págs. 235-254.

VRIES, Henk de (2001). Knisters en Goziedemij *"La Celestina".* Athenaeum-Polak & Van Gennep, Ámsterdam. Págs. 346-349. Con gracias a mi buen amigo Rob Jansen de Ámsterdam que me indicó esta valiosa referencia y me facilitó generosamente esta edicón holandesa.

En dicho libro holandés en pág. 440, De Vries nos da dos referencias más en relación con Cervantes y Fernando de Rojas:

VRIES, Henk de (1990). Een eeuwenheugend lied en een roman voor eeuwen. En: André Klukhuhn (red.), *De Eeuwenden 3: Renaissance 1600, Kunst en Literatuur,* Studium General, Rijksuniversiteit Utrecht, págs. 221-252.

VRIES, Henk de (2000). Balads, Literature, and Hitorical Fact ("Voces corren", Celestina, Don Quijote)", En: Jahrbuch für Volksliedforschung, 44, págs. 13-23

157 **MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino** (1943). Orígenes de la Novela, tomo IV. Consejo superior de investigaciones científicas, Madrid. Págs. 62

158 **COSTA FONTES, Manuel da** (2005). The Art of Subversión in Inquisitorial Spain. Rojas and Delicado. En: Celestinesca, Número 29, págs. 247-258



como propone Allegra, una destrucción deliberada y escrúpulos de los ejemplares localizables[159].
Juristas, escribanos y clérigos eran cargos que otorgaban prestigio y poder. El grado de bachiller y licenciado también ayudaba para entrar en este grupo de nobles, alcanzar oficios destacados, ocupar cargos importantes en la corte y adquirir la hidalguía[160].

Loçana….. ¿Qué quiere dezir que el autor de mi rretrato no se llama cordovés, pues su padre lo fue, y él nació en la diócessi?
¿Cómo tenemos que interpretar esta frase? ¿Se refirió el autor con el nombre de su padre al nombre cordovés "Lucena", o sea Juan Ramírez de Lucena? ¿Y con el nacimiento en la diócessi, se quiso referir el autor de que allí Loçana fue engendrado por un clérigo?

La lengua en que escribe Delicado es un tipo del español usado entre los siglos XV y XVI con muchos italianismos y más de un pasaje que aparece en catalán, italiano o latín[161].

---

159 **ALLEGRA, Giovanni** (1985). Lozana Andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra. Taurus Ediciones, Madrid . Pág. 12
Observa este autor: "Recuérdese que en 1540, 1544 y 1550 se sancionó la prohibición de tener y difundir libros «impresos o escritos desde treinta años a esta parte, sin indicación del nombre del autor, del impresor, o sin fecha y sin lugar». *Vid. Jean-Baptiste VINCENT, V. Essai sur l'histoir de l'imprimerie en Belgique, 1867.* Esto edictos tenían validez en todos los países de jurisdicción española. Todos estos detalles sacó Allegra de **UGOLINI, Francesco A.** (1974-1975). Nuovi dati intorno alla biografia di Francisco Delicado desunti da una sua sconosciuta operetta (con cinque appendici e otto tavole fuori testo…). En: Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia. Università degli Studi di Perugia", XII (1974-1975), págs. 443-616. Cita en pág. 448

160 **BOBES, Maire** (1997). Las églogas profanas de Juan Manuel Ximénez de Urrea. En: Teatro, revista de estudios teatrales. Nº 11. Págs. 45-78. Cita en págs. 69-73.

161 **BUBNOVA, Tatiana** (1987). F. Delicado puesto en diálogo: las claves bajtinianas de 'La lozana andaluza', México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. Pág 74



Recientemente, B. Damiani supuso que Francisco López de Úbeda probablemente conociera La Lozana[162].

Lozana piensa retirarse de su oficio y en el siguiente texto se transparenta la actitud de su autor, que siente llegar el fin de su vida y busca un nuevo mundo[163]:

> Vamos …. Al ynsula de Lípari con nuestros pares, y mudaréme yo el nombre, y diréme la Vellida, y assí más de quatro me echarán de menos, aunque no soy sola, que más de quatro Loçanas ay en Roma. Y yo seré salida de tanta fortuna pretérita, continua y futura, y de oyr palabradas de neçios…. Haré como haze la Paz, que huye a las yslas, y como no la buscan, duerme quieta y sin fastidio, pues ninguno se lo da, que todos son ocupados a rromper ramos del sobrescrito árbor, y cogiendo las hojas será mi fin. Estarme he rreposada, y veré mundo nuevo, y no esperar que él me dexe a mí, sino yo a él. Ansí se acabará lo passado, y estaremos a ver lo presente, cojmo fin de Rampín y de la Loçana.

Otra prueba de que el autor se siente al final de sus días, podría ser tal vez el siguiente texto[164]:

> Y esta neçessidad me compleió a dar este rretrato a un estampador por rremediar mi no tener ni poder, el qual rretrato me valió más que otros cartapacios que yo tenía por mis legítimas obras, y éste, que no era legítimo, por ser cosas ridiculosas, me valió a tiempo, que de otra manera no lo publicara hasta después de mis días, y hasta que otrie que más supiera lo emendara.

---

162 **BUBNOVA, Tatiana** (1987). F. Delicado puesto en diálogo: las claves bajtinianas de 'La lozana andaluza', México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. Pág 63

163 **DELICADO, Francisco** (1990). La Lozana andaluza, Madrid. Castalia. Edición de B. Damiani, pág. 245

164 **DELICADO, Francisco** (2007). La Lozana andaluza. Linkgua ediciones, Barcelona. Pág. 247



Tenemos otra curiosa coincidencia entre la obra *Propalladia* de Bartolomé Torres Naharro y la obra *Lozana andaluza* de Francisco Delicado. Resulta que la obra *Propalladia* lleva una carta de Barberius (Mesinierus I. Barberius Aurelianensis) escrita al distinguido humanista francés Josse Bade (Jodocus Badius Ascensius).

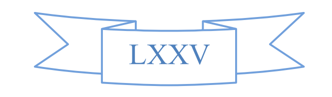
Por otro lado la obra *Lozana andaluza* lleva una ilustración de un barco con varias personas, entre ellos Francisco Delicado. Probablemente Francisco Delicado copió la idea de la ilustración del *Narrenschiff*, tal como consta en la obra de Jodocus Badius del año 1502[165], para su obra la Lozana andaluza. La *stultiferae nauticulue* de Jodocus Badius era un tratado de moral destinado a las mujeres. ¿Tenía Juan Ramírez de Lucena este libro en su posesión? Es chocante, pero hay una conexión con Borgoña, donde nuestro protonotario estuvo más de una vez como embajador. Dice Michel Foucault[166]:

> El Narrenschiff es evidentemente una composición literaria inspirada sin duda en el viejo ciclo de los Argonautas, que ha vuelto a cobrar juventud y vida entre los grandes temas de la mitología, y al cual se acaba de dar forma institucional en los Estados de Borgoña. La moda consiste en componer estas "naves" cuya tripulación de héroes imaginarios, de modelos éticos o de tipos sociales se embarca para un gran viaje simbólico, que les proporciona, si no la fortuna, al menos la forma de su destino o de su verdad. Es así como Symphorien Champier compone sucesivamente una Nef des princes et des batailles de Noblesse en 1502, y después una Nef des Dames vertueuses en 1503; hay también una Nef de Santé, junto a la Blauwe Schute de Jacob van

---

[165] La ilustración del "Narrenschiff" de Badius hallamos en: **SOCIEDAD ESTATATAL** (2002). Erasmo en España: la recepción del humanismo en el primer renacimiento español. Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, Madrid. Pág. 251
DELICADO, Francisco (2004). La Lozana andaluza. Edición, introducción y notas de Carla Perugini, Sevilla. Fundación José Manuel Lara. Pág. XLVIII

[166] **FOUCAULT, Michel** (1964). Historia de la locura en la época clásica. Paris.



> Oestvoren de 1413, del Narrenschiff de Brandt (1497) y de la obra de José Bade, Stultiferae naviculae scaphae fatuarum mulierum (1498). El cuadro de Bosco, con seguridad, pertenece a esta flota imaginaria.

Badius era un importante editor en Paris y figura clave para la difusión de los trabajos de Erasmo, tanto que de su imprenta salieron cuarenta y tres obras de Erasmo. ¿Entonces el barco usado por Francisco Delicado era un tipo de protesta burlesca contra la Santa Inquisición que en aquellos años perseguían enérgicamente a los eramistas y alumbrados? No lo sabemos, pero si vemos otra vez con Badius la conexión entre Francisco Delicado y Bartolomé Torres Naharro y el clan Lucena. Por otro lado José A. Hernández Ortiz[167] ya señaló las correspondencias entre el *Elogio de la locura* de Erasmo y el *Retrato.*

¿Tendría que ver algo Barberius (Mesinierus I. Barberius Aurelianensis) con Alonso de Proaza y su lullismo? Los neoplatónicos extranjeros contemporáneos de Proaza eran Pico de la Mirándola en Italia y los franceses Jacques LeFèvre, Charles de Bouvelles, Bernard de Lavinheta y Josse Bade. Ellos eran los nombres más destacados que se sentían atraídos por la filosofía del Doctor Iluminado y publicaron sus obras o escribieron otras incorporando sus ideas[168]. ¿Era Alonso de Proaza corrector de la obra Propalladia? Son todas preguntas a las cuales hoy en día no podemos contestar. Sea lo que fuere, *La Lozana andaluza* es, sin duda, una de las más extrañas

---

[167] **HERNÁNDEZ ORTIZ, José A.** (1974). La génesis artística de "La Lozana andaluza". Ed. Ricardo Aguilera, Madrid. Citado por **BUBNOVA, Tatiana** (1987). F. Delicado puesto en diálogo: las claves bajtinianas de 'La lozana andaluza', México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. Pág. 74

[168] **CARRERAS I ARTAU, J.** (1947-1951). El lullisme de Herrera l'arquitecte de l'Escorial. En: Micel-lània Puig i Cadalfalch, Barcelona, I, pág. 59. Cfr. W.J. Bouwsma (1957). Concordia mundi: The Career and Thought of Guillaume Postel, Cambridge, Mass., págs. 78-97. Citado por **McPHEETERS, D.W.** (1961). El humanista español Alonso de Proaza. Castalia, Valencia. Pág. 43



obras en la literatura española. Su estilo supuso na auténtica novedad en la época, pero no tuvo mucho éxito. Eso sí, fue otra hija de las innovaciones de Juan del Encina.


LXXVIII

Retrato de la

Lozana andaluza

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

Dedicatoria

Ilustre Señor:
Sabiendo yo que vuestra señoría toma placer cuando oye hablar en cosas de amor, que deleitan a todo hombre, y máxime cuando siente decir de personas que mejor se supieron dar la manera para administrar las cosas a él pertenecientes, y porque en vuestros tiempos podéis gozar de persona que para sí y para sus contemporáneas, que en su tiempo florido fueron de esta alma ciudad, con ingenio mirable y arte muy sagaz, diligencia grande, vergüenza y conciencia, «por el cerro de Úbeda» ha administrado ella y un su pretérito criado, como abajo diremos, el arte de aquella mujer que fue en Salamanca en tiempo de Celestino segundo; por tanto he dirigido este retrato a vuestra señoría para que su muy virtuoso semblante me dé favor para publicar el retrato de la señora Lozana. Y mire vuestra señoría que solamente diré lo que oí y vi, con menos culpa que Juvenal, pues escribió lo que en su tiempo pasaba; y si, por tiempo, alguno se maravillare que me puse a escribir semejante materia, respondo por entonces que epistola enim non erubescit, y asimismo que es pasado el tiempo que estimaban los que trabajaban en cosas meritorias. Y como dice el cronista Fernando del Pulgar, «así daré olvido al dolor», y también por traer a la memoria muchas cosas que en nuestros tiempos pasan, que no son laude a los presentes ni espejo a los a venir. Y así vi que mi intención fue mezclar natura con bemol, pues los santos hombres por más saber, y otras veces por desenojarse, leían libros fabulosos y cogían entre las flores las mejores. Y pues todo retrato tiene necesidad de barniz, suplico a vuestra señoría se lo mande dar, favoreciendo mi voluntad, encomendando a los discretos lectores el placer y gasajo que de leer a la señora Lozana les podrá suceder.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

Argumento en el cual se contienen todas las particularidades que ha de haber en la presente obra.

Decirse ha primero la ciudad, patria y linaje, ventura, desgracia y fortuna, su modo, manera y conversación, su trato, plática y fin, porque solamente gozará de este retrato quien todo lo leyere. Protesta el autor que ninguno quite ni añada palabra ni razón ni lenguaje, porque aquí no compuse modo de hermoso decir, ni saqué de otros libros, ni hurté elocuencia, porque: para decir la verdad, poca elocuencia basta, como dice Séneca; ni quise nombre, sino que quise retraer muchas cosas retrayendo una, y retraje lo que vi que se debería retraer, y por esta comparación que se sigue verán que tengo razón. Todos los artífices que en este mundo trabajan desean que sus obras sean más perfectas que ningunas otras que jamás fuesen. Y vese mejor esto en los pintores que no en otros artífices, porque cuando hacen un retrato procuran sacarlo del natural, y a esto se esfuerzan, y no solamente se contentan de mirarlo y cotejarlo, mas quieren que sea mirado por los transeúntes y circunstantes, y cada uno dice su parecer, mas ninguno toma el pincel y emienda, salvo el pintor que oye y ve la razón de cada uno, y así emienda, cotejando también lo que ve más que lo que oye; lo que muchos artífices no pueden hacer, porque después de haber cortado la materia y dádole forma, no pueden sin pérdida emendar. Y porque este retrato es tan natural, que no hay persona que haya conocido la señora Lozana en Roma o fuera de Roma que no vea claro ser sacado de sus actos y meneos y palabras; y asimismo porque yo he trabajado de no escribir cosa que primero no sacase en mi dechado la labor, mirando en ella o a ella. Y viendo, vi mucho mejor que yo ni otro podrá escribir, y diré lo que dijo Eschines, filósofo, leyendo una oración o proceso que Demóstenes había hecho contra él; no pudiendo exprimir la mucha más elocuencia que había en el dicho Demóstenes, dijo: «¿Qué haría si oyerais a él?», Quid si ipsam audissetis bestiam? Y por eso vendrá en fábula mucho más sabia la Lozana que no mostraba, y viendo yo en ella muchas veces

manera y saber que bastaba para cazar sin red, y enfrenar a quien mucho pensaba saber, sacaba lo que podía, para reducir a memoria, que en otra parte más alta que una picota fuera mejor retraída que en la presente obra; y porque no le pude dar mejor matiz, no quiero que ninguno añada ni quite; que si miran en ello, lo que al principio falta se hallará al fin, de modo que, por lo poco, entiendan lo mucho más ser como deducción de canto llano; y quien al contrario hiciere, sea siempre enamorado y no querido, amén.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

Parte I

Comienza la historia o retrato sacado del jure cevill natural de la señora Lozana; compuesto en el año mil quinientos veinticuatro, a treinta días del mes de junio, en Roma, alma ciudad; y como había de ser partido en capítulos, va por mamotretos, porque en semejante obra mejor conviene.

Mamotreto I

La señora Lozana fue natural compatriota de Séneca, y no menos en su inteligencia y resaber, la cual desde su niñez tuvo ingenio y memoria y vivez grande, y fue muy querida de sus padres por ser aguda en servirlos y contentarlos. Y muerto su padre, fue necesario que acompañase a su madre fuera de su natural, y esta fue la causa que supo y vio muchas ciudades, villas y lugares de España, que ahora se le recuerdan de casi el todo, y tenía tanto intelecto, que casi excusaba a su madre procurador para sus negocios. Siempre que su madre le mandaba ir o venir, era presta, y como pleiteaba su madre, ella fue en Granada mirada y tenida por solicitadora perfecta y pronosticada futura. Acabado el pleito, y no queriendo tornar a su propia ciudad, acordaron de morar en Jerez y pasar por Carmona. Aquí la madre quiso mostrarle tejer, el cual oficio no se le dio así como el urdir y tramar, que le quedaron tanto en la cabeza, que no se le han podido olvidar. Aquí conversó con personas que la amaban por su hermosura y gracia; asimismo, saltando una pared sin licencia de su madre, se le derramó la primera sangre que del natural tenía. Y muerta su madre, y ella quedando huérfana, vino a Sevilla, donde halló una su parienta, la cual le decía: «Hija, sed buena, que ventura no os faltará»; y asimismo le demandaba de su niñez, en qué era estada criada, y qué sabía hacer, y de qué la podía loar a los que a ella conocían. Entonces respondíale de esta manera: «Señora tía, yo quiero que vuestra merced vea lo que sé hacer, que cuando era vivo mi señor padre,

yo le guisaba guisadicos que le placían, y no solamente a él, mas a todo el parentado, que, como estábamos en prosperidad, teníamos las cosas necesarias, no como ahora, que la pobreza hace comer sin guisar, y entonces las especias, y ahora el apetito; entonces estaba ocupada en agradar a los míos, y ahora a los extraños».

Mamotreto II
Responde la tía y prosigue

[TÍA.-] Sobrina, más ha de los años treinta que yo no vi a vuestro padre, porque se fue niño, y después me dijeron que se casó por amores con vuestra madre, y en vos veo yo que vuestra madre era hermosa.

LOZANA.- ¿Yo, señora? Pues más parezco a mi abuela que a mi señora madre, y por amor de mi abuela me llamaron a mí Aldonza, y si esta mi abuela vivía, sabía yo más que no sé, que ella me mostró guisar, que en su poder aprendí hacer fideos empanadillas, alcuzcuz con garbanzos, arroz entero, seco, graso, albondiguillas redondas y apretadas con culantro verde, que se conocían las que yo hacía entre ciento. Mirá, señora tía, que su padre de mi padre decía: «¡Éstas son de mano de mi hija Aldonza!» Pues, ¿adobado no hacía? Sobre que cuantos traperos había en la cal de la Heria querían probarlo, y máxime cuando era un buen pecho de carnero. Y ¡qué miel! Pensá, señora, que la teníamos de Adamuz, y zafrán de Peñafiel, y lo mejor del Andalucía venía en casa de esta mi abuela. Sabía hacer hojuelas, prestiños, rosquillas de alfajor, testones de cañamones y de ajonjolí, nuégados, sopaipas, hojaldres, hormigos torcidos con aceite, talvinas, zahínas y nabos sin tocino y con comino; col murciana con alcaravea, y «olla reposada no la comía tal ninguna barba». Pues boronía ¿no sabía hacer?: ¡por maravilla! Y cazuela de berenjenas mojíes en perfección; cazuela con su ajico y cominico, y saborcico de vinagre, esta hacía yo sin que

me la vezasen. Rellenos, cuajarejos de cabritos, pepitorias y cabrito apedreado con limón ceutí. Y cazuelas de pescado cecial con oruga, y cazuelas moriscas por maravilla, y de otros pescados que serían luengo de contar. Letuarios de arrope para en casa, y con miel para presentar, como eran de membrillos, de cantueso, de uvas, de berenjenas, de nueces y de la flor del nogal, para tiempo de peste; de orégano y de hierbabuena, para quien pierde el apetito. Pues ¿ollas en tiempo de ayuno? Estas y las otras ponía yo tanta hemencia en ellas, que sobrepujaba a Platina, De voluptatibus, y a Apicio Romano, De re coquinaria, y decía esta madre de mi madre: «Hija Aldonza, la olla sin cebolla es boda sin tamborín». Y si ella me viviera, por mi saber y limpieza (dejemos estar hermosura), me casaba, y no salía yo acá por tierras ajenas con mi madre, pues me quedé sin dote, que mi madre me dejó solamente una añora con su huerto, y saber tramar, y esta lanzadera para tejer cuando tenga premideras.

TÍA.- Sobrina, esto que vos tenéis y lo que sabéis será dote para vos, y vuestra hermosura hallará ajuar cosido y zurcido, que no os tiene Dios olvidada, que aquel mercader que vino aquí ayer me dijo que, cuando torne, que va a Cádiz, me dará remedio para que vos seáis casada y honrada, mas querría él que supieses labrar.

LOZANA.- Señora tía, yo aquí traigo el alfiletero, mas ni tengo aguja ni alfiler, que dedal no faltaría para apretar, y por eso, señora tía, si vos queréis, yo le hablaré antes que se parta, porque no pierda mi ventura, siendo huérfana.

Mamotreto III
Prosigue la Lozana y pregunta a la tía

[LOZANA.-] ¿Señora tía, es aquel que está paseándose con aquel que suena los órganos? ¡Por su vida, que lo llame! ¡Ay, cómo es dispuesto! ¡Y qué ojos tan lindos! ¡Qué ceja partida! ¡Qué pierna tan seca y enjuta! ¿Chinelas trae? ¡Qué pie para

galochas y zapatilla zeyena! Querría que se quitase los guantes por verle qué mano tiene. Acá mira. ¿Quiere vuestra merced que me asome?

TÍA.- No, hija, que yo quiero ir abajo, y él me vendrá a hablar, y cuando él estará abajo, vos vendréis. Si os hablare, abajá la cabeza y pasaos y, si yo os dijere que le habléis, vos llegá cortés y hacé una reverencia y, si os tomare la mano retraeos hacia atrás, porque, como dicen: «muestra a tu marido el copo, mas no del todo». Y de esta manera él dará de sí, y veremos qué quiere hacer.

LOZANA.- ¿Veislo? Viene acá.

MERCADER.- Señora, ¿qué se hace?

TÍA.- Señor, serviros, y mirar en vuestra merced la lindeza de Diomedes el Raveñano.

MERCADER.- Señora, ¡pues así me llamo yo, madre mía! Yo querría ver aquella vuestra sobrina. Y por mi vida que será su ventura, y vos no perderéis nada.

TÍA.- Señor, está revuelta y mal aliñada, mas porque vea vuestra merced cómo es dotada de hermosura, quiero que pase aquí abajo su telar y verala cómo teje.

DIOMEDES.- Señora mía, pues sea luego.

TÍA.- ¡Aldonza! ¡Sobrina! ¡veníos acá, y veréis mejor!

LOZANA.- Señora tía, aquí veo muy bien, aunque tengo la vista cordobesa, salvo que no tengo premideras.

TÍA.- Descí sobrina, que este gentilhombre quiere que le tejáis un tejillo, que proveeremos de premideras. Vení aquí, hacé una reverencia a este señor.

DIOMEDES.- ¡Oh, qué gentil dama! Mi señora madre, no la deje ir, y suplícole que le mande que me hable.

TÍA.- Sobrina, respondé a ese señor, que luego torno.

DIOMEDES.- Señora, su nombre me diga.

LOZANA.- Señor, sea vuestra merced de quien mal lo quiere. Yo me llamo Aldonza, a servicio y mandado de nuestra merced.

DIOMEDES.- ¡Ay, ay! ¡Qué herida! Que de vuestra parte cualque vuestro servidor me ha dado en el corazón con una saeta dorada de amor.

LOZANA.- No se maraville vuestra merced, que cuando me llamó que viniese abajo, me parece que vi un muchacho, atado un paño por la frente, y me tiró no sé con qué. En la teta izquierda me tocó.

DIOMEDES.- Señora, es tal ballestero, que de un mismo golpe nos hirió a los dos. Ecco adonque due anime in uno core. ¡Oh, Diana! ¡Oh, Cupido! ¡Socorred el vuestro siervo! Señora, si no remediamos con socorro de médicos sabios, dudo la sanidad, y pues yo voy a Cádiz, suplico a vuestra merced se venga conmigo.

LOZANA.- Yo, señor, vendré a la fin del mundo, mas deje subir a mi tía arriba y, pues quiso mi ventura, seré siempre vuestra más que mía.

TÍA.- ¡Aldonza! ¡Sobrina! ¿Qué hacéis? ¿Dónde estáis? ¡Oh, pecadora de mí! El hombre deja el padre y la madre por la

mujer, y la mujer olvida por el hombre su nido. ¡Ay, sobrina! Y si mirara bien en vos, viera que me habíais de burlar, mas no tenéis vos la culpa, sino yo, que teniendo la yesca, busqué el eslabón. ¡Mirá qué pago, que si miro en ello, ella misma me hizo alcahueta! ¡Va, va, que en tal pararás!

Mamotreto IV
Prosigue el autor

[AUTOR.-] Juntos a Cádiz, y sabido por Diomedes a qué sabía su señora, si era concho o veramente asado, comenzó a imponerla según que para luengos tiempos durasen juntos; y viendo sus lindas carnes y lindeza de persona, y notando en ella la agudeza que la patria y parentado le habían prestado, de cada día le crecía el amor en su corazón, y así determinó que no dejarla. Y pasando él en Levante con mercancía, que su padre era uno de los primos mercaderes de Italia, llevó consigo a su muy amada Aldonza, y de todo cuanto tenía la hacía partícipe; y ella muy contenta, viendo en su caro amador Diomedes todos los géneros y partes de gentilhombre, y de hermosura en todos sus miembros, que le parecía a ella que la natura no se había reservado nada que en su caro amante no hubiese puesto. Y por esta causa, miraba de ser ella presta a toda su voluntad, y como él era único entre los otros mercadantes, siempre en su casa había concurso de personas gentiles y bien criadas, y como veían que a la señora Aldonza no le faltaba nada, que sin maestro tenía ingenio y saber, y notaba las cosas mínimas por saber y entender las grandes y arduas, holgaban de ver su elocuencia; y a todos sobrepujaba, de modo que ya no había otra en aquellas partes que en más fuese tenida, y era dicho entre todos de su lozanía, así en la cara como en todos sus miembros. Y viendo que esta lozanía era de su natural, quedoles en fábula que ya no entendían por su nombre Aldonza, salvo la Lozana; y no solamente entre ellos, mas entre las gentes de aquellas tierras decían la Lozana por cosa muy nombrada. Y si mucho sabía en estas partes, mucho más supo en aquellas provincias, y procuraba de ver y

saber cuanto a su facultad pertenecía. Siendo en Rodas, su caro Diomedes le preguntó:
Mi señora, no querría se os hiciese de mal venir a Levante, porque yo me tengo de disponer a servir y obedecer a mi padre, el cual manda que vaya en Levante, y andaré toda la Berbería, y principalmente donde tenemos trato, que me será fuerza de demorar y no tornar tan presto como yo querría, porque solamente en estas ciudades que ahora oiréis tengo de estar años, y no meses, como será en Alejandría, en Damasco, Damiata, en Barut, en parte de la Soria, en Chiple, en el Caire y en el Chío, en Constantinópoli, en Corintio, en Tesalia, en Boecia, en Candía, a Venecia y Flandes, y en otras partes que vos, mi señora, veréis si queréis tenerme compañía.

LOZANA.- ¿Y cuándo quiere vuestra merced que partamos? ¡Porque yo no delibro de volver a casa por el mantillo! Vista por Diomedes la respuesta y voluntad tan sucinta que le dio con palabras antipensadas, mucho se alegró y suplicola que se esforzase a no dejarlo por otro hombre, que él se esforzaría a no tomar otra por mujer que a ella. Y todos dos, muy contentos, se fueron en Levante y por todas las partidas que él tenía sus tratos, y fue de él muy bien tratada y de sus servidores y siervas muy bien servida y acatada. Pues ¿de sus amigos no era acatada y mirada? Vengamos a que, andando por estas tierras que arriba dijimos, ella señoreaba y pensaba que jamás le había de faltar lo que al presente tenía y, mirando su lozanía, no estimaba a nadie en su ser y en su hermosura y pensó que, en tener hijos de su amador Diomedes, había de ser banco perpetuo para no faltar a su fantasía y triunfo, y que aquello no le faltaría en ningún tiempo. Y siendo ya en Candía, Diomedes le dijo:

[DIOMEDES.-] Mi señora Aldonza, ya vos veis que mi padre me manda que me vaya en Italia. Y como mi corazón se ha partido en dos partes, la una en vos, que no quise así bien a criatura, y la otra en vuestros hijos, los cuales envié a mi padre;

y el deseo me tira, que a vos amo, y a ellos deseo ver; a mí me fuerza la obediencia suya, y a vos no tengo de faltar, yo determino de ir a Marsella, y de allí ir a dar cuenta a mi padre y hacer que sea contento que yo vaya otra vez en España, y allí me entiendo casar con vos. Si vos sois contenta, vení conmigo a Marsella, y allí quedaréis hasta que yo torne; y vista la voluntad de mi padre y el amor que tiene a vuestros hijos, haré que sea contento con lo que yo le dijere. Y así veremos en nuestro fin deseado.

LOZANA.- Mi señor, yo iré de muy buena voluntad donde vos, mi señor, me mandareis; que no pienso en hijos, ni en otra cosa que dé fin a mi esperanza, sino en vos, que sois aquélla; y por esto os demando de merced que dispongáis de mí a vuestro talento, que yo tengo siempre de obedecer. Así vinieron en Marsella y, como su padre de Diomedes supo, por sus espías, que venía con su hijo Diomedes Aldonza, madre de sus hijos, vino él en persona, muy disimulado, amenazando a la señora Aldonza. Mas ya Diomedes le había rogado que fuese su nombre Lozana, pues que Dios se lo había puesto en su formación, que mucho más le convenía que no Aldonza, que aquel nombre, Lozana, sería su ventura para el tiempo por venir. Ella consintió en todo cuanto Diomedes ordenó. Y estando un día Diomedes para se partir a su padre, fue llevado en prisión a instancia de su padre, y ella, madona Lozana, fue despojada en camisa, que no salvó sino un anillo en la boca. Y así fue dada a un barquero que la echase en la mar, al cual dio cien ducados el padre de Diomedes, porque ella no pareciese; el cual, visto que era mujer, la echó en tierra y, movido a piedad, le dio un su vestido que se cubriese. Y viéndose sola y pobre, y a qué la había traído su desgracia, pensar puede cada uno lo que podía hacer y decir de su boca, encendida de mucha pasión. Y sobre todo se daba de cabezadas, de modo que se le siguió una gran jaqueca, que fue causa que le viniese a la frente una estrella, como abajo diremos. Finalmente, su fortuna fue tal, que vio venir una nao que venía a Liorna y, siendo en Liorna, vendió su anillo, y con él fue hasta que entró en Roma.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

Mamotreto V
Cómo se supo dar la manera para vivir, que fue menester que usase audacia (pro sapientia).

Entrada la señora Lozana en la alma ciudad y proveída de súbito consejo, pensó: «Yo sé mucho; si ahora no me ayudo en que sepan todos, mi saber será ninguno». Y siendo ella hermosa y habladera, y decía a tiempo, y tenía gracia en cuanto hablaba, de modo que embaía a los que la oían. Y como era plática y de gran conversación, y habiendo siempre sido en compañía de personas gentiles, y en mucha abundancia, y viéndose que siempre fue en grandes riquezas y convites y gastos, que la hacían triunfar, decía entre sí: «Si esto me falta seré muerta, que siempre oí decir que el cebo usado es el provechoso». Y como ella tenía gran ver e ingenio diabólico y gran conocer, y en ver un hombre sabía cuánto valía, y qué tenía, y qué la podía dar, y qué le podía ella sacar. Y miraba también cómo hacían aquellas que entonces eran en la ciudad, y notaba lo que le parecía a ella que le había de aprovechar, para ser siempre libre y no sujeta a ninguno, como después veremos. Y, acordándose de su patria, quiso saber luego quién estaba aquí de aquella tierra y, aunque fuesen de Castilla, se hacía ella de allá por parte de un su tío, y si era andaluz, mejor, y si de Turquía, mejor, por el tiempo y señas que de aquella tierra daba, y embaucaba a todos con su gran memoria. Halló aquí de Alcalá la Real, y allí tenía ella una prima, y en Baena otra, en Luque y en la Peña de Martos, natural parentela. Halló aquí de Arjona y Arjonilla y de Montoro, y en todas estas partes tenía parientas y primas, salvo que en la Torredonjimeno que tenía una entenada, y pasando con su madre a Jaén, posó en su casa, y allí fueron los primeros grañones que comió con huesos de tocino. Pues, como daba señal de la tierra, halló luego quien la favoreció, y diéronle una cámara en compañía de unas buenas mujeres españolas. Y otro día hizo quistión con ellas sobre un jarillo, y echó las cuatro las escaleras abajo; y fuese fuera, y demandaba por Pozo Blanco, y procuró entre aquellas camiseras castellanas cualque estancia o cualque

buena compañía. Y como en aquel tiempo estuviese en Pozo Blanco una mujer napolitana con un hijo y dos hijas, que tenía por oficio hacer solimán y blanduras y afeites y cerillas, y quitar cejas y afeitar novias, y hacer mudas de azúcar candi y agua de azofaifas y, cualque vuelta, apretaduras, y todo lo que pertenecía a su arte tenían sin falta, y lo que no sabían se lo hacían enseñar de las judías, que también vivían con esta plática, como fue Mira, la judía que fue de Murcia, Engracia, Perla, Jamila, Rosa, Cufa, Cintia y Alfarutia, y otra que se decía la judía del vulgo, que era más plática y tenía más conversación. Y habéis de notar que pasó a todas éstas en este oficio, y supo más que todas, y diole mejor la manera, de tal modo, que en nuestros tiempos podemos decir que no hay quien use el oficio mejor ni gane más que la señora Lozana, como abajo diremos, que fue entre las otras como Avicena entre los médicos. *Non est mirum acutissima patria.*

Mamotreto VI
Cómo en Pozo Blanco, en casa de una camisera, la llamaron

Una sevillana, mujer viuda, la llamó a su casa, viéndola pasar, y le demandó:
[SEVILLANA.-] Señora mía, ¿sois española? ¿Qué buscáis?

LOZANA.- Señora, aunque vengo vestida a la ginovesa, soy española y de Córdoba.

SEVILLANA.- ¿De Córdoba? ¡Por vuestra vida, ahí tenemos todas parientes! ¿Y a qué parte morabais?

LOZANA.- Señora, a la Cortiduría.

SEVILLANA.- ¡Por vida vuestra, que una mi prima casó ahí con un cortidor rico! ¡Así -goce de vos, que quiero llamar a mi prima Teresa de Córdoba, que os vea! ¡Mencía, hija! Va, llama a tu tía y a Beatriz de Baeza y Marina Hernández, que traigan sus costuras y se vengan acá. Decime, señora, ¿cuánto ha que viniste?

LOZANA.- Señora, ayer de mañana.

SEVILLANA.- Y ¿dónde dormiste?

LOZANA.- Señora, demandando de algunas de la tierra, me fue mostrada una casa donde están siete o ocho españolas. Y como fui allá, no me querían acoger, y yo venía cansada, que me dijeron que el Santo Padre iba a encoronarse. Yo, por verlo, no me curé de comer.

SEVILLANA.- ¿Y vístelo, por mi vida?

LOZANA.- Tan lindo es, y bien se llama León décimo, que así tiene la cara.

SEVILLANA.- Y bien, ¿diéronnos algo aquellas españolas a comer?

LOZANA.- Mirá qué bellacas, que ni me quisieron ir a demostrar la plaza. Y en esto vino una que, como yo dije que era de los buenos de su tierra, fueme por de comer, y después fue conmigo a enseñarme los señores. Y como supieron quién yo y los míos eran, que mi tío fue muy conocido, que cuando murió le hallaron en las manos los callos tamaños, de la vara de la justicia, luego me mandaron dar aposento. Y envió conmigo su mozo, y Dios sabe que no osaba sacar las manos afuera por no ser vista, que traigo estos guantes, cortadas las cabezas de los dedos, por las encubrir.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

SEVILLANA.- ¡Mostrad, por mi vida, quitad los guantes! ¡Viváis vos en el mundo y aquel Criador que tal crió! ¡Lograda y engüerada seáis, y la bendición de vuestros pasados os venga! Cubridlas, no las vea mi hijo, y acabáme de contar cómo os fue.
LOZANA.- Señora mía, aquel mozo mandó a la madre que me acogiese y me diese buen lugar, y la puta vieja barbuda, estrellera, dijo: «¿No veis que tiene grañimón?» Y ella, que
es estada mundaria toda su vida, y ahora que se vio harta y quita de pecado, pensó que, porque yo traigo la toca baja y ligada a la ginovesa, y son tantas las cabezadas que me he dado yo misma, de un enojo que he habido, que me maravillo cómo soy viva; que como en la nao no tenía médico ni bien ninguno, me ha tocado entre ceja y ceja, y creo que me quedará señal.

SEVILLANA.- No será nada, por mi vida. Llamaremos aquí un médico que la vea, que parece una estrellica.

Mamotreto VII
Cómo vienen las parientas y les dice la Sevillana

[SEVILLANA.-] Norabuena vengáis. Así goce yo de todas, que os asentéis y oiréis a esta señora que ayer vino y es de nuestra tierra.

BEATRIZ.- Bien se le parece, que así son todas frescas, graciosas y lindas, como ella, y en su lozanía se ve que es de nuestra tierra. ¿Cuánto ha, señora mía, que saliste de Córdoba?

LOZANA.- Señora, de once años fui con mi señora a Granada, que mi padre nos dejó una casa en pleito por ser él muy putañero y jugador, que jugara el sol en la pared.

SEVILLANA.- ¡Y duelos le vinieron! ¿Teniendo hijas doncellas, jugaba?

LOZANA.- ¡Y qué hijas! Tres éramos y traíamos zarcillos de plata. Y yo era la mayor; fui festejada de cuantos hijos de caballeros hubo en Córdoba, que de aquéllos me holgaba yo.
Y esto puedo jurar, que desde chiquita me comía lo mío, y en ver hombre se me desperezaba y me quisiera ir con alguno, sino que no me lo daba la edad; que un hijo de un caballero nos dio unas arracadas muy lindas, y mi señora se las escondió porque no se las jugase, y después las vendió ella para vezar a las otras a labrar, que yo ni sé labrar ni coser y el filar se me ha olvidado.

CAMISERA.- Pues, ¡guayas de mi casa!, ¿de qué vivís?

LOZANA.- ¿De qué, señora? Sé hacer alheña y mudas y tez de cara, que aprendí en Levante, sin lo que mi madre me mostró.

CAMISERA.- ¿Que sois estada en Levante? ¡Por mi vida, yo pensé que veníais de Génova!

LOZANA.- ¡Ay, señoras! Os contaré maravillas. Dejame ir a verter aguas que, como eché aquellas putas viejas alcoholadas por las escaleras abajo, no me paré a mis necesidades. Y estaba allí una beata de Lara, el coño puto y el ojo ladrón, que creo hizo pasto a cuantos brunetes van por el mar Océano.

CAMISERA.- ¿Y qué os hizo?

LOZANA.- No quería que me lavase con el agua de su jarrillo. Y estaba allí otra abacera, que de su tierra acá no vino mayor rabanera, villana, tragasantos, que dice que viene aquí por una bula para una ermita, y trae consigo un hermano fraile de la Merced que tiene una nariz como asa de cántaro y el pie como remo de galera, que anoche la vino a acompañar, ya tarde, y esta

mañana, en siendo de día, la demandaba; y enviésela lo más presto que pude, rodando. Y, por el Dios que me hizo, que, si me hablara, que estaba determinada comerle las sonaderas porque me pareciera. Y viniéndome para acá, estaban cuatro españoles allí, cabe una grande plaza, y tenían muchos dineros de plata en la mano, y díjome el uno: «Señora, ¿quereisnos contentar a todos y tomá?» Yo presto les respondí. ¡Sí me entendieron!

CAMISERA.- ¿Qué, por mi vida? ¡Así gocéis!

LOZANA.- Díjeles: «Hermanos, no hay cebada para tantos asnos». Y perdoname, que luego torno, que me meo toda.

BEATRIZ.- Hermana, ¿viste tal hermosura de cara y tez? ¡Si tuviese asiento para los antojos! Mas creo que, si se cura, que sanará.

TERESA HERNÁNDEZ.- ¡Andá ya, por vuestra vida, no digáis! Súbele más de mitad de la frente; quedará señala para cuanto viviere. ¿Sabéis qué podía ella hacer? Que aquí hay en Campo de Flor muchos de aquellos charlatanes que sabrían medicarla por abajo de la banda izquierda.

CAMISERA.- ¡Por vida de vuestros hijos, que bien decís! Mas, ¿quién se lo osará decir?

TERESA.- Eso de quién, yo hablando, hablando, se lo diré.

BEATRIZ.- ¡Ay, prima Hernández, no lo hagáis, que nos deshonrará como a mal pan! ¿No veis qué labia y qué osadía que tiene y qué decir? Ella se hará a la usanza de la tierra, que verá lo que le cumple. No querría sino saber de ella si es confesa, porque hablaríamos sin miedo.

TERESA.- ¿Y eso me decís? Aunque lo sea, se hará cristiana linda.

BEATRIZ.- Dejemos hablar a Teresa de Córdoba, que ella es burlona y se lo sacará.

TERESA.- Mirá en qué estáis. Digamos que queremos torcer hormigos o hacer alcuzcuz, y si los sabe torcer, ahí veremos si es de nobis, y si los tuerce con agua o con aceite.

BEATRIZ.- Viváis vos, que más sabéis que todas. No hay peor cosa que confesa necia.

SEVILLANA.- Los cabellos os sé decir que tiene buenos.

BEATRIZ.- ¿Pues no veis que dice que había doce años que jamás le pusieron garvín ni albanega, sino una princeta labrada, de seda verde, a usanza de Jaén?

TERESA.- Hermana, Dios me acuerde para bien, que por sus cabellos me he acordado, que cien veces os lo he querido decir: ¿Acordaisos el otro día, cuando fuimos a ver la parida, si viste aquélla que la servía, que es madre de una que vos bien sabéis?

CAMISERA.- Ya os entiendo: mi hijo le dio una camisa de oro labrada, y las bocas de las mangas con oro y azul. ¿Y es aquélla su madre? Más moza parece que la hija. ¡Y qué cabellos rubios que tenía!

TERESA.- ¡Hi, hi! ¡Por el paraíso de quien acá os dejó, que son alheñados por cubrir la nieve de las navidades! Y las cejas se tiñe cada mañana, ya que el lunar postizo es porque, si miráis en él, es negro y unos días más grande que otros; y los pechos, llenos de paños para hacer tetas; y, cuando sale, lleva más dijes que una negra, y el tocado muy plegado por henchir la cara, y piensa que todos la miran, y a cada palabra su reverencia; y,

cuando se asienta, no parece sino depósito mal pintado. Y siempre va con ella la otra Marijorríquez, la regatera, y la cabrera, que tiene aquella boca que no parece sino tragacaramillos, que es más vieja que Satanás; y sálense de noche de dos en dos, con sombreros, por festejadas, y no se osan descubrir, que no vean el ataúd carcomido.

BEATRIZ.- Decime, prima, ¡mucho sabéis vos!, que yo soy una boba que no paro mientes en nada de todo eso.

TERESA.- Dejame decir, que así dicen ellas de nosotras cuando nos ven que vamos a la estufa o veníamos: «¡Veis las camiseras, son de Pozo Blanco, y batículo llevan!» Osadas, que no van tan espeso a misa, y no se miran a ellas, que son putas públicas. ¿Y cuándo vieron ellas confesas putas y devotas? Ciento entre una.

CAMISERA.- Dejá eso y notá que me dijo esta forastera que tenía un tío que murió con los callos en las manos, de la vara de la justicia, y debía de ser que sería cortidor.

TERESA.- Callá, que viene; si no, será peor que con las otras que echó a rodar.

Mamotreto VIII
Cómo torna la Lozana y pregunta

[LOZANA.-] Señoras, ¿en qué habláis, por mi vida?

TERESA.- En que, para mañana, querríamos hacer unos hormigos torcidos.

LOZANA.- ¿Y tenéis culantro verde? Pues dejá hacer a quien, de un puño de buen harina y tanto aceite, si lo tenéis bueno, os hará una almofía llena, que no los olvidéis aunque muráis.

BEATRIZ.- Prima, así gocéis, que no son de perder. Toda cosa es bueno probar, cuanto más pues que es de tan buena maestra, que, como dicen: «la que las sabe las tañe». (¡Por tu vida, que es de nostris!) Señora, sentaos, y decinos vuestra fortuna cómo os ha corrido por allá por Levante.

LOZANA.- Bien, señoras, si el fin fuera como el principio; mas no quiso mi desdicha, que podía yo parecer delante a otra que fuera en todo el mundo de belleza y bienquista, delante a cuantos grandes señores me conocían, querida de mis esclavas, de los de mi casa toda, que a la maravilla me querían ver cuantos de acá iban. Pues oírme hablar, no digo nada; que ahora este duelo de la cara me afea, y por maravilla venían a ver mis dientes, que creo que mujer nacida tales los tuvo, porque es cosa que podéis ver, bien que me veis así muy cubierta de vergüenza, que pienso que todos me conocen. Y cuando sabréis cómo ha pasado la cosa, os maravillaréis, que no me faltaba nada, y ahora no es por mi culpa, sino por mi desventura. Su padre de un mi amante, que me tenía tan honrada, vino a Marsella, donde me tenía para enviarme a Barcelona, a que lo esperase allí en tanto que él iba a dar la cuenta a su padre; y por mis duelos grandes, vino el padre primero, y a él echó en prisión, y a mi me tomó y me desnudó fin a la camisa, y me quitó los anillos, salvo uno, que yo me metí en la boca, y mandome echar en la mar a un marinero, el cual me salvó la vida viéndome mujer, y posome en tierra, y así vinieron unos de una nao, y me vistieron y me trajeron a Liorna.

CAMISERA.- ¡Y mala entrada le entre al padre de ese vuestro amigo! ¿Y si mató vuestros hijos también, que le habíais enviado?

LOZANA.- Señora, no, que los quiere mucho; mas porque lo quería casar a este su hijo, a mí me mandó de aquella manera.

BEATRIZ.- ¡Ay, lóbrega de vos, amiga mía! ¿Y todo eso habéis pasado?

LOZANA.- Pues no es la mitad de lo que os diré, que tomé tanta malenconía, que daba con mi cabeza por tierra, y porrazos me he dado en esta cara que me maravillo que esta jaqueca no me ha cegado.

CAMISERA.- ¡Ay, ay! ¡Guayosa de vos! ¿Cómo no sois muerta?

LOZANA.- No quiero deciros más porque el llorar me mata, pues que soy venida a tierra que no faltará de qué vivir, que ya he vendido el anillo en nueve ducados, y di dos al harriero, y con estos otros me remediaré si supiese hacer melcochas o mantequillas.

Mamotreto IX
Una pregunta que hace la Lozana para informarse

[LOZANA.-] Decime, señoras mías, ¿sois casadas?

BEATRIZ.- Señora, sí.

LOZANA.- Y vuestros maridos, ¿en qué entienden?

TERESA.- El mío es cambiador, y el de mi prima, lencero, y el de esa señora que está cabo vos, es borceguinero.

LOZANA.- ¡Vivan en el mundo! ¿Y casaste aquí o en España?

BEATRIZ.- Señora, aquí. Mi hermana la viuda vino casada con un trapero rico.

LOZANA.- ¿Y cuánto ha que estáis aquí?

BEATRIZ.- Señora mía, desde el año que se puso la Inquisición.

LOZANA.- Decime, señoras mías, ¿hay aquí judíos?

BEATRIZ.- Muchos, y amigos nuestros; si hubiereis menester algo de ellos, por amor de nosotras os harán honra y cortesía.

LOZANA.- ¿Y tratan con los cristianos?

BEATRIZ.- Pues, ¿no los sentís?

LOZANA.- ¿Y cuáles son?

BEATRIZ.- Aquellos que llevan aquella señal colorada.

LOZANA.- ¿Y ellas llevan señal?

BEATRIZ.- Señora, no; que van por Roma adobando novias y vendiendo solimán labrado y aguas para la cara.

LOZANA.- Eso querría yo ver.

BEATRIZ.- Pues id vos allí a casa de una Napolitana, mujer de Jumilla, que mora aquí arriba en Calabraga, que ella y sus hijas lo tienen por oficio y aun creo que os dará ella recaudo, porque saben muchas cosas de señores que os tomarán para guarda de casa y compañía a sus mujeres.

LOZANA.- Eso querría yo, si me mostrase este niño la casa.

CAMISERA.- Sí hará. Ven acá, Aguilarico.

LOZANA.- ¡Ay, señora mía! ¿Aguilarico se llama? Mi pariente debe ser.

BEATRIZ.- Ya podría ser, pues ahí junto mora su madre.

LOZANA.- Beso las manos de vuestras mercedes, y si supieren algún buen partido para mí, como si fuese estar con algunas doncellas, en tal que yo lo sirva, me avisen.

BEATRIZ.- Señora, sí; andad con bendición. ¿Habéis visto? ¡Qué lengua, qué saber! Si a ésta le faltaran partidos, decí mal de mí; mas beato el que le fiara su mujer.

TERESA.- Pues andaos, a decir gracias no, sino gobernar doncellas; mas no mis hijas. ¿Qué pensáis que sería?: dar carne al lobo. Antes de ocho días sabrá toda Roma, que ésta en son la veo yo que con los cristianos será cristiana, y con los jodíos, jodía, y con los turcos, turca, y con los hidalgos, hidalga, y con los ginoveses, ginovesa, y con los franceses, francesa, que para todos tiene salida.

CAMISERA.- No veía la hora que la enviaseis de aquí, que si viniera mi hijo, no la dejara partir.

TERESA.- Eso quisiera yo ver, cómo hablaba y los gestos que hiciera, y por ver si se cubriera. Mas no curéis, que presto dará de sí como casa vieja, pues a casa va que no podría mejor hallar a su propósito, y endemás la patrona, que parece a la judía de Zaragoza, que la llevará consigo y a todos contará sus duelos y fortuna.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

Mamotreto X
El modo que tuvo yendo con Aguilarico, espantándose que le hablaban en catalán, y dice un barbero (Mosén Sorolla)

[SOROLLA.-] Ven ací, mon cosín Aguilaret. Veniu ací, mon fill. ¿On seu estat? Que ton pare te'n demana.

AGUILARET.- No vul venir, que vaig con aquesta dona.

SOROLLA.- ¡Ma comare! Feu-vos ací, veureu vostron fill.

SOGORBESA.- Vens ací, tacanyet.

AGUILARET.- ¿Què voleu ma mare?, ara vinc.

SOGORBESA.- ¡No et cures, penjat, traidoret! Aqueixa dona, ¿on t'ha tingut tot hui?

LOZANA.- Yo, señora, ahora lo vi, y le rogaron unas señoras que me enseñase aquí junto a una casa.

SOGORBESA.- Aneu al burdell, i deixeu estar mon fill.

LOZANA.- Id vos, y besadlo donde sabéis.

SOROLLA.- ¡Mirá la cejijunta con qué me salió!

MALLORQUINA.- Veniu ací, bona dona. No us prengau amb aqueixa dona, ma veïna. ¿On aneu?

LOZANA.- Por mi vida, señora, que no sé el nombre del dueño de una casa por aquí que aquel niño me quería mostrar.

MALLORQUINA.- ¿Deveu de fer labors o res? Que ací ma filla vos farà tot quan vos li comenareu.

LOZANA.- Señora, no busco eso, y siempre halla el hombre lo que no busca, máxime en esta tierra. Decime, así viváis, ¿quién es aquella hija de corcovado, y catalana que, no conociéndome, me deshonró? Pues ¡guay de ella si soltaba yo la maldita! Ni vi su hijo, ni quisiera ver a ella.

MALLORQUINA.- No us cureu, filla; aneu vostron viatge, i si vos maneu res, lo farem nosaltres de bon cor.

LOZANA.- Señora, no quiero nada de vos, que yo busco una mujer que quita cejas.

MALLORQUINA.- ¡Aneu en mal guany! ¿I això volíeu? Cerqueu-la.

LOZANA.- ¡Válgalas el diablo, y locas son estas mallorquinas! ¡En Valencia os ligarían a vosotras! ¡Y herraduras han menester como bestias! Pues no me la irán a pagar a la pellejería de Burgos. ¡Cul de sant Arnau, som segurs! ¡Quina gent de Déu!

Mamotreto XI
Cómo llamó a la Lozana la Napolitana que ella buscaba, y dice a su marido que la llame.

[NAPOLITANA.-] Oíslo, ¿quién es aquella mujer que anda por allí? Ginovesa me parece. Mirá si quiere nada de la botica; salí allá, quizá que trae guadaño.

JUMILLA.- Salí vos, que en ver hombre se espantará.

NAPOLITANA.- Dame acá ese morteruelo de azófar. Decí, hija, ¿echaste aquí el atanquía y las pepitas de pepino?

HIJA.- Señora, sí.

NAPOLITANA.- ¿Qué miráis, señora? ¡Con esa tez de cara no ganaríamos nosotros nada!

LOZANA.- Señora, no os maravilléis que solamente en oíros hablar me alegré.

NAPOLITANA.- Así es, que no en balde se dijo: «por donde fueres, de los tuyos halles». Quizá la sangre os tira. Entrá, mi señora, y quitaos de ese sol. ¡Ven acá, tu! Sácale aquí a esta señora con qué se refresque.

LOZANA.- No hace menester que, si ahora comiese, me ahogaría del enojo que traigo de aquesas vuestras vecinas. Mas, si vivimos y no nos morimos, a tiempo seremos. La una porque su hijo me venía a mostrar a vuestra casa, y la otra porque demandé de vuestra merced.

NAPOLITANA.- ¡Hi, hi!, son envidiosas y por eso mirá cuál va su hija el domingo afeitada de mano de Mira, la jodía, o como las que nosotras afeitamos, ni más ni ál. Señora mía, «el tiempo os doy por testigo». La una es de Sogorbe y la otra mallorquina y, como dijo **Juan del Encina**, que «cul y cap y feje y cos echan fuera a voto a Dios».

LOZANA.- ¡Mirá si las conocí yo! Señora mía, ¿son doncellas estas vuestras hijas?

NAPOLITANA.- Son y no son; sería largo de contar. Y vos, señora, ¿sois casada?

LOZANA.- Señora sí; y mi marido será ahora aquí, de aquí a pocos días, y en este medio querría no ser conocida y empezar a ganar para la costa. Querría estar con personas honestas por la honra, y quiero primero pagaros que me sirváis. Yo, señora,

vengo de Levante y traigo secretos maravillosos que, máxime en Grecia, se usan mucho las mujeres, que no son hermosas, procurar de sello y, porque lo veáis, póngase aquesto vuestra hija, la más morena.

NAPOLITANA.- Señora, yo quiero que vos misma se lo pongáis y, si eso es, no habíais vos menester padre ni madre en esta tierra, y ese vuestro marido que decís, será rey. ¡Ojalá fuera uno de mis dos hijos!

LOZANA.- ¿Qué, también tenéis hijos?

NAPOLITANA.- Como dos pimpollos de oro; traviesos son, mas no me curo, que para eso son los hombres. El uno es rubio como unas candelas, y el otro crespo. Señora, quedaos aquí y dormiréis con las doncellas y, si algo quisiereis hacer para ganar, aquí a mi casa vienen moros y jodíos que, si os conocen, todos os ayudarán; y mi marido va vendiendo cada día dos, tres y cuatro cestillas de esto que hacemos, y «lo que basta para una persona, basta para dos».

LOZANA.- Señora, yo lo doy por recibido. Dad acá si queréis que os ayude a eso que hacéis.

NAPOLITANA.- Quitaos primero el paño y mirá si traéis ninguna cosa que dar a guardar.

LOZANA.- Señora, no, sino un espejo para mirarme; y ahora veo que tengo mi pago, que solía tener diez espejos en mi cámara para mirarme, que de mí misma estaba como Narciso, y ahora como Tisbe a la fontana, y si no me miraba cien veces, no me miraba una, y he habido el pago de mi propia merced. ¿Quién son estos que vienen aquí?

NAPOLITANA.- Así goce de vos, que son mis hijos.

LOZANA.- Bien parecen a su padre, y si son éstos los pinos de oro, a sus ojos.

NAPOLITANA.- ¿Qué decís?

LOZANA.- Señora, que parecen hijos de rey, nacidos en Badajoz. Que veáis nietos de ellos.

NAPOLITANA.- Así veáis vos de lo que pariste.

LOZANA.- Mancebo de bien, llegaos acá y mostrame la mano. Mirá que señal tenéis en el monte de Mercurio y uñas de rapina. Guardaos de tomar lo ajeno, que peligraréis.

NAPOLITANA.- A este otro bizarro me mirá.

LOZANA.- Ese barbitaheño, ¿cómo se llama? Vení, vení. Este monte de Venus está muy alto. Vuestro peligro está señalado en Saturno, de una prisión, y en el monte de la Luna, peligro por mar.

RAMPÍN.- «Caminar por donde va el buey».

LOZANA.- Mostrá esa otra mano.

RAMPÍN.- ¿Qué queréis ver?, que mi ventura ya la sé. Decime vos, ¿dónde dormiré esta noche?

LOZANA.- ¿Dónde? Donde no soñaste.

RAMPÍN.- No sea en la prisión, y venga lo que viniere.

LOZANA.- Señora, este vuestro hijo más es venturoso que no pensáis. ¿Qué edad tiene?

NAPOLITANA.- De diez años le sacamos los bracicos y tomó fuerza en los lomos.

LOZANA.- Suplícoos que le deis licencia que vaya conmigo y me muestre esta ciudad.

NAPOLITANA.- Sí hará, que es muy servidor de quien lo merece. Andá, meteos esa camisa y serví a esa señora honrada.

Mamotreto XII
Cómo Rampín le va mostrando la ciudad y le da ella un ducado que busque donde cenen y duerman, y lo que pasaron con una lavandera.

LOZANA.- Pues hacé una cosa, mi hijo, que, por donde fuéramos, que me digáis cada cosa qué es y cómo se llaman las calles.

RAMPÍN.- Esta es la Ceca, donde se hace la moneda, y por aquí se va a Campo de Flor y al Coliseo, y acá es el puente, y éstos son los banqueros.

LOZANA.- ¡Ay, ay! No querría que me conociesen, porque siempre fui mirada.

RAMPÍN.- Vení por acá y mirá. Aquí se venden muchas cosas, y lo mejor que en Roma y fuera de Roma nace se trae aquí.

LOZANA.- Por tu vida, que tomes este ducado y que compres lo mejor que te pareciere, que aquí jardín me parece más que otra cosa.

RAMPÍN.- Pues adelante lo veréis.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

LOZANA.- ¿Qué me dices? Por tu vida, que compres aquellas tres perdices, que cenemos.

RAMPÍN.- ¿Cuáles, aquéstas? Estarnas son, que el otro día me dieron a comer de una en casa de una cortesana, que mi madre fue a quitar las cejas y yo le llevé los afeites.

LOZANA.- ¿Y dónde vive?

RAMPÍN.- Aquí abajo, que por allí habemos de pasar.

LOZANA.- Pues todo eso quiero que vos me mostréis.

RAMPÍN.- Sí haré.

LOZANA.- Quiero que vos seáis mi hijo, y dormiréis conmigo. Y mirá no me lo hagáis, que ese bozo de encima demuestra que ya sois capón.

RAMPÍN.- Si vos me probaseis, no sería capón.

LOZANA.- ¡Por mi vida! ¡Hi, hi! Pues comprá de aquellas hostias un par de julios, y acordá dónde iremos a dormir.

RAMPÍN.- En casa de una mi tía

LOZANA.- ¿Y vuestra madre?

RAMPÍN.- ¡Que la quemen!

LOZANA.- Llevemos un cardo.

RAMPÍN.- Son todos grandes.

LOZANA.- ¿Pues qué se nos da? Cueste lo que costare, que, como dicen: «ayunar o comer trucha».

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

RAMPÍN.- Por esta calle hallaremos tantas cortesanas juntas como colmenas.

LOZANA.- ¿Y cuáles son?

RAMPÍN.- Ya las veremos a las celosías. Aquí se dice el Urso. Más arriba veréis muchas más.

LOZANA.- ¿Quién es éste? ¿Es el obispo de Córdoba?

RAMPÍN.- ¡Así viva mi padre! Es un obispo espigacensis de mala muerte.

LOZANA.- Más triunfo lleva un mameluco.

RAMPÍN.- Los cardenales son aquí como los mamelucos.

LOZANA.- Aquéllos se hacen adorar.

RAMPÍN.- Y éstos también.

LOZANA.- Gran soberbia llevan.

RAMPÍN.- El año de veintisiete me lo dirán.

LOZANA.- Por ellos padeceremos todos.

RAMPÍN.- «Mal de muchos, gozo es». Alzá los ojos arriba, y veréis la manifactura de Dios en la señora Clarina. Allí me mirá vos. ¡Aquélla es gentil mujer!

LOZANA.- Hermano, «hermosura en puta y fuerza en bastajo».

RAMPÍN.- Mirá esta otra.

LOZANA.- ¡Qué presente para triunfar! Por eso se dijo: «¿Quién te hizo puta? El vino y la fruta».

RAMPÍN.- Es favorida de un perlado. Aquí mora la Galán portuguesa.

LOZANA.- ¿Qué es, amiga de algún ginovés?

RAMPÍN.- «Mi abuelo es mi pariente, de ciento y otros veinte».
LOZANA.- ¿Y quién es aquella andorra que va con sombrero tapada, que va culeando y dos mozas lleva?

RAMPÍN.- ¿Ésa? Cualque cortesanilla por ahí. ¡Mirá qué traquinada de ellas van por allá, que parecen enjambre, y los galanes tras ellas! A estas horas salen ellas disfrazadas.

LOZANA.- ¿Y dónde van?

RAMPÍN.- A perdones.

LOZANA.- ¿Sí? Por demás lo tenían. ¿Putas y perdoneras?

RAMPÍN.- Van por recoger para la noche.

LOZANA.- ¿Qué es aquello? ¿Qué es aquello?

RAMPÍN.- Llévalas la justicia.

LOZANA.- Esperá, no os envolváis con esa gente.

RAMPÍN.- No haré. Luego vengo.

LOZANA.- ¡Mira ahora dónde va Braguillas! ¡Guayas si la sacó Perico el Bravo! ¿Qué era, por mi vida, hijo?

RAMPÍN.- No, nada, sino el tributo que les demandaban, y ellas han dado, por no ser vistas, quién anillo, quién cadena, y después enviará cada una cualque litigante por lo que dio, y es una cosa, que pagan cada una un ducado al año al capitán de Torre Sabela.

LOZANA.- ¿Todas?

RAMPÍN.- Salvo las casadas.

LOZANA.- Mal hacen, que no habían de pagar sino las que están al burdel.

RAMPÍN.- Pues por eso es la mayor parte de Roma burdel, y le dicen: «Roma putana».

LOZANA.- ¿Y aquéllas qué son, moriscas?

RAMPÍN.- ¡No, cuerpo del mundo, son romanas!

LOZANA.- ¿Y por qué van con aquellas almalafas?

RAMPÍN.- No son almalafas; son batículo o batirrabo, y paños listados.

LOZANA.- ¿Y qué quiere decir que en toda la Italia llevan delante sus paños listados o velos?

RAMPÍN.- Después acá de Rodriguillo español van ellas así.

LOZANA.- Eso quería yo saber.

RAMPÍN.- No sé más de cuanto lo oí así, y os puedo mostrar al Rodriguillo españolo de bronzo, hecha su estatua en Campidolio, que se saca una espina del pie y está desnudo.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

LOZANA.- ¡Por mi vida, que es cosa de saber y ver, que dicen que en aquel tiempo no había dos españoles en Roma, y ahora hay tantos! Vendrá tiempo que no habrá ninguno, y dirán «Roma mísera», como dicen «España mísera».

RAMPÍN.- ¿Veis allí la estufa donde salieron las romanas?

LOZANA.- ¡Por vida de tu padre que vamos allá!

RAMPÍN.- Pues dejame llevar esto en casa de mi tía, que cerca estamos, y hallarlo hemos aparejado.

LOZANA.- Pues ¿dónde me entraré?

RAMPÍN.- Aquí, con esta lavandera milagrosa.

LOZANA.- Bueno será.

RAMPÍN.- Señora mía, esta señora se quede aquí, así Dios os guarde, a reservirlo hasta que torno.

LAVANDERA.- Intrate, madona; seate bien venuta.

LOZANA.- Beso las manos.

LAVANDERA.- ¿De dove siate?

LOZANA.- Señora, soy española; mas todo mi bien lo he habido de un ginovés que estaba para ser mi marido y, por mi desgracia, se murió; y ahora vengo aquí porque tengo de haber de sus parientes gran dinero que me ha dejado para que me case.

LAVANDERA.- ¡Ánima mía, Dios os dé mejor ventura que a mí, que aunque me veis aquí, soy española!

LOZANA.- ¿Y de dónde?

LAVANDERA.- Señora, de Nájara. Y soy estada dama de grandes señoras, y un traidor me sacó, que se había de casar conmigo, y burlome.

LOZANA.- No hay que fiar. Decime, ¿cuánto ha que estáis en Roma?

LAVANDERA.- Cuando vino el mal de Francia, y ésta fue la causa que yo quedase burlada. Y si estoy aquí lavando y fatigándome, es para me casar, que no tengo otro deseo, sino verme casada y honrada.

LOZANA.- ¿Y los aladares de pez?

LAVANDERA.- ¿Qué decís, señora?

LOZANA.- Que gran pena tenéis en mascar.

LAVANDERA.- ¡Ay, señora! La humildad de esta casa me ha hecho pelar la cabeza, que tenía unos cabellos como hebras de oro, y en un solo cabello tenía añudadas sesenta navidades.

LOZANA.- ¿Y la humildad os hace hundir tanto la boca?

LAVANDERA.- Es de mío, que todo mi parentado lo tiene, que cuando comen parece que mamillan.

LOZANA.- Mucho ganaréis a este lavar.

LAVANDERA.- ¡Ay, señora!, que cuando pienso pagar la casa, y comer, y leña, y ceniza, y jabón, y caldera, y tinas, y canastas, y agua, y cuerdas para tender, y mantener la casa de cuantas cosas son menester, ¿qué esperáis? Ningún amigo que tengáis os querrá bien si no le dais, cuándo la camisa, cuándo la capa, cuándo la gorra, cuándo los huevos frescos, y así de mano en mano, «donde pensáis que hay tocinos no hay estacas». Y con

todo esto, a mala pena quieren venir cada noche a teneros compañía, y por esto tengo dos, porque lo que el uno no puede, supla el otro.

LOZANA.- Para tornar los gañivetes, éste que se va de aquí ¿quién es?

LAVANDERA.- Italiano es, canavario o botiller de un señor; siempre me viene cargado.

LOZANA.- ¿Y sábelo su señor?

LAVANDERA.- No, que es casa abastada. ¡Pues estaría fresca si comprase el pan para mí, y para todas esas gallinas, y para quien me viene a lavar, que son dos mujeres, y doyles un carlín, o un real y la despensa, que beben más que hilan! Y vino, que en otra casa beberían lo que yo derramo porque me lo traigan fresco, que en esta tierra se quiere beber como sale de la bota. ¿Veis aquí donde viene el otro mi amigo, y es español?

LOZANA.- A él veo engañado.

LAVANDERA.- ¿Qué decís?

LOZANA.- Que este tal mancebo quienquiera se lo tomaría para sí. ¡Y sobre mi cabeza, que no ayuna!

LAVANDERA.- No, a osados, señora, que tiene buen señor.

LOZANA.- No lo digo por eso, sino a pan y vos.

LAVANDERA.- Es como un ángel; ni me toma ni me da. ¿Qué quieres, a qué vienes, dónde eres estado hoy? ¡Guarda, no quiebres esos huevos!

ESPAÑOL.- ¿Quién era esa señora?

LAVANDERA.- Es quien es.

ESPAÑOL.- ¡Oh, pese a la grulla, si lo sabía, callaba, por mi honra! ¡Esa fruta no se vende al Puente!

LOZANA.- No, por mi vida, señor, que ahora pasé yo por allí y no la vi.

ESPAÑOL.- «Bofetón en cara ajena».

LAVANDERA.- ¿No te quieres ir de ahí? ¡Si salgo allá! ¿Qué os parece, señora? Otro fuera que se enojara. Es la misma bondad, y mirad que me ha traído cebada, que no tiene otra cosa, la que le dan a él para la mula de su amo.

LOZANA.- Otra cosa mejor pensé que os traía.

LAVANDERA.- ¡Andá, señora, «harto da quien da lo que tiene»!

LOZANA.- Sí, verdad es, mas no lo que hurta.

LAVANDERA.- Hablame alto, que me duele este oído.

LOZANA.- Digo que si laváis a españoles solamente.

LAVANDERA.- A todo hago por ganar, y también porque está aquí otra española, que me ha tomado muchas casas de señores, y lava ella a la italiana, y no hace tanta espesa como yo.

LOZANA.- ¿Qué diferencia tiene el lavar italiano?

LAVANDERA.- ¿Qué? ¡Grande! Nosotras remojamos y damos una mano de jabón y después encanastamos, y colamos, y se quedan los paños allí la noche, que cuele la lejía, porque de otra manera serían los paños de color de la lejía; y ellas al

remojar no meten jabón y dejan salir la lejía, que dicen que come las manchas, y tornan la ceniza al fuego a requemar, y después no tiene virtud.

LOZANA.- Ahora sé lo que no pensé. ¿Quién es ésta que viene acá?

LAVANDERA.- Aquí junto mora, mi vecina.

VECINA.- Española, ¿por qué no atas aquel puerco? No te cures, será muerto.

LAVANDERA.- ¡Anda, vete, bésalo en el buz de la hierba!

VECINA.- Bien, yo te aviso.

LAVANDERA.- Pues mira, si tú me lo miras o tocas, quizá no seré puerco por ti. ¿Pensa tú que ho paura del tu esbirro? ¡A ti y a él os lo haré comer crudo!

VECINA.- Bien, espera.

LAVANDERA.- ¡Va de aquí, borracha, y aun como tú he lavado yo la cara con cuajares!

LOZANA.- ¿Qué, también tenéis cochino?

LAVANDERA.- Pues iré yo a llevar toda esta ropa a sus dueños y traeré la sucia. Y de cada casa, sin lo que me pagan los amos, me vale más lo que me dan los mozos: carne, pan, vino, fruta, aceitunas sevillanas, alcaparras, pedazos de queso, candelas de sebo, sal, presuto, ventresca, vinagre (que yo lo doy a toda esta calle), carbón, ceniza, y más lo que traigo en el cuerpo y lo que puedo garbear, como platos y escudillas, picheles, y cosas que el hombre no haya de comprar.

LOZANA.- De esa manera no hay galera tan proveída como las casas de las lavanderas de esta tierra.

LAVANDERA.- Pues no os maravilléis, que todo es menester; que cuando los mozos se parten de sus amos, bien se lo pagamos, que nos lo ayudan a comer. Que este bien hay en esta tierra, que cada mes hay nuevos mozos en casa, y nosotras los avisamos que no han de durar más ellos que los otros, que no sean ruines, que cuando el mundo les faltare, nosotras somos buenas por dos meses. Y también los enviamos en casa del tal, que se partió un mozo, mas no sabe el amo que lo toma que yo se lo encaminé, y por esto ya el mozo me tiene puesto detrás de la puerta el frasco lleno, y el resto, y si viene el amo que me lo ve tomar, digo que yo lo dejé allí cuando subí. ¿Veis?, aquí viene aquel mozuelo que os dejó aquí.

RAMPÍN.- ¿Qué se hace? ¡Sus, vamos! A vos muchas gracias, señora.

LAVANDERA.- Esta casa está a vuestro servicio. Gana me viene de cantar: Yo te lo veo en esa piel nueva; yo te he mirado en ojo que no mentirá: que tú ruecas de husos harás.

LOZANA.- Por mi vida, hermano, que he tomado placer con esta borracha, amenguada como hilado de beoda. ¿Qué quiere decir estrega, vos que lo sabéis? ¿Santochada?

RAMPÍN.- Quiere decir bruja, como ella.

LOZANA.- ¿Qué es aquello que dice aquél?

RAMPÍN.- Son chambelas que va vendiendo.

LOZANA.- ¿Y de qué se hacen estas rosquitas?

RAMPÍN.- De harina y agua caliente, y sal, y matalahúva, y poco azúcar, y danles un bulle en agua y después mételas en el horno.

LOZANA.- Si en España se comiesen dirían que es pan cenceño.

RAMPÍN.- Porque allá sobra la levadura.

LOZANA.- Entrá vos y mirá si está ninguno allá dentro.

Mamotreto XIII
Cómo entran en la estufa Rampín y la Lozana y preguntan

[RAMPÍN.-] ¿Está gente dentro, hermano?

ESTUFERO.- Andás aquí, andás; no hay más que dos.

RAMPÍN.- Veislas, aquí salen.

LOZANA.- ¡Caliente está, por mi vida! Tráeme agua fría, y presto salgamos de aquí.

RAMPÍN.- También había bragas para vos.

LOZANA.- Poco sabéis, hermano; «al hombre braga de hierro, a la mujer de carne». Gana me viene de os azotar. Tomá esta navaja, tornásela, que ya veo que vos no la tenéis menester. ¡Vamos fuera, que me muero! Dame mi camisa.

RAMPÍN.- Vení, vení, tomá una chambela. ¡Va tú, haz venir del vino! ¡Toma, págalo, ven presto! ¿Eres venido?

ESTUFERO.- Ecome que vengo. Señora, tomad, bebed, bebé más.

LOZANA.- Bebe tú, que torrontés parece.

RAMPÍN.- Vamos fuera prestamente, que ya son pagados estos borrachos.

ESTUFERO.- Señora, das aquí la mancha.

LOZANA.- Si tú no me la has echado, no tenía yo mancha ninguna.

RAMPÍN.- No dice eso el beodo, sino que llama el aguinaldo mancha, que es usanza.

LOZANA.- Pues dadle lo que se suele dar, que gran bellaco parece.

RAMPÍN.- Adío.

ESTUFERO.- ¡Adío, caballeros de castillos!

LOZANA.- ¿Por dónde hemos de ir?

RAMPÍN.- Por acá, que aquí cerca está mi tía. ¿Veisla a la puerta?

LOZANA.- ¿Y qué es aquello que compra? ¿Son rábanos, y negros son?

RAMPÍN.- No son sino remolachas, que son como rábanos, y dicen en esta tierra que «quien come la remolacha y va en Nagona, torna otra vez a Roma».

LOZANA.- ¿Tan dulce cosa es?

RAMPÍN.- No sé, así se dice; es refrán.

TÍA.- ¡Caminá, sobrino, préstame un cuatrín!

RAMPÍN.- De buena gana, y un julio.

TÍA.- ¡Norabuena vengáis, reina mía! ¡Toda venís sudada y fresca como una rosa! ¿Qué buscáis, sobrino? Todo está aparejado sino el vino; id por ello y vení. Cenaremos, que vuestro tío está volviendo el asador.

RAMPÍN.- Pues lavame esa calabaza en que lo traiga, que en dos saltos vengo.

TÍA.- ¿Qué os parece, señora, de este mi sobrino Rampín? que así fue siempre servicial.

LOZANA.- Señora, que querría que fuese venido mi marido, para que lo tomase y le hiciese bien.

TÍA.- ¡Ay, señora mía, que merced ganaréis, que son pobres!

LOZANA.- No curéis, señora; mi marido les dará en qué ganen.

TÍA.- Por mi vida, y a mi marido también, que bien sabe de todo y es persona sabida, aunque todos lo tienen por un asno, y es porque no es malicioso. Y por su bondad, no es él ahora cambiador, que está esperando unas recetas y un estuche para ser médico. No se cura de honras demasiadas, que aquí se está ayudándome a repulgar y echar caireles a lo que yo coso. ¿Venís, sobrino? Asentaos aquí cabe mí. Comed, señora.

LOZANA.- Si haré, que hambre tengo.

TÍA.- ¿Oíslo? Vení, asentaos junto a esa señora, que os tiene amor, y quiere que os sentéis cabe ella.

VIEJO.- Sí haré de buen grado.

RAMPÍN.- ¡Paso, tío, cuerpo de sant, que echáis la mesa en tierra! ¡Alzá el brazo, mirá que derramaréis! ¿Quién me lo dijo a mí que lo habíais de hacer?

TÍA.- Así, así veis caído el banco, y la señora se habrá hecho mal.

LOZANA.- No he, sino que todo el vino me cayó encima. Buen señal.

TÍA.- Id por más y veislo hecho. ¡Pasaos aquí, que siempre hacéis vuestras cosas pesadas! ¡No cortés, que vuestro sobrino cortará! ¿Veis? ¡Ay, zape, zape! ¡Allá va, lo mejor se lleva el gato! ¿Por qué no esperáis? ¡Que parece que no habéis comido!

VIEJO.- Dejame hacer, y tendré mejor aliento para beber.

TÍA.- ¿Venís, sobrino?

RAMPÍN.- Vengo por alguna cosa en que lo traiga.

TÍA.- ¿Y las dos garrafas?

RAMPÍN.- Caí y quebrelas.

TÍA.- Pues tomá este jarro.

RAMPÍN.- Éste es bueno y, si me dice algo el tabernero, le daré con él.

TÍA.- Así lo hacé. Señora mía, yo me querría meter en un agujero y no ver esto cuando hay gente forastera en casa; mas vos, señora, habéis de mirar que esta casa es vuestra.

LOZANA.- Más gana tengo de dormir que de otra cosa.

TÍA.- Sobrino, cená vosotros, en tanto que voy y la ayudo a desnudar.

RAMPÍN.- Señora, sí.

Mamotreto XIV
Cómo torna su tía y demanda dónde ha de dormir Rampín, y lo que pasaron la Lozana y su futuro criado en la cama.

[TÍA.-] Dime, sobrino, ¿has de dormir allí con ella? Que no me ha dicho nada, y por mi vida que tiene lindo cuerpo.

RAMPÍN.- ¿Pues qué, si la vierais vos desnuda en la estufa?

TÍA.- Yo quisiera ser hombre, tan bien me ha parecido. ¡Oh, qué pierna de mujer! ¡Y el necio de su marido que la dejó venir sola a la tierra de Cornualla! Debe de ser cualque babión, o veramente que ella debe de ser buena de su cuerpo.

RAMPÍN.- Yo lo veré esta noche, que, si puedo, tengo de pegar con sus bienes.

TÍA.- A otro que tú habría ella de menester, que le hallase mejor la bezmellerica y le hinchiese la medida.

RAMPÍN.- Andá, no curéis que «debajo yace buen bebedor», como dicen.

TÍA.- Pues allá dejé el candil. Va pasico, que duerme, y cierra la puerta.

RAMPÍN.- Sí haré. Buenas noches.

TÍA.- Va en buen hora.

LOZANA.- ¡Ay, hijo! ¿Y aquí os echaste? Pues dormí y cobijaos, que harta ropa hay. ¿Qué hacéis? ¡Mirá que tengo marido!

RAMPÍN.- Pues no está ahora aquí para que nos vea.

LOZANA.- Sí, mas saberlo ha.

RAMPÍN.- No hará; esté queda un poquito.

LOZANA.- ¡Ay, qué bonito! ¿Y de esos sois? ¡Por mi vida que me levante!

RAMPÍN.- No sea de esa manera, sino por ver si soy capón, me dejéis deciros dos palabras con el dinguilindón.

LOZANA.- ¡No haré! La verdad te quiero decir, que estoy virgen.

RAMPÍN.- ¡Andá, señora, que no tenéis vos ojo de estar virgen! ¡Déjame ahora hacer, que no parecerá que os toco!

LOZANA.- ¡Ay, ay, sois muy muchacho y no querría haceros mal!

RAMPÍN.- No haréis, que ya se me cortó el frenillo.

LOZANA.- ¿No os basta besarme y gozar de mí así, que queréis también copo y condedura? ¡Catá que me apretáis! ¿Vos pensáis que lo hallaréis? Pues os hago saber que ese hurón no sabe cazar en esta floresta.

RAMPÍN.- Abridle vos la puerta, que él hará su oficio a la machamartillo.

LOZANA.- Por una vuelta soy contenta. ¿Muchacho eres tú? Por esto dicen «guárdate del mozo cuando le nace el bozo». Si lo supiera, más presto soltaba riendas a mi querer. Pasico, bonico, quedico, no me ahinquéis. Andá conmigo, ¡por ahí van allá! ¡Ay, qué prisa os dais, y no miráis que está otra en pasamiento sino vos! Catá que no soy de aquellas que se quedan atrás. Esperá, os vezaré: ¡así, así, por ahí seréis maestro! ¿Veis como va bien? Esto no sabíais vos; pues no se os olvide. ¡Sus, dadle, maestro, enlodá, que aquí se verá el correr de esta lanza, quién la quiebra! Y mirá que, «por mucho madrugar, no amanece más aína». En el coso te tengo, la garrocha es buena, no quiero sino vérosla tirar. Buen principio lleváis. Caminá, que la liebre está echada. ¡Aquí va la honra!

RAMPÍN.- Y si la venzo, ¿qué ganaré?

LOZANA.- No curéis, que cada cosa tiene su premio. ¿A vos vezo yo, que naciste vezado? Daca la mano y tente a mí, que el almadraque es corto. Aprieta y cava, y ahoya, y todo a un tiempo. ¡A las clines, corredor! ¡Ahora, por mi vida, que se va el recuero! ¡Ay, amores, que soy vuestra muerta y viva! Quitáos la camisa, que sudáis. ¡Cuánto había que no comía cocho! Ventura fue encontrar el hombre tan buen participio a un pasto. Este tal majadero no me falte, que yo apetito tengo desde que nací, sin ajo y queso, que podría prestar a mis vecinas. Dormido se ha. En mi vida vi mano de mortero tan bien hecha. ¡Qué gordo que es! Y todo parejo. «¡Mal año para nabo de Jerez!» Parece bisoño de Frojolón. La habla me quitó, no tenía por donde resollar. ¡No es de dejar este tal unicornio! ¿Qué habéis, amores?

RAMPÍN.- Nonada, sino demandaros de merced que toda esta noche seáis mía.

LOZANA.- No más, así gocéis.

RAMPÍN.- Señora, ¿por qué no? ¿Falté algo en la pasada? Enmendadlo hemos, que la noche es luenga.

LOZANA.- Disponé como de vuestro, con tanto que me lo tengáis secreto. ¡Ay, qué miel tan sabrosa! ¡No lo pensé! ¡Aguza, aguza, dale si le das, que me llaman en casa! ¡Aquí, aquí, buena como la primera, que no le falta un pelo! Dormí, por mi vida, que yo os cobijaré. Quite Dios de mis días y ponga en los tuyos, que cuanto enojo traía me has quitado. Si fuera yo gran señora, no me quitara jamás éste de mi lado. ¡Oh, pecadora de mí! ¿y desperteos? No quisiera.

RAMPÍN.- Andá, que no se pierde nada.

LOZANA.- ¡Ay, ay, así va, por mi vida, que también camine yo! ¡Allí, allí me hormiguea! ¿Qué, qué, pasaréis por mi puerta? Amor mío, todavía hay tiempo. Reposá, alzá la cabeza, tomá esta almohada. ¡Mira qué sueño tiene, que no puede ser mejor! Quiérome yo dormir.

AUTOR.- Quisiera saber escribir un par de ronquidos, a los cuales despertó él y, queriéndola besar, despertó ella, y dijo:

[LOZANA.-] ¡Ay, señor!, ¿es de día?

RAMPÍN.- No sé, que ahora desperté, que aquel cardo me ha hecho dormir.

LOZANA.- ¿Qué hacéis? ¿Y cuatro? A la quinta canta el gallo. ¡No estaré queda, no estaré queda hasta que muera! Dormí, que ya es de día, y yo también. Matá aquel candil, que me da en los ojos. Echaos y tirá la ropa a vos.

AUTOR.- Allí junto moraba un herrero, el cual se levantó a media noche y no les dejaba dormir. Y él se levantó a ver si era de día y, tornándose a la cama, la despertó, y dijo ella:

[LOZANA.-] ¿De dónde venís?, que no os sentí levantar.

RAMPÍN.- Fui allí fuera, que estos vecinos hacen de la noche día. Están las Cabrillas sobre este Horno, que es la punta de la media noche, y no nos dejan dormir.

LOZANA.- ¿Y en cueros saliste? Frío venís.

RAMPÍN.- Vos me calentaréis.

LOZANA.- Sí haré, mas no de esa manera. ¡No más, que estoy harta, y me gastaréis la cena!

RAMPÍN.- Tarde acordaste, que dentro yace que no rabea. Harta me decís que estáis, y parece que comenzáis ahora. Cansada creería yo más presto, que no harta.

LOZANA.- Pues, ¿quién se harta que no deje un rincón para lo que viniere? ¡Por mi vida, que tan bien batís vos el hierro como aquel herrero! ¡A tiempo y fuerte, que es acero! Mi vida, ya no más, que basta hasta otro día, que yo no puedo mantener la tela, y lo demás sería gastar lo bueno. Dormí, que almorzar quiero en levantándome.

RAMPÍN.- No curéis, que mi tía tiene gallinas y nos dará de los huevos, y mucha manteca y la calabaza llena.

LOZANA.- Señor, sí diré yo como decía la buena mujer después de bien harta.

RAMPÍN.- ¿Y cómo decía?

LOZANA.- Dijo: «harta de duelos con mucha mancilla», como lo sabe aquélla que no me dejará mentir.

AUTOR.- Y señaló a la calabaza.

RAMPÍN.- Puta vieja era esa; a la manteca llamaba mancillalobos.

LOZANA.- Luenga valga, júralo mozo, y ser de Córdoba me salva. El sueño me viene, reposemos.

RAMPÍN.- Soy contento; a este lado, y metamos la iglesia sobre el campanario.

AUTOR.- (Prosigue.) Era mediodía cuando vino la tía a despertarlos, y dice:

TÍA.- ¡Sobrino, abrí, catá el sol que entra por todo! ¡Buenos días! ¿Cómo habéis dormido?

LOZANA.- Señora, muy bien, y vuestro sobrino como lechón de viuda, que no ha meneado pie ni pierna hasta ahora, que yo ya me sería levantada sino por no despertarlo.
Que no he hecho sino llorar pensando en mi marido, qué hace o dónde está que no viene.

TÍA.- No toméis fatiga, andá acá, que quiero que veáis mi casa ahora que no está aquí mi marido. Veis aquí en qué paso tiempo. ¿Queréis que os las quite a vos?

LOZANA.- Señora, sí, y después yo os pelaré a vos porque veáis qué mano tengo.

TÍA.- Esperá, traeré aquel pelador o escoriador, y veréis que no deja vello ninguno, que las jodías lo usan mucho.

LOZANA.- ¿Y de qué se hace este pegote o pellejador?

TÍA.- ¿De qué? De trementina y de pez greca, y de calcina virgen, y cera.

LOZANA.- Aquí donde me lo pusiste se me ha hinchado y es cosa sucia. Mejor se hace con vidrio sotil y muy delgado, que lleva el vello y hace mejor cara. Y luego un poco de olio de pepitas de calabaza y agua de flor de habas a la veneciana, que hace una cara muy linda.

TÍA.- Eso quiero que me vecéis.

LOZANA.- Buscá una redomilla quebrada; mirá qué suave que es, y es cosa limpia.

TÍA.- No curéis, que si os caen en el rastro las cortesanas, todas querrán probar, y con eso que vos le sabéis dar, una ligereza, ganaréis cuanto quisiereis, Dios delante. ¿Veis aquí dónde viene mi marido?

VIEJO.- Estéis en buen hora.

LOZANA.- Seáis bien venido.

VIEJO.- Señora, ¿qué os ha parecido de mi sobrino?

LOZANA.- Señor, ni amarga ni sabe a fumo.

TÍO.- ¡Por mi vida, que tenéis razón! Mas yo fuera más al propósito que no él.

TÍA.- ¡Mirá que se dejará decir! ¡Se pasan los dos meses que no me dice qué tienes ahí y se quiere ahora hacer gallo! ¡Para quien no os conoce tenéis vos palabra!

LOZANA.- Señora, no os alteréis, que mi bondad es tanta que ni sus palabras, ni su sobrino no me empreñarán. Vamos, hijo, Rampín, que es tarde para lo que tenemos que hacer.

TÍA.- Señora, id sana y salva, y torname a ver con sanidad.

Mamotreto XV
Cómo fueron mirando por Roma, hasta que vinieron a la judería, y cómo ordenó de poner casa.

LOZANA.- ¿Por dónde hemos de ir?

RAMPÍN.- Por aquí, por Plaza Redonda, y veréis el templo de Panteón, y la sepultura de Lucrecia Romana, y la aguja de piedra que tiene la ceniza de Rómulo y Rémulo, y la Columna labrada, cosa maravillosa, y veréis Setemzonéis, y reposaréis en casa de un compaño mío que me conoce.

LOZANA.- Vamos, que aquel vuestro tío sin pecado podría traer albarda. Ella parece de buena condición. Yo la tengo de vezar muchas cosas que sé.

RAMPÍN.- De eso os guardá. No vecéis a ninguna lo que sabéis; guardadlo para cuando lo habréis menester, y si no viene vuestro marido, podréis vos ganar la vida, que yo diré a todas que sabéis más que mi madre. Y si queréis que esté con vos, os iré a vender lo que hiciereis, y os pregonaré que traéis secretos de Levante.

LOZANA.- Pues vení acá, que eso mismo quiero yo, que vos estéis conmigo. Mirá que yo no tengo marido ni péname el amor, y de aquí os digo que os tendré vestido y harto como

barba de rey. Y no quiero que fatiguéis, sino que os hagáis sordo y bobo, y calléis aunque yo os riña y os trate de mozo, que vos llevaréis lo mejor, y lo que yo ganare sabedlo vos guardar, y veréis si habremos menester a nadie. A mí me quedan aquí cuatro ducados para remediarme. Id, y compradme vos solimán, y lo haré labrado, que no lo sepan mirar cuantas lo hacen en esta tierra, que lo hago a la cordobesa, con saliva y al sol, que esto dicen que es lo que hace la madre a la hija; esotro es lo que hace la cuñada a la cuñada, con agua y al fuego, y si miran que no salte, ni se queme, sería bueno, y de esto haré yo para el común.
Mas ahora he menester que sea loada y, como la primera vez les hará buena cara, siempre diré que lo paguen bien, que es de mucha costa y gran trabajo.

RAMPÍN.- Aquí es el Aduana, mirá si queréis algo.

LOZANA.- ¿Qué aduanaré? Vos me habéis llevado la flor.

RAMPÍN.- ¿Veis allí una casa que se alquila?

LOZANA.- Véamosla.

RAMPÍN.- Ya yo la he visto, que moraba una putilla allí, y tiene una cámara y una saleta, y paga diez ducados de carlines al año, que son siete y medio de oro, y ella la pagaba de en tres en tres meses, que serían veinticinco carlines por tres meses. Y buscaremos un colchón y una silla para que hincha la sala, y así pasaréis hasta que vayáis entendiendo y conociendo.

LOZANA.- Bien decís; pues vamos a mercar un morterico chiquito para comenzar a hacer cualque cosa que dé principio al arte.

RAMPÍN.- Sea así. Yo os lo traeré. Vamos primero a hablar con un jodío, que se llama Trigo, que él os alquilará todo lo que habéis menester y aun tomará la casa sobre sí.

LOZANA.- Vamos. ¿Conocéis alguno?

RAMPÍN.- Mirá, es judío plático, dejá hacer a él, que él os publicará entre hombres de bien que paguen la casa y aun el comer.

LOZANA.- Pues eso hemos menester. Decime, ¿es aquél?

RAMPÍN.- No, que él no trae señal, que es judío que tiene favor, y lleva ropas de seda vendiendo, y ese no lleva sino ropa vieja y zulfaroles.

LOZANA.- ¿Qué plaga es ésta?

RAMPÍN.- Aquí se llama Nagona, y si venís el miércoles veréis el mercado, que quizá desde que naciste no habéis visto mejor orden en todas las cosas. Y mirá qué es lo que queréis, que no falta nada de cuantas cosas nacen en la tierra y en el agua, y cuantas cosas se puedan pensar que sean menester abundantemente, como en Venecia y como en cualquier tierra de acarreto.

LOZANA.- Pues eso quiero yo que me mostréis. En Córdoba se hace los jueves, si bien me recuerdo:

Juéves, era juéves
dia de mercado,
convidó Hernando
los Comendadores:

¡Oh si me muriera cuando esta endecha oí! No lo quisiera tampoco, que bueno es vivir, quien vive loa al Señor. ¿Quién

son aquellos que me miraron? ¡Para ellos es el mundo!, ¡y lóbregos de aquellos que van a pie, que van sudando, y las mulas van a matacaballo, y sus mujeres llevan a las ancas!

RAMPÍN.- Eso de sus mujeres... son cortesanas, y ellos deben de ser grandes señores pues mirá que por eso se dice: «Nota Roma, triunfo de grandes señores, paraíso de putanas, purgatorio de jóvenes, infierno de todos, fatiga de bestias, engaño de pobres, peciguería de bellacos».

LOZANA.- ¿Qué predica aquél? Vamos allá.

RAMPÍN.- Predica cómo se tiene de perder Roma y destruirse en el año XXVII, mas dícelo burlando. Este es el Campo de Flor, aquí es en medio de la ciudad. Éstos son charlatanes, sacamuelas y gastapotras, que engañan a los villanos y a los que son nuevamente venidos, que aquí los llaman bisoños.

LOZANA.- ¿Y con qué los engañan?

RAMPÍN.- ¿Veis aquella raíz que él tiene en la mano? Está diciendo que quita el dolor de los dientes, y que lo dará por un bayoque, que es cuatro cuatrines. Hará más de ciento de aquéllos, si halla quien los compre: tantos bayoques hará. ¡Y mirá el otro cuero hinchado, aquel papel que muestra! Está diciendo que tiene polvos para vermes, que son lombrices, y mirá qué prisa tiene, y después será cualque cosa que no vale un cuatrín, y dice mil farándulas y a la fin, todo nada. Vamos, que «un loco hace ciento».

LOZANA.- ¡Por mi vida, que no son locos! Decime, ¿quién mejor sabio que quien sabe sacar dinero de bolsa ajena sin fatiga? ¿Qué es aquello, que están allí en torno aquél?

RAMPÍN.- Son mozos que buscan amos.

LOZANA.- ¿Y aquí vienen?

RAMPÍN.- Señora, sí. Veis allí dónde van dos con aquel caballero, que no ture más el mal año que ellos durarán con él.
LOZANA.- ¿Cómo lo sabéis vos? Aquella abuela de las otras lavanderas me lo dijo ayer, que cada día en esta tierra toman gente nueva.

RAMPÍN.- ¿Qué sabe la puta vieja, centuriona segundina? Cuando son buenos los famillos y guardan la ropa de sus amos, no se parten cada día; mas si quieren ser ellos patrones de la ropa que sus amos trabajan, cierto es que los enviarán a Turullote. Mirá, los mozos y las fantescas son los que difaman las casas, que siempre van diciendo mal del patrón, y siempre roban más que ganan, y siempre tienen una caja fuera de casa, para lo que urja. Y ellas quieren tener un amigo que venga de noche, y otramente no estarán, y la gran necesidad que tienen los amos se lo hacen comportar, y por eso mudan pensando hallar mejor, y solamente son bien servidos el primer mes. No hay mayor fatiga en esta tierra que es mudar mozos, y no se curan, porque la tierra lo lleva, que si uno los deja, otro los ruega, y así «ni los mozos hacen casa con dos solares», ni los amos los dejan sus herederos, como hacen en otras tierras. Pensá que yo he servido dos amos en tres meses, que estos zapatos de seda me dio el postrero, que era escudero y tenía una puta, y comíamos comprado de la taberna, y ella era golosa y él pensaba que yo le comía unas sobras que habían quedado en la tabla, y por eso me despidió. Y como no hice partido con él, que estaba a discreción, no saqué sino estos zapatos a la francesa. Esperanza tenía que me había de hacer del bien si le sobraba a él.

LOZANA.- ¿Y decísmelo de verdad? ¿Luego vos no sabéis que se dice que «la esperanza es fruta de necios», como vos, y majaderos como vuestro amo?

Mamotreto XVI
Cómo entran a la judería y ven las sinagogas y cómo viene Trigo, judío, a ponerle casa.

LOZANA.- Aquí bien huele. Convite se debe hacer. ¡Por mi vida, que huele a porqueta asada!

RAMPÍN.- ¿No veis que todos estos son judíos, y es mañana sábado que hacen el adafina? Mirá los braseros y las ollas encima.

LOZANA.- ¡Sí, por vuestra vida! Ellos sabios en guisar a carbón, que no hay tal comer como lo que se cocina a fuego de carbón y en olla de tierra. Decime, ¿qué es aquella casa que tantos entran?

RAMPÍN.- Vamos allá y lo veréis. Esta es sinagoga de catalanes, y ésta de abajo es de mujeres. Y allí son tudescos, y la otra franceses, y ésta de romanescos e italianos, que son los más necios judíos que todas las otras naciones, que tiran al gentílico y no saben su ley. Más saben los nuestros españoles que todos, porque hay entre ellos letrados y ricos y son muy resabidos. Mirá allá donde están. ¿Qué os parece? Ésta se lleva la flor. Aquellos dos son muy amigos nuestros, y sus mujeres las conozco yo, que van por Roma vezando oraciones para quien se ha de casar, y ayunos a las mozas para que paran el primer año.

LOZANA.- Yo sé mejor, que no ellas, hacer eso espeso con el plomo derretido. Por ahí no me llevarán, que las moras de Levante me vezaron engañar bobas. En una cosa de vidrio, como es un orinal limpio, y la clara de un huevo, les haré ver maravillas para sacar dinero de bolsa ajena diciendo los hurtos.

RAMPÍN.- Si yo sabía eso cuando me hurtaron unos guantes que yo los había tomado a aquel mi amo, por mi salario, fueran

ahora para vos, que eran muy lindos. Y una piedra se le cayó a su amiga, y hallela (veisla aquí): que ha expendido dos ducados en judíos que adivinasen, y no le han sabido decir que yo la tenía.

LOZANA.- Mostrá. ¡Este diamante es! Vendámoslo, y diré yo que lo traigo de Levante.

RAMPÍN.- Sea así. Vamos al mismo judío, que se llama Trigo. ¿Veislo? allá sale; vamos tras él, que aquí no hablará si no dice la primera palabra «oro», porque lo tienen de buen agüero.

LOZANA.- «¡No es oro lo que oro vale!»

TRIGO.- ¿Qué es eso que decís, señora ginovesa? «El buen jodío, de la paja hace oro». Ya -no me puede faltar el Dío, pues que de oro habló. Y vos, pariente, ¿qué buscáis? ¿Venís con esta señora? ¿Qué ha menester? Que ya sabéis vos que todo se remediará, porque su cara muestra que es persona de bien. Vamos a mi casa; entrá. ¡Tina! ¡Tina! ¡Ven abajo, daca un cojín para esta señora, y apareja que coman algo de bueno!

LOZANA.- No aparejéis nada, que hemos comido.

JODÍO.- Haga buen pro, como hizo a Jacó.

LOZANA.- Hermano, ¿qué le diremos primero?

RAMPÍN.- Decidle de la piedra.

LOZANA.- ¿Veis aquí? Querría vender esta joya.

JODÍO.- ¿Esto en la mano lo tenéis? Buen diamante fino parece.

LOZANA.- ¿Qué podrá valer?

JODÍO.- Yo os diré; si fuese aquí cualque gran señor veneciano que lo tomase, presto haríamos a despacharlo. Vos, ¿en qué precio lo tenéis?

LOZANA.- En veinte ducados.

JODÍO.- No los hallaréis por él, mas yo os diré. Quédeseme acá hasta mañana, y veremos de serviros que, cuando halláremos quien quiera desembolsar diez, será maravilla.

RAMPÍN.- Mirá, si los halláis luego, dadlo.

JODÍO.- Espérame aquí. ¿Traéis otra cosa de joyas?

LOZANA.- No ahora. ¿Veis que judío tan diligente?

RAMPÍN.- Veislo, aquí torna.

JODÍO.- Señora, ya se ha mirado y visto. El platero da seis solamente y, si no, veislo aquí sano y salvo, y no dará más, y aún dice que vos me habéis de pagar mi fatiga y corretaje. Y dijo que tornase luego; si no, que no daría después un cuatrín.

LOZANA.- Dé siete, y págueos a vos, que yo también haré mi débito.

JODÍO.- De esa manera, ocho serán.

LOZANA.- ¿A qué modo?

JODÍO.- Siete por la piedra, y uno a mí por el corretaje, caro sería, y el primer lance no se debe perder, que cinco ducados buenos son en Roma.

LOZANA.- ¿Cómo cinco?

JODÍO.- Si me pagáis a mí uno, no le quedan a vuestra merced sino cinco, que es el caudal de un judío.

RAMPÍN.- Vaya, déselo, que estos jodíos, si se arrepienten, no haremos nada. Andá, Trigo, dadlo, y mirá si podéis sacarle más.

JODÍO.- Eso, por amor de vos, lo trabajaré yo.

RAMPÍN.- Vení presto.

LOZANA.- Mirá qué casa tiene este judío. Este tabardo quiero que me cambie.

RAMPÍN.- Sí hará. ¿Veislo? Viene.

JODÍO.- Ya se era ido, hicísteme detener; ahora no hallaré quien lo tome sino fiado. ¡Tina! Ven acá, dame tres ducados de la caja, que mañana yo me fatigaré aunque sepa perder cualque cosilla. Señora, ¿dónde moráis, para que yo os lleve el resto? Y mirá qué otra cosa os puedo yo servir.

LOZANA.- Este mancebito me dice que os conoce y que sois muy bueno y muy honrado.

JODÍO.- Honrados días viváis vos y él.

LOZANA.- Yo no tengo casa; vos me habéis de remediar de vuestra mano.

JODÍO.- Sí, bien. ¿Y a qué parte la queréis de Roma?

LOZANA.- Donde veáis vos que estaré mejor.

JODÍO.- Dejá hacer a mí. Vení vos conmigo, que sois hombre.
¡Tina! Apareja un almofrej o matalace y un jergón limpio y esa silla pintada y aquel forcel.

TINA.- ¿Qué forcel? No os entiendo.

JODÍO.- Aquel que me daba dieciocho carlines por él la portuguesa que vino aquí ayer.

TINA.- ¡Ya, ya!

JODÍO.- ¿Queréis mudar vestidos?

LOZANA.- Sí, también.

JODÍO.- Dejame hacer, que esto os está mejor; volveos. Si para vos se hiciera, no estuviera más a propósito. Esperá. ¡Tina! Daca aquel paño listado que compré de la Imperia, que yo te la haré a esta señora única en Roma.

LOZANA.- No curéis, que todo se pagará.

JODÍO.- Todo os dice bien, si no fuese por esa picadura de mosca. Gracia tenéis vos, que vale más que todo.

LOZANA.- Yo haré de modo que cegará a quien bien me quisiere, que «los duelos con pan son buenos». Nunca me mataré por nadie.

JODÍO.- Procurá vos de no haber menester a ninguno, que como dice el judío, «no me veas mal pasar, que no me verás pelear».

LOZANA.- Son locuras decir eso.

JODÍO.- Mirá por qué lo digo, porque yo querría, si pudiese ser, que hoy en este día fueseis rica.

LOZANA.- ¿Es el culantro hervir, hervir?

JODÍO.- ¡Por vida de esa cara honrada, que más valéis que pensáis! Vamos a traer un ganapán que lleve todo esto.

RAMPÍN.- Veis allí uno, llamadlo vos, que la casa yo sé donde está. Tres tanto parecéis mejor de esa manera. Id vos delante, buen judío, que nosotros nos iremos tras vos.

JODÍO.- ¿Y dónde es esa casa que decís?

RAMPÍN.- A la Aduana.

JODÍO.- Bueno, así gocen de vos; pues no tardéis, que yo la pagaré. Y esta escoba para limpiarla con buena manderecha.

Mamotreto XVII
Información que interpone el autor para que se entienda lo que adelante ha de seguir.

AUTOR.- «El que siembra alguna virtud coge fama; quien dice la verdad cobra odio». Por eso, notad: estando escribiendo el pasado capítulo, del dolor del pie dejé este cuaderno sobre la tabla, y entró Rampín y dijo: «¿Qué testamento es éste?» Púsolo a enjugar y dijo: «Yo venía a que fueseis a casa, y veréis más de diez putas, y quién se quita las cejas y quién se pela lo suyo. Y como la Lozana no es estada buena jamás de su mal, el pelador no tenía harta atanquía, que todo era calcina. Hase quemado una boloñesa todo el pegujar, y pusímosle butiro y dímosle a entender que eran blanduras; allí dejó dos julios, aunque le pesó. Vení, que reiréis con la hornera que está allí, y dice que trajo a su hija virgen a Roma, salvo que con el palo o cabo de la pala la desvirgó; y miente, que el sacristán con el cirio pascual se lo abrió».

AUTOR.- ¿Cómo? ¿Y su madre la trajo a Roma?

RAMPÍN.- Señor, sí, para ganar, que era pobre. También la otra vuestra muy querida dice que ella os sanará. Mirá que quieren hacer berenjenas en conserva, que aquí llevo clavos de gelofe, mas no a mis expensas, que también sé yo hacer del necio, y después todo se queda en casa. ¿Queréis venir? Que todo el mal se os quitará si las veis.

AUTOR.- No quiero ir, que el tiempo me da pena; pero decí a la Lozana que un tiempo fue que no me hiciera ella esos arrumacos, que ya veo que os envía ella, y no quiero ir porque dicen después que no hago sino mirar y notar lo que pasa, para escribir después, y que saco dechados. ¿Piensan que si quisiese decir todas las cosas que he visto, que no sé mejor replicarlas que vos, que ha tantos años que estáis en su compañía? Mas soyle yo servidor como ella sabe, y es de mi tierra o cerca de ella, y no la quiero enojar. ¿Y a vos no os conocí yo en tiempo de Julio segundo en Plaza Nagona, cuando servíais al señor canónigo?

RAMPÍN.- Verdad decís, mas estuve poco.

AUTOR.- Eso, poco: allí os vi moliendo no sé qué.

RAMPÍN.- Sí, sí, verdad decís. ¡Oh, buena casa y venturosa! Más ganaba ella entonces allí, que ahora la meitad, porque pasaban ellas disimuladas, y se entraban allí, calla callando. ¡Mal año para la de los Ríos, aunque fue muy famosa! Mirá qué le aconteció: no ha cuatro días vino allí una mujer lombarda, que son bobas, y era ya de tiempo, y dijo que la remediase, que ella lo pagaría, y dijo: «Señora, un palafrenero que tiene mi amistad no viene a mi casa más ha de un mes. Quería saber si se ha envuelto con otra». Cuando ella oyó esto, me llamó y dijo: «Dame acá aquel espejo de alinde». Y miró y respondiole:

«Señora, aquí es menester otra cosa que palabra; si me traéis las cosas que fueren menester, seréis servida.» La lombarda dijo: «Señora, ved aquí cinco julios». La Lozana dijo: «Pues andá vos, Rampín». Yo tomé mis dineros, y traigo un maravedí de plomo, y vengo y digo que no hay leña, sino carbón, y que costó más, y ella dijo que no se curaba. Yo hice buen fuego, que teníamos de asar un ansarón para cenar, que venía allí una putilla con su amigo a cená, y así la hizo desnudar, que era el mejor deporte del mundo, y le echó el plomo por debajo en tierra, y ella en cueros. Y mirando en el plomo, le dijo que no tenía otro mal sino que estaba detenido, pero que no se podía saber si era de mujer o de otra, que tornase otro día y veríalo de más espacio. Dijo ella: «¿Qué mandáis que traiga?» Lozana: «Una gallina negra y un gallo que sea de un año, y siete huevos que sean todos nacidos aquel día, y traéme una cosa suya». Dijo ella: «¿Traeré una agujeta o una cofia?» La Lozana: «Sí, sí». Y sorraba mi perrica. Y más contenta viene otro día cargada, y trajo otros dos julios, y metió ella la clara de un huevo en un orinal, y allí le demostró cómo él estaba abrazado con otra, que tenía una vestidura azul. E hicímosle matar la gallina y ligar el gallo con su estringa, y así le dimos a entender que la otra presto moriría, y que él quedaba ligado con ella y no con la otra, y que presto vendría. Y así se fue, y nosotros comimos una capirotada con mucho queso.

AUTOR.- A ésa me quisiera yo hallar.

RAMPÍN.- Vení a casa, que también habrá para vos.

AUTOR.- ¡Andá, puerco!

RAMPÍN.- «¡Tanto es Pedro de Dios...

AUTOR.- ... que no te medre Dios!»

RAMPÍN.- Vení vos y veréis el gallo, que para otro día lo tenemos.

AUTOR.- Pues sea así, que me llaméis, y yo pagaré el vino.

RAMPÍN.- Sí haré. Saná presto. ¿No queréis vos hacer lo que hizo ella para su mal, que no cuesta sino dos ducados? Que por su fatiga no quería ella nada, que todo sería un par de calzas para esta invernada. Mirá, ya ha sanado en Velitre a un español de lo suyo, y a cabo de ocho días se lo quiso hacer, y era persona que no perdiera nada, y porque andaban entonces por desposarnos a mí y a ella, porque cesase la peste, no lo hizo.

AUTOR.- ¡Anda, que eres bobo! Que ya sé quién es y se lo hizo, y le dio un tabardo o caparela para que se desposase; ella misma nos lo contó.

RAMPÍN.- ¿Pues veis ahí por qué lo sanó?

AUTOR.- Eso pudo ser por gracia de Dios.

RAMPÍN.- Señor, no, sino con su ungüento. Son más de cuatro que la ruegan, y porque no sea lo de Faustina, que la tomó por muerta y la sanó y después no la quiso pagar, dijo que un voto que hizo la sanó, y diole el paga: ¡nunca más empacharse con romanescas!

AUTOR.- Ahora andad en buena hora y encomendámela, y a la otra desvirgaviejos, que soy todo suyo. ¡Válgaos Dios!

RAMPÍN.- No, que no caí.

AUTOR.- ¡Teneos bien, que está peligrosa esa escalera! ¿Caíste? ¡Válgate el diablo!

RAMPÍN.- ¡Ahora sí que caí!

AUTOR.- ¿Os hicisteis os mal? Poneos este paño de cabeza.

RAMPÍN.- Así me iré hasta casa que me ensalme.

AUTOR.- ¿Qué ensalme te dirá?

RAMPÍN.- El del mal francorum.

AUTOR.- ¿Cómo dice?

RAMPÍN.- «Eran tres cortesanas y tenían tres amigos, pajes de Franquilano: la una lo tiene público, y la otra muy callado; a la otra le vuelta con el lunario. Quien esta oración dijere tres veces a rimano, cuando nace sea sano, amén».

Mamotreto XVIII
Prosigue el autor, tornando al decimosexto mamotreto, que, viniendo de la judaica, dice Rampín.

[RAMPÍN.-] Si aquel jodío no se adelantara, esta celosía se vende, y fuera buena para una ventana. Y es gran reputación tener celosía.

LOZANA.- ¿Y en qué veis que se vende?

RAMPÍN.- Porque tiene aquel ramico verde puesto, que aquí a los caballos o a lo que quieren vender le ponen una hoja verde sobre las orejas.

LOZANA.- Para eso mejor será poner el ramo sin la celosía y venderemos mejor.

RAMPÍN.- ¿Más ramo queréis que Trigo, que lo dirá por cuantas casas de señores hay en Roma?

LOZANA.- Pues veis ahí, a vos quiero yo que seáis mi celosía, que yo no tengo de ponerme a la ventana, sino cuando mucho asomaré las manos. ¡Oh, qué lindas son aquellas dos mujeres! Por mi vida, que son como matronas; no he visto en mi vida cosa más honrada ni más honesta.

RAMPÍN.- Son romanas principales.

LOZANA.- Pues ¿cómo van tan solas?

RAMPÍN.- Porque así lo usan. Cuando van ellas fuera, unas a otras se acompañan, salvo cuando va una sola, que lleva una sierva, mas no hombres, ni más mujeres, aunque sea la mejor de Roma. Y mirá que van sesgas; y aunque vean a uno que conozcan, no le hablan en la calle, sino que se apartan de ellos y callan, y ellas no abajan cabeza ni hacen mudanza, aunque sea su padre ni su marido.

LOZANA.- ¡Oh, qué lindas son! Pasan a cuantas naciones yo he visto, y aun a Violante la hermosa, en Córdoba.

RAMPÍN.- Por eso dicen: «Vulto romano y cuerpo senés andar florentín y parlar boloñés».

LOZANA.- ¡Por mi vida, que en esto tienen razón! Eso otro miraré después. Verdad es que las senesas son gentiles de cuerpo, porque las he visto que sus cuerpos parecen torres iguales. Mirá allá cuál viene aquella vieja cargada de cuentas y más barbas que el Cid Ruy Díaz.

VIEJA.- ¡Ay, mi alma, parece que os he visto y no sé dónde! ¿Por qué habéis mudado vestidos? No me recordaba. ¡Ya, ya!

Decime, ¿y os habéis hecho puta? ¡Amarga de vos, que no lo podéis sufrir, que es gran trabajo!

LOZANA.- ¡Mirá qué vieja raposa! ¡Por vuestro mal sacáis el ajeno: puta vieja, cimitarra, piltrofera, soislo vos desde que naciste, y pésaos porque no podéis! ¡Nunca yo medre si vos decís todas esas cuentas!

VIEJA.- No lo digáis, hija, que cada día las paso siete y siete, con su gloria al cabo.

LOZANA.- Así lo creo yo, que vos bebedardos sois. ¿Por qué no estáis a servir a cualque hombre de bien, y no andaréis de casa en casa?

VIEJA.- Hija, yo no querría servir donde hay mujer, que son terribles de comportar; quieren que hiléis para ellas y que las acompañéis. Y «haz: aquí y toma allí, y esto no está bueno». Y «¿qué hacéis con los mozos?» «¡Comé presto y vení acá!» «¡Enjaboná y mirá no gastéis mucho jabón!» «¡Jaboná estos perricos!» Y aunque jabonéis como una perla, mal agradecido, y nada no está bien, y no miran si el hombre se vio en honra y tuvo quien la sirviese, sino que bien dijo quien dijo que «no hay cosa tan incomportable ni tan fuerte como la mujer rica». Ya cuando servís en casa de un hombre de bien, contento él y el canavario, contento todo el mundo. Y todos os dicen: «Ama, hiláis para vos». Podéis ir a estaciones y a ver vuestros conocientes, que nadie no os dirá nada, y si tornáis tarde, los mozos mismos os encubren, y tal casa de señor hay que os quedáis vos dona y señora. Y por eso me voy ahora a buscar si hallase alguno, que le tendría limpio como un oro, y miraría por su casa, y no querría sino que me tomase a salario, porque a discreción no hay quien la tenga, por mis pecados. Y mirá, aunque soy vieja, so para revolver una casa.

LOZANA.- Yo lo creo, y aun una ciudad, aunque fuese el Caire o Millán.

VIEJA.- ¿Esta casa habéis tomado? Sea en buen punto con salud. Mal ojo tiene: moza para Roma y vieja a Benavente. Allá la espero.

TRIGO.- Subí, señora, en casa vuestra. Veisla aderezada y pagada por seis meses.

LOZANA.- Eso no quisiera yo, que ya no me puede ir bien en esta casa, que aquella puta vieja, santiguadera, se desperezó a la puerta y dijo «afán, mal afán venga por ella». Y yo, por dar una coz a un perro que estaba allí, no miré y metí el pie izquierdo delante, y mirá qué nublo tornó en entrando.

JODÍO.- No curéis, que Aben-Ruiz y Aben-Rey serán en Israel. Y por vuestra vida y de quien bien os quiere, porque soy yo el uno, que iré y enviaré quien pague la casa y la cena. Y vos, pariente, aparéjame esos dientes. No os desnudéis, sino estaos así, salvo el paño listado, que no lo rompáis; y si alguno viniere, hacé vos como la de Castañeda, que «el molino andando gana».

Mamotreto XIX
Cómo, después de ido Trigo, vino un maestresala a estar la siesta con ella, y después un macero, y el valijero de Su Señoría.

LOZANA.- Por mi vida que me meo toda, antes que venga nadie.

RAMPÍN.- Hacé presto que ¿veis? allí uno viene que yo lo conozco.

LOZANA.- ¿Y quién es?

RAMPÍN.- Un maestresala de secreto, hombre de bien. Vuestros cinco julios no os pueden faltar.

MAESTRESALA.- Decí, mancebo, ¿está aquí una señora que es venida ahora poco ha?

RAMPÍN.- Señor, sí, mas está ocupada.

MAESTRESALA.- Decidla que Trigo me mandó que viniese a hablarla.

RAMPÍN.- Señor, está en el lecho, que viene cansada; si queréis esperar, ella le hablará desde aquí.

MAESTRESALA.- ¡Andá! ¿Véola yo la mano y está en el lecho? ¡Pues ahí la querría yo! Decí que no la quite, que de oro es, y aun más preciosa. ¡Oh, pese a tal con la puta, y qué linda debe de ser! Si me ha entendido aquel harbadanzas, ducado le daré. ¿Qué dice esa señora? ¿Quiere que muera aquí?

RAMPÍN.- Luego, señor.

MAESTRESALA.- Pues vení vos abajo, mirá qué os digo.

RAMPÍN.- ¿Qué es lo que manda vuestra merced?

MAESTRESALA.- Tomá, veis ahí para vos, y solicitá que me abra.

RAMPÍN.- Señor, sí. ¡Tiri, tiritaña: mirá para mí! ¿Abrirele?, que se enfría.

LOZANA.- Asomaos allí primero, mirá qué dice.

MAESTRESALA.- ¡Hola! ¿Es hora?

RAMPÍN.- Señor, sí; que espere vuestra merced, que quiere ir fuera, y ahí la hablará.

MAESTRESALA.- ¡No, pese a tal, que me echáis a perder! Si no ahí, en casa, que luego me salgo.

RAMPÍN.- Pues venga vuestra excelencia.

MAESTRESALA.- Beso las manos de vuestra merced, mi señora.

LOZANA.- Yo las de vuestra merced, que deséome quita de un mi hermano.

MAESTRESALA.- Señora, para serviros, más que hermano. ¿Qué le parece a vuestra merced de aquesta tierra?

LOZANA.- Señor, diré como forastera: «la tierra que me sé, por madre me la he». Cierto es que hasta que vea, ¿por qué no le tomaré amor?

MAESTRESALA.- Señora, vos sois tal y haréis tales obras, que no por hija, mas por madre quedaréis de esta tierra. Vení acá, mancebo, por vuestra vida, que me vais a saber qué hora es.

LOZANA.- Señor, ha de ir conmigo a comprar ciertas cosas para casa.

MAESTRESALA.- Pues sea de esta manera. Tomá, hermano; veis ahí un ducado. Id vos solo, que hombre sois para todo, que esta señora no es razón que vaya fuera a estas horas. Y vení

presto, que quiero que vais conmigo para que traigáis a esta señora cierta cosa que le placerá.

RAMPÍN.- Señor, sí.

MAESTRESALA.- Señora, por mi fe, que tengo que ser vuestro, y vos mía.

LOZANA.- Señor, merecimiento tenéis para todo. Yo, señor, vengo cansada, ¿y vuestra merced se desnuda?

MAESTRESALA.- Señora, puédolo hacer, que parte tengo en la cama, que dos ducados di a Trigo para pagarla, y más ahora que soy vuestro yo y cuanto tengo.

LOZANA.- «Señor, dijo el ciego que deseaba ver».

MAESTRESALA.- Esta cadenica sea vuestra, que me parece que os dirá bien.

LOZANA.- Señor, vos, estos corales al brazo, por mi amor.

MAESTRESALA.- Estos pondré yo en mi corazón, y quede con Dios, y cuando venga su criado, vaya a mi estancia, que bien la sabe.

LOZANA.- Sí hará.

MAESTRESALA.- Este beso sea para empresa.

LOZANA.- Empresa con rescate de amor fiel, que vuestra presencia me ha dado, seré siempre leal a conservarlo. ¿Venís, calcotejo? Subí. ¿Qué traéis?

RAMPÍN.- El espejo que os dejasteis en casa de mi madre.

LOZANA.- Mostrá, bien habéis hecho. ¿No me miráis la cadenica?

RAMPÍN.- ¡Buena, por mi vida, hi, hi, hi que es oro! ¿Veis aquí donde vienen dos?

LOZANA.- Mirá quién son.

RAMPÍN.- El uno conozco, que lleva la maza de oro y es persona de bien.

MACERO.- ¡A vos, hermano! ¡Hola! ¿Mora aquí una señora que se llama la Lozana?

RAMPÍN.- Señor, sí.

MACERO.- Pues decidla que venimos a hablarla, que somos de su tierra.

RAMPÍN.- Señores, dice que no tiene tierra, que ha sido criada por tierras ajenas.

MACERO.- ¡Juro a tal, que a dicho bien, que «el hombre nace y la mujer donde va»! Decí a su merced que la deseamos ver.

RAMPÍN.- Señores, dice que otro día la veréis que haga claro.

MACERO.- ¡Voto a san, que tiene razón! Mas no tan claro como ella lo dice. Decí a su señoría que son dos caballeros que la desean servir.

RAMPÍN.- Dice que no podéis servir a dos señores.

MACERO.- ¡Voto a mi, que es letrada! Pues decidle a esa señora que nos mande abrir, que somos suyos.
RAMPÍN.- Señores, que esperen un poco, que está ocupada.

MACERO.- Pues vení vos abajo.

RAMPÍN.- Que me place.

MACERO.- ¿Quién está con esa señora?

RAMPÍN.- Ella sola.

MACERO.- ¿Y qué hace?

RAMPÍN.- Está llorando.

MACERO.- ¿Por qué, por tu vida, hermano?

RAMPÍN.- Es venida ahora y ha de pagar la casa, y demándanle luego el dinero, y ha de comprar baratijas para la casa, y no se halla con mil ducados.

MACERO.- Pues tomá vos la mancha y rogá que nos abra, que yo le daré para que pague la casa, y este señor le dará para el resto. Andad, sed buen trujamante.

RAMPÍN.- Señor, sí. Luego torno. Señora, mirá qué me dio.
LOZANA.- ¿Qué es eso?

RAMPÍN.- La mancha. Y dará para la casa. ¿Queréis que abra?

LOZANA.- Asomaos y decí que entre.

RAMPÍN.- Pues mojaos los ojos, que les dije que llorabais.

LOZANA.- Sí haré.

RAMPÍN.- Señores, si les place entrar...

MACERO.- ¡Oh, cuerpo de mí, no deseamos otra cosa! Besamos las manos de vuestra merced.

LOZANA.- Señores, yo las vuestras. Siéntense aquí, sobre este cofre, que, como mi ropa viene por mar y no es llegada, estoy encogida, que nunca en tal me vi.

MACERO.- Señora, vos en medio, porque sea del todo en vos la virtud, que la lindeza ya la tenéis.

LOZANA.- Señor, yo no soy hermosa, mas así me quieren en mi casa.

MACERO.- ¡No lo digo por eso, que lo sois, voto a mí, pecador! Señora, esta tierra tiene una condición: que quien toma placer poco o asaz, vive mucho, y por el contrario. Así que quiero decir que lo que se debe, este señor y yo lo pagaremos, y tomá por placer; y aunque sea descortesía, con licencia y seguridad me perdonará.

LOZANA.- ¿Así lo hacéis? Más vale ese beso que la medalla que traes en la gorra.

MACERO.- ¡Por mi vida, señora! ¿Súpoos bien?

LOZANA.- Señor, es beso de caballero, y no podía ser sino sabroso.

MACERO.- Pues, señora, servíos de la medalla y de la gorra, por mi amor. Y por vida de vuestra merced, que os dice bien; no en balde os decís la Lozana, que todo os está bien. Señora, dad licencia a vuestro criado que se vaya con este señor, mi amo, y me enviará otra con que me vaya.

LOZANA.- Vuestra merced puede mandar como de suyo. Vaya donde mandare.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

VALIJERO.- Señora, ¿manda vuestra merced que venga con mi valija?

LOZANA.- Señor, según la valija.

VALIJERO.- Señora, llena, y vendré a la noche.

LOZANA.- Señor, venid que antorcha hay para que os veáis.

VALIJERO.- Beso las manos de vuestra merced. Vení vos, hermano, que lo manda su merced.

RAMPÍN.- Sí haré; comience a caminar.

VALIJERO.- Decime, hermano, ¿esta señora tiene ninguno que haga por ella?

RAMPÍN.- Señor, no.

VALIJERO.- Pues, ¿quién la trajo?

RAMPÍN.- Viene a pleitear ciertos dineros que le deben.

VALIJERO.- Si así es, bien es. Tomá y llevadle esta gorra de grana a aquel caballero, y decí a la señora que cene esto por amor de mí, que sé que le sabrán bien, que son empanadas.

RAMPÍN.- Señor, sí; más estimará esto que si fuera otra cosa, porque es gran comedora de pescado.

VALIJERO.- Por eso, mejor, que yo enviaré el vino, y será de lo que bebe su señoría.

RAMPÍN.- Señor, sí.

MACERO.- Señora, a la puerta llaman.

LOZANA.- Señor, mi criado es.

MACERO.- Pues esperá. Entra y cierra.

RAMPÍN.- Señor, sí.

MACERO.- Señora, yo me parto, aunque no quisiera.

LOZANA.- Señor, acá queda metido en mi ánima. Hadraga, ¿qué traéis?

RAMPÍN.- ¡Maravillas, voto a mí! Y mirá qué gato soriano que hallé en el camino, si podía ser más bello.

LOZANA.- ¡Parece que es hembra!

RAMPÍN.- No es, sino que está castrado.

LOZANA.- ¿Y cómo lo tomaste?

RAMPÍN.- Eché la capa, y él estuvo quedo.

LOZANA.- Pues hacé vos así siempre, que henchiremos la casa a tuerto y a derecho. Eso me place, que sois hombre de la vida y no venís vacío a casa. Mirá quién llama y, si es el de la valija, entre, y vos dormiréis arriba, sobre el ajuar de la frontera.

RAMPÍN.- No curéis, que a todo me hallaréis, salvo a poco pan.

LOZANA.- Vuestra merced sea el «bienvenido, como agua por mayo».

VALIJERO.- Señora, ¿habéis cenado?

LOZANA.- Señor, sí; todas dos empanadas que me envió vuestra merced comí.

VALIJERO.- Pues yo me querría entrar, si vuestra merced manda.

LOZANA.- Señor, y aun salir cuando quisiere. Daca el aguapiés. Muda aquellas sábanas. Toma esa cabellera. Dale el escofia. Descalza a su merced. Sírvelo, que lo merece porque te dé la bienandada.

RAMPÍN.- Sí, sí, dejá hacer a mí.

Mamotreto XX
Las preguntas que hizo la Lozana aquella noche al valijero, y cómo la informó de lo que sabía.

LOZANA.- Mi señor, ¿dormís?

VALIJERO.- Señora, no; que pienso que estoy en aquel mundo donde no tenemos necesidad de dormir ni de comer ni de vestir, sino estar en gloria.

LOZANA.- Por vida de vuestra merced, que me diga: ¿qué vida tienen en esta tierra las mujeres amancebadas?

VALIJERO.- Señora, en esta tierra no se habla de amancebadas ni de abarraganadas; aquí son cortesanas ricas y pobres.

LOZANA.- ¿Qué quiere decir cortesanas ricas y pobres? ¿Putas del partido o mundarias?

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

VALIJERO.- Todas son putas; esa diferencia no os sabré decir, salvo que hay putas de natura y putas usadas, de puerta herrada, y putas de celosía, y putas de empanada.

LOZANA.- Señor, si lo supiera, no comiera las empanadas que me enviaste, por no ser de empanada.

VALIJERO.- No se dice por eso, sino porque tienen encerados a las ventanas, y es de más reputación. Hay otras que ponen tapetes y están más altas; éstas muéstranse todas, y son más festejadas de galanes.

LOZANA.- Quizá no hay mujer en Roma que sea estada más festejada que yo, y querría saber el modo y manera que tienen en esta tierra para saber escoger lo mejor, y vivir más honesto que pudiese con lo mío, que no hay tal ave como la que dicen «ave del tuyo, y quien le hace la jaula fuerte, no se le va ni se le pierde».

VALIJERO.- Pues déjame acabar, que quizá en Roma no podríais encontrar con hombre que mejor sepa el modo de cuántas putas hay, con manta o sin manta. Mirá, hay putas graciosas más que hermosas, y putas que son putas antes que muchachas. Hay putas apasionadas, putas estregadas, afeitadas, putas esclarecidas, putas reputadas, reprobadas. Hay putas mozárabes de Zocodover, putas carcaveras. Hay putas de cabo de ronda, putas ursinas, putas güelfas, gibelinas, putas injuínas, putas de Rapalo rapaínas. Hay putas de simiente, putas de botón griñimón, nocturnas, diurnas, putas de cintura y marca mayor. Hay putas orilladas, bigarradas, putas combatidas, vencidas y no acabadas, putas devotas y reprochadas de Oriente a Poniente y Septentrión; putas convertidas, arrepentidas, putas viejas, lavanderas porfiadas, que siempre han quince años como Elena; putas meridianas, occidentales, putas máscaras enmascaradas, putas trincadas, putas calladas, putas antes de su madre y después de su tía, putas de subientes e descendientes, putas con

virgo, putas sin virgo, putas el día del domingo, putas que guardan el sábado hasta que han jabonado, putas feriales, putas a la candela, putas reformadas, putas jaqueadas, travestidas, formadas, estrionas de Tesalia. Putas avispadas, putas terceronas, aseadas, apuradas, gloriosas, putas buenas y putas malas, y malas putas. Putas enteresales, putas secretas y públicas, putas jubiladas, putas casadas, reputadas, putas beatas, y beatas putas, putas mozas, putas viejas, y viejas putas de trintín y botín. Putas alcagüetas, y alcahuetas putas, putas modernas, machuchas, inmortales, y otras que se retraen a buen vivir en burdeles secretos y públiques honestos que tornan de principio a su menester.

LOZANA.- Señor, esas putas, reiteradas me parecen.

VALIJERO.- Señora, ¿y latín sabéis? Reitero, reiteras, por tornároslo a hacer otra vez.

LOZANA.- Razón tiene vuestra merced, que ahora dio las siete.

VALIJERO.- Tené punto, señora, que con ésta serán ocho, que yo tornaré al tema donde quedamos.

LOZANA.- Decime, señor, ¿hay casadas que sean buenas?

VALIJERO.- Quien sí, quien no; y ese es bocado caro y sabroso y costoso y peligroso.

LOZANA.- Verdad es que todo lo que se hace a hurtadillas sabe mejor.

VALIJERO.- Mirá, señora, habéis de notar que en esta tierra a todas sabe bien, y a nadie no amarga, y es tanta la libertad que tienen las mujeres, que ellas los buscan; llaman, porque se les rompió el velo de la honestidad, de manera que son putas y rufianas.

LOZANA.- ¿Y qué quiere decir rufianas? ¿Rameras, o cosa que lo valga?

VALIJERO.- Alcagüetas, si no lo habéis por enojo.

LOZANA.- ¿Cómo, que no hay alcagüetas en esta tierra?

VALIJERO.- Sí hay, mas ellas mismas se lo son las que no tienen madre o tía, o amiga muy amiga, o que no alcanzan para pagar las rufianas; porque, las que lo son, son muy taimadas, y no se contentan con comer, y la parte de lo que hacen haber, sino que quieren el todo y ser ellas cabalgadas primero.

LOZANA.- Eso, del todo no entiendo.

VALIJERO.- Yo os diré. Si les dan un ducado que les lleven a las que se han de echar con ellos, dicen las rufianas: «El medio es para mí, por su parte de él. ¿Y vos no me habéis de pagar, que os he habido un hombre de bien, de quien podéis vos sacar cuanto quisiereis? Amiga, yo no quiero avergonzar mis canas sin premio. ¿Y como os lo he habido para vos? ¡Si yo lo llevara a una que siempre me añade! ¡En mi seso estaba yo cuando no me quería empachar con pobres! ¡Esta y nunca más!» De manera que, como pueden ellas a los principios impedir, han paciencia las pobretas, y se excusan el posible si pueden hacer sin ellas.

LOZANA.- Señor, mirá: para mujer, muy mejor es por mano de otra que de otra manera, porque pierde la vergüenza, y da más autoridad que cuantas empanadas hay o enceradas, como vos decís.

VALIJERO.- Señora, no os enojéis; que sean emplumadas cuantas aquí hay, por vuestro servicio, y quien desea tal oficio.

Mamotreto XXI
Otra pregunta que hace la Lozana al valijero cuando se levanta.

LOZANA.- Decime, señor, esas putas o cortesanas o como las llamáis, ¿son todas de esta tierra?

VALIJERO.- Señora, no; hay de todas las naciones: hay españolas castellanas, vizcaínas, montañesas, galicianas, asturianas, toledanas, andaluzas, granadinas, portuguesas, navarras, catalanas y valencianas, aragonesas, mallorquinas, sardas, corzas, cecilianas, napolitanas, brucesas, pullesas, calabresas, romanescas, aquilanas, senesas, florentinas, pisanas, luquesas, boloñesas, venecianas, milanesas, lombardas, ferraresas, modonesas, brecianas, mantuanas, raveñanas, pesauranas, urbinesas, paduanas, veronesas, vicentinas, perusinas, novaresas, cremonesas, alejandrinas, vercelesas, bergamascas, trevisanas, piedemontesas, savoyanas, provenzanas, bretonas, gasconas, francesas, borgoñonas, inglesas, flamencas, tudescas, esclavonas y albanesas, candiotas, bohemias, húngaras, polacas, tramontanas y griegas.

LOZANA.- Ginovesas os olvidáis.

VALIJERO.- Esas, señora, sonlo en su tierra, que aquí son esclavas o vestidas a la ginovesa por cualque respeto.

LOZANA.- ¿Y malaguesas?

VALIJERO.- Todas son malignas y de mala digestión.

LOZANA.- Dígame, señor, y todas éstas, ¿cómo viven y de qué?

VALIJERO.- Yo os diré, señora: tienen sus modos y maneras, que sacan a cada uno lo dulce y lo amargo. Las que son ricas, no les falta qué expender y qué guardar. Y las medianas tienen uno aposta que mantiene la tela, y otras que tienen dos, el uno paga y el otro no escota; y quien tiene tres, el uno paga la casa y el otro la viste, y el otro hace la despensa, y ella labra. Y hay otras que no tienen sino día e vito, y otras que lo ganan a heñir, y otras que comen y escotan, y otras que les parece que el tiempo pasado fue mejor. Hay entre ellas quien tiene seso y quien no lo tiene; y saben guardar lo que tienen, y éstas son las que van entre las que son ricas, y otras que guardan tanto que hacen ricos a muchos;
y quien poco tiene hace largo testamento, y por abreviar cuando vaya al campo final, dando su postrimería al arte militar, por pelear y tirar a terrero; y otras que a la vejez viven a Ripa. Y esto causan tres extremos que toman cuando son novicias, y es que no quieren casa si no es grande y pintada de fuera, y como vienen, luego se mudan los nombres con cognombres altivos y de gran sonido, como son: la Esquivela, la Cesarina, la Imperia, la Delfina, la Flaminia, la Borbona, la Lutreca, la Franquilana, la Pantasilea, la Mayorina, la Tabordana, la Pandolfa, la Dorotea, la Orificia, la Oropesa, la Semidama y Doña Tal, y Doña Andriana, y así discurren mostrando por sus apellidos el precio de su labor; la tercera, que por no ser sin reputa, no abren público a los que tienen por oficio andar a pie.

LOZANA.- Señor, «aunque el decidor sea necio, el escuchador sea cuerdo». ¿Todas tienen sus amigos de su nación?

VALIJERO.- Señora, al principio y al medio, cada una le toma como le viene; al último, francés, porque no las deja hasta la muerte.

LOZANA.- ¿Qué quiere decir que vienen tantas a ser putas a Roma?

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

VALIJERO.- Vienen al sabor y al olor. De Alemania son traídas y de Francia son venidas. Las dueñas de España vienen en romeraje, y de Italia vienen con carruaje.

LOZANA.- ¿Cuáles son las más buenas de bondad?

VALIJERO.- ¡Oh, las españolas son las mejores y las más perfectas!

LOZANA.- Así lo creo yo, que no hay en el mundo tal mujeriego.

VALIJERO.- Cuanto son allá de buenas son acá de mejores.

LOZANA.- ¿Habrá diez españolas en toda Roma que sean malas de su cuerpo?

VALIJERO.- Señora, catorce mil buenas, que han pagado pontaje en el golfo de León.

LOZANA.- ¿A qué vinieron?

VALIJERO.- Por hombres para conserva.

LOZANA.- ¿Con quién vinieron?

VALIJERO.- Con sus madres y parientas.

LOZANA.- ¿Dónde están?

VALIJERO.- En Campo Santo.

Mamotreto XXII
Cómo se despide el valijero, y desciende su criado, y duermen hasta que vino Trigo.

VALIJERO.- Mi vida, dame licencia.

LOZANA.- Mi señor, no me lo mandéis, que no quiero que de mí se parta tal contenteza.

VALIJERO.- Señora, es tarde, y mi oficio causa que me parta y quede aquí sempiterno servidor de vuestro merecimiento.

LOZANA.- Por mi amor, que salga pasico y cierre la puerta.

VALIJERO.- Si haré, y besaros de buena gana.

LOZANA.- Soy suya.

VALIJERO.- Mirá, hermano, abrime y guardá bien a vuestra ama, que duerme.

RAMPÍN.- Señor, sí, andá norabuena.

LOZANA.- ¡A tu tía esa zampoña!

RAMPÍN.- ¿Os ha pagado?

LOZANA.- ¿Y pues? Siete buenas y dos alevosas, con que me gané estas ajorcas.

RAMPÍN.- Bueno si durase.

LOZANA.- Mirá, dolorido, que de aquí adelante, que «sé cómo se baten las calderas», no quiero de noche que ninguno duerma conmigo sino vos, y de día, comer de todo, y de esta manera engordaré, y vos procurá de arcarme la lana si queréis que teja

cintas de cuero. Andá, entrá y empleá vuestra garrocha. Entrá en coso, que yo os veo que venís «como estudiante que durmió en duro, que contaba las estrellas».

RAMPÍN.- ¿Y vos qué parecéis?

LOZANA.- ¡Dilo, tú, por mi vida!

RAMPÍN.- Parecéis barqueta sobre las ondas con mal tiempo.

LOZANA. - «¡A la par, a la par, lleguemos a Jódar!» Duérmete y callemos, que sendas nos tenemos. Parece que siento la puerta, ¿quién será?

RAMPÍN.- Trigo es, por vida del Dío.

LOZANA.- Andá, abridle.

TRIGO.- ¿Cómo os va, señora? ¡Que yo mi parte tengo del trabajo!

RAMPÍN.- No curéis, que de aquí a poco no os habremos menester, que ya sabe ella más que todos.

TRIGO.- Por el Dío, que un fraile me prometió de venirla a ver, y es procurador del convento, y sale de noche con cabellera. Y mirá que os proveerá a la mañana de pan e vino y a la noche de carne y las otras cosas; todo lo toma a taja, y no le cuesta sino que vos vais al horno y al regatón y al carnicero, y así de las otras cosas, salvo de la fruta.

LOZANA.- No curéis, hacedlo vos venir, que aquí le sabremos dar la manera. Fraile o qué, venga, que mejor a él que a Salomón enfrenaré, pues de esos me echá vos por las manos, que no hay cosa tan sabrosa como comer de limosna.

TRIGO.- Señora, yo os he hallado una casa de una señora rica que es estada cortesana, y ahora no tiene sino dos señores que la tienen a su posta, y es servida de esclavas como una reina, que está parida y busca una compañía que le gobierne su casa.

LOZANA.- ¿Y dónde mora?

TRIGO.- Allá, detrás de Bancos. Si vais allá esta tarde, mirá que es una casa nueva pintada y dos celosías y tres encerados.

LOZANA.- Sí haré, por conocer y experimentar, y también por comer a espesas de otra que, como dicen, «¿quién te enriqueció?: quien te gobernó».

TRIGO.- Mirá, que está parida y no os dejará venir a dormir a casa.

LOZANA.- No me curo, que tragamallas dormirá aquí, y tomaremos una casa más cerca.

TRIGO.- ¿Para qué, si ella os da casa y lecho y lo que habréis de menester?

LOZANA.- Andá, que todavía mi casa y mi hogar cien ducados val. Mi casa será como faltriquera de vieja, para poner lo mal alzado y lo que se pega.

TRIGO.- «Con vos me entierren», que sabéis de cuenta. «Ve donde vas y como vieres, así haz, y como sonaren, así bailarás».

Mamotreto XXIII
Cómo fue la Lozana en casa de esta cortesana, y halló allí un canónigo, su mayordomo, que la empreñó.

LOZANA.- Paz sea en esta casa.

ESCLAVA.- ¿Quién está ahí?

LOZANA.- Gente de paz, que viene a hurtar.

ESCLAVA.- Señora, ¿quién sois? para que lo diga a mi ama.

LOZANA.- Decí a su merced que está aquí una española, a la cual le han dicho que su merced está mala de la madre, y le daré remedio si su merced manda.

ESCLAVA.- Señora, allí está una gentil mujer, que dice no sé qué de vuestra madre.

CORTESANA.- ¿De mi madre? ¡Vieja debe ser, porque mi madre murió de mi parto! ¿Y quién viene con ella?

ESCLAVA.- Señora, un mozuelo.

CORTESANA.- ¡Ay, Dios! ¿Quién será? Canónigo, por vuestra vida, que os asoméis y veáis quién es.

CANÓNIGO.- ¡Cuerpo de mí, es más hábil, a mi ver, que santa Nefija, la que daba su cuerpo por limosna!

CORTESANA.- ¿Qué decís? Esa no se debía morir. Andá, mirá si es ella que habrá resucitado.

CANÓNIGO.- Mándela vuestra merced subir, que poco le falta.

CORTESANA.- Suba. Va tú, Penda, que esta marfuza no sabe decir ni hacer embajada.

ESCLAVA.- Xeñora llamar.

LOZANA.- ¡Oh, qué linda tez de negra! ¿Cómo llamar tú? ¿Comba?

ESCLAVA.- No, llamar Penda de xeñora.

LOZANA.- Yo dar a ti cosa bona.

ESCLAVA.- Xeñora, xí. Venir, venir, xeñora decir venir.

LOZANA.- Beso las manos, mi señora.

CORTESANA.- Seáis la bien venida. Daca aquí una silla, pónsela, que se siente. Decime, señora, ¿conociste vos a mi madre?

LOZANA.- Mi señora, no; la conoceré yo para servir y honrar.

CORTESANA.- Pues, ¿qué me enviaste a decir que me queríais dar nuevas de mi madre?

LOZANA.- ¿Yo, señora? Corrupta estaría la letra, no sería yo.

CORTESANA.- Aquella marfuza me lo ha dicho ahora.

LOZANA.- Yo, señora, no dije sino que me habían dicho que vuestra merced estaba doliente de la madre y que yo le daría remedio.

CORTESANA.- No entiende lo que le dicen. No curéis, que el canónigo tiene la culpa, que no quiere hacer a mi modo.

MAYORDOMO.- ¿Qué quiere que haga? Que ha veinte días que soy estado para cortarme lo mío, tanto me duele cuando orino, y, según dice el médico, tengo que lamer todo este año, y a la fin creo que me lo cortarán. ¿Piensa vuestra merced que se me pasarían sin castigo ni ella ni mi criado, que jamás torna donde va? Ya lo he dicho a vuestra merced, que busque una persona que mire por casa, pues que ni vuestra merced ni yo podemos, que cuando duele la cabeza todos los miembros están sentibles, y vuestra merced se confía en aquel judío de Trigo, y mire cómo tornó con sí o con no.

LOZANA.- Señor, lo que Trigo prometió yo no lo sé, mas sé que él me dijo que viniese acá.

MAESTRO DE CASA.- ¡Oh, señora!, ¿y sois vos la señora Lozana?

LOZANA.- Señor, sí, a su servicio y por su bien y mejoría.

CANÓNIGO.- ¿Cómo, señora? ¡Seríaos esclavo!

LOZANA.- Mi señor, prometeme de no darlo en manos de médicos, y dejá hacer a mí, que es miembro que quiere halagos y caricias, y no crueldad de médico codicioso y bien vestido.

CANÓNIGO.- Señora, desde ahora lo pongo en vuestras manos, que hagáis vos lo que, señora, mandareis, que él y yo os obedeceremos.

LOZANA.- Señor, hacé que lo tengáis limpio, y untadlo con populeón, que de aquí a cinco días no tendréis nada.

CANÓNIGO.- Por cierto que yo os quedo obligado.

CORTESANA.- Señora, y a mí, para la madre, ¿qué remedio me dais?

LOZANA.- Señora, es menester saber de qué y cuándo os vino este dolor de la madre.

CORTESANA.- Señora, como parí, la madre me anda por el cuerpo como sierpe.

LOZANA.- Señora, sahumaos por abajo con lana de cabrón, y si fuere de frío o que quiere hombre, ponedle un cerote sobre el ombligo, de gálbano y armoníaco y encienso y simiente de ruda en una poca de grana, y esto la hace venir a su lugar, y echar por abajo y por la boca toda la ventosidad. Y mire vuestra merced que dicen los hombres y los médicos que no saben de qué procede aquel dolor o alteración. Metedle el padre y peor es, que si no sale aquel viento o frío que está en ella, más mal hacen hurgándola. Y con este cerote sana, y no nuez moscada y vino, que es peor. Y lo mejor es una cabeza de ajos asada y comida.

CORTESANA.- Señora, vos no os habéis de partir de aquí, y quiero que todos os obedezcan, y miréis por mi casa y seáis señora de ella, y a mi tabla y a mi bien y a mi mal, quiero que os halléis.

LOZANA.- Beso las manos por las mercedes que me hará y espero.

Parte II

Mamotreto XXIV
Cómo comenzó a conversar con todos, y cómo el autor la conoció por intercesión de un su compañero, que era criado de un embajador milanés, al cual ella sirvió la primera vez con una moza no virgen, sino apretada. Aquí comienza la Parte segunda.

SILVIO.- ¡Quién me tuviera ahora, que a aquella mujer que va muy cubierta no le dijera cualque remoquete, por ver qué me respondiera y supiera quién es! ¡Voto a mí, que es andaluza! En el andar y meneo se conoce. ¡Oh, qué pierna! En verlas se me desperezó la complexión. ¡Por vida del rey, que no está virgen! ¡Ay, qué meneos que tiene! ¡Qué voltar acá! Siempre que me vienen estos lances, vengo solo. Ella se para allí con aquella pastelera; quiero ir a ver cómo habla y qué compra.

AUTOR.- ¡Hola! ¡Acá, acá! ¿Qué hacéis? ¿Dónde vais?

SILVIO.- Quiero ir allí a ver quién es aquella que entró allí, que tiene buen aire de mujer.

AUTOR.- ¡Oh, qué renegar tan donoso! ¡Por vida de tu amo, di la verdad!

COMPAÑERO.- ¡Hi, hi! Diré yo como de la otra, que «las piedras la conocían».

AUTOR.- ¿Dónde está? ¿Qué trato tiene? ¿Es casada o soltera? Pues a vos quiero yo para que me lo digáis.

COMPAÑERO.- ¡Pese al mundo con estos santos sin aviso! Pasa cada día por casa de su amo, y mirá qué regatear que tiene, y porfía que no la conoce. Miradla bien, que a todos da remedio de cualquier enfermedad que sea.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

AUTOR.- Eso es bueno. Decime quién es y no me habléis por circunloquios, sino «decime una palabra redonda, como razón de melcochero». ¡Dímelo, por vida de la Corceta!

COMPAÑERO.- Soy contento. Esta es la Lozana, que está preñada de aquel canónigo que ella sanó de lo suyo.

AUTOR.- ¿Sanolo para que la empreñase? Tuvo razón. Decime, ¿es cortesana?

COMPAÑERO.- No, sino que tiene ésta la mejor vida de mujer que sea en Roma. Esta Lozana es sagaz y ha bien mirado todo lo que pasan las mujeres en esta tierra, que son sujetas a tres cosas: a la pensión de la casa y a la gola y al mal que después les viene de Nápoles; por tanto, se ayudan cuando pueden con ingenio, y por esto quiere ésta ser libre. Y no era venida cuando sabía toda Roma y cada cosa por extenso; sacaba dechados de cada mujer y hombre, y quería saber su vivir, y cómo y en qué manera, de modo que ahora se va por casas de cortesanas, y tiene tal labia que sabe quién es el tal que viene allí, y cada uno nombra por su nombre, y no hay señor que no desee echarse con ella por una vez. Y ella tiene su casa por sí, y cuanto le dan lo envía a su casa con un mozo que tiene, siempre se le pega a él y a ella lo mal alzado, de modo que se saben remediar. Y ésta hace embajadas y mete en su casa mucho almacén, y sábele dar la maña, y siempre es llamada señora Lozana, y a todos responde, y a todos promete y certifica, y hace que tengan esperanza, aunque no la haya. Pero tiene esto, que quiere ser ella primero referendada, y no perdona su interés a ninguno, y si no queda contenta, luego los moteja de míseros y bien criados, y todo lo echa en burlas; de esta manera saca ella más tributo que el capitán de Torre Sabela. Veisla allí, que parece que le hacen mal los asentaderos, que toda se está meneando, y el ojo acá, y si me ve, luego me conocerá, porque sabe que sé yo lo que pasó con mi amo el otro día, que una muchacha le llevó. Cinco ducados se ganó ésta, y más le dio la muchacha de otros seis, porque veinte le dio mi amo, y como no

tiene madre, que es novicia, ella le sacaría las coradas, que lo sabe hacer. Y no perdona servicio que haga, «y no le queda por corta ni por mal echada», y guay de la puta que le cae en desgracia, que más le valdría no ser nacida, porque dejó el frenillo de la lengua en el vientre de su madre, y si no la contentasen, diría peor de ellas que de carne de puerco, y si la toman por bien, beata la que la sabe contentar. Va diciendo a todos qué ropa es debajo paños, salvo que es boba y no sabe. Condición tiene de ángel, y el tal señor la tuvo dos meses en una cámara, y dice por más encarecer: «Señor, sobre mí, si ella lo quiere hacer, que apretéis con ella, y a mí también lo habéis de hacer, que de tal encarnadura soy que si no me lo hacen, muerta soy, que ha tres meses que no sé qué cosa es, mas con vos quiero romper la jura». Y con estas chufletas gana. La mayor embaidora es que nació, pues pensaréis que come mal: siempre come asturión o cualque cosa. Come lo mejor, mas también llama quien ella sabe, que lo pagará más de lo que vale. Llegaos allá, y yo haré que no la conozco, y ella veréis que conocerá a vos y a mí, y veréis cómo no miento en lo que digo.

AUTOR.- De vuestras camisas o pasteles nos mostráis, señora, y máxime si son de manos de esa hermosa.

LOZANA.- ¡Por mi vida, que tiene vuestra merced lindos ojos! Y ese otro señor me parece conocer, y no sé dónde lo vi. ¡Ya, ya, por mi vida que lo conozco! ¡Ay, señora Silvana, por vida de vuestros hijos que lo conozco! Está con un mi señor milanés. Pues decid a vuestro amo que me ha de ser compadre cuando me empreñe.

AUTOR.- Cuanto más si lo estáis, señora.

LOZANA.- ¡Ay, señor, no lo digáis, que soy más casta que es menester!

AUTOR.- Andá, señora, crecé y multiplicá, que llevéis algo del mundo.

LOZANA.- Señor, no hallo quien diga qué tienes ahí.

AUTOR.- ¡Pues, voto a mí, que no se os parece!

LOZANA.- Mas antes sí, que así gocéis de vos, que engordo sin verde.

AUTOR.- Cada día sería verde si por ahí tiráis. Señora, suplícole me diga si es ésta su posada.

LOZANA.- Señor, no, sino que soy venida aquí, que su nuera de esta señora está de parto, y querría hacer que, como eche las pares, me las venda, para poner aquí a la vellutera y darle ha cualque cosa para ayudá a criar la criatura. Y la otra tiene una niña del hospital y darémosle a ganar de su amigo cien ducados, y por otra parte ganará más de trescientos, porque ha de decir que es de un gran señor que no desea otro sino hijos, y a esta señora le parece cosa extraña y no lo es. Dígaselo vuestra merced, por amor de mí, y rueguénselo que yo voy arriba.

AUTOR.- Señora, en vuestra casa podéis hacer lo que mandareis, mas a mí, mal me parece. Y mirá lo que hacéis, que esta mujer no os engañe a vos y a vuestra nuera. Porque «ni de puta buena amiga ni de estopa buena camisa»; notad: «la puta como es criada y la estopa como es hilada». Digo esto porque, como me lo ha dicho a mí, lo dirá a otra.

PASTELERA.- Señor, mirâme por la botica que luego abajo.

COMPAÑERO.- ¿Qué te parece, mentía yo? ¡Por el cuerpo de sant, que no es ésta la primera que ella hace! ¡Válgala, y qué trato que trae con las manos! Parece que cuanto dice es así como ella lo dice. En mi vida espero ver otra símile. Mirá, ¿qué hará

de sus pares ella cuando parirá? Esta es la que dio la posta a los otros que tomasen al puente a la Bonica, y mirá que treintón le dieron porque no quiso abrir a quien se lo dio. Y fue que, cuando se lo dieron, el postrero fue negro, y dos ducados le dieron para que se medicase, y a ésta más de diez.

AUTOR.- ¡Oh, la gran mala mujer! ¿Cómo no la azotan?

COMPAÑERO.- Callá, que desciende. Señora, ¿pues qué libráis?

LOZANA.- Señor, que quiero ir a aquella señora para que esté todo en orden, que la misma partera me las traerá.

AUTOR.- A ella y a vos habían de encorozar. Señora, ¿qué haré para que mi amiga me quiera bien?

LOZANA.- Señor, comed la salvia con vuestra amiga.

COMPAÑERO.- Señora, ¿y yo, que muero por vos?

LOZANA.- Eso sin salvia se puede hacer. No me den vuestras mercedes empacho ahora, que para eso tiempo hay, y casa tengo, que no lo tengo de hacer aquí en la calle.

COMPAÑERO.- ¡Señora, no! Mire vuestra merced: ¿qué se le cae?

LOZANA.- Ya, ya: fajadores son para jabonar.

AUTOR.- ¡Voto a Dios, que son de manleva para jabonar! No es nacida su par. ¡Mal año para caballo ligero, que tal sacomano sea! Ésta comprará oficio en Roma, que beneficio ya me parece que lo tiene curado, pues no tiene chimenea, ni tiene donde poner antojos.

COMPAÑERO.- ¡Cómo va hacendosa! Lo que saca ella de este engaño le sacaría yo si la pudiese conducir a que se echase conmigo, que ésta dará lo que tiene a un buen rufián, que fuese cordobés taimado.

AUTOR.- Callemos, que torna a salir. ¿Qué mejor rufián que ella, si por cordobés lo habéis? Por vida suya, que también se dijo ese refrán por ellas como por ellos. Si no, miradlo si se sabe dar la manera en Alcalá o en Güete. ¿Qué es aquello que trae? Demandémoselo. ¿Qué prisa es esa, señora?

LOZANA.- Señores, como no saben en esta tierra, no proveen en lo necesario, y quieren hacer la cosa y no le saben dar la maña. La parida no tiene pezones, como no parió jamás, y es menester ponerle, para que le salgan, este perrico, y negociar, por amor del padre, y después, como no tiene pezones, le pagaremos.

AUTOR.- ¡Vuestra merced es el todo, a lo que vemos! Mirá, señora, que esta tierra prueba los recién venidos, no os amaléis, que os cerrarán cuarenta días.

LOZANA.- Señor, «de lo que no habéis de comer dejadlo cocer».

AUTOR.- Y aun quemar.

SILVIO.- ¿Eso me decís? Con poco más me moriré. ¿Mas vuestra merced no será de aquellas que prometen y no atienden?

LOZANA.- Déjame pasar, por mi vida, que tengo que hacer, porque es menester que sea yo la madre de la parida, y la botillera y lo demás, porque viene la más linda y favorecida cortesana que hay en Roma por madrina, y más viene por contentarme a mí que por otra cosa, que soy yo la caja de sus secretos, y vienen dos banqueros por padrinos. Sólo por verla no

os partáis, que ya viene. ¿Veisla? Pues, ¿de la fruta no tenemos? Una mesa con presuntos cochos y sobreasadas, con capones y dos pavones y un faisán, y estarnas y mil cosas. Mirad si vieseis a mi criado, que es ido a casa, y dile que trajese dos cojines vacíos para llevar fajadores y paños para dar a lavar, por meter entre medias de lo mejor, y no viene.

AUTOR.- ¿Es aquel que viene con el otro Sietecoñicos?

LOZANA.- Sí, por mi vida, y su pandero trae. Mil cantares nos dirá el bellaco. ¿Y no miráis, anillos y todo? ¡Muéranse los barberos!

SIETECOÑICOS.- Mueran por cierto, que muy quejoso vengo de vuestro criado, que no me quiso dar tanticas de blanduras.

LOZANA.- ¡Anda, que bueno vienes, borracho! Alcohol y todo. No te lo supiste poner. Calla, que yo te lo adobaré. Si te miras a un espejo, verás la una ceja más ancha que la otra.

SIETECOÑICOS.- Mirá qué, norabuena, «algún ciego me querría ver».

LOZANA.- Anda, que pareces a Francisca la Fajarda. Entra, que has de cantar aquel cantar que dijiste cuando fuimos a la viña a cenar, la noche de marras.

SIETECOÑICOS.- ¿Cuál? ¿Vayondina?

LOZANA.- Sí, y el otro.

SIETECOÑICOS.- ¿Cuál? ¿Bartolomé del Puerto?

LOZANA.- Sí, y el otro.

SIETECOÑICOS.- Ya, ya. ¿Ferreruelo?

LOZANA.- Ese mismo.

SIETECOÑICOS.- ¿Quién está arriba? ¿Hay putas?

LOZANA.- Sí, mas mira que está allí una que presume.

SIETECOÑICOS.- ¿Quién es? ¿La de Toro? Pues razón tiene, «puta de Toro y trucha de Duero».

LOZANA.- Y la Sevillana.

SIETECOÑICOS.- Las seis veces villana, señores, con perdón.

AUTOR.- Señora, no hay error. ¡Subí vos, alcuza de santero!

LOZANA.- Señores, no se partan, que quiero mirar qué es lo que le dan los padrinos, que me va algo en ello.

AUTOR.- Decime, ¿qué dan los padrinos?

COMPAÑERO.- Es una usanza en esta tierra que cada uno da a la madre según puede, y hacen veinte padrinos, y cada uno le da.

AUTOR.- Pues no iban allí más de dos con la criatura. ¿Cómo hacen tantos?

SILVIO.- Mirad, aquella garrafa que traen de agua es la que sobró en el bacín cuando se lavaron los que tienen la criatura, y traenla a casa, y de allí envíanla al tal y a la tal, y así a cuantos quieren, y dicen que por haberse lavado con aquel agua son compadres, y así envían, quién una cana de raso, quién una de paño, quién una de damasco, quién un ducado o más, y de esta manera es como cabeza de lobo para criar la criatura hasta que se case o se venda, si es hija. Pues notá otra cláusula que hacen aquí las cortesanas: prometen vestirse de blanco o pardillo, y dicen que lo han de comprar de limosnas. Y así van vestidas a

expensas del compaño; y esto de los compadres es así.

AUTOR.- No se lo consentirían, esto y otras mil supersticiones que hacen, en España.

SILVIO.- Pues por eso es libre Roma, que cada uno hace lo que se le antoja ahora, sea bueno o malo, y mirá cuánto, que, si uno quiere ir vestido de oro o de seda, o desnudo o calzado, o comiendo o riendo, o cantando, siempre vale por testigo y no hay quien os diga mal hacéis ni bien hacéis, y esta libertad encubre muchos males. ¿Pensáis vos que se dice en balde por Roma, Babilón, sino por la mucha confusión que causa la libertad? ¿No miráis que se dice Roma meretrice, siendo capa de pecadores? Aquí, a decir la verdad, los forasteros son mucha causa, y los naturales tienen poco del antiguo natural, y de aquí nace que Roma sea meretrice y concubina de forasteros y, si se dice, guay quien lo dice. «Haz tú y haré yo y mal para quien lo descubrió». Hermano, ya es tarde; vámonos y haga y diga cada uno lo que quisiere.

AUTOR.- Pues «año de veintisiete deja a Roma y vete».

COMPAÑERO.- ¿Por qué?

AUTOR.- Porque será confusión y castigo de lo pasado.

COMPAÑERO.- ¡A huir quien más pudiere!

AUTOR.- Pensá que llorarán los barbudos y mendigarán los ricos, y padecerán los susurrones, y quemarán los públicos y aprobados o canonizados ladrones.

COMPAÑERO.- ¿Cuáles son?

AUTOR.- Los registros del jure cevil.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

Mamotreto XXV
Cómo el autor, dende a pocos días, encontró en casa de una cortesana favorida a la Lozana y la habló.

AUTOR.- ¿Qué es esto, señora Lozana? ¿Así me olvidáis? Al menos, mandanos hablar.

LOZANA.- Señor, hablar y servir. Tengo que hacer ahora, mandame perdonar, que esta señora no me deja, ni se halla sin mí, que es mi señora, y mire Vuestra Merced, por su vida, qué caparela que me dio nueva, que ya no quiere su merced traer paño y su presencia no es sino para brocado.

AUTOR.- Señora Lozana, decime vos a mí cosas nuevas, que eso ya me lo sé y soyle yo servidor a esa señora.

LOZANA.- ¡Ay, ay, señora! ¿Y puede vuestra merced mandar a toda Roma y no se estima más? Por vida de mi señora, que ruegue al señor doctor cuando venga que le tome otras dos infantescas, y un mozo más, que el mío quiero que vaya a caballo con vuestra merced, pues vuestra fama vale más que cuanto las otras tienen. Mirá, señora, yo quiero venir cada día acá y miraros toda la casa, y vuestra merced que se esté como señora que es, y que no entienda en cosa ninguna.

CORTESANA.- Mira quién llama, Madalena, y no tires la cuerda si no te lo dice la Lozana.

LOZANA.- ¡Señora, señora! ¡Asomaos! ¡Asomaos, por mi vida! ¡Guayas, no; él, él, el traidor! ¡Ay qué caballadas que da! Él es que se apea. ¡Por mi vida y vuestra, abre, abre! ¡Señor mío de mi corazón! Mirá aquí a mi señora, que ni come ni bebe, y si no vinierais se moría. ¿Vuestra señoría es de esa manera? Luego vengo, luego vengo, que yo ya me sería ida, que la señora me

quería prestar su paño listado, y por no dejarla descontenta, esperé a vuestra señoría.

CABALLERO.- Tomá, señora Lozana, comprá paño y no llevéis prestado.

LOZANA.- Bésole las manos, que señor de todo el mundo le tengo de ver. Bésela vuestra señoría y no llorará, por su vida, que yo cierro la cámara. ¿Oyes, Madalena? No abras a nadie.

MADALENA.- Señora Lozana, ¿qué haré, que no me puedo defender de este paje del señor caballero?

LOZANA.- ¿De cuál? ¿De aquél sin barbas? ¿Qué te ha dado?

MADALENA.- Unas mangas me dio por fuerza, que yo no las quería.

LOZANA.- Calla y toma, que eres necia. Vete tú arriba y déjamelo hablar, que yo veré si te cumple. A vos, galán, una palabra.

PAJE.- Señora Lozana, y aun dos.

LOZANA.- Entrá y cerrá pasico.

PAJE.- Señora, mercedes son que me hace. Siéntese, señora.

LOZANA.- No me puedo sentar, porque yo os he llamado, que quiero que me hagáis un servicio.

PAJE.- Señora, mándeme vuestra merced, que mucho ha que os deseo servir.

LOZANA.- Mirá, señor, esta pobreta de Madalena es más buena que no os lo puedo decir, y su ama le dio un ducado a guardar y unos guantes nuevos con dos granos almizcle, y todo lo ha perdido, y yo no puedo estar de cosas que hace la mezquina. Querríaos rogar que me empeñaseis esta caparela en cualque amigo vuestro, que yo la quitaré presto.

PAJE.- Señora, el ducado veislo aquí, y esas otras cosas yo las traeré antes que sea una hora, y vuestra merced le ruegue a Madalena de mi parte que no me olvide, que la deseo mucho servir.

LOZANA.- ¡Hi, hi, hi! ¿Y con qué la deseáis servir? Que sois muy muchacho y todo lo echáis en crecer.

PAJE.- Señora, pues de eso reniego yo, que me crece tanto que se me sale de la bragueta.

LOZANA.- Si no lo pruebo no diré bien de ello.

PAJE.- Como vuestra merced mandare, que mercedes son que recibo, aunque sea sobre mi capa.

LOZANA.- ¡Ay, ay, que me burlaba! ¡Parece píldora de Torre Sanguina, que así labora! ¿Es lagartija? ¡Andar, por donde pasa moja! Esta es tierra que «no son salidos del cascarón y pían».
¡Dámelo, barbiponiente, si quieres que me aproveche! Entraos allá, deslavado, y callá vuestra boca. ¡Madalena, ven abajo, que yo me quiero ir! El paje del señor caballero está allí dentro, que se pasea por el jardín. Es carideslavado; si algo te dijere, súbete arriba y dile que si yo no te lo mando, que no lo tienes de hacer. Y deja hacer a mí, que mayores secretos sé yo tener que este tuyo.

PAJE.- Señora Madalena, ¡cuerpo de mí!, siempre me echáis unos encuentros como broquel de Barcelona. Mirá bien

que esta puta güelfa no os engañe, que es de aquellas que dicen: «Marica, cuécelo con malvas».

MADALENA.- ¡Estad quedo, así me ayude Dios! Más me sobajáis vos que un hombre grande. Por eso los pájaros no viven mucho. ¿Qué hacéis? ¿Todo ha de ser eso? Tomá, bebeos estos tres huevos, y sacaré del vino. Esperá, os lavaré todo con este vino griego que es sabroso como vos.

PAJE.- Esta y no más, que me duele el frenillo.

MADALENA.- ¿Os he hecho yo mal?

PAJE.- No, sino la Lozana.

MADALENA.- Dejadla torne la encrucijada.

Mamotreto XXVI
Cómo la Lozana va a su casa, y encuentra su criado y responde a cuantos la llaman.

LOZANA.- ¿Es posible que yo tengo de ser faltriquera de bellacos? ¿Venís, azuaga? ¿Es tiempo? ¿No sabéis dar vuelta por donde yo estoy? Andá allí adonde yo he estado, y decid a Madalena que os dé las mangas que dijo que le dio el paje, que yo se las guardaré; no se las vea su ama, que la matará. Y venid presto.

RAMPÍN.- Pues caminá vos, que está gente en casa.

LOZANA.- ¿Quién?

RAMPÍN.- Aquel canónigo que sanaste de lo suyo, y dice que le duele un compañón.

LOZANA.- ¡Ay, amarga! ¿Y por qué no se lo vistes vos si era peligroso?

RAMPÍN.- ¿Y qué sé yo? No me entiendo.

LOZANA.- ¡Mirá qué gana tenéis de saber y aprender! ¿Cómo no miraríais como hago yo?, que estas quieren gracia y la melecina ha de estar en la lengua, y aunque no sepáis nada, habéis de fingir que sabéis y conocéis para que ganéis algo, como hago yo, que en decir que Avicena fue de mi tierra, dan crédito a mis melecinas. Sólo con agua fría sanará, y si él viera que se le amansaba, cualque cosa os diera. Y mirá que yo conozco al canónigo, que él vendrá a vaciar los barriles, y ya pasó solía que, por mi vida, si no viene cayendo, que ya no hago credencia, y por eso me entraré aquí y no iré allá, que si es mal de cordón o cosón, con las habas cochas en vino, puestas encima bien deshechas, se le quitará luego. Por eso, andá, decídselo, que allí os espero con mi compadre.

MARIO.- Señora Lozana, acá y hablaremos de cómo las alcahuetas son sutiles.

LOZANA.- Señor, por ahora me perdonará, que voy de prisa.

GERMÁN.- ¡Ojo, adiós, señora Lozana!

LOZANA.- Andá, que ya no os quiero bien, porque dejaste a la Dorotea, que os hacía andar en gresca, por tomar a vuestra Lombarda, que es más dejativa que menestra de calabaza.

GERMÁN.- ¡Pues pese al mundo malo! ¿Habían de turar para siempre nuestros amores? Por vida del embajador, mi señor, que no pasaréis de aquí si no entráis.

LOZANA.- No me lo mande vuestra merced, que voy a pagar un par de chapines allí, a Batista chapinero.

GERMÁN.- Pues entrá, que buen remedio hay. Ven acá, llama tú a aquél chapinero.

SURTO.- Señor, sí.

GERMÁN.- ¡Oh, señora Lozana, qué venida fue esta! Sentaos. Ven acá, sacá aquí cualque cosa que coma.

LOZANA.- No, por vuestra vida, que ya he comido, sino agua fresca.

GERMÁN.- Va, que eres necio. Sácale la conserva de melón que enviaron ayer las monjas lombardas, y tráele de mi vino.

LOZANA.- Por el alma de mi padre, que ya sé que sois Alijandro, que si fueseis español, no seríais proveído de melón, sino de buenas razones. Señor, con vos estaría toda mi vida, salvo que ya sabéis que aquella señora quiere barbiponientes y no jubileos.

GERMÁN.- ¿Qué me decís, señora Lozana? Que más caricias me hace que si yo fuese su padre.

LOZANA.- Pues mire vuestra merced, que ella me dijo que quería bien a vuestra merced porque parecía a su abuelo, y no le quitaba tajada.

GERMÁN.- Pues veis ahí, mirá otra cosa, que cuando como allá si yo no le meto en boca no come, que para mí no me siento mayor fastidio que verla enojada, y siempre cuando yo voy, su fantesca y mis mozos la sirven mal.

LOZANA.- No se maraville vuestra merced, que es fantástica, y querría las cosas prestas, y querría que vuestra señoría fuese de su condición, y por eso ella no tiene sufrimiento.

GERMÁN.- Señora, concluí que no hay escudero en toda Guadalajara más mal servido que yo.

LOZANA.- Señor, yo tengo que hacer; suplícole no me detenga.

GERMÁN.- Señora Lozana, ¿pues cuándo seréis mía todo un día?

LOZANA.- Mañana; que no lo sepa la señora.

GERMÁN.- Soy contento, y a buen tiempo, que me han traído de Tívuli dos truchas, y vos y yo las comeremos.

LOZANA.- Beso sus manos, que si no fuera porque voy a buscar a casa de un señor un pulpo, que sé yo que se los traen de España, y tollo y oruga, no me fuera, que aquí me quedara con vuestra señoría todo hoy.

GERMÁN.- Pues tomá, pagadlo, y no vengáis sin ello.

LOZANA.- Bésole las manos, que siempre me hace mercedes como a servidora suya que soy.

Mamotreto XXVII
Cómo va por la calle y la llaman todos, y un portugués que dice.

[PORTUGUÉS.-] Las otras beso.

LOZANA.- Y yo las suyas, una y boa.

PORTUGUÉS.- Señora, sí. ¡Rapá la gracia de Deus, soy vuestro!

LOZANA.- ¿De eso comeremos? Pagá si queréis, que no hay coño de balde.

CANAVARIO.- ¿A quién digo, señora Lozana? ¿Tan de prisa? Soy furrier de aquélla.

LOZANA.- Para vuestra merced no hay prisa, sino vagar y como él mandare.

GUARDARROPA.- Me encomiendo, mi señora.

LOZANA.- Señor sea vuestra merced de sus enemigos.

CANAVARIO.- ¿De dónde, por mi vida?

LOZANA.- De buscar compañía para la noche.

GUARDARROPA.- Señora, puede ser, mas no lo creo, que «quien menea la miel, panales o miel come».

LOZANA.- ¡Andá, que no en balde sois andaluz, que más ha de tres meses que en mi casa no se comió tal cosa! Vos, que sois guardarropa y tenéis mil cosas que yo deseo, y tan mísero sois

ahora como antaño, ¿pensáis que ha de durar siempre? No seáis fiel a quien piensa que sois ladrón.

GUARDARROPA.- Señora, enviame aquí a vuestro criado, que no seré mísero para serviros.

LOZANA.- Viváis vos mil años, que burlo, por vuestra vida. ¿Veis? Viene aquí mi mozo, que parece, y que fue pariente de Algecira.

GUARDARROPA.- Alegre viene; parece que ha tomado la paga. Caminá, pariente, y enfardélame esas quijadas, que entraréis donde no pensaste.

LOZANA.- Señor, pues yo os quedo obligada.

GUARDARROPA.- Andá, señora, que, si puedo, yo vendré a deciros el sueño y la soltura.

LOZANA.- Cuando mandareis.

PIERRETO.- Cabo de escuadra de vuestra merced, señora Lozana. Adío, adío.

LOZANA.- A Dios va quien muere.

SOBRESTANTE.- Señora, una palabra.

LOZANA.- Diciendo y andando, que voy de prisa.

SOBRESTANTE.- Señora, ¡cuerpo del mundo! ¿por qué no queréis hacer por mí pues lo puedo yo pagar mejor que nadie?

LOZANA.- Señor, ya lo sé; mas voy ahora de prisa. Otro día habrá, que voy a comprar para esa vuestra favorida una cinta

napolitana verde, por hacer despecho al cortecero, que ya lo ha dejado.

SOBRESTANTE.- ¿Es posible? Pues él era el que me quitaba a mí el favor. Tomá y comprá una para ella y otra para vos. Y más os pido de merced: que os sirváis de esta medalla y hagáis que se sirva ella de mí, pues que está sede vacante, que yo, señora Lozana, no os seré ingrato a vuestros trabajos.

LOZANA.- Señor, vení a mi casa esta tarde que ella viene ahí, que ha de pagar un mercader, y allí se trabajará en que se vea vuestro estrato.

SOBRESTANTE.- Sea así, me encomiendo.

LOZANA.- Si sois comendador, sedlo en buen hora, aunque sea de Córdoba.

COMENDADOR.- Señora Lozana, ¿por qué no os servís de vuestros esclavos?

LOZANA.- Señor, porque me vencéis de gentileza y no sé qué responda, y no quise bien en este mundo sino a vuestra merced, que me tira el Sagre.

COMENDADOR.- ¡Oh, cuerpo de mí! ¿Y por ahí me tiráis? «Soy perro viejo y no me dejo morder», pero si vos mandáis, sería yo vuestro por servir de todo.

LOZANA.- Señor, «yo me llamo Sancho».

COMENDADOR.- ¿Qué come ese vuestro criado?

LOZANA.- Señor, lo que come el lobo.

COMENDADOR.- Eso es porque no hay patrón ni perro que lo defienda.

LOZANA.- Señor, no, sino que la oveja es mansa, y perdoname, que todo comendador, para ser natural, ha de ser portugués o galiciano.

COMENDADOR.- ¡Dola a todos los diablos, y qué labia tiene! ¡Si tuviera chimenea!

NOTARIO.- Señora Lozana, ¿así os pasáis?

LOZANA.- Señor, no miraba y voy corriendo porque mi negro criado se enoja, que no tiene dinero para gastar y se lo voy a dar, que están en mi caja seis julios y medio, que dice que quiere pagar cierta leña.

NOTARIO.- ¡Pues vení acá, peranzules! Tomá, id vos y pagá la leña, y quedaos vos aquí, que quiero que veáis una emparedada.

LOZANA.- Por vida de vuestra merced, que pasé por su casa y sospeché que no estaba allí, que suelo yo verla, y con la prisa no puse mientes. ¡Por mi vida, que la tengo de ver!

NOTARIO.- Entrá allá dentro, que está haciendo carne de membrillos.

LOZANA.- Es valenciana, y no me maravillo.

NOTARIO.- ¿Qué te parece, germaneta? La Lozana pasó por aquí y te vio.

BEATRICE.- ¿Y por qué no entró la puta moza? ¿Pensó que estaba al potro?

LOZANA.- ¡Ay, ay! ¿Así me tratáis? Más vale puta moza que puta jubilada en el públique. ¡Por vida del Señor que, si no me dais mi parte, que no haga la paz!

Mamotreto XXVIII
Cómo va la Lozana en casa de un gran señor, y pregunta si, por dicha, le querrían recibir uno de su tierra que es venido y posa en su casa.

LOZANA.- Decime, señores, ¿quién tiene cargo de tomar mozo en casa de este señor?

PALAFRENERO.- ¡Voto a Dios que es vuestra merced española!

LOZANA.- Señor, sí; ¿por qué no? ¿Soy por ventura tuerta o ciega? ¿Por qué me tengo de despreciar de ser española? Muy agudillo saliste, como la hija del herrero, que peó a su padre en los cojones; tornaos a sentar.

PALAFRENERO.- Señora, tenéis razón.

ESCUDERO.- Señora, si no le pesa a vuestra merced, ¿es ella el mozo? Que todos la tomaremos.

LOZANA.- ¡Por Dios, sí, que a vos busco yo! Sé que no soy lecho que me tengo de alquilar.

BADAJO.- No lo digo por tanto, sino porque no veo venir ninguno con vuestra merced. Pensé que queríais vos, señora, tomarme a mí por vuestro servidor.

LOZANA.- Déjese de eso, y respóndame a lo que demando.

OTRO.- Señora, el maestro de stala lo tomará, que lo ha menester.

LOZANA.- Señor, por su vida, que me lo muestre.

BADAJO.- Señora, ahora cabalgo; si lo quiere esperar, éntrese aquí y hará colación.

LOZANA.- Señor, merced me hará que, cuando venga ese señor, me lo envíe a mi casa y allí verá el mozo si le agradare, que es un valiente mancebo, y es estado toda su vida rufián,
que aquí ha traído dos mujeres, una de Écija y otra de Niebla; ya las ha puesto a ganar.

OTRO.- ¿Dónde, señora? ¿En vuestra casa?

LOZANA.- Señor, no, mas ahí junto.

EL SEÑOR DE LA CASA (dice:) ¿Quién es esta mujer?, ¿qué busca?

ESCUDERO.- Monseñor, no sé quién es; ya se lo quería demandar.

MONSEÑOR.- Etatem habet?

LOZANA.- Monseñor, soy buena hidalga y llámome la Lozana.

MONSEÑOR.- Sea norabuena. ¿Sois de nuestra tierra?

LOZANA.- Monseñor, sí.

SEÑOR.- ¿Qué os place de esta casa?

LOZANA.- Monseñor, el patrón de ella.

MONSEÑOR.- Que se os dé, y más, si más mandarais.

LOZANA.- Beso las manos de vuestra señoría reverendísima; quiero que me tenga por suya.

MONSEÑOR.- De buena gana; tomá, y venidnos a ver.

LOZANA.- Monseñor, yo sé hacer butifarros a la genovesa, gatafurias y albóndigas, y capirotada y salmorejo.

SEÑOR.- Andá, hacedlo, y traednoslo vos misma mañana para comer. ¡Cuánto tiempo ha que yo no sentí decir salmorejo! Déjala entrar mañana cuando venga, y ve tu allá, que sabrás comprarle lo necesario, y mira si ha menester cualque cosa, cómprasela. ¡Oh, qué desenvuelta mujer!

DESPENSERO.- Señora, si queréis cualque cosa, decimelo, que soy el despensero.

LOZANA.- Señor, solamente carbón, y será más sabroso.

DESPENSERO.- Pues, ¿donde moráis?, y os enviaré dos cargas por la mañana.

LOZANA.- Señor, al burgo donde moraba la de los Ríos, si la conociste.

DESPENSERO.- Señora, sí; esperá un poco y tal seréis vos como ella. Mas sobre mí que no compréis vos casa, como ella, de solamente quitar cejas y componer novias. Fue muy querida de romanas. Esta fue la que hacía la esponja llena de sangre de pichón para los virgos. Esto tenía, que no era interesal, y más ganaba por aquello...Y fue ella en mejor tiempo que no esta sinsonaderas, que fue tiempo de Alejandro VI, cuando Roma triunfaba, que había más putas que frailes en Venecia, y filósofos en Grecia, y médicos en Florencia, cirúgicos en

Francia, y maravedís en España, ni estufas en Alemania, ni tiranos en Italia, ni soldados en Campaña. Y vos, siempre mozo, ¿no la conociste? Pues cualque cosa os costaría, y esta Lozana nos ha olido que ella os enfrenará. ¡A mi fidamani, miradla, que allí se está con aquel puto viejo rapaz!

VALIJERO.- ¡Sí la conozco!, me dice el borracho del despensero. Yo fui el que dormí con ella la primera noche que puso casa, y le pagué la casa por tres meses. ¡Por vida de monseñor mío, que juraré que no vi jamás mejores carnes de mujer! Y las preguntas que me hizo aquella noche me hicieron desvalijar todos los géneros de putas que en esta tierra había, y ahora creo que ella lo sabe mejor por su experiencia.

BADAJO.- Ésta «no hace jamás colada sin sol».

Mamotreto XXIX
Cómo torna su criado; que venga presto, que la esperan una hija puta y su madre vieja.

LOZANA.- ¿A qué tornáis, malurde? ¿Hay cosa nueva?

RAMPÍN.- Acabá, vení, que es venida aquella madre.

LOZANA.- Callá, callá, que ya os entiendo. ¿Vacía vendrá, según Dios la hizo?

RAMPÍN.- No, ya me entendéis, y bueno.

LOZANA.- ¿Uno solo?

RAMPÍN.- Tres y otras dos cosas.

LOZANA.- ¿Qué, por mi vida?

RAMPÍN.- Ya lo veréis, caminá, que yo quiero ir por lo que dejó tras la puerta de su casa, y veis aquí su llave.

SENÉS, PAJE.- ¡Señora Lozana, acá, acá; mirá acá arriba!

LOZANA.- Ya, señor, os veo, mas poco provecho me viene de vuestra vista, y estoy enojada porque me contrahiciste en la comedia de carnaval.

SENÉS.- Señora Lozana, no me culpéis, porque, como vi vuestra saya y vuestro tocado, pensé que vos lo habíais prestado.

LOZANA.- Yo lo presté, mas no sabía para qué. Aosadas, que si lo supiera, que no me engañaran. Pero de vos me quejo porque no me avisaste.

SENÉS.- ¿Cómo decís eso? A mí me dijeron que vos estuviste allí.

LOZANA.- Sí estuve, mas dijéronme que me llamaba monseñor vuestro.

SENÉS.- ¿No viste que contrahicieron allí a muchos? Y ninguna cosa fue tan placentera como vos a la celosía, reputando al otro de potroso, que si lo hiciera otra, quizá no mirara así por vuestra honra como yo. Por eso le suplico me perdone, y sírvase de estas mangas de velludo que mi padre me mandó de Sena.

LOZANA.- Yo os perdono porque sé que no sois malicioso. Vení mañana a mi casa, que ha de venir a comer conmigo una persona que os placerá.

OTRO PAJE.- Soy caballo ligero de vuestra merced.

LOZANA.- ¡Ay, cara de putilla sevillana, me encomiendo, que voy de prisa!

HIJA.- ¿Tiro la cuerda? Esperá, que ni hay cuerda ni cordel.

LOZANA.- Pues vení abajo.

HIJA.- Ya va mi señora madre.

GRANADINA.- Vos seáis la bien venida.

LOZANA.- Y vos la bien hallada, aunque vengo enojada con vos.

MADRE. ¿Y por qué conmigo, sabiendo vos que os quiero bien, y no vernia yo con mis necesidades y con mis secretos á vos, si os quisiese mal?

LOZANA.- ¿Cómo, vos sois mi amiga y mi corazón, y me venís cargada a casa, sabiendo que haría por vos y por vuestra hija otra cosa que estas apretaduras, y tengo yo para vuestro servicio un par de ducados?

GRANADINA.- Señora Lozana, mirá que con las amigas habéis de ganar, que estáis preñada y todo será menester, y cuanto más, que a mi hija no le cuesta sino demandarlo, y tal vuelta se entra ella misma en la guardarropa de monseñor, y toma lo que quiere y envía a casa que, como dicen, «más tira coño que soga». Estos dos son agua de ángeles, y éste es azahar, y éste cofín son dátiles, y ésta toda es llena de confición, todo venido de Valencia, que se lo envía la madre de monseñor. Y mirá, señora Lozana, a mí me ocurre otro lance que para con vos se puede decir.

LOZANA.- ¿Qué, señora?

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

GRANADINA.- Un señor no me deja a sol ni a sombra, y me lo paga bien, y me da otro que mi hija no me dará, y no sé cuándo tendré necesidad. Mirá, ¿qué me aconsejáis?

LOZANA.- Lo que os aconsejé siempre, que si vos me creyerais, más ha de un año que habíais de comenzar, que en Roma todo pasa sin cargo de conciencia. Y mirá qué os perdisteis en no querer más que no os dará ese otro, y era peloso y hermoso como la plata, y no quería sino viudas honradas como vos.

GRANADINA.- Señora Lozana, mirá, «como se dice lo uno, se diga todo», y os diré por qué no lo hice: que bien estaba yo martela por él, mas porque se echó con mi hija, no quise pecar dos veces.

LOZANA.- No seríais vos la primera que eso hace en Roma sin temor. ¡Tantos ducados tuvieseis! Eso bien lo sabía yo, mas por eso no dejé de rogároslo, porque veía que era vuestro bien, y si lo veo, le tengo de decir que me hable. Por eso es bueno tener vos una amiga cordial que se duele de vos, que perdéis lo mejor de vuestra vida. ¿Qué, pensáis que estáis en Granada, donde se hace por amor? Señora, aquí a peso de dineros, daca y toma, y como dicen, «el molino andando gana», que «guayas tiene quien no puede». ¿Qué hace vuestra hija? ¿Púsose aquello que le di?

GRANADINA.- Señora, sí, y dice que mucho le aprovechó, que le dijo monseñor: «¡qué coñico tan bonico!»

LOZANA.- Pues tenga ella advertencia que, cuando monseñor se lo quiera meter, le haga estentar un poco primero.

GRANADINA.- Sí hará, que ya yo la avisé, aunque poco sé de eso, que a tiento se lo dije.

LOZANA.- Todas sabemos poco, mas «a la necesidad no hay ley». Y mirá que no coma vuestra hija menestra de cebolla, que abre mucho, y cuando se toca, tire la una pierna y encoja la otra.

Mamotreto XXX
Cómo viene su criado, y con él un su amigo, y ven salir las otras de casa.

ULIJES.- ¿Quién son aquellas que salen de casa de la Lozana?

RAMPÍN.- No sé. Os decía yo que caminásemos, y vos de mucha reputación.

ULIJES.- Pues no quiero ir allá, pues no hay nadie.

RAMPÍN.- Andá, vení, que os estaréis jugando con madona.

AMIGO.- Os digo que no quiero, que bien sabe ella, si pierde, no pagar, y si gana, hacer pagar, que ya me lo han dicho más de cuatro que solían venir allí; y siempre quiere porqueta y berenjenas, que un julio le di el otro día para ellas, y nunca me convidó a la pimentada que me dijo. Todo su hecho es palabras y hamamujerías. Andá, poneos del lodo vos y ella, que su casa es regagero de putas, y no para mí. ¡Pese a tal con el judío, mirá cómo me engañaba! No se cure, que a ella tengo de hacer que le pujen la casa; y a él, porque es censal de necios, le tengo de dar un día de zapatazos. Esta ha sido la causa que se echase mi amiga con dos hermanos. Es turca, y no hay más que pedir. Pues venga a monseñor con sus morcillas o butifarras, que no quiero

que su señoría coma nada de su mano. ¿Compadre me quería hacer? ¡Pese a tal con la puta sin sonaderas!

COMPAÑERO VALERIÁN.- ¿Qué hacéis, caballero, aquí solo? ¿Hay caza o posta, o sois de guardia hoy de la señora Lozana?

ULIJES.- Señor, antes estoy muy enojado con su señoranza.

COMPAÑERO.- Eso quiero oír, que martelo tenéis, o mucha razón.

ULIJES.- Antes mucha razón, que sé yo castigar putas lo mejor del mundo.

VALERIÁN.- Sois hidalgo y estáis enojado y «el tiempo halla las cosas», y ella está en Roma y se domará. ¿Sabéis cómo se da la definición a esto que dicen: «Roma, la que los locos doma»? Y a las veces las locas. Si miráis en ello, a ellos doman ellas, y a ellas doma la carreta. Así que vamos por aquí, veamos qué hace, que yo también ando tras ella por mis pecados, que cada día me promete y jamás me atiende.

ULIJES.- Mirá, si vamos allá, voto a Dios que tenemos de pagar la cena, según Dios la hizo. Mas no me curo por serviros, que guay de quien pone sus pleitos en manos de tales procuradores como ella.

VALERIÁN.- Mirá que mañana irá a informar; por eso solicitémosla hoy. Tif, taf. Señora Lozana, mandanos abrir.

LOZANA.- ¡Anda!, ¿quién es?, que me parece que es loco o privado. Familiares son; tira esa cuerda.

VALERIÁN.- ¿Qué se hace, señora?

LOZANA.- Señores, cerner y amasar y ordenar de pellejar.

ULIJES.- Eso de pellejar, que me place: pellejedes, pellejón, pelléjame este cosón.

LOZANA.- Vivas y adivas, siempre coplica.

VALERIÁN.- Señora, salí acá fuera; a teneros palacio venimos.

LOZANA.- Soy contenta, si queréis jugar dos a dos.

VALERIÁN.- Sea así; mas vuestro criado se pase allá y yo aquí, y cada uno ponga.

LOZANA.- Yo pondré mi papo.

VALERIÁN.- ¿Cuál, señora?

LOZANA.- Todos dos, que hambre tengo.

VALERIÁN.- Pues yo pondré por vuestra merced.

LOZANA.- Yo me pondré por vos a peligro donde vos sabéis.

VALERIÁN.- Señora, «eso fuese y mañana Pascua». Pues pon tú.

RAMPÍN.- Soy contento. Préstame vos, compañero.

ULIJES.- ¡Voto a Dios que no me toméis por ahí, que no quiero prestar a nadie nada!

LOZANA.- Por mi vida que le prestes, que yo te los pagaré en la Garza Montesina.

ULIJES.- Dos julios le daré, que no tengo más.

LOZANA.- Hora jugá, que nosotros somos dos y vosotros veinticuatro, como jurados de Jaén.

Mamotreto XXXI
Cómo la Lozana soñó que su criado caía en el río, y otro día lo llevaron en prisión.

LOZANA.- Ahora me libre Dios del diablo con este soñar que yo tengo, y si supiese con qué quitármelo, me lo quitaría. Querría saber cualque encantamiento para que no me viniesen estos sobresaltos, que querría haber dado cuanto tengo por no haber soñado lo que soñé esta noche. El remedio sería que no durmiese descubierta ni sobre el lado izquierdo, y dicen que cuando está el estómago vacío, que entonces el hombre sueña, y si así es, lo que yo soñé no será verdad. Mas muchas veces he yo soñado, y siempre me ha salido verdad, y por eso estoy en sospecha que no sea como la otra vez que soñé que se me caían los dientes y moví otro día. Y vos, cuando os metisteis debajo de mí, que soñabais que vuestros enemigos os querían matar, ¿no viste lo que me vino a mí aquel día? Que me querían saltear los porquerones de Torre Sabela, cuando lo del tributo, que la señora Apuleya, por reír ella y verme bravear, lo hizo. Esto que soñé, no querría que fuese verdad. Mirá no vais en todo hoy al río, no se me ensuelva el sueño.

RAMPÍN.- Yo soñaba que venía uno, y que me daba de zapatazos, y yo determinaba de matarlo, y desperté.

LOZANA.- Mirá, por eso sólo meteré vuestra espada donde no la halléis, que no quiero que me amancilléis. Si solamente vos tuvieseis tiento e hirieseis a uno o a dos, no se me daría nada, que dineros y favor no faltarían, mas, como comenzáis, pensáis

que estáis en la rota de Rávena; y por el sacrosanto saco de Florencia, que si no os enmendáis de tanta bravura, ¿cómo hago yo por no besar las manos a ruines? Que más quiero que me hayan menester ellos a mí que no yo a ellos. Quiero vivir de mi sudor, y no me empaché jamás con casadas ni con virgos, ni quise vender mozas ni llevar mensaje a quien no supiese yo cierto que era puta, ni me soy metida entre hombres casados, para que sus mujeres me hagan desplacer, sino de mi oficio me quiero vivir. Mirá, cuando vine en Roma, de todos los modos de vivir que había me quise informar, y no supe lo que sé ahora, que si como me entrometí entre cortesanas, me entrometiera con romanas, «mejor gallo me cantara que no me canta», como hizo la de los Ríos, que fue aquí en Roma peor que Celestina, y andaba a la romanesca vestida con batículo y entraba por todo, y el hábito la hacía licenciada, y manaba en oro, y lo que le enviaban las romanas valía más que cuanto yo gano: cuándo grano o leña, cuándo tela, cuándo lino, cuándo vino, la bota entera. Mas como yo no miré en ello, comencé a entrar en casas de cortesanas, y si ahora entro en casa de alguna romana, tiénelo por vituperio, no porque no me hayan muchas menester; y porque soy tan conocida, me llaman secretamente. Andá vos, comprá eso que os dije anoche, y mirá no os engañen, que yo me voy a la judería a hablar a Trigo, por ver la mula que parió, que cualque pronóstico es parir una mula casa de un cardenal.

OLIVERO.- ¡A vos, mancebo! ¿Qué hace la señora Lozana?

RAMPÍN.- Señor, quiere ir fuera.

COMPAÑERO.- Y vos ¿dónde vais?

RAMPÍN.- A comprar ciertas berenjenas para hacer una pimentada.

OLIVERO.- Pues no sea burla que no seamos todos en ella.

RAMPÍN.- Andad acá, y compradme vos las especias y los huevos, y vení a tiempo, que yo sé que os placerán. Veislas allí buenas: ¿cuántas das?

OLIVERO.- Compralas todas.

RAMPÍN.- Quanto voi de tuti?

PECIGEROLO.- Un carlín.

RAMPÍN.- Un groso.

FRUTAROLO.- ¿No quieres?

RAMPÍN.- Seis bayoques.

PECIGEROLO.- Señor, no, lasa estar.

RAMPÍN.- ¿Quién te toca?

PECIGEROLO.- Mete qui quese.

RAMPÍN.- ¡Va borracho, que no son tuyas, que yo las traía!

PECIGEROLO.- ¡Pota de santa Nula, tú ne mente per la cana de la gola!

RAMPÍN.- ¡Va da qui, puerco! ¿Y rásgame la capa? ¡Así vivas tu como son tuyas!

PECIGEROLO.- ¡Pota de mi madre! ¿Io no te vidi? ¡Espeta, verai, si lo diró al barrachelo!

BARRACHELO.- ¡Espera, espera, español, no huyas! Tómalo y llévalo en Torre de Nona.

¿De aqueste modo compras tú y robas al pobre hombre? ¡Va dentro, no te cures! Va, di tú al capitán que lo meta en secreta.

ESBIRRO.- ¿En qué secreta?

BARRACHELO.- En la mazmorra o en el forno.

GALINDO.- Hecho es.

Mamotreto XXXII
Cómo vino el otro su compañero corriendo, y avisó la Lozana, y va ella radiando, buscando favor.

COMPAÑERO.- Señora Lozana, vuestro criado llevan en prisión.

LOZANA.- ¡Ay!, ¿qué me decís? ¡Que no se me había de ensolver mi sueño! ¿Y cuántos mató?

COMPAÑERO.- Señora, eso no sé yo cuántos ha él muerto. Por un revendedor creo que le llevan.

LOZANA.- ¡Ay, amarga de mí, que también tenía tema con regateros! Es un diablo travieso, infernal, que si no fuese por mí, ciento habría muerto; más como yo lo tengo limpio, no encuentra con sus enemigos. No querría que nadie se atravesase con él, porque no cata ni pone, sino como toro es cuando está conmigo. Mirá qué hará por allá fuera; es que no es usado a relevar. Si lo supiste el otro día cuando se le cayó la capa, que no le dejaron cabello en la cabeza y guay de ellos si le esperaran, aunque no los conoció, con la prisa que traía, y si yo no viniera,

ya estaba debajo la cama buscando su espada. Señor, yo voy aquí en casa de un señor que lo haga sacar.

OLIVERO.- Pues mire vuestra merced, si fuere menester favor, a monseñor mío pondremos en ello.

LOZANA.- Señor, ya lo sé; salen los cautivos cuando son vivos. ¡Ay, pecadora de mí! Bien digo yo: a mi hijo lozano no me lo cerquen cuatro.

MALSÍN.- Mirá cómo viene la trujamana de la Lozana. ¡Voto a Dios, no parece sino que va a informar auditores, y que vienen las audiencias tras ella! ¿Qué es eso, señora Lozana? ¿Qué rabanillo es ese?

LOZANA.- Tomá, que noramala para quien me la tornare. ¿No miráis vos como yo vengo, amarga como la retama, que me quieren ahorcar a mi criado?

MALSÍN.- Tenéis, señora, razón, tal mazorcón y cétera, para que no estéis amarga si lo perdieseis. Allá va la puta Lozana; ella nos dará que hacer hoy. ¿Veis, no lo digo yo? Monseñor quiere cabalgar. Para putas sobra caridad; si fuera un pobre, no fuéramos hasta después de comer. ¡Oh, pese a tal con la puta que la parió, que la mula me ha pisado! ¡Ahorcado sea el barrachelo, si no lo ahorcare antes que lleguemos! No parará nuestro amo hasta que se lo demande al senador. Caminad, que desciende monseñor y la Lozana.

MONSEÑOR.- Señora Lozana, perdé cuidado, que yo lo traeré conmigo, aunque sean cuatro los muertos.

LOZANA.- Monseñor, sí, que yo voy a casa de la señora Velasca para que haga que vaya el abad luego a Su Santidad, porque si fueren más los muertos que cuatro, que a mi criado

yo lo conozco, que no se contentó con los enemigos, sino que si se llegó alguno a departir, también los llevaría a todos por un rasero.

POLIDORO.- Señora Lozana, ¿qué es esto, que vais enojada?

LOZANA.- Señor, mi criado me mete en estos pleitos.

POLIDORO.- ¿En qué, señora mía?

LOZANA.- Que lo quieren ahorcar por castigador de bellacos.

POLIDORO.- Pues no os fatiguéis, que yo os puedo informar mejor lo que sentí decir delante de Su Santidad.

LOZANA.- ¿Y qué, señor? Por mi vida que soy yo toda vuestra, y os haré cabalgar de balde putas honestas.

POLIDORO.- Soy contento. El arzobispo y el abad y el capitán que envió la señora Julia, demandaban al senador de merced vuestro criado, y que no lo ahorcasen. Ya su excelencia era contento que fuese en galera, y mandó llamar al barrachelo, y se quiso informar de lo que había hecho, si merecía ser ahorcado. El barrachelo se rió. Su excelencia dijo: «Pues ¿qué hizo?» Dijo el barrachelo que, estando comprando merenzane o berenjenas, hurtó cuatro. Y así todos se rieron, y su excelencia mandó que luego lo sacasen; por eso, no estéis de mala voluntad.

LOZANA.- Señor, «¡guay de quien poco puede!» Si yo me hallara allí, por la leche que mamé, que al barrachelo yo le hiciera que mirara con quién vivía mi criado. Soy vuestra; perdóneme, que quiero ir a mi casa, y si es venido mi criado lo enviaré al barrachelo que lo bese en el trancahilo él y sus zafos.

Mamotreto XXXIII
Cómo la Lozana vio venir a su criado, y fueron a casa; y cayó él en una privada por más señas.

LOZANA.- ¿Saliste, chichirimbache? ¿Cómo fue la cosa? ¡No me queréis vos a mí creer! Siempre lo tuvo el malogrado ramazote de vuestro agüelo. Caminá, mudáos, que yo vendré luego.

RAMPÍN.- Venid a casa. ¿Dónde queréis ir? ¿Fuiste a la judería?

LOZANA.- Sí que fui, mas estaban en pascua los judíos; ya les dije que mala pascua les dé Dios. Y vi la mula parida, lo que parió muerto.

TRINCHANTE.- Señora Lozana, ¿qué es eso? ¡Alegre viene vuestra merced!

LOZANA.- Señor, veislo aquí, que cada día es menester hacer paces con tres o con dos, que a todos quiere matar, y sábeme mal mudar mozos, que de otra manera no me curaría.

TRINCHANTE.- ¡El bellaco Diego Mazorca, cómo sale gordo!

LOZANA.- Señor, la gabia lo hizo. Eran todos amigos míos, por eso se dice «el tuyo allégate a la peña mas no te despeña». Entrá y mirá la casa, que con este señor quiero hablar largo, y tan largo que le quiero contar lo que pasó anoche el embajador de Francia con una dama corsaria que esta mañana, cuando se levantaba, le puso tres coronas en la mano, y ella no se contentaba, y él dijo: «¿Cómo, señora? ¿Sírvese al rey un mes por tres coronas, y vos no me serviréis a mí una noche? ¡Dámelas acá!»

TRINCHANTE.- ¡Voto a Dios que tuvo razón, que por mí ha pasado, que las putas no se quieren contentar con tres julios por una vez, como que no fuese plata! ¡Pues, voto a Dios, que oro no lo tengo de dar sino a quien lo mereciere a ojos vistas! Poned mientes que esas tales vienen a cuatro torneses o a dos sueldos, o diez cuatrines, o tres maravedís. Señora, yo siento rumor en vuestra casa.

LOZANA.- ¡Ay, amarga! ¿Si vino alguien por los tejados y lo mata mi criado? ¡Subid, señor!

TRINCHANTE.- ¿Qué cosa, qué cosa? ¡Subid, señora, que siento llamar, y no sé dónde!

LOZANA.- ¡Ay de mí! Ahora subió mi criado; ¿dónde está? ¡Escuchá! ¿Dónde estáis? ¡Adalí, Fodolí!

TRINCHANTE.- ¡Para el cuerpo de mí, que lo siento! Señora, mirá allá dentro.

LOZANA.- Señor, ya he mirado y no está en toda la cámara, que aquí está su espada.

TRINCHANTE.- Pues, ¡voto a Dios que no se lo comió la Papa Resolla, que yo lo siento! ¡Mirá, cuerpo de Dios, está en la privada y andámoslo a buscar! ¡Sorbe, no te ahogues! Dad acá una cuerda. ¿Estás en la mierda?

RAMPÍN.- ¡Tirá, tirá más!

TRINCHANTE.- ¡Ásete, pese a tal contigo, que ahora saliste de prisión y viniste a caer en la mierda!

RAMPÍN.- ¡Así, bien! ¿Qué hacéis? ¡Tirá, tirá!

TRINCHANTE.- ¡Tira tú como bellaco, tragatajadas! Vení acá, señora, ayudame a tirar este puerco.

RAMPÍN.- ¡Tirá más, que me desvaro! ¡Tirá bien, no soltéis!

TRINCHANTE.- ¡Va allá! ¡Pese a tal con quien te parió, que no te lavarás en cuanta agua hay en Tíber! Dadle en qué se envuelva el Conde de Carrión.

LOZANA.- ¿Cómo caíste?

RAMPÍN.- Por apartarme de una rata grande caí.

TRINCHANTE.- ¡Señora, voto a Dios que esto vale mil ducados! Salir de prisión y caer en la melcocha, por no morir malogrado a las uñas de aquella leona.

LOZANA.- Señor, es desgraciado y torpe el malaventurado.

TRINCHANTE.- Yo me voy. Váyase a lavar al río.

LOZANA.- Vení, señor, y tomá un poco de letuario.

TRINCHANTE.- No puedo, que tengo que trinchar a mi amo.

LOZANA.- ¡Buen olor lleváis vos para trinchar! ¡Vais oliendo a mierda perfecta! Trinchá lo que vos quisierais. Por eso no dejo de ser vuestra.

TRINCHANTE.- Yo, de vuestra merced, y acuérdese.

LOZANA.- Soy contenta. ¿Veisla? Está a la celosía. Cara de rosa, yo quiero ir aquí a casa de una mi parroquiana; luego torno.

SALAMANQUINA.- Por mi vida, Lozana, que no paséis sin entrar, que os he menester.

LOZANA.- Señora, voy de prisa.

SALAMANQUINA.- Por vida de la Lozana, que vengáis para tomar un consejo de vos.

LOZANA.- Si entro me estaré aquí más de quince días, que no tengo casa.

SALAMANQUINA.- Mira, puta, qué compré, y más espero. Siéntate, y estáme de buena gana, que ya sé que tu criado es salido, que no te costó nada, que el abad lo sacó. Que él pasó por aquí y me lo dijo, y le pesó porque no estaba por otra cosa más, para que vieras tú lo que hiciera.

LOZANA.- A vos lo agradezco, mas no queda por eso, que más de diez ducados me cuesta la burla.

SALAMANQUINA.- Yo te los sacaré mañana cuando jugaren, al primer resto. ¡Sús, comamos y triunfemos, que esto nos ganaremos! De cuanto trabajamos, ¿qué será? «Ellos a joder y nosotras a comer», como soldados que están alojados a discreción. El despachar de las bulas lo pagará todo, o cualque minuta. Ya sabes, Lozana, cómo vienen los dos mil ducados de la abadía, los mil son míos y el resto poco a poco.

Mamotreto XXXIV
Cómo va buscando casa la Lozana.

ESCUDERO.- ¿Qué buscáis, señora Lozana? ¿Hay en qué pueda el hombre servir a vuestra merced? Mirá por los vuestros, y servíos de ellos.

LOZANA.- Señor, no busco a vos, ni os he menester, que tenéis mala lengua vos y todos los de esa casa, que parece que os preciáis en decir mal de cuantas pasan. Pensá que sois tenidos por maldicientes, que ya no se osa pasar por esta calle por vuestras malsinerías, que a todas queréis pasar por la maldita, reprochando cuanto llevan encima, y todos vosotros no sois para servir a una, sino a usanza de putería, el dinero en la una mano y en la otra el tú me entiendes, y ojalá fuese así. Cada uno de vosotros piensa tener un duque en el cuerpo, y por eso no hay puta que os quiera servir ni oír. Pensá cuánta fatiga paso con ellas cuando quiero hacer que os sirvan, que mil veces soy estada por dar con la carga en tierra, y no oso por no venir en vuestras lenguas.

ESCUDERO.- Señora Lozana, ¿tan cruel sois? ¿Por dos o tres que dicen mal, nos metéis a todos vuestros servidores? Catad que la juventud no puede pasar sin vos, porque la pobreza la acompaña, y es menester ayuda de vecinos.

LOZANA.- No digan mal, si quieren coño de balde.

ESCUDERO.- ¡Señora, mirá que se dice que a nadie hace injuria quien honestamente dice su razón! Dejemos esto. ¿Dónde se va, que gocéis?

LOZANA.- A empeñar estos anillos y estos corales, y buscar casa a mi propósito.

ESCUDERO.- ¿Y por qué quiere vuestra merced dejar su vecindad?

LOZANA.- Señor, «quien se muda, Dios lo ayuda».

ESCUDERO.- No se enmohecerán vuestras baratijas, ni vuestras palomas fetarán.

LOZANA.- No me curo, que no soy yo la primera. Las putas cada tres meses se mudan por parecer fruta nueva.

ESCUDERO.- Verdad es, mas las favoridas no se mudan.

LOZANA.- Pues yo no soy favorida, y quiero buscar favor.

ESCUDERO.- Señora Lozana, buscáis lo que vos podéis dar. ¿Quién puede favorecer al género masculino ni al femenino mejor que vos? Y podéis tomar para vos la flor.

LOZANA.- Ya pasó solía y vino tan buen tiempo que se dice «pesa y paga»: éste es todo el favor que os harán todas las putas. Hállase que en ellas se expenden ciento mil ducados, y no lo toméis en burla, que un banquero principal lo dio por cuenta a Su Santidad.

ESCUDERO.- Son prestameras holgadas, no es maravilla: para ellas litigamos todo el día por reposar la noche. Son dineros de beneficio sin cura.

LOZANA.- Y aun pensiones remotadas entre putas.

ESCUDERO.- ¿A qué modo se les da tanto dinero, o para qué?

LOZANA.- Yo os diré. En pensiones o alquiler de casas la una ha envidia a la otra, y dejan pagada aquélla por cuatro o cinco meses, y todo lo pierden por mudar su fantasía, y en comer, y en

mozos, y en vestir y calzar, y leña y otras provisiones, y en infantescas, que no hay cortesana, por baja que sea, que no tenga su infantesca. Y no pueden mantenerse así, y todavía procuran de tenerla, buena o mala; y las siervas, como son o han sido putas, sacan por partido que quieren tener un amigo que cada noche venga a dormir con ellas y así roban cuanto pueden.

ESCUDERO.- Señora, el año de veintisiete ellas serán fantescas a sus criadas, y perdoname que os he detenido, porque no querría jamás carecer de vuestra vista. Mirá que allí vi yo esta mañana puesta una locanda, y es bonica casa, aparejada para que cuando pasen puedan entrar sin ser vistas vuestras feligresas.

LOZANA.- ¡Callá, malsín! ¡Queríais vos allí para que entrasen por contadero! ¡Yo sé lo que me cumple!

ESCUDERO.- ¡Oh, qué preciosa es este diablo! Yo quería despedir gratis, mas es taimada andaluza, y si quiere hacer por uno, vale más estar en su gracia que en la del gran Soldán. ¡Mirá cuál va su criado tras ella! ¡Adiós, zarpilla!

RAMPÍN.- Me recomiendo, caballero... «el caballo no se comprará hogaño». Piensan estos puercos revestidos de chamelotes, hidalgos de Cantalapiedra, villanos, atestados de paja cebadaza, que porque se alaben de grandes caramillos, por eso les han de dar de cabalgar las pobres mujeres. ¡Voto a San Junco, que a éstos yo los haría pagar mejor! Como dijo un loco en Porcuna: «este monte no es para asnos».

JULIO.- ¿Qué es eso, Rodrigo Roído? ¿Hay negocios? ¿Con quién las habéis?

RAMPÍN.- No, con nadie, sino serviros. ¿Habéis visto la Lozana?

JULIO.- Decí vuestra ama, no os avergoncéis. Andá, que allí entró. Hacedla salir, que la espero, y decí que le quiero dar dineros, porque salga presto.

FALILLO.- ¿Quién es?

RAMPÍN.- Yo soy. ¿Está acá ella?

FALILLO.- ¿Quién ella? ¡Decid, duelos os vengan, vuestra ama la señora Lozana, y esperá, cabrón! Señora Lozana, vuestro criado llama.

LOZANA.- Abridlo, mi alma, que él no habrá comido, y veréis cuál lo paro.

FALILLO.- Sube, Abenámar.

LOZANA.- ¿Qué queréis? ¿Por dinero venís? ¡Pues tan blanco el ojo! Caminá. ¿No os di ayer tres julios? ¿Ya los gastaste? ¿Soy yo vuestra puta? ¡Andá, tornaos a casa!

OROPESA.- Señora Lozana, llamadlo, que yo le daré dineros que expenda. Ven acá, Jacomina; va, saca diez julios y dáselos, que coma, que su ama aquí se estará esta semana, y dale a comer, no se vaya. ¡Ven acá, Rampín, va, come allí con aquellos mozos, duelos te vengan! Vosotros no llamaréis a nadie por comer y reventar.

MOZOS.- Señora, venga, que él de casa es. Ven acá, come. Pues que viniste tarde, milagro fue quedar este bocado del jamón. Corta y come, y beberás.

RAMPÍN.- Ya he comido. No quiero sino beber.

FALILLO.- ¡Pues, cuerpo de tal contigo! ¿En ayunas quieres beber, como bestia? Señora Lozana; mandadle que coma, que ha vergüenza.

LOZANA.- Come presto un bocado y despacha el cuerpo de la salud.

FALILLO.- ¿Qué esperas? ¡Come, pese a tal con quien te parió! ¿Piensas que te tenemos de rogar? Ves ahí vino en esa taza de plata. ¡Paso, paso! ¿Qué diablos has? ¡Oh, pese a tal contigo! ¿Y las tripas echas? ¡Sal allá, que no es triaca! ¡Ve de aquí, oh, cuerpo de Dios, con quien te bautizó, que no te ahogó por grande que fueras! ¿Y no te podías apartar? ¡Sino manteles y platos y tazas, todo lo allenó este vuestro criado, cara de repelón trasnochado!

LOZANA.- ¿Qué es esto de que reviesa? ¿Algo vio sucio? Que él tiene el estómago liviano.

FALILLO.- ¿Qué es eso que echa? ¿Son lombrices?

MOZOS.- Ahora, mi padre, son los bofes en sentir el tocino.

LOZANA.- Denle unas pasas para que se le quite el hipar, no se ahogue.

MOZOS.- ¡Guay de él si comiera más! Dios quiso que no fue sino un bocado.

OROPESA.- No será nada.

LOZANA.- Señora, no querría que le quebrase en ciciones, porque su padre las tuvo siete años, de una vez que lo gustó.

FALILLO.- ¡Amarga de ti, Guadalajara! Señora Lozana, no es nada, no es nada, que lleva la cresta hinchada.

LOZANA.- Hijo mío, ¿tocino comes? ¡Guay de mi casa, no te me ahogues!

FALILLO.- ¡Quemado sea el venerable tocino!

Mamotreto XXXV
Cómo, yendo a casa de otra cortesana, vino su criado, y lo hizo vestir entre sus conocidos.

LOZANA.- Mira, Jacomina, no despiertes a la señora; déjala dormir, que el abad no la dejó dormir esta noche. Ya se fue a cancillería por dineros; allá desollará cualque pobre por estar en gratia de tu ama. Yo me salí pasico, cierra la puerta y mira; si me demanda, di que fui a mi casa.

JACOMINA.- Sí haré, mas acordaos de mí.

LOZANA.- ¿De qué?

JACOMINA.- Que me traigáis aquello para quitar el paño de la cara.

LOZANA.- ¿Y qué piensas? ¿Por dos julios te habían de dar los porcelletes, y limón, y agraz estilado, y otras cosas que van dentro? Hermana, es menester más dineros si quieres que te traiga buena cosa.

JACOMINA.- Tomá, veis ahí cinco julios, y no lo sepa mi señora, que mi vizcaíno me dará más si fueren menester.

LOZANA.- ¿Por qué no le dices tú a ese tu vizcaíno que me hable, que yo te lo haré manso, que te dará más? Y no le digas que me has dado nada, que yo haré que pague él el agua y la fatiga. Y a mi mozo quiero que le dé una espada de dos manos liviana. Mañana te lo traeré, que para una romana lo tengo de hacer, que es muy morena, y me ha de dar uvas para colgar, y más que sacaré calla callando. Y tú, si quieres ser hermosa, no seas mísera de lo que puedes ser larga. Saca de ese tu enamorado lo que pudieres, que en mi casa te lo hallarás, y de tu señora me puedes dar mil cosas, que ella lo tome en placer. Así se ayudan las amigas. ¿Quién sabe si tú algún tiempo me habrás menester? Que las amas se mueren y las amigas no faltan, que tú serás aún con el tiempo cortesana, que ese lunar sobre los dientes dice que serás señora de tus parientes, y todos te ayudaremos, que ventura no te faltará, sino que tú estás ciega con este vizcaíno, y yo sé lo que me sé, y lo que más de dos me han dicho, sino que no quiero que salga de mí, que yo sé dónde serías tú señora, y mandarías y no serías mandada. Yo me voy, que tengo que hacer. Aquí vendrá mi mozo; dale tú aquello que sabes que escondimos. ¡Veslo, aquí viene! ¿Venís? Es hora, merdohem. Entrá allá, con Jacomina, y después id a casa, y cerrá bien, y vení, que me hallaréis en casa de la señora del solacio.

BLASÓN.- Señora Lozana, ¿dónde, dónde tan de prisa?

LOZANA.- Señor, ya podéis pensar: mujer que es estada cuatro sábados mala y sin ayuda de nadie, mirá si tengo de darme prisa a rehacer el tiempo perdido. ¿Qué pensáis, que me tengo de mantener del viento, como camaleón? No tengo quien se duela de mí, que vosotros sois palabras de presente y no más.

BLASÓN.- ¡Oh, señora Lozana! Sabe bien vuestra merced que soy palabras de pretérito y futuro servidor vuestro. Mas mirando la ingratitud de aquella que vos sabéis, diré yo lo que dijo aquel lastimado: «patria ingrata, non habebis ossa mea», que quiere decir «puta ingrata, non intrabis in corpore meo». ¿Cómo,

señora Lozana, si yo le doy lo que vos misma mandaste, y más, cómo se ve que no son venidos los dineros de mis beneficios cuando se los echo encima y le pago todas sus deudas? ¡Por qué aquella mujer no ha de mirar que yo no soy Lazarillo, el que cabalgó a su agüela, que me trata peor, voto a Dios!

LOZANA.- En eso tiene vuestra merced razón, mas mirá que con el grande amor que os tiene, ella hace lo que hace, y no puede más, que ella me lo dijo, y si no fuese porque voy ahora de prisa a buscar unos dineros prestados para comprar a mi criado una capa mediana sin ribete, yo haría estas paces.

BLASÓN.- Señora Lozana, no quiero que sean paces, porque yo determino de no verla en toda mi vida. Mas por ver qué dice y en qué términos anda la cosa, os ruego que vais allá, y miréis por mi honra como vos, señora, soléis, que yo quiero dar a vuestro criado una capa de Perpiñán, que no me sirvo de ella y es nueva, y a vuestra merced le enviaré una cintura napolitana.
LOZANA.- ¿Y cuándo?

BLASÓN.- Luego, si luego viene vuestro criado.

LOZANA.- Veislo, viene. ¡Caminá, albañil de putas, que veis ahí vuestro sueño suelto! Este señor os quiere honrar; id con él y vení donde os dije.

BLASÓN.- Señora, hacé el oficio como soléis.

LOZANA.- Andá, perdé cuidado, que ya sé lo que vos queréis. ¡Basta, basta! (un SUSTITUTO la llama.)

UN SUSTITUTO.- ¡Señora Lozana, acá, acá! ¡Oh, pese al turco si en toda mi vida os hube menester, ahora más que nunca!

LOZANA.- Ya sé que me queréis. Yo no puedo serviros porque pienso en mis necesidades, que no hay quien las piense por mí, que yo y mi criado no tenemos pelo de calza ni con qué defendernos del frío.

SUSTITUTO.- Señora Lozana, eso es poca cosa para vuestra merced. Yo daré una cana de medida de estameña fina, y zapatos y chapines, y déjame luego la medida, que mañana, antes que vos, señora, os levantéis, os lo llevarán. Y vuestro mozo enviámelo aquí, que yo le daré la devisa de mi señora y mi vida, aunque ella no me quiere ver.

LOZANA.- ¿Y de cuándo acá no os quiere ver? Que no dice ella eso, que si eso fuera, no me rogara ella a mí que fuese con ella disimulada a dar de chapinazos a la otra con quien os habéis envuelto, mas no con mi consejo, que para eso no me llama vuestra merced a mí, porque hay diferencia de ella a la señora Virgilia. Y mirá, señor, esa es puta salida, que en toda su casa no hay alhaja que no pueda decir por esta gracia de Dios, que todo está empeñado y se lo come la usura, que Trigo me lo dijo. Quiere vuestra merced poner una alcatraza con aquélla, que su gracia y su reposo y su casa llena y su saber basta para hacer tornar locos a los sabios. Y si vuestra merced dará la devisa a mi mozo, será menester que yo me empeñe para darle jubón de la misma devisa.

SUSTITUTO.- Andá, señora Lozana, que no suelo yo dar devisa que no dé todo. En esto verá que no la tengo olvidada a mi señora Virgilia, que voto a Dios que mejor sé lo que tengo en ella que no lo que tengo en mi caja. Veis, aquí viene el malogrado de vuestro criado con capa; parece al superbio de Perusa, que a nadie estima. Quédese él aquí, y vaya vuestra merced buen viaje.

LOZANA.- ¡Cuántas maneras hay en vosotros los hombres por sujetar a las sujetas, y matar a quien muere! Allá esperaré al

señor mi criado, por ver cómo le dice la librea de la señora Virgilia.

Mamotreto XXXVI
Cómo un caballero iba con un embajador napolitano, travestidos, y vieron de lejos a la Lozana, y se la dio a conocer el caballero al embajador.

[CABALLERO.-] Monseñor, ¿ve vuestra señoría aquella mujer que llama allí?

EMBAJADOR.- Sí.

CABALLERO.- Corramos y tomémosla en medio, y gozará vuestra señoría de la más excelente mujer que jamás vio, para que tenga vuestra señoría qué contar; si la goza por entero y si toma conociencia con ella, no habrá menester otro solacio, ni quien le diga mejor cuántas hermosas hay, y cada una en qué es hermosa. Que tiene el mejor ver y judicar que jamás se vio, porque bebió y pasó el río de Nilo, y conoce sin espejo, porque ella lo es, y como las tiene en plática, sabe cada una en qué puede ser loada. Y es muy universal en todas las otras cosas que para esto de amores se requiere, y mírela en tal ojo que para la condición de vuestra señoría es una perla. De ésta se puede muy bien decir «mulier que fuit in urbe habens septem mecanicas artes». Pues, a las liberales jamás le faltó retórica ni lógica para responder a quien las estudió. El mirable ingenio que tiene da que hacer a los que la oyen. Monseñor, vamos de esta parte. Esperemos a ver si me conoce.

EMBAJADOR.- ¡Al cuerpo de mí, esta dona yo la vi en Bancos, que parlaba, muy dulce y con audacia, que parecía un Séneca!

CABALLERO.- Es parienta del Ropero, conterránea de Séneca, Lucano, Marcial y Avicena. La tierra lo lleva, está in agibilibus, no hay su par, y tiene otra excelencia, que lustravit provincias.

EMBAJADOR.- ¿Es posible? Como reguarda in qua.

LOZANA.- ¡Ya, ya conocido es vuestra merced, por mi vida, que, aunque se cubra, que no aprovecha, que ya sé que es mi señor! ¡Por mi vida, tantico la cara, que ya sé que es de ver y de gozar! Este señor no lo conozco, mas bien veo que debe ser gran señor. A seguridad le suplico que me perdone, que yo lo quiero forzar, por mi vida, que son matadores esos ojos. ¿Quién es este señor? ¡Que lo sirva yo, por vida de vuestra merced y de su tío y mi señor!

CABALLERO.- Señora Lozana, este señor os suplica que le metáis debajo de vuestra caparela, y entrará a ver la señora Angélica porque vea si tengo razón en decir que es la más acabada dama que hay en esta tierra.

LOZANA.- A vuestra señoría le meteré yo encima, no debajo, mas yo lo trabajaré. Esperen aquí, que si su merced está sola yo la haré poner a la ventana, y si más mandaren, yo vendré abajo. Bien estaré media hora; paséense un poco, porque le tengo de rogar primero que haga un poco por mí, que estoy en gran necesidad, que me echan de la casa y no tengo de qué pagar, que el borracho del patrón no quiere menos de seis meses pagados antes.

CABALLERO.- Pues no os detengáis en nada de eso, que la casa se pagará. Enviame a vuestro criado a mi posada que yo le

daré con que pague la casa, porque su señoría no es persona que debe esperar.

LOZANA.- ¿Quién es, por mi vida?

CABALLERO.- ¡Andá, señora Lozana, que persona es que no perderéis nada con su señoría!

LOZANA.- Sin eso y con eso sirvo yo a los buenos. Esperen.

CABALLERO.- Monseñor, ¿qué le parece de la señora Lozana? Sus injertos siempre toman.

EMBAJADOR.- Me parece que es astuta, que, cierto, «ha de la sierpe e de la paloma». Esta mujer sin lágrimas parará más insidias que todas las mujeres con lágrimas. ¡Por vida del visorrey, que mañana coma conmigo, que yo le quiero dar un brial!

CABALLERO.- ¡Mírela vuestra señoría a la ventana; no hay tal Lozana en el mundo! Ya abre, veamos qué dice. Cabecea que entremos donde ni fierro ni fuego a la virtud empiece.

EMBAJADOR.- ¡Qua più bella la matre que la filla!

CABALLERO.- Monseñor, ésta es Cárcel de Amor; aquí idolatró Calisto, aquí no se estima Melibea, aquí poco vale Celestina.

Mamotreto XXXVII
Cómo de allí se despidió la Lozana, y se fue en casa de un hidalgo que la buscaba, y estando solos se lo hizo porque diese fe a otra que lo sabía hacer.

LOZANA.- Señores, aquí no hay más que hacer. La prisión es segurísima, la prisionera piadosa, la libertad no se compra. La sujeción aquí se estima porque hay merecimiento para todo. Vuestra señoría sea muy bien venido y vuestra merced me tenga la promesa, que esta tarde irá mi criado a su posada, y si vuestra merced manda que le lleve una prenda de oro o una toca tonicí, la llevará, porque yo no falte de mi palabra, que prometí por todo hoy. A este señor yo lo visitaré.

CABALLERO.- Señora Lozana, no enviéis prenda, que entre vos y mí «no se pueden perder sino los barriles». Enviá, como os dije, y no curéis de más, y mirá que quiere su señoría que mañana vengáis a verlo.

LOZANA.- Beso sus manos y vuestros pies, mas mañana no podrá ser, porque tengo mi guarnelo lavado, y no tengo qué me vestir.

CABALLERO.- No curéis, que su señoría os quiere vestir a su modo y al vuestro. Vení así como estáis, que os convida a comer; y no a esperar, que su señoría come de mañana.

LOZANA.- ¡Por la luz de Dios, no estuviese sin besar tal cara como ésa, aunque supiese enojar a quien lo ve!

ANGÉLICA.- ¡Así, Lozana, no curéis! ¡Andá, dejadlo, que me enojaré, aunque su merced no me quiere ver!

CABALLERO.- Señora, deséoos yo servir; por tanto, le suplico que a monseñor mío le muestre su casa y sus joyas, porque su

señoría tiene muchas y buenas, que puede servir a vuestra merced. Señora Lozana, mañana no se os olvide de venir.

LOZANA.- No sé si se me olvidará, que soy desmemoriada después que moví, que si tengo de hacer una cosa es menester ponerme una señal en el dedo.

CABALLERO.- Pues vení acá, tomá este anillo, y mirá que es una esmeralda, no se os caiga.

LOZANA.- Sus manos beso, que más la estimo que si me la diera la señora Angelina dada.

ANGELINA.- Andá, que os la doy, y traedla por mi amor.

LOZANA.- No se esperaba menos de esa cara de luna llena. ¡Ay, señora Angelina, míreme, que parezco obispo! ¡Por vida de vuestra merced y mía, que no estoy más aquí! Ven a cerrar, Matehuelo, que me esperan allí aquellos mozos del desposado de Hornachuelos, que no hay quien lo quiera, y él porfiar y con todas se casa y a ninguna sirve de buena tinta.

MATEHUELO.- Cerrar y abriros, todo a un tiempo.

MOZOS.- ¿Venís, señora Lozana? ¡Caminá, cuerpo de mí, que mi amo se desmaya y os espera, y vos todavía queda! Sin vos no valemos nada, porque mi amo nunca se ríe sino cuando os ve, y por eso mirá por nosotros y sednos favorable ahora que le son venidos dineros, antes que se los huelan las bagasas, que, voto a Dios, con putas y rufianas y tabaquinas no podemos medrar. Por eso, ayúdenos vuestra merced y haga cuenta que tiene dos esclavos.

LOZANA.- Callá, dejá hacer a mí, que yo lo pondré del lodo a dos manos. Vuestro amo es como el otro que dicen: «cantar mal y porfiar». Él se piensa ser Pedro Aguilocho, y no lo pueden ver

putas más que al diablo. Unas me dicen que no es para nada, otras que lo tiene tan luengo que parece anadón, otras que arma y no desarma, otras que es mísero, y aquí firmaré yo, que primero que me dé lo que le demando, me canso, y al cabo saco de él la mitad de lo que le pido, que es trato cordobés. Él quiere que me esté allí con él, y yo no quiero perder mis ganancias que tengo en otra parte; y mirá qué tesón ha tenido conmigo, que no he podido sacar de él que, como me daba un julio por cada hora que estoy allí, que me dé dos. Que más pierdo yo en otras partes, que no vivo yo de entrada, como el que tiene veinte piezas, las mejores de Cataluña, y no sé en qué se las expende, que no relucen, y siempre me cuenta deudas. ¡Pues mándole yo que putas lo han de comer a él y a ello todo! No curéis, que ya le voy cayendo en el rastro. ¿Veis el otro mozo dónde viene?

MARZOCO.- ¿Qué es eso? ¿Dónde vais, señora?

LOZANA.- A veros.

MARZOCO.- Hago saber a vuestra merced que tengo tanta penca de cara de ajo.

LOZANA.- Esa sea la primera alhaja que falte en tu casa, y aun como a ti llevó la landre. ¡Tente allá, bellaco! ¡Andando se te caiga!

MARZOCO.- Señor, ya viene la Lozana.

PATRÓN.- «Bien venga el mal si viene solo», que ella siempre vendrá con cualque demanda.

LOZANA.- ¿Qué se hace, caballeros? ¿Háblase aquí de cosas de amores o de mí o de cualque señora a quien sirvamos todos? ¡Por mi vida, que se me diga! Porque si es cosa a que yo pueda remediar, lo remediaré, porque mi señor amo no tome pasión, como suele por demás, y por no decir la verdad a los médicos.

¿Qué es eso? ¿No me quiere hablar? Ya me voy, que así como así aquí no gano nada.

MOZOS.- Vení acá, señora Lozana, que su merced os hablará y os pagará.

LOZANA.- No, no, que ya no quiero ser boba, si no me promete dos julios cada hora.

MARZOCO.- Vení, que es contento, porque más merecéis, máxime si le socorréis que está amorado.

LOZANA.- ¿Y de quién? ¡Catá que me corro si de otra se enamoró! Mas como todo es viento su amor, yo huelgo que ame y no sea amado.

MARZOCO.- ¿Cómo, señora Lozana, y quién es aquel que ama y no es amado?

LOZANA.- ¿Quién? Su merced.

MARZOCO.- ¿Y por qué?

LOZANA.- Eso yo me lo sé; no lo diré sino a su merced solo.

MARZOCO.- Pues ya me voy. Vuestras cien monedas ahora, Dios lo dijo.

LOZANA.- Andá, que ya no es el tiempo de Maricastaña.

PATRÓN.- Dejá decir, señora Lozana, que no tienen respeto a nadie. Entendamos en otro; yo muero por la señora Angélica, y le daré seis ducados cada mes, y no quiero sino dos noches cada semana. Ved vos si merece más, y por lo que vos dijereis me regiré.

LOZANA.- Señor, digo que no es mucho, aunque le dieseis la mitad de vuestro oficio de penitencería. Mas ¿cómo haremos? Que si vuestra merced tiene ciertos defectos que dicen, será vuestra merced perder los ducados y yo mis pasos.

PATRÓN.- ¿Cómo, señora Lozana? ¿Y suelo yo pagar mal a vuestra merced? Tomá, veis ahí un par de ducados, y hacé que sea la cosa de sola signatura.

LOZANA.- Soy contenta, mas no me entiende vuestra merced.

PATRÓN.- ¿Qué cosa?

LOZANA.- Digo que si vuestra merced no tiene de hacer sino besar, que me bese a mí.

PATRÓN.- ¿Cómo besar? ¡Que la quiero cabalgar!

LOZANA.- ¿Y adónde quiere ir a caballar?

PATRÓN.- ¡Andá, para puta zagala! ¿Burláis?

LOZANA.- ¡No burlo, por vida de esa señora honrada a quien vos queréis cabalgar, y armar y no desarmar!

PATRÓN.- ¡Oh, pese a tal! ¿Y eso decís? ¡Por vida de tal que lo habéis de probar, porque tengáis que contar!

LOZANA.- ¡Ay, ay, por el siglo de vuestro padre, que no me hagáis mal, que ya basta!

PATRÓN.- ¡Mal le haga Dios a quien no os lo metiere todo, aunque sepa ahogaros, y veréis si estoy ligado! ¡Y mirá cómo desarmo!

LOZANA.- ¡Tal frojolón tenéis! Esta vez no la quisiera perder, aunque supiera hallar mi anillo que perdí ahora cuando venía.

PATRÓN.- Tomá, veis aquí uno que fue de monseñor mío, que ni a mí se me olvidará, ni a vos se os irá de la memoria de hablar a esa señora, y decidle lo que sé hacer.

LOZANA.- ¡Por mi vida, señor, que como testigo de vista, diré el aprieto en que me vi! ¡Ay, ay! ¿Y de esos sois? Desde aquí voy derecha a contar a su merced vuestras virtudes.

PATRÓN.- Sí, mas no ésta, que tomará celos su porfía.

LOZANA.- Mucho hará a vuestro propósito, aunque estáis ciego; que según yo sé y he visto, esa señora que pensáis, que es a vuestra vista hermosa, no se va al lecho sin cená.

PATRÓN.- ¿Cómo?, ¡por vida de la Lozana!

LOZANA.- Que su cara está en mudas cada noche, y las mudas tienen esto, que si se dejan una noche de poner, que no valen nada. Por eso se dice que cada noche daba de cená a la cara.

PATRÓN.- Y esas mudas, ¿qué son?

LOZANA.- Cerillas hechas de uvas asadas. Mas si la veis debajo de los paños, lagartija parece.

PATRÓN.- ¡Callá, señora Lozana, que tiene gracia en aquel menear de ojos!

LOZANA.- Eso yo me lo tengo, que no soy puta, cuanto más ella, que vive de eso.

PATRÓN.- «Quien a otra ha de decir puta, ha de ser ella muy buena mujer», como ahora vos.

Mamotreto XXXVIII
Cómo la Lozana entra en la batería de los gentiles hombres y dice.

LOZANA.- Algo tengo yo aquí, que el otro día cuando vine, por no tener favor, con seis ducadillos me fui, de un resto que hizo el faraute, mi señor; mas ahora que es el campo mío, restos y resto mío serán.

OCTAVIO.- Señora Lozana, resto quejoso será el mío.

LOZANA.- ¡Andá, señor, que no de mí!

AURELIO.- Vení acá, señora Lozana, que aquí se os dará el resto y la suerte principal.

LOZANA.- ¡Viva esa cara de rosa, que con esa magnificencia las hacéis esclavas siendo libres! Que el resto dicen que es poco.

AURELIO.- ¿Cómo poco? ¡Tanto, sin mentir!

LOZANA.- Crezca de día en día, porque gocéis tan florida mocedad.

AURELIO.- Y vos, señora Lozana, gocéis de lo que bien queréis.

LOZANA.- Yo, señor, quiero bien a los buenos y caballeros que me ayudan a pasar mi vida sin decir ni hacer mal a nadie.

OCTAVIO.- Eso tal sea este resto, porque es para vos. Tomadlo, que para vos se ganó.

LOZANA.- Sepamos, ¿cuánto es?

OCTAVIO.- Andá, callá y cogé, que todos dicen amén, amén, sino quien perdió, que calla.

LOZANA.- Soy yo capellana de todos, y más de su señoría.

HORACIO.- Cogé, señora Lozana, que si los pierdo, en haberlos vos los gano, aunque el otro día me motejaste delante de una dama.

LOZANA.- Yo, señor, lo que dije entonces digo ahora, que ellas me lo han dicho, que dicen que tenéis un diablo que parece conjuro de sacar espíritus.

HORACIO.- ¡Oh, pese a tal! ¿Y eso dicen ellas? No saben bien la materia.

LOZANA.- Si no saben la materia, saben la forma.

HORACIO.- ¡No hay ninguno malo, mozas!

LOZANA.- Señor, no, sino que unos tienen más fuerza que otros.

MILIO.- Señora Lozana, hacé parte a todos de lo que sabéis. ¿De mí, qué dicen, que no me quieren ver ni oír?

LOZANA.- ¡Ay, pecador, sobre que dicen que vuestra merced es el que mucho hizo!

SALUSTIO.- ¿Y yo, señora Lozana?

LOZANA.- Vuestra merced el que poco y bueno, como de varón.

CAMILO.- ¿A mí, señora Lozana, qué?

LOZANA.- Vos, señor, el que no hizo nada que se pareciese.

CAMILO.- Porque cayó en mala tierra, que son putas insaciables. ¿No le basta a una puta una y dos, y un beso, tres, y una palmadica, cuatro, y un ducado, cinco? Son piltracas.

LOZANA.- Sí para vos, mas no para nos. ¿No sabéis que uno que es bueno, para sí es bueno, mas mejor es si su bondad aprovecha a muchos?

CAMILO.- Verdad decís, señora Lozana, mas «el pecado callado, medio perdonado».

LOZANA.- Si por ahí tiráis, callaré, mas siempre oí decir que las cosas de amor avivan el ingenio, y también quieren plática. «El amor sin conversación es bachiller sin repetidor». Y voyme, que tengo que hacer.

AURELIO.- Mirá, señora Lozana, que a vos encomiendo mis amores.

LOZANA.- ¿Y si no sé quién son?

AURELIO.- Yo os lo diré si vos mandáis, que cerca están, y yo lejos.

LOZANA.- Pues dejame ahora, que voy a ver si puedo hallar quien me preste otros dos ducados para pagar mi casa.

AURELIO.- ¡Voto a Dios, que si los tuviera que os los diera! Mas dejé la bolsa en casa por no perder, y también porque se me quebraron los cerraderos. Mas sed cierta que esto y más os dejaré en mi testamento.

LOZANA.- ¿Cuándo? Soy vuestra sin eso y con eso. Véngase a mi casa esta noche y jugaremos castañas, y probará mi vino,

que raspa. Sea a cena, haré una cazuela de peje, que dicen que venden unas acedías frescas vivas, y no tengo quién me vaya por ellas y por un cardo.

AURELIO.- Pues yo enviaré a mi mozo esta tarde con todo.

LOZANA.- Vuestra merced será muy bien venido. Nunca me encuentra Dios sino con míseros lacerados. Él caerá, que para la luz de Dios, que bobo e hidalgo es.

GUARDIÁN.- ¿Qué se dice, señora Lozana? ¿Dónde bueno?

LOZANA.- Señor, a mi casa.

GUARDIÁN.- Llegáos aquí al sol, y sácame un arador, y cuéntame cómo os va con los galanes de este tiempo, que no hay tantos bobos como en mis tiempos, y ellas creo que también se retiran.

LOZANA.- ¿Y cómo? Si bien supiese vuestra merced, no hay puta que valga un maravedí, ni dé de comer a un gato, y ellos, como no hay saco de Génova, no tienen sino el maullar, y los que algo tienen piensan que les ha de faltar para comer, y a las veces sería mejor joder poco que comer mucho. ¡Cuántos he visto enfermos de los riñones por miseria de no expender! Y otros que piensan que por cesar han de vivir más, y es al contrario, que semel in setimana no hizo mal a nadie.

ALCAIDE.- ¡Por mi vida, señora Lozana, que yo semel in mense y bis in anno!

LOZANA.- Andá ya, que ya lo sé, que vuestra merced hace como viejo y paga como mozo.

GUARDIÁN.- Eso del pagar, mal pecado, nunca acabó, porque cuando era mozo pagaba por entrar, y ahora por salir.

LOZANA.- Viva vuestra merced muchos años, que tiene del peribón. Por eso, dadme un alfiler, que yo os quiero sacar diez aradores.

ALCAIDE.- Pues sacá, que por cada uno os daré un grueso.

LOZANA.- Ya sé que vuestra merced lo tiene grueso, que a su puta beata lo oí, que le metíais las paredes adentro. Dámelo de argento.

ALCAIDE.- Por vida de mi amiga, que si yo los hubiese de comprar, que diese un ducado por cada uno, que uno que retuve me costó más de ciento.

LOZANA.- Cosa sería, ese no hace para mí. Quiérome ir con mi honra.

ALCAIDE.- Vení acá, traidora; sácame uno no más de la palma.

LOZANA.- No sé sacar de la palma ni del codo.

GUARDIÁN.- ¿Y de la punta de la picarazada?

LOZANA.- De ahí sí, buscadlo mas no hallarlo.

GUARDIÁN.- ¡Oh, cuerpo de mí, señora Lozana, que no sabéis de la palma y estáis en tierra que los sacan de las nalgas con putarolo, y no sabéis vos sacarlos al sol con buena aguja!

LOZANA.- Sin aguja los saco yo, cuando son de oro o de plata, que de otras suertes o maneras no me entiendo. Mejor hará vuestra merced darme un barril de mosto para hacer arrope.

GUARDIÁN.- De buena gana. Enviá por ello y por leña para hacerlo y por membrillos que cozáis dentro. Y mirá si mandáis más, que a vuestro servicio está todo.

LOZANA.- Soy yo suya toda.

ALCAIDE.- Y yo vuestro hasta las trencas.

Mamotreto XXXIX
Cómo la señora Terencia vio pasar a la Lozana y la manda llamar.

[TERENCIA.-] Ves allí la Lozana que va de prisa. Migallejo, va, asómate y llámala.

MIGALLEJO.- ¡Señora Lozana! ¡Ah, señora Lozana! Mi señora le ruega que se llegue aquí.

LOZANA.- ¿Quién es la señora?

MIGALLEJO.- La del capitán.

LOZANA.- ¿Aquí se ha pasado su merced? Yo huelgo con tal vecina. Las manos, señora Terencia.

TERENCIA.- Las vuestras vea yo en la picota y a vos encorozada sin proceso, que ya sin pecado lo merece, mas para su vejez se le guarda. ¡Miradla cuál viene, que parece corralario de putas y jaraíz de necios! Dile que suba.

MIGALLEJO.- Subí, señora.

LOZANA.- ¡Ay, qué cansada que vengo y sin provecho! Señora, ¿cómo está vuestra merced?

TERENCIA.- A la fe, señora Lozana, enojada, que no me salen mis cosas como yo querría. Di a hilar, y hame costado los ojos de la cara porque el capitán no lo sienta, y ahora no tengo trama.

LOZANA.- Señora, no os maravilléis, que cada tela quiere trama. El otro día no quisiste oír lo que yo os decía, que de allí sacaríais trama.

TERENCIA.- Callá, que sale el capitán.

CAPITÁN.- ¿Qué es, señora?

LOZANA.- Señor, servir a vuestra merced.

CAPITÁN.- ¿Qué mundo corre?

LOZANA.- Señor, bueno, sino que todo vale caro, porque compran los pobres y venden los ricos. Duelos tienen las repúblicas cuando son los señores mercadantes y los ricos revenden. Este poco de culantro seco me cuesta un bayoque.

CAPITÁN.- ¡Hi, hi, hi! ¡Comprándolo vos, cada día se sube! Mas decime, ¿qué mercado hay ahora de putas?

LOZANA.- Bueno, que no hay hambre de ellas, mas todas son míseras y cada una quiere avanzar para el cielo. Señor, no quiero más putas, que harta estoy de ellas. Si me quisieren, en mi casa estaré, como hacía Galazo, que a Puente Sisto moraba, y allí le iban a buscar las putas para que las aconchase, y si él tenía buena mano, yo la tengo mejor; y él era hombre y mujer, que tenía dos naturas, la de hombre como muleto y la de mujer como de vaca. Dicen que usaba la una, la otra no sé; salvo que lo conocí, que hacía este oficio de aconchar, al cual yo le sabré dar

la manera mejor, porque tengo más conversación que no cuantas han sido en esta tierra.

CAPITÁN.- Dejá eso. Decime cómo os va, que mucha más conversación tiene el Zopín que no vos, que cada día lo veo con vestidos nuevos y con libreas, y siempre va medrado. No sé lo que hace, que toda conversación es a Torre Sanguina.

LOZANA.- ¡Señor, maravíllome de vuestra merced, quererme igualar con el Zopín, que es fiscal de putas y barrachel de regantío y rufián magro, y el año pasado le dieron un treintón como a puta! No pensé que vuestra merced me tenía en esa posesión. Yo puedo ir con mi cara descubierta por todo, que no hice jamás vileza, ni alcagüetería, ni mensaje a persona vil, a caballeros y a putas de reputación. Con mi honra procuré de interponer palabras, y amansar iras, y reconciliar las partes, y hacer paces y quitar rencores, examinando partes, quitar martelos viejos, haciendo mi persona albardán por comer pan. Y esto se dirá de mí, si alguno que querrá poner en fábula: mucho supo la Lozana, más que no demostraba.

CAPITÁN.- Señora Lozana, ¿cuántos años puede ser una mujer puta?

LOZANA.- Desde doce hasta cuarenta.

CAPITÁN.- ¿Veintiocho años?

LOZANA.- Señor, sí: hartarse hasta reventar.

Y perdonadme, señora Terencia.

Mamotreto XL
Cómo, yendo su camino, encuentra con tres mujeres, y después con dos hombres que la conocen de luengo tiempo.

LOZANA.- ¿Para qué es tanto ataparse? Que ya veo que no pudo el baño hacer más que primero había, sino lavar lo limpio y encender color donde no fue menester arrebol.

GRIEGA.- ¡Hi, hi, hi! Vuestra casa buscamos y si no os encontrábamos, perdíamos tiempo, que vamos a cenar a una viña, y si no pasamos por vuestra mano, no valemos nada, porque tenemos de ser miradas, y van otras dos venecianas, y es menester que vos, señora Lozana, pongáis en nosotras todo vuestro saber, y pagaos. Así mismo vaya vuestro criado con nosotras, y vendrá cargado de todo cuanto en el banquete se diere, y avisadlo que se sepa ayudar porque cuando venga traiga qué rozar.

LOZANA.- Señoras mías, en fuerte tiempo me tomáis, que en toda mi casa no hay cuatrín, ni maravedí, ni cosa aparejada para serviros, mas por vuestro amor, y por comenzar a aviar la gente a casa, yo iré y buscaré las cosas necesarias para de presto serviros. Mi criado irá, más por haceros placer que por lo que puede traer; vosotras miradme bien por él, y no querría que hiciese cuestión con ninguno, porque tiene la mano pesada, y el remedio es que, cuando se enciende como verraco, quien se halla allí más presto le ponga la mano en el cerro, y luego amansa y torna como un manso. Veislo, viene anadeando. ¿Qué cosa?, ¿qué cosa? ¿En qué están las alcabalas? Como se ve festivo, que parece dominguillo de higueral, no estima el resto.
Volveos, andá derecho. ¡Así relumbre la luna en el rollo como este mi novio! Andá a casa, y ténmela limpia, y guardá no rompáis vos esa librea, colgadla. Señoras, id a mi casa, que allí moro junto al río, pasada la Vía Asinaria, más abajo. Yo voy

aquí a una especiería por ciertas cosas para vuestro servicio, aunque sepa dejar una prenda.

GRIEGA.- Señora Lozana, tomá, no dejéis prenda, que después contaremos. Caminá.

LOZANA.- ¡Ay, pecadora de mí! ¿Quién son estos? Aquí me tendrán dos horas, ya los conozco. ¡Ojalá me muriera cuando ellos me conocieron! ¡Beata la muerte cuando viene después de bien vivir! Andar, siempre oí decir que en las adversidades se conocen las personas fuertes. ¿Qué tengo de hacer? Haré cara, y mostraré que tengo ánimo para saberme valer en el tiempo adverso.

GIRALDO.- Señora Lozana, ¿cómo está vuestra merced? No menos poderosa ni hermosa os conocí siempre, y, si entonces mejor, ahora os suplicamos nos tengáis por hermanos, y muy aparejados para vuestro servicio.

LOZANA.- Señores, ¿cuándo dejé yo de ser presta para servir esas caras honradas? Que ahora y en todo tiempo tuvieron merecimiento para ser de mí muy honrados, y no solamente ahora que estoy en mi libertad, mas, siendo sujeta, no me faltaba inclinación para servirles muy aficionada. Bien que yo y mi casa seamos pobres, al menos aparejada siempre para lo que sus mercedes me quisieren mandar.

GIRALDO.- Señora, servir.

LOZANA.- Señores, beso las manos de vuestras mercedes mil veces, y suplícoles que se sirvan de mi pobreza, pues saben que soy toda suya. ¡Por vida del rey, que no me la vayan a penar al otro mundo los puercos! Que les he hecho mil honras cuando estábamos en Damiata y en Túnez de Berbería, y ahora con palabras prestadas me han pagado. ¡Dios les dé el mal año! Quisiera yo, ¡pese al diablo!, que metieran la mano a la bolsa

por cualque docena de ducados, como hacía yo en aquel tiempo, y si no los tenía se los hacía dar a mi señor Diomedes, y a sus criados los hacía vestir, y ahora a mala pena me conocen, porque sembré en Porcuna. Bien me decía Diomedes: «Guárdate, que éstos a quien tú haces bien te han de hacer mal». ¡Mirá qué canes renegados, villanos secretos, capotes de terciopelo! Por estos tales se debía decir: «si te vi, no me acuerdo; quien sirve a muchos no sirve a ninguno».

Parte III

Mamotreto XLI

Aquí comienza la tercera parte del retrato, y serán más graciosas cosas que lo pasado. Cómo tornó a casa y afeitó con lo que traía las sobredichas, y cómo se fueron, y su criado con ellas, y quedó sola, y contaba todo lo que había menester para su trato que quería comenzar. Y de aquí adelante le daremos fin

LOZANA.- Ahora que me arremangué a poner trato en mi casa, vale todo caro. Andar, pase por ahora por contentar estas putas, que después yo sabré lo que tengo de hacer.

GRIEGA.- ¡Miramela cuál viene, que nazcan barbas, narices de medalla!

LOZANA.- Parece mi casa atalaya de putas. Más puse del mío que no me diste.

JULIA.- ¡Sús, a mí primero, señora Lozana!

LOZANA.- Andá, no curéis, que eso hace primero para esto que a la postre. Vení acá vos, gaitero. Id con ellas y mirá que es convite de catalanes, una vez en vida y otra en muerte. Apañá lo que podáis, que licencia tenéis plomada de estas señoras putas, que sus copos lo pagarán todo. Garbeá y traer de cara casa y no palos. Caminá delante; id cantando.

RAMPÍN.-
¿Qué dirán que guardo,
Malogrado,
Qué dirán que guardo?

LOZANA.- ¡Bueno, por mi vida, bueno como almotacén de mi tierra! Aquí me quedo sola. Deseo tenía de venir a mi casa que, como dicen, «mi casa y mi hogar cien ducados val». Ya no quiero andar tras el rabo de putas. Hasta ahora no he perdido nada; de aquí adelante quiero que ellas me busquen. No quiero que de mí se diga «puta de todo trance, alcatara a la fin». Yo quiero de aquí adelante mirar por mi honra, que, como dicen, «a los audaces la fortuna les ayuda». Primeramente yo tengo buena mano ligera para quitar cejas, y selo hacer mejor que yo me pienso, y tengo aquí esta casa al paso, y tengo este hombre que mira por mi casa, y me escalienta, y me da dentro con buen ánimo, y no se sabe sino que sea mi mozo, y nunca me demanda celos, y es como un ciervo ligero. Así mismo tengo mucha plática con quien yo tengo de usar este oficio. Yo soy querida y amada de cuantas cortesanas favoridas hay, yo soy conocida así en Roma como en el vulgo y fuera de Roma de muchos a quien yo he favorecido, y me traerán presentes de fuera, que tendré mi casa abastecida. Y si muestro favor a villanos, vendrán sus mujeres y, porque las enseñe cómo se han de hacer bellas, me traerán pajitas de higos y otras mil cosas, como la Tibulesa por el cuatrín del sublimato que le vendí, y como le prometí que otra vez le daría otra cosa mejor, porque secretamente se afeitase, pensó que hurtaba bogas y enviome olivas y muchas manzanas y granadas que de Baena no podían

ser mejores. Pues si una villana me conoce, ¿qué haré cuando todas me tomen en plática? Que mi casa será colmena, y también, si yo asiento en mi casa, no me faltarán muchos que yo tengo ya domados, y mitirillo por encarnazar, y será más a mi honra y a mi provecho, que no tomo sabor en casa de otra, y si quisiere comer en mi casa, será a costa de otra y sabrame mejor. Que no vendrá hombre aquí que no saque de él cuándo de la leña, otro el carbón, y otro el vino, y otro el pan, y otro la carne, y así, de mano en mano, sacaré la expesa, que no se sentirá, y esto, riendo y burlando, que cada uno será contento de dar para estas cosas, porque no parece que sean nada cuando el hombre demanda un bayoque para peras, y como le sea poquedad sacar un bayoque, sacarán un julio y un carlín, y por ruin se tiene quien saca un groso. Así que, si yo quiero saber vivir, es menester que muestre no querer tanto cuanto me dan, y ellos no querrán tomar el demás, y así quedará todo en casa. Otros vendrán que traerán el seso en la punta del caramillo, y con éstos se ganará más, porque no tienen tiempo hasta variar su pasión, y demandándoles darán cuanto tienen. Y vendrán otros que, con el amor que tienen, no comen, y les haré comprar de comer y pagar lo comprado, y le haré que corte, y comeré yo y mi criado, y así si castigan los necios. Y vendrán otros que no serán salomones, y afrentarlos luego en dos o tres julios para cartas, y vendrán otros novicios que ahora vuelan. A estos tales no demandadles nada, sino fingir que si ellos tuviesen que yo no pasaría necesidad, y darme han fin a las bragas, y cuanto más si los alabo de valientes y que son amados de la tal, y que no vinieron a tiempo, y que el enamorado ha de ser gastador como el tal, y no mísero como el tal, y alabarlos que tienen gran cosa, que es esto para muchachos hacerlos reyes. Y a todos mirar de qué grado y condición son, y en qué los puedo yo coger y a qué se extiende su facultad, y así sacaré provecho y pagamiento, si no en dineros, en otras cosas, como de pajes, rapinas, y de hijos de mercaderes, robaina, y así daré a todos melecina. Yo sé que si me dispongo a no tener empacho y voy por la calle con mi cestillo y llevo en él todos los aparejos que se requieren para

aconchar, que no me faltará la merced del Señor, y si soy vergonzosa seré pobre, y como dicen: «mejor es tener que no demandar». Así que, si tengo de hacer este oficio, quiero que se diga que no fue otra que mejor lo hiciese que yo. ¿Qué vale a ninguno lo que sabe si no lo procura saber y hacer mejor que otro? Ejemplo gratia: si uno no es buen jugador, ¿no pierde? Si es ladrón bueno, sábese guardar que no lo tomen. Ha de poner el hombre en lo que se hace gran diligencia y poca vergüenza y rota conciencia para salir con su empresa al corrillo de la gente.

Mamotreto XLII

Cómo, estando la Lozana sola, diciendo lo que le convenía hacer para tratar y platicar en esta tierra sin servir a nadie, entró el autor callando, y disputaron los dos; y dice el autor.

[AUTOR.-] Si está en casa la Lozana, quiero verla y demandarle un poco de algalia para mi huéspeda que está sorda. En casa está. ¡Dame! ¿Con quién habla? ¡Voto a mí, que debe de estar enojada con cualque puta! Y ahora todo lo que dice será nada, que después serán amigas antes que sea noche, porque ni ella sin ellas, ni ellas sin ella no pueden vivir. Saberlo tengo, que cualque cosa no le han querido dar, y por esto son todas estas braverías o braveaduras. «¿Quién mató la leona?, ¿quién la mató? ¡Matola vuestro yerno, marido de vuestra hija!». Así será esta quistión. Su criado habrá muerto cualque ratón, y pensará que sea leona. ¡Otra cosa es, ahora la entiendo! ¿Qué dice de sueños? También sabe de agüeros, y no sé qué otra cosa dijo de urracas y de tordos que saben hablar y que ella sabría vivir. ¿El Persio, ha oído? ¡Oh, pese a san, con la puta astuta! ¡Y no le bastaba Ovidio, sino Persio! Quiero subir, que no es de perder, sino de gozar de sus disparates, y quiero atar bien la bolsa antes

que suba, que tiene mala boca, y siempre mira allí. Creo que sus ojos se hicieron de bolsa ajena, aunque yo siempre oí decir que los ojos de las mujeres se hicieron de la bragueta del hombre, porque siempre miran allí, y ésta a la bolsa: de manera que para con ella «no basta un ñudo en la bolsa y dos gordos en la boca», porque huele los dineros donde están. Señora Lozana, ¿tiene algo de bueno a que me convide?, que vengo cansado, y pareciome que no hacía mi deber si no entraba a veros, que, como vos sabéis, os quiero yo mucho por ser de hacia mi tierra. Bien sabéis que los días pasados me hiciste pagar unas calzas a la Maya, y no quería yo aquello, sino cualque viuda que me hiciese un hijo y pagarla bien, y vos que no perdieseis nada en avisarme de cosa limpia sobre todo, y haremos un depósito que cualquier mujer se contente, y vos primero.

LOZANA.- Señor, «a todo hay remedio sino a la muerte». Asentaos, y haremos colación con esto que ha traído mi criado, y después hablaremos. Va por vino. ¿Qué dices? ¡Oh, buen grado haya tu agüelo! ¿Y de dos julios no tienes cuatrín? ¡Pues busca, que yo no tengo sino dos cuatrinos!

AUTOR.- Dejá estar: toma, cambia, y trae lo que has de traer.
LOZANA.- ¡Por mi vida, no le deis nada, que él buscará! De esa manera no le faltará a él qué jugar. ¡Caminá pues! ¡Vení presto! ¿Sabéis, señor, qué he pensado? Que quizá Dios os ha traído hoy por aquí. A mí me ha venido mi camisa, y quiero ir esta tarde a la estufa, y como venga, que peguemos con ello, y yo soy de esta complexión, que como yo quiero, luego encajo, y mirá, llegar y pegar todo será uno. Y bástame a mí que lo hagáis criar vos, que no quiero otro depósito. Y sea mañana, y veníos acá, y comeremos un medio cabrito, que sé yo hacer apedreado.

AUTOR.- ¡Hi, hi! Veis, viene el vino, in quo est luxuria.

LOZANA.- Dame a beber, y da el resto del ducado a su dueño.

RAMPÍN.- ¿Qué resto? Veislo ahí, todo es guarnacha y malvasía de Candía, que cuesta dos julios el bocal, ¿y queréis resto?

LOZANA.- ¡Mirá el borracho! ¿Y por fuerza habéis vos de traer guarnacha? ¡Si trajerais corso o griego, y no expendiera tanto!

AUTOR.- Anda, hermano, que bien hiciste traer siempre de lo mejor. Toma, tráeme un poco de papel y tinta, que quiero notar aquí una cosa que se me recordó ahora.

LOZANA.- ¡Mirá, mancebo, sea ese julio como el ducado! ¡Hacé de las vuestras! Señor, si él se mete a jugar no torna acá hoy, que yo lo conozco.

AUTOR.- ¿En qué pasáis tiempo, mi señora?

LOZANA.- Cuando vino vuestra merced, estaba diciendo el modo que tengo de tener para vivir, que quien veza a los papagayos a hablar, me vezará a mí a ganar. Yo sé ensalmar y encomendar y santiguar cuando alguno está aojado, que una vieja me vezó, que era saludadera y buena como yo. Sé quitar ahítos, sé para lombrices, sé encantar la terciana, sé remedio para la cuartana y para el mal de la madre. Sé cortar frenillos de bobos y no bobos, sé hacer que no duelan los riñones y sanar las renes6, y sé medicar la natura de la mujer y la del hombre, sé sanar la sordera y sé ensolver sueños, sé conocer en la frente la fisonomía y la quiromancia en la mano, y pronosticar.

AUTOR.- Señora Lozana, a todo quiero callar, mas a esto de los sueños ni mirar en abusiones, no lo quiero comportar. Y pues sois mujer de ingenio, notá que el hombre, cuando duerme sin cuidado y bien cubierto y harto el estómago, nunca sueña y, al contrario, asimismo, cuando duerme el hombre sobre el lado del corazón, sueña cosas de gran tormento, y cuando despierta y se

halla que no cayó de tan alto como soñaba, está muy contento, y si miráis en ello veréis que sea verdad. Y otras veces sueña el hombre que comía o dormía con la tal persona, que ha gran tiempo que no la vio, y otro día verala o hablarán de ella, y piensa que aquello sea lo que soñó, y son los humos del estómago que fueron a la cabeza, y por eso conforman los otros sentidos con la memoria. Así que, como dicen los maestros que vezan los niños en las materias, «muchas veces acaece que el muchacho sueña dineros y a la mañana se le ensuelven en azotes». También decís que hay aojados; esto quiero que os quitéis de la fantasía, porque no hay ojo malo, y si me decís cómo yo vi una mujer que dijo a un niño que su madre criaba muy lindo, y dijo la otra: «¡Ay, qué lindo hijo y qué gordico!», y alora el niño no alzó cabeza; esto no era mal ojo, mas mala lengua y dañada intención y venenosa malicia, como sierpe que trae el veneno en los dientes, que si dijera «¡Dios sea loado, que lo crió!», no le pudiera empecer. Y si me decís cómo aquella mujer lo pudo empecer con tan dulce palabra, digo que la culebra con la lengua hace caricias, y da el veneno con la cola y con los dientes. Y notá: habéis de saber que todas vosotras, por la mayor parte, sois más prestas al mal y a la envidia que no al bien, y si la malicia no reinase más en unas que en otras, no conoceríamos nosotros el remedio que es signarnos con el signo de la cruz contra la malicia y dañada intención de aquéllas, digo, que lícitamente se podrían decir miembros del diablo. A lo que de los agüeros y de las suertes decís, digo que si tal vos miráis, que hacéis mal, vos y quien tal cree, y para esto notá que muchos de los agüeros en que miran, por la mayor parte, son alimañas o aves que vuelan. A esto digo que es suciedad creer que una criatura criada tenga poder de hacer lo que puede hacer su Criador, que tú que viste aquel animal que se desperezó, y has miedo, mira que si quieres, en virtud de su Criador, le mandarás que reviente y reventará. Y por eso tú debes creer en el tu Criador, que es omnipotente, y da la potencia y la virtud, y no a su criatura. Así que, señora, la cruz sana con el romero, no el romero sin la cruz, que ninguna criatura os puede empecer, tanto

cuanto la cruz os puede defender y ayudar. Por tanto, os ruego me digáis vuestra intención.

LOZANA.- Cuanto vos me habéis dicho es santo y bueno, mas mirá bien mi respuesta, y es que, para ganar de comer, tengo que decir que sé mucho más que no sé, y afirmar la mentira con ingenio por sacar la verdad. ¿Pensáis vos que si yo digo a una mujer un sueño, que no le saco primero cuanto tiene en el buche? Y dígole yo cualque cosa que veo yo que allí tiene ella ojo, y tal vuelta el ánima apasionada no se acuerda de sí misma, y yo dígole lo que ella otra vez ha dicho, y como ve que yo acierto en una cosa, piensa que todo es así, que de otra manera no ganaría nada. Mirá el pronóstico que hice cuando murió el emperador Maximiliano, que decían quién será emperador. Dije «yo oí aquel loco que pasaba diciendo: oliva de España, de España, de España, que más de un año duró, que otra cosa no decían sino de España, de España». Y ahora que ha un año que parece que no se dice otro sino carne, carne, carne salata, yo digo que gran carnicería se ha de hacer en Roma.

AUTOR.- Señora Lozana, yo me quiero ir, y estó siempre a vuestro servicio. Y digo que es verdad un dicho que muchas veces leí, que, quidquid agunt homines, intentio salvat omnes.
Donde se ve claro que vuestra intención es buscar la vida en diversas maneras, de tal modo que otro cría las gallinas y vos coméis los pollos sin perjuicio ni sin fatiga. Felice Lozana, que no habría putas si no hubiese rufianas que las injiriesen a las buenas con las malas.

Mamotreto XLIII
Cómo salía el autor de casa de la Lozana, y encontró una fantesca cargada y un villano con dos asnos cargados, uno de cebollas y otro de castañas, y después se fue el autor con un su amigo, contándole las cosas de la Lozana.

AUTOR.- ¿Qué cosa es esto que traéis, señoreta?

JACOMINA.- Bastimento para la cena, que viene aquí mi señora y un su amigo notario, y ahora vendrá su mozo, que trae dos cargas de leña. Señor, ¿es vuestra merced de casa? Ayúdeme a descargar, que se me cae el bote de la mostaza.

AUTOR.- Sube, que arriba está la Lozana. ¿Qué quieres tú? ¿Vendes esas cebollas?

VILLANO.- Señor, no, que son para presentar a una señora que se llama la Fresca, que mora aquí, porque me sanó a mi hijo del ahíto.

AUTOR.- Llama, que ahí está. Esas castañas son para que se ahíte ella, y tú con sus pedos.

VILLANO.- Micer, sí.

AUTOR.- ¡Pues voto a Dios, que no hay letrado en Valladolid que tantos cliéntulos tenga! Pues aquellas ocultas allá van, que por ella demandan, y no me partiré de aquí sin ver el trato que esta mujer tiene. Allá entra la una, y otra mujer con dos ánades. Aquélla no es puta, sino mal de madre; yo lo sabré al salir. Ya se va el villano. Ya viene la leña para la cena; milagros hace, que la quiere menuda. Ya van por más leña; dice que sea seca. Al mozo envía que traiga especias y azúcar, y que sean hartas y sin moler, que traiga candelas de sebo de las gordas, y que traiga hartas, por su amor, que será tarde, que han de jugar. Yo me

maravillaba si no lo sabía decir, a mi fidamani, que ella cene más de tres noches con candelas de notario y a costa de cualque monitorio. ¿Veis dónde sale la de los anadones? Quiero saber qué cosa es. Decime, madre, ¿cómo os llamáis?

VITORIA.- Fijo, Vitoria, enferma de la madre, y esta señora española me ha dado aqueste cerote para poner al ombligo.

AUTOR.- Decime, señora, ¿qué mete dentro, si viste?

VITORIA.- Yo os lo diré. Gálbano y armoníaco, que consuma la ventosidad. Y perdóname, que tengo prisa.

AUTOR.- Ándate en buen hora. Yo me quiero estar aquí y ver aquel palafrenero a qué entra allá, que no estará mucho, que ya viene el notario, o novio que será. ¡Cardico y mojama le trae el ladrón! Bueno, pues entra, que aquí te quiero yo; que mejor notario es ella que tú, que ya está matriculada. Ya sale el otro; italiano es, más bien habla español y es mi conocido. ¡A vos, Penacho! ¿Qué se dice? ¿Sois servicial a la señora Lozana? ¿Qué cosa es eso que lleváis?

PENACHO.- ¡Juro a Dios, cosas buenas para el rabo! Guarda que tú no lo dices a otro. Que esto es para la hemorroide que tiene monseñor mío. Adío.

AUTOR.- Va norabuena, que aquí viene quien yo deseaba. Si vuestra merced viniera más presto viera maravillas, y entre las otras cosas oyera un remedio que la señora Lozana ha dado para cierta enfermedad.

SILVANO.- Pues de eso me quiero reír, que os maravilléis vos de sus remedios sabiendo vos que remedia la Lozana a todos de cualquier mal o bien. A los que a ella venían, no sé ahora cómo hace, mas en aquel tiempo que yo la conocí embaucaba las gentes con sus palabras y, por cierto, que dos cosas le vi hacer:

la una a un señor que había comido tósigo, y ella majó presto un rábano sin las hojas, y metiolo en vinagre fuerte, y púsoselo sobre el corazón y pulsos; y cuando fue la peste, ella en Velitre hizo esto mismo en vino bueno, y que tomase siempre placer, y que no se curase de otras píldoras ni purgas. Cada mes de mayo come una culebra; por eso está gorda y fresca la traidora, aunque ella de suyo lo era.

AUTOR.- ¿No veis qué prisa se dan a entrar y salir putas y notarios?

SILVANO.- Vámonos, que ya son vacaciones, pues que cierran la puerta.

Mamotreto XLIV
Cómo fue otro día a visitarla este su conocido Silvano, y las cosas que allí contaron.

SILVANO.- Señora Lozana, no se maraville, que «quien viene no viene tarde», y el deseo grande vuestro me ha traído, y también por ver si hay pájaros en los nidos de antaño.

LOZANA.- Señor, nunca faltan palomas al palomar. Y a quien bien os quiere no le faltarán palominos que os dar.

SILVANO.- No sean de camisa, que todo cuanto vos me decís os creo. ¡Dios os bendiga, qué gorda estáis!

LOZANA.- Hermano, como a mis espesas, y sábeme bien, y no tengo envidia al Papa, y gánolo, y esténtolo y quiéromelo gozar y triunfar, y mal año para putas, que ya las he dado de mano, que, por la luz de Dios, que si me han menester, que vienen

cayendo, que ya no soy la que solía. ¡Mirá qué casa y en qué lugar, y qué paramentos y qué lecho que tengo! Salvo que ese bellaco me lo gasta cada noche, que no duerme seguro y yo que nunca estoy queda; y vos que me entendéis, que somos tres. ¡Hi, hi! ¿Acordaisos de aquellos tiempos pasados cómo triunfábamos, y había otros modos de vivir, y eran las putas más francas, y los galanes de aquel tiempo no compraban oficios ni escuderatos como ahora, que todo lo expendían con putas y en placeres y convites? Ahora no hay sino maullantes, overo, como dicen en esta tierra, «fotivento, que todo el año hacen hebrero», y así se pasan. No como cuando yo me recuerdo, que venía yo cada sábado con una docena de ducados ganados en menos tiempo que no ha que viniste, y ahora, cuando traigo doce julios, es mucho. Pues Sábado Santo me recuerdo venir tan cansada, que estaba toda la Pascua sin ir a estaciones ni ver parientas ni amigas, y ahora este Sábado Santo con negros ocho ducadillos me encerré, que me maravillo cómo no me ahorqué. ¡Pues las Navidades de aquel tiempo, los aguinaldos y las manchas que me daban! Como ahora, cierto nunca tan gran estrechura se vio en Cataluña ni en Florencia como ahora hay en Roma; y si miráis en ello, entonces traían unas mangas bobas, y ahora todos las traen a la perladesca. No sé, por mí lo digo, que me maravillo cómo pueden vivir muchas pobres mujeres que han servido esta corte con sus haciendas y honras, y puesto su vida al tablero por honrar la corte y pelear y batallar, que no las bastaban puertas de hierro, y ponían sus copos por broquel y sus oídos por capacetes, combatiendo a sus espesas y a sus acostamientos de noche y de día. Y ahora, ¿qué mérito les dan?, salvo que unas, rotos brazos, otras, gastadas sus personas y bienes, otras, señaladas y con dolores, otras, paridas y desmamparadas, otras que siendo señoras son ahora siervas, otras, estacioneras, otras, lavanderas, otras, estableras, otras, cabestro de símiles, otras, alcahuetas, otras, parteras, otras, cámara locanda, otras, que hilan y no son pagadas, otras, que piden a quien pidió y sirven a quien sirvió, otras que ayunan por no tener, otras por no poder, así que todas esperan que el senado las provea a cada una según

el tiempo que sirvió y los méritos que debe haber, que sean satisfechas. Y según piensan y creen que harán una taberna meritoria como antiguamente solían tener los romanos y ahora la tienen venecianos, en la cual todos aquellos que habían servido o combatido por el senado romano, si venían a ser viejos o quedaban lisiados de sus miembros por las armas, o por la defensión del pueblo, les daban la dicha taberna meritoria en la cual les proveían de vito e vestito. Esto alhora era bueno, que el senado cobraba fama y los combatientes tenían esta esperanza, la cual causaba en ellos ánimo y lealtad, y no solamente entonces, mas ahora se espera que se dará a las combatientes, en las cuales ha quedado el arte militar, y máxime a las que con buen ánimo han servido y sirven en esta alma ciudad, las cuales, como dije, pusieron sus personas y fatigas al carro del triunfo pasado por mantener la tierra y tenerla abastada y honrada con sus personas viniendo de lejos y luengas partidas de diversas naciones y lenguajes, que si bien se mira en ello, no hay tantos lenguajes en Babilonia, adonde yo soy estada en mi juventud. Así que, si esto se hiciese, muchas más vendrían, y sería como en las batallas cuando echan delante la gente armada, y a la postre, cuando van faltando éstos, los peones y hombres de armas, y esles fuerza pelear a ellos y a los otros que esperaban seguir vitoria que si bien vencen el campo, no hay quien lo regocije como en la de Rávena, ni quien favorezca el placer que consiguen por ser pocos y solos, que no tienen quien los ayude a levantar, y así esperan la luna de Boloña, que es como el socorro de Scalona. Así que, tornando al propósito, quiero decir que, cuando a las personas lisiadas y pobres y en senectud constitutas, no les dan el premio o mérito que merecen, serán causa que no vengan muchas que vinieron a relevar a las naturales las fatigas y cansancios y combates, y esto causará la ingratitud que con las pasadas usaron, y de aquí redundará que los galanes requieran a las casadas y a las vírgenes de esta tierra, y ellas darán de sus casas joyas, dinero y cuanto tendrán a quien las encubra y a quien las quiera, de modo que quedarán los naturales ligeros como ciervos asentados a la sombra del

alcornoque, y ellas contentas y pobres, porque se quiere dejar hacer tal oficio a quien lo sabe manear.

Mamotreto XLV
Una respuesta que hace este Silvano, su conocido de la Lozana.

[SILVANO.-] ¡Por mi vida, señora Lozana, que creo que si fuerais vos la misma teórica no dijerais más de lo dicho! Mas quiero que sepáis que la taberna meritoria para esas señoras ya está hecha archihospital, y la honra, ayuda y triunfo que ellas dan al senato es como el grano que siembran sobre las piedras, que como nace se seca. Y si oíste decir que antiguamente, cuando venía un romano o emperador con vitoria, lo llevaban en un carro triunfante por toda la ciudad de Roma, y esto era en gran honra, y en señal de fortaleza una corona de hojas de roble, y él asentado encima, y si alguna señal tenía de las heridas que en las batallas y combates hubiese recibido, la mostraba públicamente, de manera que entonces el carro y la corona y las heridas eran su gloria, y después su renombre, fama y gloria. ¿Qué mejor ni más largo os lo puedo yo dar a entender, señora Lozana, de lo que vos misma podéis ver? Que como se hacen francesas o grimanas, es necesario que, en muerte o en vida, vayan a Santiago de las Carretas, y allí el carro y la corona de flores y las heridas serán su mérito y renombre a las que vendrán, las cuales tomarán audibilia pro visibilia. Así que, señora Lozana, a vos no os ha de faltar sin ellas de comer, que ayer, hablando, con un mi amigo, hablamos de lo que vos alcanzáis a saber, porque me recordé cuando nos rompiste las agallas a mí y a cuantos estábamos en el banco de ginoveses.

LOZANA.- Y si entonces las agallas, ahora los agallones. Y oídme dos razones.

Mamotreto XLVI
Respuesta que da la Lozana en su laude.

[LOZANA.-] Aquél es loado que mira y nota y a tiempo manifiesta. Yo he andado en mi juventud por Levante, soy estada en Nigroponte, y he visto y oído muchas cosas, y entonces notaba, y ahora saco de lo que entonces guardé. ¿No se os acuerda, cuando estaba por ama de aquel hijo de vuestro amo, qué concurrencia tenía de aquellos villanos que me tenían por médica, y venían todos a mí, y yo les decía: «andaos a vuestra casa y echaos una ayuda», y sanaban? Aconteció que una vieja había perdido una gallina que muchos días había que ponía huevos sobre una pared, y como se encocló, echose sobre ellos, y vino la vieja a mí que le dijese de aquella gallina, y yo estaba enojada, y díjele: «Andá, id a vuestra casa y traeme la yerba canilla que nace en los tejados». Y díjeselo porque era vieja, pensando que no subiría; en fin, subió y halló la gallina, y publicome que yo sabía hacer hallar lo perdido. Y así un villano perdió una borrica; vino a mí que se la encomendase, porque no la comiesen lobos. Mandele que se hiciese un cristel de agua fría, y que la fuese a buscar; él hízolo, y entrando en un higueral a andar del cuerpo, halló su borrica, y de esta manera tenía yo más presentes que no el juez. Decime, por mi vida, ¿quién es ese vuestro amigo que decís que ayer hablaba de mí? ¿Conózcolo yo? ¿Reísos? Quiérolo yo mucho porque me contrahace tan natural mis meneos y autos, y cómo quito las cejas, y cómo hablo con mi criado, y cómo lo echo de casa, y cómo le decía cuando estaba mala, «andá por esas estaciones y mirá esas putas cómo llevan las cejas», y cómo bravea él, por mis duelos, y

cómo hago yo que le hayan todos miedo, y cómo lo hago moler todo el día solimán. Y el otro día no sé quién se lo dijo, que mi criado hacía quistión con tres, y yo, porque no los matase, salí y metilo en casa y cerré la puerta; y él metiose debajo del lecho a buscar la espada, y como yo estaba afanada porque se fuesen antes que él saliese, entré y busquelo, y él tiene una condición, que cuando tiene enojo, si no lo desmuele, luego se duerme, y como lo veo dormido debajo de la cama, me alegré y digo: «en este medio, los otros huirán». Y cómo lo halago que no se me vaya; y cómo reñimos porque metió el otro día lo suyo en una olla que yo la tenía media de agua de mayo y, como armó dentro por causa del agua, traía la olla colgada, y yo quise más perder la olla y el agua, que no que se le hiciese mal. Y el otro día que estaban aquí dos muchachas como hechas de oro, parece que el bellaco armó, y tal armada que todas dos agujetas de la bragueta rompió, que eran de gato soriano. Y cómo yo lo hago dormir a los pies, y él cómo se sube poco a poco, y otras mil cosas que, cuando yo lo vi contrahacerme, me parecía que yo era. Si vos lo vierais aquí cuando me vino a ver que estaba yo mala, que dije a ese cabrón de Rampín que fuese aquí a una mi vecina, que me prestase unos manteles, dijo que no los tenía; dije yo simplemente: «¡Mira qué borracha, que está ella sin manteles! Toma, ve, cómprame una libra de lino, que yo me los hilaré y así no la habré menester». Señor, yo lo dije, y él lo oyó; no fue menester más, como él a tiempo, cuando yo no pensaba en ello, me contrahízo, que quedé espantada.

Mamotreto XLVII
Cómo se despide el conocido de la señora Lozana, y le da señas de la patria del autor.

[SILVANO.-] Señora Lozana, quisiera que acabáramos la materia comenzada de la meritoria, mas como no tuvo réplica mandá vuestra merced que digamos reliqua, para que se sienten y vayan reposadas donde la rueda de la carreta las acabará. Y tornando a responderos de aquel señor que de vuestras cosas hace un retrato, quiero que sepáis que soy estado en su tierra y dareos señas de ella. Es una villa cercada y cabeza de maestrazgo de Calatrava, y antiguamente fue muy gran ciudad, dedicada al dios o planeta Marte. Como dice Apuleyo, cuando el planeta Mercurio andaba en el cielo, al dios Marte aquella peña era su trono y ara, de donde tomó nombre la Peña de Marte, y, al presente, de los Martos, porque cada uno de los que allí moran son un Marte en batalla, que son hombres inclinados al arte de la milicia y a la agricultura, porque remedan a los romanos, que reedificaron donde ahora se habita, al pie de la dicha peña, porque allí era sacrificado el dios de las batallas. Y así son los hombres de aquella tierra muy actos para armas, como si oíste decir lo que hicieron los Cobos de Martos en el reino de Granada, por tanto que decían los moros que el Cobo viejo y sus cinco hijos eran de hierro y aun de acero, bien que no sabían la causa del planeta Marte, que en aquella tierra reinaba de nombre y de hecho, porque allí puso Hércules la tercera piedra o colona, que al presente es puesta en el templo; hallose el año MDIV. Y la Peña de Martos nunca la pudo tomar Alejandro Magno ni su gente, porque es inexpuñábile a quien la quisiese por fuerza; ha sido siempre honra y defensión de toda Castilla. En aquella tierra hay las señales de su antigua grandeza en abundancia. Esta fortísima peña es tan alta que se ve Córdoba, que está catorce leguas de allí. Ésta fue sacristía y conserva cuando se perdió España, al pie de la cual se han hallado ataúdes de plomo y marmóreos escritos de letras góticas

y egipciacas, y hay una puerta que se llama la Puerta del Sol, que guarda al oriente, dedicada al planeta Febo. Hay otra puerta, la Ventosilla, que quiere decir que allí era la silla del solícito elemento Mercurio, y la otra, puerta del Viento, dedicada a este tan fuerte elemento aéreo; por tanto, el fortísimo Marte dedicó a este elemento dos puertas que guardasen su altar. Todas dos puertas de Mercurio guardan al poniente. Hay un albollón, que quiere decir salida de agua, al baluarte donde reposa la diosa Ceresa. Hay dos fortalezas, una en la altísima peña y otra dentro de la villa, y el Almedina, que es otra fortaleza, que hace cuarenta fuegos, y la villa de Santa María,
que es otra fortaleza que hace cien fuegos, y toda la tierra hace mil quinientos, y tiene buenos vinos torronteses y albillos y aloques; tiene gran campiña, donde la diosa Ceresa se huelga; tiene monte, donde se coge mucha grana, y grandes términos y muy buenas aguas vivas. Y en la plaza, un altar de la Madalena, y una fuente, y un alamillo, y otro álamo delante de la puerta de una iglesia, que se llama la solícita y fortísima y santísima Marta, huéspeda de Cristo. En esta iglesia está una capilla que fue de los Templares, que se dice de San Benito; dicen que antiguamente se decía Roma la Vieja. Todas estas cosas demuestran su antigua grandeza, máxime que todas las ciudades famosas del Andalucía tienen la puerta Martos, que dice su antigua fortaleza, salvo Granada, porque mudó la puerta Elvira. Tiene ansimismo una fuente marmórea, con cinco pilares, a la puerta de la villa, edificada por arte mágica en tanto espacio cuanto cantó un gallo, el agua de la cual es salutífera; está en la vía que va a la ciudad de Mentesa, alias Jaén. Tiene otra al pie de Malvecino, donde Marte abrevaba sus caballos, que ahora se nombra la fuente Santa Marta, salutífera contra la fiebre. La mañana de San Juan sale en ella la cabelluda, que quiere decir que allí muchas veces apareció la Madalena, y más arriba está la peña la Sierpe, donde se ha visto Santa María defensora, la cual allí miraculosamente mató un ferocísimo serpiente, el cual devoraba los habitadores de la ciudad de Marte, y

ésta fue la principal causa de su despoblación. Por tanto, el templo lapídeo y fortísima ara de Marte fue y es al presente consagrado a la fortísima Santa Marta, donde los romanos, por conservar sus mujeres en tanto que ellos eran a las batallas, otra vez la fortificaron, de modo que toda la honestidad y castidad y bondad que han de tener las mujeres, la tienen las de aquel lugar, porque traen el origen de las castísimas romanas, donde muchas y muchas son de un solo marido contentas. Y si en aquel lugar, de poco acá, reina alguna invidia o malicia, es por causa de tantos forasteros que corren allí por dos cosas: la una, porque redundan los torculares y los copiosos graneros, juntamente con todos los otros géneros de vituallas, porque tiene cuarenta millas de términos, que no le falta salvo tener el mar a torno; la segunda, que en todo el mundo no hay tanta caridad, hospitalidad y amor proximal cuanta en aquel lugar, y cáusalo la caritativa huéspeda de Cristo. Allí poco lejos está la sierra de Ailló, antes de Alcahudete.

LOZANA.- Alcahudete, el que hace los cornudos a ojos vistas.

SILVANO.- Finalmente, es una felice patria donde, siendo el rey, personalmente mandó despeñar los dos hermanos Carvajales, hombres animosísimos, acusados falsamente de tiranos, la cuya sepultura o mausoleo permanece en la capilla de Todos los Santos, que antiguamente se decía la Santa Santorum, y son en la dicha capilla los huesos de fortísimos reyes y animosos maestres de la dicha orden de Calatrava.

LOZANA.- Señor Silvano, ¿qué quiere decir que el autor de mi retrato no se llama cordobés, pues su padre lo fue, y él nació en la diócesi?

SILVANO.- Porque su castísima madre y su cuna fue en Martos y, como dicen: «no donde naces sino con quien paces». Señora Lozana, veo que viene gente, y si estoy aquí os daré empacho. Dadme licencia, y mirá cuándo mandáis que venga a serviros.

LOZANA.- Mi señor, no sea mañana ni el sábado, que tendré prisa, pero sea el domingo a cena y todo el lunes, porque quiero que me leáis, vos que tenéis gracia, las coplas de Fajardo y la comedia Tinalaria y a Celestina, que huelgo de oír leer estas cosas mucho.

SILVANO.- ¿Tiénela vuestra merced en casa?

LOZANA.- Señor, vedla aquí, mas no me la leen a mi modo, como haréis vos. Y traé vuestra vihuela y sonaremos mi pandero.

SILVANO.- Contemplame esa muerte.

Mamotreto XLVIII
Cómo vinieron diez cortesanas a se afeitar, y lo que pasaron, y después otras dos, casadas, sus amigas, camiseras.

DOROTEA.- ¡Señora Lozana, más cara sois vos de haber, que la muerte cuando es deseada! Mirá cuántas venimos a serviros, porque vos no os dejáis ver después que os enriquecisteis, y habemos de comer y dormir todas con vos.

LOZANA.- ¡Sea norabuena, que «cuando amanece, para todo el mundo amanece»! ¿Quién diría de no a tales convidadas? ¡Por mi vida, que se os parece que estáis pellejadas de mano de otra que de la Lozana! Así lo quiero yo, que me conozcáis, que pagáis a otra bien por mal pelar. ¡Por vida de Rampín, que no tengo de perdonar a hija de madre, sino que me quiero bien pagar! ¡Mirá qué ceja ésta, no hay pelo con pelo! ¡Y quién gastó tal ceja como ésta, por vida del rey, que merecía una cuchillada

por la cara porque otra vuelta mirara lo que hacía! ¡Mirá si hubiera un mes que yo estuviera en la cama, cuando en quince días os han puesto del lodo! Y vos, señora, ¿qué paño es ese que tenéis? Esa agua fuerte y solimán crudo fue. Y vuestra prima, ¿qué es aquello, que todos los cabellos se le salen? ¡La judía anda por aquí! No me curo, que por eso se dice: «a río vuelto, ganancia de pescadores». Vení acá vos. ¿Qué manos son ésas? Entrá allá y dame aquel botecillo de oro. ¡Y manos eran éstas para dejar gastar! Tomá y tenedlo hasta mañana y veréis qué manos sacaréis el domingo. Si estuviera aquí mi criado, enviara a comprar ciertas cosas para vosotras. Mas torná por aquí, que yo lo enviaré a comprar si me dejáis dineros, que, a deciros la verdad, éstos que me habéis dado, bien los he ganado, y aún es poco que, cuando os afeito cada sábado, me dais un julio y ahora merecía dos, por haber enmendado lo que las otras os gastaron.

TERESA NARBÁEZ.- Mirá bien y contá mejor, que no hay entre todas nosotras quien os haya dado menos de dos.

LOZANA.- Bien, mas no contáis vosotras lo que yo he puesto de mi casa. A vos, aceite de adormideras y olio de almendras amargas perfectísimo, y a ella, unto de culebra, y a cada una segundo vi que tenía menester, por mi honra, que quiero que las que yo afeito vayan por todo el mundo sin vergüenza y sean miradas. ¡Por el siglo de vuestro padre, señora Dorotea!, ¿qué os parece qué cara llevan todas? Y a vos, ¿cómo se os ha pasado el fuego que traíais en la cara con el olio de calabaza que yo os puse? Id en buena hora, que no quiero para con vosotras estar en un ducado, que otro día lo ganaré que vendréis mejor apercibidas.

NARBÁEZ.- ¡Oh, qué cara es este diablo! ¡Ésta y nunca más! Si las jodías me pelan por medio carlín, ¿por qué ésta ha de comer de mi sudor? ¡Pues antes de un año Teresa Narbáez quiere saber más que no ella!

LOZANA.- ¿Quién son éstas que vienen a la romanesca? ¡Ya, ya, acá vienen!

LEONOR.- Abrí, puta vieja, que a saco os tenemos de dar. ¿Paréceos bien que ha un mes que no visitáis a vuestras amigas? En puntos estamos de daros de masculillo. ¡Ay, qué gorda está esta putana! Bien parece que come y bebe y triunfa, y tiene quien bien la cabalgue para el otro mundo.

LOZANA.- Tomá una higa, porque no me aojéis. ¿Qué viento fue este que por acá os echó? Mañana quería ir a Pozo Blanco a veros.

LEONOR.- Mirá, hermana, tenemos que ir a unas bodas de la hija de Paniagua con el Izquierdo, y no valemos nada sin ti. Tú has de poner aquí toda tu ciencia. Y más, que no puedo comportar a mi marido los sobacos. Dame cualque menjurje que le ponga, y vézanos a mí y a esta mi prima cómo nos rapemos los pendejos, que nuestros maridos lo quieren así, que no quieren que parezcamos a las romanas, que jamás se lo rapan, y págate a tu modo. Ves aquí cinco julios y después te enviaremos el resto.

LOZANA.- Las romanas tienen razón, que no hay en el mundo mujeres tan castas ni tan honestas. Andá, quitá allá vuestros julios, que no quiero de vosotras nada. Enviá a comprar lo que es necesario y dejá poner a mí el trabajo.

LEONOR.- Pues sea así, enviemos a vuestro mozo que lo compre.

LOZANA.- Bien será menester otro julio, que no se lo darán menos de seis.

LEONOR.- Tomá, veis ahí, vaya presto.

LOZANA.- ¿Cómo estáis por allá?, que acá muy ruinmente lo pasamos. Por mí lo digo, que no gano nada. Mejor fuera que me casara.

LEONOR.- ¡Ay, señora, no lo digáis, que sois reina así como estáis! ¿Sabéis qué decía mi señor padre, en requia sea su alma?: que la mujer que sabía tejer era esclava a su marido, y que el marido no la había de tener sujeta sino en la cama. Y con esto nos queremos ir, que es tarde, y el Señor os dé salud a vos y a Rampín, y os lo deje ver barrachel de campaña, amén.

LOZANA.- Así veáis de lo que más queréis, que si no fuera aquella desgracia que el otro día le vino, ya fuera él alcalde de la hermandad de Velitre. Y si soy viva el año que viene, yo lo haré porquerón de Bacano, que no le falta ánimo y manera para ser eso y más. Andad sanas y encomendame toda la ralea.

Mamotreto XLIX
Cómo vinieron a llamar a la Lozana que fuese a ver un gentilhombre nuevamente venido, que estaba malo, y dice ella entre sí, por las que se partieron.

[LOZANA.-] Yo doy muchas gracias a Dios porque me formó en Córdoba más que en otra tierra, y me hizo mujer sabida y no bestia, y de nación española y no de otra. Miradlas cuáles van después de la Ceca y la Meca y la Val de Andorra. Por eso se dice: «sea marido aunque sea de palo, que por ruin que sea, ya es marido». Estas están ricas, y no tienen sus maridos, salvo el uno una pluma y el otro una aguja; y trabajan de día y de noche, porque se den sus mujeres buen tiempo, y ellos trampear, y de una aguja hacen tres y ellas al revés. Yo me recuerdo haber oído en Levante a los cristianos de la cintura, que contaban cómo los

moros reprehendían a los cristianos en tres cosas: la primera, que sabían escribir y daban dineros a notarios y a quien escribiese sus secretos; y la otra, que daban a guardar sus dineros y hacían ricos a los cambiadores; la otra, que hacían fiesta la tercia parte del año, las cuales son para hacer al hombre siempre en pobreza y enriquecer a otra que se ríe de gozar lo ajeno. Y no me curo, porque, como dicen: «no hay cosa nueva debajo del sol». Querría poder lo que quiero, pero, como dijo Séneca: «gracias hago a esta señal que me dio mi fortuna, que me constriñe a no poder lo que no debo de querer», porque de otra manera yo haría que me mirasen con ojos de alinde.

RAMPÍN.- ¿Qué hacéis? Mirá, que os llama un mozo de un novicio bisoño.

LOZANA.- Vení arriba, mi alma. ¿Qué buscáis?

HERJETO.- Señora, a vuestra merced, porque su fama vuela.

LOZANA.- ¿De qué modo, por vida de quien bien queréis? Que vos nunca os hiciste sosegadamente, que el aire os lo da, y si no, os diese cien besos en esos ojos negros. Mi rey, decime, ¿y quién os dijo mal de mí?

HERJETO.- Señora, en España nos dijeron mil bienes de vuestra merced, y en la nao unas mujeres que tornan acá con unas niñas que quedan en Civitavieja; y ellas vezan a las niñas
vuestro nombre porque, si se perdieren, que vengan a vos, porque no tienen otro mamparo, y vienen a ver el año santo, que, según dicen, han visto dos, y con éste serán tres, y creo que esperarán el otro por tornar contentas.

LOZANA.- Deben de ser mis amigas y por eso saben que mi casa es alhóndiga para servirlas, y habrán dicho su bondad.

HERJETO.- Señora Lozana, mi amo viene de camino y no está bueno. Él os ruega que le vais a ver, que es hombre que pagará cualquier servicio que vuestra merced le hiciere.

LOZANA.- Vamos, mi amor. A vos digo, Rampín, no os partáis, que habéis de dar aquellos trapos a la galán portuguesa.

RAMPÍN.- Sí haré, vení presto.

LOZANA.- Mi amor, ¿dónde posáis?

HERJETO.- Señora, hasta ahora yo y mi amo habemos posado en la posada del señor don Diego o Santiago a dormir solamente, y comer en la posada de Bartoleto, que siempre salimos suspirando de sus manos, pero tienen esto, que siempre sirven bien. Y allí es otro Estudio de Salamanca, y otra Sapiencia de París, y otras Gradas de Sevilla, y otra Loja de Valencia, y otro Drageto a Rialto en Venecia, y otra barbería de cada tierra, y otro Chorrillo de Nápoles, que más nuevas se cuentan allí que en ninguna parte de estas que he dicho, por muchas que se digan en Bancos. En fin, hemos tenido una vita dulcedo, y ahora mi amo está aquí en casa de una que creo que tiene bula firmada de la cancillería de Valladolid para decir mentiras y loarse y decir qué fue y qué fue y, voto a Dios, que se podía decir de quince años como Elena.

LOZANA.- ¿Y a qué es venido vuestro amo a esta tierra?

HERJETO.- Señora, por corona. Decime, señora, ¿quién es aquella galán portuguesa que vos dijiste?

LOZANA.- Fue una mujer que mandaba en la mar y en la tierra, y señoreó a Nápoles, tiempo del Gran Capitán, y tuvo dineros más que no quiso, y vesla allí asentada demandando limosna a los que pasan.

HERJETO.- Aquella es; temor me pone a mí, cuanto más a las que así viven. Y mirá, señora Lozana, como dicen en latín: Non praeposuerunt Deum ante conspectum suum, que quiere decir que no pusieron a Dios las tales delante a sus ojos. Y nótelo vuestra merced esto.

LOZANA.- Sí haré. Entremos presto, que tengo que hacer. ¿Aquí posáis, casa de esa puta vieja lengua de oca?

HERJETO.- Doña Inés, zagala como espada del Cornadillo.

LOZANA.- ¡Ésta sacó de pila a la doncella Teodor!

Mamotreto L
Cómo la Lozana va a ver a este gentilhombre, y dice subiendo.

[LOZANA.-] «Más sabe quien mucho anda que quien mucho vive», porque quien mucho vive cada día oye cosas nuevas, y quien mucho anda ve lo que ha de oír. ¿Es aquí la estancia?

HERJETO.- Señora, sí, entrá en aquella cámara, que está mi amo en el lecho.

LOZANA.- Señor mío, no conociéndoos quise venir por ver gente de mi tierra.

TRUJILLO.- Señora Lozana, vuestra merced me perdone, que yo había de ir a humillarme delante de vuestra real persona, y la pasión corporal es tanta que puedo decir que es interlineal. Y por esto me atreví a suplicarla me visitase malo porque yo la visite a

ella cuando sea bueno, y con su visitación me sane. ¡Va, tú, compra confites para esta señora!

LOZANA.- ¡Nunca en tal me vi! Mas veré en qué paran estas longuerías castellanas.

TRUJILLO.- Señora, alléguese acá y le contaré mi mal.

LOZANA.- Diga, señor, y en lo que dijere veré su mal, aunque debe ser luengo.

TRUJILLO.- Señora, más es ancho que luengo. Yo, señora, oí decir que vuestra casa era aduana y, para despachar mi mercancía, quiero ponerla en vuestras manos para que entre esas señoras, vuestras contemporáneas, me hagáis conocer para desempachar y hacer mis hechos; y como yo, señora, no estoy bueno muchos días ha, habéis de saber que tengo lo mío tamaño y, después que viniste, se me ha alargado dos o tres dedos.

LOZANA.- ¡En boca de un perro! Señor, si el mal que vos tenéis es natural, no hay ensalme para él, mas si es accidental, ya se remediará.

TRUJILLO.- Señora, querría aduanarlo por no perderlo; meté la mano y veréis si hay remedio.

LOZANA.- ¡Ay, triste! ¿de verdad tenéis esto malo? ¡Y cómo está valiente!

TRUJILLO.- Señora, yo he oído que tenéis vos muy lindo lo vuestro y quiérolo ver por sanar.

LOZANA.- ¡Mis pecados me metieron aquí! Señor, si con verlo entendéis sanar, veislo aquí; mas a mí porque vine, y a vos por cuerdo, nos habían de escobar.

TRUJILLO.- Señora, no hay que escobetear, que mi huéspeda escobeteó esta mañana mi ropa. Lléguese vuestra merced acá, que se vean bien, porque el mío es tuerto y se despereza.

LOZANA.- Bien se ven si quieren.

TRUJILLO.- Señora, bésense.

LOZANA.- Basta haberse visto.

TRUJILLO.- Señora, los tocos y el tacto es el que sana, que así lo dijo Santa Nefija, la que murió suave.

Mamotreto LI
Cómo se fue la Lozana corrida, y decía muy enojada.

[LOZANA.-] Esta venida a ver este guillote me pondrá escarmiento para cuanto viviere. «Nunca más perro a molino», porque era más el miedo que tenía yo que no el gozo que hube, que no osaba ni sabía a qué parte me echase. Este fue el mayor aprieto que en mi vida pasé; no querría que se supiese por mi honra. ¡Y dicen que vienen de España muy groseros! ¡A fe, éste más supo que yo! Es trujillano, por eso dicen: «perusino en Italia y trujillano en España, a todas naciones engaña». Este majadero ha querido descargar en mí por no pagar pontaje, y veréis que a todas hará de esta manera, y a ninguna pagará: yo callaré por amor del tiempo. ¡La vejez de la pimienta le venga! Engañó a la Lozana, como que fuera yo Santa Nefija, que daba a todos de cabalgar en limosna. ¡Pues no lo supiera así urdir Hernán Centeno! Si yo esto no lo platicase con alguno, no

sería ni valdría nada si no lo celebrásemos al dios de la risa, porque yo sola me sonrío toda de cómo me tomó a manos. Y mirá que si yo entendiera a su criado, bien claro me lo dijo, que bien mirado, ¿qué me podía a mí dar uno que es estado en la posada del señor don Diego, sino fruta de hospital pobre? En fin, «la codicia rompe el saco». Otro día no me engañaré, aunque bien me supo; mas quisiera comer semejante bocado en placer y en gasajo. Pedro de Urdemalas no supiera mejor enredar como ha hecho este bellacazo, desflorador de coños. Las paredes me metió adentro. Así me vea yo gran señora, que pensé que tenía mal en lo suyo, y dije: «aquí mi ducadillo no me puede faltar», y él pensaba en otro. No me curo, que en él va el engaño, pues me quedan las paredes enhiestas. Quiero pensar qué diré a mi criado para que mire por él, mas no lo vi vestido. ¿Qué señas daré de él, salvo que a él le sobra en la cara lo que a mí me falta?

RAMPÍN.- Caminá, que es venida madona Divicia, que viene de la feria de Requenate y trae tantos cuchillos que es una cosa de ver.

LOZANA.- ¿Qué los quiere hacer?

RAMPÍN.- Dice que gratis se los dieron, y gratis los quiere dar.

LOZANA.- ¿Veis aquí?, «lo que con unos se pierde con otros se gana».

Mamotreto LII

Cómo la Lozana encontró, antes que entrase en su casa, con un vagamundo llamado Sagüeso, el cual tenía por oficio jugar y cabalgar de balde, y dice.

SAGÜESO.- Si como yo tengo a Celidonia, la del vulgo, de mi mano, tuviese a esta traidora colmena de putas, yo sería duque del todo, mas aquel acemilón de su criado es causa que pierda yo y otros tales el susidio de esta alcatara de putas y alcancía de bobas y alambique de cortesanas. Juro a Dios que la tengo de hacer dar a los leones, que quiero decir que Celidonia sabe más que no ella, y es más rica y vale más, aunque no es maestra de enjambres.

LOZANA.- ¿Dónde vais vos por aquí? ¿Hay algo que malsinar o que baratar? Ya es muerto el duque Valentín, que mantenía los haraganes y vagabundos.

SAGÜESO.- Señora Lozana, siempre lo tuviste de decir lo que queréis. Es porque demostráis el amor que tenéis a vuestros servidores, máxime a quien os desea servir hasta la muerte. Vengo que me arrastran estas cejas.

LOZANA.- Ahora te creo menos. Yo deseo ver dos cosas en Roma antes que muera: y la una es que los amigos fuesen amigos en la prosperidad y en la adversidad, y la otra, que la caridad sea ejercitada y no oficiada, porque, como veis, va en oficio y no en ejercicio, y nunca se ve sino escrita o pintada o por oídas.

SAGÜESO.- En eso y en todo tenéis razón. Mas ya me parece que la señora Celidonia os sobrepuja casi en el todo porque en el vulgo no hay casa tan frecuentada como la suya, y está rica que no sabe lo que tiene, que ayer solamente, porque hizo vender un sueño a uno, le dieron de corretaje cuatro ducados.

LOZANA.- ¿Sabes con qué me consuelo? Con lo que dijo Rampín, mi criado: que en dinero y en riquezas me pueden llevar, mas no en linaje ni en sangre.

SAGÜESO.- Voto a mí que tenéis razón, mas para saberlo cierto será menester sangrar a las dos, para ver cuál es mejor sangre. Pero una cosa veo: que tiene gran fama, que dicen que no es nacida ni nacerá quien se le pueda comparar a la Celidonia, porque Celestina la sacó de pila.

LOZANA.- De eso me querría yo reír, de la puta cariacochillada en la cuna, que no me fuese a mí tributaria la puta vieja octogenaria. Será menester hacer con ella como hicieron los romanos con el pópulo de Jerusalén.

SAGÜESO.- ¿Qué, por vuestra vida, señora Lozana?

LOZANA.- Cuando los romanos vencieron y señorearon toda la tierra de Levante, ordenaron que, en señal de tributo, les enviasen doce hijos primogénitos, los cuales, viniendo muy adornados de joyas y vestidos, traían sus banderas en las manos y por armas un letrero que decía en latín: Quis mayor unquam Israel?, y así lo cantaban los niños hierosolimitanos. Los romanos, que sintieron la canción, hicieron salir sus niños vestidos a la antigua y con las banderas del Senado en las manos y como los romanos no tenían sino una cruz blanca en campo rojo, que Constantino les dio por armas, hacen poner debajo de la cruz una S y una Pque y una R, de manera que, como ellos decían, ¿quién fue jamás mayor que el pueblo israelítico? Estos otros les respondieron con sus armas diciendo: «Senatus Populusque Romanus». Así que, como vos decís, que quién se halla mayor que la Celidonia, yo digo: Lozana y Rampín en Roma.

SAGÜESO.- ¡Por vida del gran maestro de Rodas, que me convidéis a comer sólo por entrar debajo de vuestra bandera!

LOZANA.- ¿Por qué no? Entrá en vuestra casa y mía, y de todos los buenos, que más ventura tenéis que seso; pero entrá cantando: «¿Quién mayor que la Celidonia?: Lozana y Rampín en Roma».

SAGÜESO.- Soy contento, y aun bailar como oso en colmenar, alojado a discreción.

LOZANA.- ¡Calla, loco, cascos de agua, que está arriba madona Divicia, y alojarás tu caballo!

SAGÜESO.- Beso las manos de sus alfardillas que, voto a Dios, que os arrastra la caridad como gramalla de luto.

LOZANA.- Y a ti la ventura, que naciste de pies.

SAGÜESO.- ¡Voto a mí que nací con lo mío delante!

LOZANA.- Bien se te parece en ese remolino. Cierra la puerta y sube pasico, y ten discreción.

SAGÜESO.- Así goce yo de vos, que esta mañana me la hollé, que me sobra y se me cae a pedazos.

Mamotreto LIII
Lo que pasa entre todos tres, y dice la Lozana a Divicia

[LOZANA.-] ¡Ay, cómo vienes fresca, puta! ¿Haste dado solacio y buen tiempo por allá? Y los dientes de plata, ¿qué son de ellos?

DIVICIA.- Aquí los traigo en la bolsa, que me hicieron éstos de hueso de ciervo, y son mejores, que como con ellos.

LOZANA.- ¡Por la luz de Dios, que se te parece la feria! ¿Chamelotes son esos o qué?

DIVICIA.- Mira, hermana, más es el deseo que traigo de verte que cuanto gané. Siéntate y comamos, que por el camino cocheché estas dos liebres. Dime, hermana, ¿quién es éste que sube?

LOZANA.- Un hombre de bien, que comerá con nosotras.

SAGÜESO.- Esté norabuena esta galán compañía.

LOZANA.- ¡Mira, Sagüeso, qué pierna de puta y vieja!

DIVICIA.- ¡Está queda, puta Lozana, que no lo conozco, y quieres que me vea!

LOZANA.- ¡Mira qué ombligo! ¡Por el siglo de tu padre, que se lo beses! ¡Mira qué duro tiene el vientre!

SAGÜESO.- Como hierba de cien hojas.

LOZANA.- ¡Mira si son sesenta años éstos!

DIVICIA.- Por cierto que paso, que cuando vino el rey Carlo a Nápoles, que comenzó el mal incurable el año de mil cuatrocientos ochenta y ocho, vine yo a Italia, y ahora estoy consumida de cabalgar, que jamás tengo ya de salir de Roma sino para mi tierra.

LOZANA.- ¡Andá, puta refata! ¿Ahora quieres ir a tu tierra a que te digan puta jubilada? Y no querrán que traigas mantillo sino bernia. Gózate, puta, que ahora viene lo mejor; y no seas tú

como la otra que decía, después de cuarenta años que había estado a la mancebía: «si de aquí salgo con mi honra, nunca más al burdel, que ya estoy harta».

SAGÜESO.- Ahora está vuestra merced en la adolescencia, que es cuando apuntan las barbas, que en vuestra puericia otra gozó de vos, y ahora vos de nos.

DIVICIA.- ¡Ay, señor, que tres enfermedades que tuve siendo niña me desmedraron! Porque en Medina ni en Burgos no había quien se me comparase; pues en Zaragoza más ganaba yo que puta que fuese en aquel tiempo, que por excelencia me llevaron al públique de Valencia, y allí combatieron por mí cuatro rufianes y fui libre; y desde entonces tomé reputación y, si hubiese guardado lo ganado, tendría más riquezas que Feliciana.

SAGÜESO.- Harta riqueza tenéis, señora, en estar sana.

LOZANA.- ¡Yo quería saber cuánto tiempo ha que no comí salmorejo mejor hecho!

SAGÜESO.- ¡De tal mano está hecho! ¡Y por Dios, que no me querría morir hasta que comiese de su mano una capirotada o una lebrada! Aunque en esta tierra no se toma sabor en el comer ni en el joder, que en mi tierra es más dulce que el cantar de la serena.

DIVICIA.- Pues yo os convido para mañana.

SAGÜESO.- Mi sueño ensuelto.

LOZANA.- ¿Quiéreslo vender?

SAGÜESO.- ¡No, voto a Dios!

LOZANA.- Guarda, que tengo buena mano, que el otro día vino aquí un escobador de palacio y dijo que soñó que era muerto un canónigo de su tierra, y estaba allí un solicitador, e hice yo que se lo comprase, y que le dijese el nombre del canónigo que soñó, y fue el solicitador y demandó este canonigado, y diéronselo, y al cabo de quince días vino el aviso al escobador, y teníalo ya el otro y quedose con él, y yo con una caparela.

SAGÜESO.- Déjame beber y después hablaremos.

LOZANA.- Siéntate para beber, que te temblarán las manos.

SAGÜESO.- ¿Y de eso viene el temblar de las manos? No lo sabía. Y cuando tiembla la cabeza, ¿de qué viene?

LOZANA.- Eso viene de hacer aquella cosa en pie.

SAGÜESO.- ¡Oh, pese a tal! ¿Y si no puede haberlo el hombre de otra manera?

LOZANA.- Dime, Sagüeso, ¿por qué no estás con un amo, que te haría bien?

SAGÜESO.- ¿Qué mejor amo que tenerlos a todos por señores, y a vos y a las putas por amas que me den leche, y yo a ellas suero? Yo, señora Lozana, soy gallego y criado en mogollón, y quiero que me sirvan a mí, y no servir a quien cuando esté enfermo me envíe al hospital. Que yo me sé ir sin que me envíen. Yo tengo en Roma sesenta canavarios por amigos, que es revolución por dos meses.

LOZANA.- Mira cómo se te durmió Divicia encima de la pierna.

SAGÜESO.- Mirá la mano donde la tiene.

LOZANA.- Fuésele ahí; es señal de que te quiere bien. Tómala tú y llévala a esa otra cámara y échala sobre el lecho, que su usanza es dormir sobre el pasto. Espera, te ayudaré yo, que pesa.

SAGÜESO.- ¡Oh, pese a mí; y pensáis que no me la llevaré espetada, por más pesada que sea! Cuanto más que estoy tan usado que se me antoja que no pesa nada. ¿Cómo haré, señora Lozana, que me duermo todo? ¿Queréis que me entre en vuestra cámara?

LOZANA.- Echate cabe ella, que no se espantará.

SAGÜESO.- Mirá que me llaméis, porque tengo de ir a nadar, que tengo apostado que paso dos veces el río sin descansar.

LOZANA.- Mira no te ahogues, que este Tíber es carnicero como Tormes, y paréceme que tiene éste más razón que no el otro.

SAGÜESO.- ¿Por qué éste más que los otros?

LOZANA.- Has de saber que esta agua que viene por aquí era partida en muchas partes, y el emperador Temperio quiso juntarla y que viniese toda junta, y por más excelencia quiso hacer que jamás no se perdiese ni faltase tan excelente agua a tan magnífica ciudad. E hizo hacer un canal de piedras y plomo debajo, a modo de artesa, e hizo que de milla a milla pusiesen una piedra, escrita de letras de oro su nombre, Temperio, y andaban dos mil obreros en la labor cada día. Y como los arquimaestros fueron a la fin, que llegaban a Ostia Tiberina, antes que acabasen, vinieron que querían ser pagados. El emperador mandó que trabajasen fin a entrar en la mar; ellos no querían porque, si acababan, dubitaban lo que les vino, y demandaron que se les diese su hijo primogénito, llamado Tiberio, de edad de dieciocho años, porque de otra manera no les parecía estar seguros. El emperador se lo dio y por otra parte

mandó soltar las aguas, y así el agua con su ímpetu los ahogó a maestros y laborantes y al hijo, y por esto dicen que es y tiene razón de ser carnicero Tíber a Tiberio. Por eso, guárdate de nadar, no pagues la manifactura.

SAGÜESO.- Eso que está escrito no creo que lo leyese ningún poeta, sino vos, que sabéis lo que está en las honduras, y Lebrija, lo que está en las alturas, excepto lo que estaba escrito en la fuerte Peña de Martos, y no alcanzó a saber el nombre de la ciudad que fue allí edificada por Hércules, sacrificando al dios Marte, y de allí le quedó el nombre de Martos a Marte fortísimo. Es esta peña hecha como un huevo, que ni tiene principio ni fin; tiene medio como el planeta que se le atribuye estar en medio del cielo, y señorear la tierra, como al presente, que no reina otro planeta en Italia. Mas vos que sabéis, decime: ¿qué hay debajo de aquella peña tan fuerte?

LOZANA.- En torno de ella te diré que no hay cosa mala de cuantas Dios crió sobre la tierra, porque en todas las otras tierras hay en parte lo que allí hay junto, como podrás ver si vas allá, que es buena tierra para forasteros como Roma.

SAGÜESO.- Todo me duermo, perdoname.

LOZANA.- Guarda, no retoces esa rapaceja.

SAGÜESO.- ¡Cómo duerme su antigüedad!

LOZANA.- Quiero entender en hacer aguas y olios, porque mañana no me darán hado ni vado, que se casan ocho putas, y Madona Septuaginta querrá que yo no me parta de ella para decirle lo que tiene de hacer. Ya es tarde, quiero llamar aquel cascafrenos, porque, como dicen: «al bueno porque te honren y a este tal porque no me deshonre», que es un atreguado y se sale con todo cuanto hace. Ya me parece que los siento hablar.

DIVICIA.- ¡Ay, Sagüeso!, ¿qué me has hecho, que dormía?

SAGÜESO.- De cintura arriba dormíais, que estabais quieta.

DIVICIA.- «La usanza es casi ley»; soy usada a mover las partes inferiores en sintiendo una pulga.

SAGÜESO.- ¡Oh, pese al verdugo!, ¿y arcando con las nalgas ojeáis las pulgas?

DIVICIA.- Si lo que me hiciste durmiendo me quieres reiterar yo te daré un par de cuchillos que en tu vida los viste más lindos.

SAGÜESO.- Sé que no soy de acero; mostrá los cuchillos.

DIVICIA.- Veslos aquí, y si tú quieres, en tanto que no tienes amo, ven, que yo te haré triunfar, y mira por mí y yo por lo que tú has menester.

SAGÜESO.- ¿Os contento donde os llego? No será hombre que así os dé en lo vivo como yo. Quedá norabuena. ¡Señora Lozana!, ¿mandáis en qué os sirva?

LOZANA.- Que no nos olvidéis.

DIVICIA.- No hará, que yo le haré venir aunque esté en cabo del mundo.

LOZANA.- Siéntate, puta hechicera, que más vendrá por comer que por todos tus encantos.

Mamotreto LIV
Cómo platicaron la Lozana y Divicia de muchas cosas.

LOZANA.- ¡Oh, Divicia! ¿Oíste nunca decir «entre col y col, lechuga»? ¿Sabes qué quiere decir?: afanar y guardar para la vejez, que «más vale dejar en la muerte a los enemigos, que no demandar en la vida a los amigos».

DIVICIA.- ¿Qué quieres decir?

LOZANA.- Quiero decir que un hortolano ponía en una haza coles, y las coles ocupaban todo el campo, y vino su mujer y dijo: «Marido, entre col y col, lechuga, y así este campo nos frutará lo que dos campos nos habían de frutar». Quiero decir que vos no deis lo que tenéis, que si uno no os paga, que os hagáis pagar de otro doblado, para que el uno frute lo que el otro goza. ¿Qué pensáis vos que ha de hacer aquel enaciado de aquellos cuchillos? Jugarlos ha, y así los perderéis.

DIVICIA.- No perderé, que en los mismos cuchillos van dichas tales palabras que él tornará.

LOZANA.- ¡Ándate ahí, puta de Tesalia, con tus palabras y hechizos!, que más sé yo que no tú ni cuantas nacieron, porque he visto moras, judías, cíngaras, griegas y cecilianas, que éstas son las que más se perdieron en éstas cosas y vi yo hacer muchas cosas de palabras y hechizos, y nunca vi cosa ninguna salir verdad, sino todo mentiras fingidas. Y yo he querido saber y ver y probar como Apuleyo, y en fin hallé que todo era vanidad y cogí poco fruto, y así hacen todas las que se pierden en semejantes fantasías. Decime, ¿por qué pensáis que las palabras vuestras tienen efecto, y lleváselas el viento? Decime, ¿para qué son las plumas de las aves sino para volar? Quitadlas y ponéoslas vos, veamos si volaréis. Y así las palabras dichas de la boca de una obstinada vieja antigualla como vos. Decime, ¿no decís que os aconteció ganar en una noche ciento y dieciocho

cuartos abrochados? ¿Por qué no les dijiste esas palabras, para que tornasen a vos sin ganarlos otra vez?

DIVICIA.- ¿Y vos los pelos de las cejas, y decís las palabras en algarabía, y el plomo con el cerco en tierra, y el orinal y la clara del huevo, y dais el corazón de la gallina con agujas y otras cosas semejantes?

LOZANA.- A las bobas se da a entender esas cosas, por comerme yo la gallina. Mas por eso vos no habéis visto que saliese nada cierto, sino todo mentira, que si fuera verdad, más ganara que gallina. Mas si pega, pega.

DIVICIA.- Quítame este pegote o jáquima, que el barboquejo de la barba yo me lo quitaré.

LOZANA.- Pareces borrica enfrenada.

DIVICIA.- Acaba presto, puta, que me muero de sed.

LOZANA.- No bebas de esa, que es del pozo.

DIVICIA.- ¿Qué se me da?

LOZANA.- Porque todos los pozos de Roma están entredichos, a efecto que no se beba el agua de ellos.

DIVICIA.- ¿Por qué?

LOZANA.- Era muy dulce de beber, y como venían los peregrinos y no podían beber del río, que siempre viene turbia o sucia, demandaban por las casas agua, y por no sacarla, no se la querían dar. Los pobres rogaron a Dios que el agua de los pozos no la pudiesen beber, y así se gastaron, y es menester que se compre el agua tiberina de los pobres, como veis, y tiene esta excelencia, que ni tiene color, ni olor, ni sabor, y cuanto más

estantiva o reposada está el agua de este río Tíber, tanto es mejor.

DIVICIA.- ¿Como yo?

LOZANA.- No tanto, que hedería o mufaría como el trigo y el vino romanesco, que no es bueno sino un año, que no se puede beber el vino como pasa setiembre, y el pan como pasa agosto, porque no lo guarden de los pobres, y si lo guardan, ni ellos ni sus bestias lo pueden comer porque, si lo comen las gallinas, mueren.

DIVICIA.- ¡Por tu vida y mía, yo lo vi hogaño echar en el río, y no sabía por qué!

LOZANA.- Porque lo guardaron para el diluvio, que había de ser este año en que estamos, de mil quinientos veinticuatro, y no fue.

DIVICIA.- Hermana, ¿qué quieres que meta en estas apretaduras, que hierven en seco?

LOZANA.- Mete un poco de agua, que la retama, y la jara, y los marrubios y la piña si no nadan en el agua, no valen nada. No metas de esa, que es de río y alarga; mete de pozo, que aprieta, y saca un poco y prueba si os aprieta a vos, aunque tenéis seis tejaredecas, que ya no os ha de servir ese vuestro sino de mear.

DIVICIA.- ¡Calla, puta de quis vel qui!

LOZANA.- ¡Y tú, puta de tres cuadragenas menos una!

DIVICIA.- ¡Calla, puta de candoque, que no vales nada para venderme, ni para ser rufiana!

LOZANA.- ¡A tal puta tal rufiana! ¿Ves?, viene Aparicio, tu padrino.

DIVICIA.- Cual Valderas el malsín, es de nuestra cofradía.

LOZANA.- ¿Cofradía tenéis las putas?

DIVICIA.- ¿Y si ahora sabes tú que la cofradía de las putas es la más noble cofradía que sea, porque hay de todos los linajes buenos que hay en el mundo?

LOZANA.- Y tú eres la priosta; va, que te llama, y deja subir aquella otra puta vieja rufiana sarracina con su batirrabo, que por apretaduras vendrá.

DIVICIA.- Subí, madre, que arriba está la señora Lozana.

LOZANA.- Vení acá, madona Doméstica, ¿qué buscáis?

DOMÉSTICA.- Hija mía, habéis de saber que cerca de mi casa está una pobre muchacha, y está virgen, la cual si pudiese o supieseis cualque español hombre de bien que la quisiese, que es hermosa, porque le diese algún socorro para casarla.

LOZANA.- ¡Vieja mala escanfarda!, ¿qué español ha de querer tan gran cargo de corromper una virgen?

DOMÉSTICA.- Esperá, que no es mucho virgen, que ya ha visto de los otros hombres, mas es tanto estrecha que parece del todo virgen.

LOZANA.- A tal persona podrías engañar con tus palabras antepensadas que te chinfarase a ti y a ella. ¡Oh, hi de puta! ¿Y a mí me venías, que soy matrera? ¡Mirá qué zalagarda me traía pensada! ¡Va con Dios, que tengo que hacer!

DIVICIA.- ¿Qué quería aquella sabandija?

LOZANA.- ¡Tres bayoques de apretaduras, así la agoten! Conmigo quiere ganar, que la venderé yo por más vieja astuta que sea.

DIVICIA.- A casa de la Celidonia va.

LOZANA.- ¿Qué más Celidonia o Celestina que ella? Si todas las Celidonias o Celestinas que hay en Roma me diesen dos carlines al mes, como los médicos de Ferrara al Gonela, yo sería más rica que cuantas mujeres hay en esta tierra.

DIVICIA.- Decime eso de Gonela.

LOZANA.- Demandó Gonela al duque que los médicos de su tierra le diesen dos carlines al año; el duque, como vio que no había en toda la tierra arriba de diez, fue contento. El Gonela, ¿qué hizo? Atose un paño al pie y otro al brazo, y fuese por la tierra. Cada uno le decía: «¿Qué tienes?» Y él les respondía: «Tengo hinchado esto». Y luego le decían: «Va, toma la tal hierba, y tal cosa, y póntela y sanarás». Después, escribía el nombre de cuantos le decían el remedio, y fuese al duque y mostrole cuántos médicos había hallado en su tierra. Y el duque decía: «¿Has tú dicho la tal medicina al Gonela?» El otro respondía: «Señor, sí». «Pues pagá dos carlines, porque sois médico nuevo en Ferrara». Así querría yo hacer por saber cuántas Celidonias hay en esta tierra.

DIVICIA.- Yo os diré cuántas conozco yo. Son treinta mil putanas y nueve mil rufianas sin vos. Contadlas. ¿Sabéis, Lozana, cuánto me han apretado aquellas apretaduras? Hanme hecho lo mío como bolsico con cerraderos.

LOZANA.- ¿Pues qué si metieras de aquellas sorbas secas dentro? No hubiera hombre que te lo abriera por más fuerza que

tuviera, aunque fuera micer puntiagudo, y al cabo como el muslo.

DIVICIA.- Yo querría, Lozana, que me rapases este pantano, que quiero salir a ver mis amigos.

LOZANA.- Espera que venga Rampín, que él te lo raerá como frente de calvo. No viene ninguna puta, que deben jabonar el bien de Francia. Dime, Divicia, ¿dónde comenzó o fue el principio del mal francés?

DIVICIA.- En Rapolo, una villa de Génova, y es puerto de mar, porque allí mataron los pobres de San Lázaro, y dieron a saco los soldados del rey Carlo cristianísimo de Francia aquella tierra y las casas de San Lázaro, y uno que vendió un colchón por un ducado, como se lo pusieron en la mano, le salió una buba así redonda como el ducado, que por eso son redondas. Después, aquél lo pegó a cuantos tocó con aquella mano, y luego incontinente se sentían los dolores acerbísimos y lunáticos, que yo me hallé allí y lo vi. Que por eso se dice: «el Señor te guarde de su ira», que es esta plaga, que el sexto ángel derramó sobre casi la mitad de la tierra.

LOZANA.- ¿Y las plagas?

DIVICIA.- En Nápoles comenzaron, porque también me hallé allí cuando dicen que habían enfecionado los vinos y las aguas. Los que las bebían luego se aplagaban, porque habían echado la sangre de los perros y de los leprosos en las cisternas y en las cubas, y fueron tan comunes y tan invisibles que nadie pudo pensar de adónde procedían. Muchos murieron, y como allí se declaró y se pegó la gente que después vino de España llamábanlo mal de Nápoles. Y éste fue su principio y este año de veinticuatro son treinta y seis años que comenzó. Ya comienza a aplacarse con el leño de las Indias Occidentales. Cuando sean sesenta años que comenzó, alhora cesará.

Mamotreto LV
Cómo la Lozana vio venir a un joven desbarbado, de dieciocho años, llamado Coridón, y le dio este consejo como supo su enfermedad.

LOZANA.- Mi alma, ¿dónde bueno? Vos me parecéis un Absalón, y Dios puso en vos la hermosura del gallo. Vení arriba, buey hermoso. ¿Qué habéis, mi señor Coridón?, decímelo, que no hay en Roma quien os remedie mejor. ¿Qué traéis aquí? Para conmigo no era menester presente, pero porque yo os quiera más de lo que os quiero, vos, mi alma, pensáis que, por venirme cargado, lo tengo de hacer mejor. Pues no soy de esas, que más haré viéndoos penado, porque sé en qué caen estas cosas, porque no solamente el amor es mal que atormenta a las criaturas racionales, mas a las bestias priva de sí mismas; si no, vedlo por esa gata, que ha tres días que no me deja dormir, que ni come ni bebe ni tiene reposo. ¿Qué más hará un muchacho como vos, que os hierve la sangre, y más el amor que os tiene consumido? Decime vos a mí dónde y cómo y quién, y yo veré cómo os tengo de socorrer, y vos contándomelo aplacaréis y gozaréis del humo, como quien huele lo que otro guisa o asa.
DOMÉSTICA.- Señora Lozana, yo me vine de mi tierra, que es Mantua, por esta causa. El primero día de mayo, al hora cuando Jove el carro de Fetonte intorno giraba, yo venía en un caballo blanco y vestido de seda verde. Había cogido muchas flores y rosas y traíalas en la cabeza sin bonete, como una guirnalda, que quien me veía se enamoraba. Vi a una ventana de un jardín una hija de un ciudadano; ella de mí y yo de ella nos enamoramos, mediante Cupido, que con sus saetas nos unió haciendo de dos ánimos un solo corazón. Mi padre, sabiendo la causa de mi pena, y siendo par del padre de aquella hermosa doncella Polidora, demandola por nuera; su parentado y el mío fueron contentos, mas la miseria vana estorbó nuestro honrado matrimonio, que un desgraciado viejo, vano de ingenio y rico de tesoro, se casó con ella descontenta. Yo, por no verme delante mi mal, y por

excusar a ella infelice pena y tristicia, me partí por mejor, y al presente es venido aquí un espión que me dice que el viejo va en oficio de senador a otra ciudad. Querría que vuestra señoría me remediase con su consejo.

LOZANA.- Amor mío, Coridón dulce, récipe el remedio: va, compra un veste de villana que sea blanca y unas mangas verdes, y vete descalzo y sucio y loqueando, que todos te llamarán loca, y di que te llamas Jaqueta, que vas por el mundo reprehendiendo las cosas mal hechas, y haz a todos servicios y no tomes premio ninguno, sino pan para comer. Y va muchas veces por la calle de ella, y coge serojas, y si su marido te mandare algo, hazlo, y viendo él que tú no tomas ni quieres salario, salvo pan, así te dejará en casa para fregar y cerner y jabonar. Y cuando él sea partido, limpia la casa alto y bajo y haz que seas llamada y rogada de cuantas amas tendrá en casa, por bien servir y a todas agradar con gentil manera. Y si te vieren solo con esa tu amante Polidora, haz vista que siempre lloras y si te demandare por qué, dile: «Porque jamás mi nación fue villana. Sabé que soy gentildona breciana, y que me vi que podía estar a par con Diana, y con cualquier otra dama que en el mundo fuese estada». Ella te replicará que tú le digas: «¿Por qué vas así, mi cara Jaqueta?» Tu le dirás: «Cara madona, voy por el mundo reprochando las cosas mal hechas. Sabed que mi padre me casó con un viejo como vuestro marido, calvo, flojo como un niño, y no me dio a un joven que me demandaba como doncella, el cual se fue desperado, que yo voy por el mundo a buscarlo». Si ella te quiere bien, luego lo verás en su hablar, y si te cuenta a ti lo mismo, dile cómo otro día te partes a buscarlo. Si ella te ruega que quedes, haz que seas rogada por sus amas que su marido le dejó, y así, cuando tú vieres la tuya y siendo seguro de las otras, podrás gozar de quien tanto amas y deseas penando.

DOMÉSTICA.- ¡Oh, señora Lozana! Yo os ruego que toméis todos mis vestidos, que sean vuestros, que yo soy contento con este tan remediable consejo que me habéis dado. Y suplícoos

que me esperéis a esta ventana, que vendré por aquí, y veréis a vuestra Jaqueta cómo va loqueando a sus bodas, y reprehenderé mucho más de lo que vos habéis dicho.

LOZANA.- ¿Y a mí qué me reprehenderás?

DOMÉSTICA.- A vos no siento qué, salvo que diré que vivís arte et ingenio.

LOZANA.- ¡Coridón, mira que quiere un loco ser sabio! Que cuanto dijeres e hicieres sea sin seso y bien pensado porque, a mi ver, más seso quiere un loco que no tres cuerdos, porque los locos son los que dicen las verdades. Di poco y verdadero y acaba riendo, y suelta siempre una ventosidad, y si soltares dos, serán sanidad, y si tres, asinidad. ¿Y qué más? ¿Me dirás «celestial» sin tartamudear?

DOMÉSTICA.- Ce-les-ti-nal.

LOZANA.- ¡Ay, amarga, mucho tartamudeas! Di «alcatara».

DOMÉSTICA.- Al-ca-go-ta-ra.

LOZANA.- ¡Ay, amarga, no así! Y tanto ceceas; lengua de estropajo tienes. Entendamos en lo que dirás a tu amiga cuando esté sola, y dilo en italiano, que te entienda: «Eco, madona, el tuo caro amatore. Se tu voi que yo mora soy contento. Eco colui que con perfeta fede, con lacrime, pene y estenti te ha sempre amato e tenuta esculpita in suo core. Yo soy Coridone, tuo primo servitore. ¡Oh, mi cara Polidora, fame el corpo felice y serò sempre tua Jaqueta, dicta Beatrice!» Y así podrás hacer tu voluntad.

DOMÉSTICA.- ¡Mirá si lo que os digo a vos está bien!

LOZANA.- No, porque tú no piensas la malicia que otra entenderá. Haz locuras y calla, no me digas nada, que tienes trastrabada la lengua, que mucho estropajo comiste, pues no puedes decir en español arrofaldada, alcatara, celestial.

DOMÉSTICA.- A-rro-fia-na-da; al-ca-go-ta-ra; ce-les-ti-nal.
LOZANA.- Calla, que por decirme taimada me dijiste tabaquinara, y por decirme canestro me dices cabestro, y no me curo, que no se entiende en español qué quiere decir. Mas, por la luz de Dios, que si otro me lo dijera y Rampín lo supiese, que poco tenemos que perder, y soy conocida en todo Levante y Poniente, y «tan buen cuatrín de pan nos hacen allá como acá». Coridón, esto podrás decir, que es cosa que se ve claro: Vittoria, vittoria, el emperador y rey de las Españas habrá gran gloria.

DOMÉSTICA.- No quería ofender a nadie.

LOZANA.- No se ofende porque, como ves, Dios y la fortuna les es favorable. Antiguo dicho es «teme a Dios y honra tu rey». Mira qué pronóstico tan claro, que ya no se usan vestes ni escarpes franceses, que todo se usa a la española.

DOMÉSTICA.- ¿Qué podría decir como ignorante?

LOZANA.- Di que sanarás el mal francés, y te judicarán por loco del todo, que ésta es la mayor locura que uno puede decir, salvo que el leño salutífero.

Mamotreto LVI
Cómo la Lozana estaba a su ventana, y dos galanes vieron salir dos mujeres, y les demandaron qué era lo que negociaban.

OVIDIO.- ¡Miramela cuál está atalayando putas! ¡Mirá el alfaquí de su fosco marido que compra grullos! Ella parece que escandaliza truenos. Ya no se desgarra como solía, que parecía trasegadora de putas en bodegas comunes. Estemos a ver qué quieren aquellas que llaman, que ella de todo sabe tanto que revienta, como Petrus in cunctis, y tiene del natural y del positivo, y es universal in agibilibus.

GALÁN.- ¿No veis su criado negociando, que parece enforro de almirez? Librea trae fantástica, parece almorafán en cinto de cuero.

OVIDIO.- Callá, que no parece sino cairel de puta pobre, que es de seda, aunque gorda. Ya sale una mujer; ¿cómo haremos para saber qué negoció?

GALÁN.- Vamos y déjamela interrogar a mí. Madona, ¿sois española?

PRUDENCIA.- Fillolo, no, mas sempre ho voluto ben a spañoli. Questa española me ha posto olio de ruda para la sordera.

GALÁN.- Madona, ¿cómo os demandáis?

PRUDENCIA.- Fillolo, me demando Prudencia.

GALÁN.- Madona Prudencia, andá en buen hora.

OVIDIO.- ¿Qué os parece si la señora Lozana adorna esta tierra? En España no fuera ni valiera nada. Veis, sale la otra con un muchacho en brazos. Por allá va; salgamos a esa otra calle.

GALÁN.- ¡A vos, señora!, ¿sois española?

CRISTINA.- Señor, sí; de Secilia, a vuestro comando.

OVIDIO.- Queríamos saber quién queda con la señora Lozana.

CRISTINA.- Señor, su marido, o criado pretérito, o amigo secreto o esposo futuro, porque mejor me entendáis. Yo soy ida a su casa no a far mal, sino bien, que una mi vecina, cuya es esta criatura, me rogó que yo viniese a pedirle de merced que santiguase este su hijo, que está aojado, y ella lo hizo por su virtud, y no quería tomar unos huevos y unas granadas que le traje.

GALÁN.- Decinos, señora, que vos bien habréis notado las palabras que dijo.

CRISTINA.- Señor, yo os diré. Dijo: «Si te dio en la cabeza, válgate Santa Elena; si te dio en los hombros, válgante los apóstolos todos; si te dio en el corazón, válgate el Salvador».
Y mandome que lo sahumase con romero, y así lo haré por contentar a su madre, y por darle ganancia a la Lozana, que en esta quemadura me ha puesto leche de narices.

GALÁN.- Mas no de las suyas.

CRISTINA.- Y vuestras mercedes queden con Dios.

OVIDIO.- Señora Cristina, somos a vuestro servicio; id con la paz de Dios.

GALÁN.- «Quien no se arriesga no gana nada». Son venidas a Roma mil españolas que saben hacer de sus manos maravillas, y no tienen un pan que comer, y esta plemática de putas y arancel de comunidades, que voto a Dios que no sabe hilar, y nunca la vi coser de dos puntos arriba, su mozo friega y barre, a todos da que hacer y nunca entiende sino «¿Qué guisaremos, qué será bueno para comer? La tal cosa yo la sé hacer, y el tal manjar cómprelo vuestra merced, que es bueno. Y daca especia, azúcar, trae canela, miel, manteca, ve por huevos, trae tuétanos de vaca, azafrán, y mira si venden culantro verde». No cesa jamás, y todo de bolsa ajena!

OVIDIO.- ¡Oh, pese al turco! Pues veis que no siembra, y coge, no tiene ganado, y tiene quesos, que aquella vieja se los trajo, y la otra, granadas sin tener huerto, y huevos sin tener gallinas, y otras muchas cosas, que su audacia y su no tener la hacen afortunada.

GALÁN.- Es porque no tiene pleitos ni litigios que le duren de una audiencia a la otra, como nosotros, que no bastan las bibalías que damos a notarios y procuradores, que también es menester el su solicitar para nuestros negocios acabar.

OVIDIO.- Es alquivio de putas, y trae definiciones con sentencias, ojalá sin dilaciones, y de esta manera, no batiendo moneda la tiene, y huerta y pegujar, y roza sin rozar, como hacen muchos que, como no saben sino expender lo ganado de sus pasados, cuando se ven sin arte y sin pecunia, métense frailes por comer en común.

Mamotreto LVII
Cómo salió la Lozana con su canastillo debajo, con diversas cosas para su oficio, y fue en casa de cuatro cortesanas favoridas, y sacó de cada una, en partes, provisión de quien más podía.

LOZANA.- ¿Quién son aquellos tres galanes que están allí? Cúbranse cuanto quisieren, que de saber tengo si son pleiteantes. ¡Andá ya, por mi vida! ¿Para mí todas esas cosas? ¡Descubrí, que lo sirva yo, que un beso ganaréis!

GALÁN.- ¿Y yo, señora Lozana?

LOZANA.- Y vos beso y abracijo. ¿Qué cosa es ésta? ¿Quién os dijo que yo habría de ir a casa de la señora Jerezana? Ya sé que le diste anoche música de falutas de aciprés, porque huelan, y no sea menester que intervenga yo a poner bemol. Hacé cuanto quisierais, que a las manos me vendrás.

OVIDIO.- ¿Cuándo?

LOZANA.- Luego vengan vuestras mercedes, cuando yo sea entrada, que me tengo de salir presto, que es hoy sábado y tengo de tornar a casa que, si vienen algunas putas orientales y no me hallan, se van enojadas y no las quiero perder, que no valgo nada sin ellas, máxime ahora que son pocas y locas.

GALÁN.- Señora Lozana, decí a la señora Jerezana que nos abra y terciá vos los que pudierais. Y veis aquí la turquina que me demandaste.

LOZANA.- Pues miren vuestras mercedes, que si fuere cosa que podéis entrar, yo pondré este mi paño listado a la ventana, y entonces llamá.

GALÁN.- Sea así. ¡Alegre va la puta vieja encrucijada! ¡Voto a Dios, mejor cosa no hice en mi vida que darle esta turquina!, que ésta es la hora que me hace entrar en su gracia, cosa que no podía acabar con cuanto he dado a sus mozos y fantescas, que no me han aprovechado nada, tanto como hará ahora la Lozana, que es la mejor acordante que nunca nació, y parece que no pone mano en ello. Lo veremos. Ya llama, y la señora está a la ventana. Vámonos por acá, que volveremos.

JEREZANA.- ¡Hola, mozos, abrí allí, que viene la Lozana y sus adherentes! Mirá, vosotros id abajo y hacedla rabiar, y decí que es estada aquí una jodía que me afeitó, y que ahora se va, y que va en casa de la su favorida, la Pempinela, si queremos ver lidia de toros. Y yo diré que, porque se tardó, pensé que no viniera.

CORILLÓN.- ¿Quién es? Paso, paso, que no somos sordos. ¡Señora Lozana!, ¿y vos sois? Vengáis norabuena, y tan tarde que la señora quiere ir fuera.

LOZANA.- ¿Y dónde quiere ir su merced? ¿No esperará hasta que la afeite?

CORILLÓN.- No lo digo por eso, que ya está afeitada, que una jodía la afeitó y, si antes vinierais, la hallaríais aquí, para ahora se va a casa de la Pimpinela.

LOZANA.- ¡Mal año para ti y para ella, que no fuese más tu vida como dices la verdad! ¡La Pimpinela me tiene pagada por un año, mirá cómo se dejará afeitar de una jodía!, mas si la señora se ha dejado tocar y gastar, que no podía ser menos, ¡por la luz de Dios, ella se arrepentirá! Mas yo quiero ver esta afeitadura cómo está. Dime, ¿su merced está sola?

CORILLÓN.- Sí, que quiere ir en casa de monseñor, que ya está vestida de regazo y va a pie.

ALTOBELO.- Señora Lozana, sobí, que su merced os demanda, que os quiere hablar antes que se parta.

LOZANA.- ¿Dónde está la señora? ¿En la anticámara o en la recámara?

ALTOBELO.- Entrá allá a la loja, que allá está sola.

LOZANA.- Señora, ¿qué quiere decir que vuestra merced hace estas novedades? ¡Cómo, he yo servido a vuestra merced desde que viniste a Roma, y a vuestra madre hasta que murió, que era así linda cortesana, como en sus tiempos se vio, y, por una vuelta que me tardo llamáis a quien más presto os gasten la cara, que no adornen como hago yo! Mas no me curo, que no son cosas que duran, que su fin se traen como cada cosa. Esta me pondrá sal en la mollera, y a la jodía yo le daré su merecer.

JEREZANA.- Vení acá, Lozana, no os vais, que esos bellacos os deben haber dicho cualque cosa por enojaros. ¿Quién me suele a mí afeitar sino vos? Dejá decir, que, como habéis tardado un poco, os dijeron eso. No os curéis, que yo me contento. ¿Queréis que nos salgamos allá a la sala?

LOZANA.- Señora, sí, que traigo este paño listado mojado, y lo meteré a la finestra.

JEREZANA.- Pues sea así. ¿Qué es esto que traéis aquí en esta garrafeta?

LOZANA.- Señora, es un agua para lustrar la cara, que me la mandó hacer la señora Montesina, que cuesta más de tres ducados y yo no la quería hacer, y ella la pagó, y me prometió una carretada de leña y dos barriles de vino dulce para esta invernada.

JEREZANA.- ¿Tenéis más que ésta?

LOZANA.- Señora, no.

JEREZANA.- Pues ésta quiero yo. Y pagadla, veis aquí los dineros. Y enviá por una bota de vino, y hacé decir a los mulateros de monseñor que toda esta semana vayan a descargar a vuestra casa.

LOZANA.- ¡Ay, señora, que soy perdida, que me prometió que si era perfecta que me daría un sayo para mi criado!

JEREZANA.- Mirá, Lozana, sayo no tengo. Aquella capa de monseñor es buena para vuestro criado, tomadla y andá norabuena, y vení más presto otro día.

LOZANA.- Señora, no sé quién llama. Miren quién es, porque, cuando yo salga, no entre alguno.

JEREZANA.- Va, mirá quién es.

MONTOYA.- Señora, los dos señores jenízaros.

JEREZANA.- Di que no soy en casa.

LOZANA.- Haga, señora, que entren y contarán a vuestra merced cómo les fue el convite que hizo la Flaminia a cuantos fueron con ella, que es cosa de oír.

JEREZANA.- ¿Qué podía ser poco más o menos? Que bien sabemos sus cosas de ella.

LOZANA.- Mande vuestra merced que entren y oirá maravillas.

JEREZANA.- Hora, sús, por contentar a la Lozana, va, ábrelos.

Mamotreto LVIII

Cómo va la Lozana en casa de la Garza Montesina, y encuentra con dos rufianes napolitanos, y lo que le dicen [RUFIÁN.-] ¡Pese al diablo con tanta justicia como se hace de los que poco pueden, que vos mía habíais de ser para ganarme de comer! Mas como va el mundo al revés, no se osa el hombre alargar, sino quitaros el bonete, y con gran reverencia poneros sobre mi cabeza.

LOZANA.- Quitaos allá, hermanos, ¿qué cosas son esas? Ya soy casada; no os cale burlar, que castigan a los locos.

RUFIÁN.- Señora, perdoná, que razón tenéis, mas en el bosque de Velitre os quisiera hacer un convite.

LOZANA.- Mirá si queréis algo de mí, que voy de prisa.

RUFIÁN.- Señora, somos todos vuestros servidores, y máxime si nos dais remedio para un accidente que tenemos, que toda la noche no desarmamos.

LOZANA.- Cortados y puestos al pescuezo por lómina, que esa es sobra de sanidad. A Puente Sisto te he visto.

RUFIÁN.- Ahí os querría tener para mi servicio por ganar la romana perdonanza. Decinos, señora Lozana, quién son ahora las más altas y más grandes señoras entre las cortesanas, y luego os iréis.

LOZANA.- ¡Mira qué pregunta tan necia! Quien más puede y más gana.

RUFIÁN.- Pues eso queremos saber, si es la Jerezana como más galana.

LOZANA.- Si miramos en galanerías y hermosura, ésa y la Garza Montesina pujan a las otras; mas decime, de favor o pompa, y fausto y riqueza, callen todas con madona Clarina, la favorida, y con madona Aviñonesa, que es rica y poderosa. Y vosotros, ladrones, cortados tengáis los compañones, y quedaos ahí.

RUFIÁN.- ¡Válgala el que lleva los pollos, y qué preciosa que es! Allá va, a casa de la Garza Montesina.

MONTESINA.- Señora Lozana, subí, que a vos espero. ¿Ya os pasabais? ¿No sabéis que hoy es mío? ¿Dónde ibais?

LOZANA.- Señora, luego tornara, que iba a dar una cosa aquí a una mi amiga.

MONTESINA.- ¿Qué cosa y a quién, por mi vida, si me queréis bien?

LOZANA.- No se puede saber. Asiéntese vuestra merced más acá a la lumbre, que me da el sol en los ojos.

MONTESINA.- ¡Por mi vida, Lozana, que no llevéis de aquí el canestico si no me lo decís!

LOZANA.- Paso, señora, no me derrame lo que está dentro, que yo se lo diré.

MONTESINA.- ¡Pues decímelo luego, que estoy preñada! ¿Qué es esto que está aquí dentro en este botecico de cristal?

LOZANA.- Paso, señora, que no es cosa para vuestra merced, que ya sois vos harto garrida.

MONTESINA.- ¡Mirá, Lozana, catá que lo quebraré si no me lo decís!

LOZANA.- ¡Pardiós, más niña es vuestra merced que su nietecica! Debe estar lo que no es para ella.

MONTESINA.- Ahora lo veréis; sacadlo de mi cofre, y sease vuestro.

LOZANA.- Sáquelo vuestra merced, que quiero ir a llevarlo a su dueño, que es un licor para la cara que quien se lo pone no envejece jamás, y madona Clarina, la favorida, ha más de cuatro meses que lo espera, y ahora se acabó de estilar, y se lo quiero llevar por no perder lo que me prometió por mi fatiga, que ayer me envió dos ducados para que lo acabase más presto.

MONTESINA.- ¿Y cómo, Lozana? ¿Soy yo menos, o puede pagarlo ella mejor que yo? ¿Quédaos algo en vuestra casa de este licor?

LOZANA.- Señora, no; que no se puede hacer si las culebras que se estilan no son del mes de mayo. Y soy perdida porque, como es tan favorida, si sabe que di a otra este licor habiendo ella hecho traer las culebras cervunas, y gobernádolas de mayo acá, y más el carbón que me ha enviado, y todo lo vendí cuando estuve mala, que si lo tuviera, dijera que las culebras se me habían huido, y como viera el carbón me creyera...

MONTESINA.- Dejá hacer a mí, que yo sabré remediar a todo. Ven aquí, Garparejo; va, di a tu señor que luego me envíe diez cargas de carbón muy bueno del salvático, y, mira, ve tú con el que lo trajere y hazlo descargar a la puerta de la Lozana. Esperá, Lozana, que otra paga será ésta que no la suya. Veis ahí seis ducados, y llamá los mozos que os lleven estos cuatro barriles o toneles a vuestra casa; éste es semulela, y éste de fideos secilianos, y éste de alcaparras alejandrinas, y éste de almendras ambrosinas. Y tomá, veis ahí dos cofines de pasas de Almuñécar que me dio el provisor de Guadix. Ven aquí, Margarita; va, descuelga dos presutos y dos somadas, y de la guardarropa dos

quesos mallorquinos y dos parmesanos, y presto vosotras llevadselo a su casa.

LOZANA.- Señora, ¿quién osará ir a mi casa?, que luego me matará mi criado, que le prometió ella misma una capa.

MONTESINA.- Capa no hay en casa que se le pueda dar, mas mirá si le vendrá bueno este sayo, que fue del protonotario.

LOZANA.- Señora, llévemela el mozo, porque no vaya yo cargada; no se me ensuelva el sueño en todo, que esta noche soñaba que caía en manos de ladrones.

MONTESINA.- Andá, no miréis en sueños que, cuando veníais acá, os vi yo hablar con cuatro.

LOZANA.- ¡Buen paraíso hay quien acá os dejó! Que verdad es, esclava soy a vuestra merced, porque no basta ser hermosa y linda, mas cuanto dice hermosea y adorna con su saber. ¡Quién supiera hoy hacerme callar y amansar mi deseo que tenía de ver qué me había de dar madona Clarina, la favorida, por mi trabajo y fatiga! La cual vuestra merced ha satisfecho en parte y, como dicen, la buena voluntad con que vuestra merced me lo ha dado vale más que lo mucho más que ella me diera, y sobre todo sé yo que vuestra merced no me será ingrata. Y bésole las manos, que es tarde. Mírese vuestra merced al espejo y verá que no soy pagada según lo que merezco.

Mamotreto LIX
Cómo la Lozana fue a casa de madona Clarina, favorida, y encontró con dos médicos, y el uno era cirúgico, y todos dos dicen.

[MÉDICOS.-] ¡Señora Lozana!, ¿adónde se va? ¿Qué especiería es esa que debajo lleváis? ¿Hay curas? ¿Hay curas? ¡Danos parte!

LOZANA.- Señores míos, la parte por el todo, y el todo por la parte, y yo que soy presta para sus servicios.

FÍSICO.- Señora Lozana, habéis de saber que, si todos los médicos que al presente nos hallamos en Roma nos juntásemos de acuerdo, que debíamos hacer lo que antiguamente hicieron nuestros antecesores: en la Vía de San Sebastián estaban unas tres fosas llenas de agua, la cual agua era natural y tenía esta virtud, que cuantas personas tenían mal de la cintura abajo iban allí tres veces una semana, y entraban en aquellas fosas de pies, y estaban allí dos horas por vuelta, y así sanaban de cualquier mal que tuviesen en las partes inferiores, de modo que los médicos de aquel tiempo no podían medicar sino de la cintura arriba; visto esto, fueron todos y cegaron estos fosos o manantíos, e hicieron que un arroyo que iba por otra parte que pasase por encima porque no se hallasen, y ahora aquel arroyo tiene la misma virtud para los caballos y mulas represas, y finalmente, a todas las bestias represas que allí meten sana, como habéis visto si habéis pasado por allí. Esto digo que debíamos hacer, pues que ni de la cintura arriba ni de la cintura abajo no nos dais parte.

CIRÚGICO.- Señora Lozana, nosotros debíamos hacer con vos como hizo aquel médico pobre que entró en Andújar que, como vio y probó los muchos y buenos rábanos que allí nacen, se salió y se fue a otra tierra porque allí no podía él medicar, que los

rábanos defendían las enfermedades. Digo que me habéis llevado de las manos más de seis personas que yo curaba que, como no les duelen las plagas, con lo que vos les habéis dicho no vienen a nosotros, y nosotros, si no duelen las heridas, metemos con qué duelan y escuezan, porque vean que sabemos algo cuando les quitamos aquel dolor. Asimismo a otros ponemos ungüento egipciaco, que tiene vinagre.

LOZANA.- Como a caballos, ungüento de albéitares.

MÉDICO.- «A los dientes no hay remedio sino pasarlos a cera», y vos mandáis que traigan mascando el almástiga, y que se los limpien con raíces de malvas cochas en vino, y mandaislos lavar con agua fría, que no hay mejor cosa para ellos, y para la cara y manos: lavar con agua fría y no caliente. Mas si lo decimos nosotros, no tornarán los pacientes, y así, es menester que huyamos de vos porque no concuerda vuestra medicación con nuestra cupida intención.

LOZANA.- Señores míos, ya veo que me queréis motejar. Mis melecinas son: si pega, pega, y míroles a las manos como hace quien algo sabe. Señores, concluí que el médico y la medicina los sabios se sirven de él y de ella, mas no hay tan asno médico como el que quiere sanar el griñimón que Dios lo puso en su disposición. Si vuestras mercedes quieren un poco de favor con madona Clarina en pago de mi maleficio, esperen aquí y haré a su señoría que hable a vuestras mercedes, que no será poco, y si tiene que medicarse en su fuente, entrarán vuestras mercedes aunque sea de rodillas.

CIRÚGICO.- Pues sea así, señora Lozana, «diga barba qué haga». No querría que más valiese mi capa de lo que ésta gana. Ya es entrada: esperemos, y veremos la clareza que Dios puso en esta italiana, que dicen que, cuando bebe, se le parece el agua

y se le pueden contar las venas. ¿Veislas las dos? Hable vuestra merced, que yo no sé qué le decir.

MÉDICO.- Madona Clarina, séale recomendada la señora Lozana.

CLARINA.- ¡Oída, me recomiendo! Dime, Lozana, ¿quién son aquéllos?

LOZANA.- Señora, el uno es de Orgaz y el otro de Jamilena, que medicaba e iba por leña, y metía todas las orinas juntas por saber el mal de la comunidad. Señora, vamos a la loja.

CLARINA.- Andemos. Decime, ¿qué cosa hay aquí en aquesta escátula?

LOZANA.- Madona, son unos polvos para los dientes, que no se caigan jamás.

CLARINA.- ¿Y esto?

LOZANA.- Para los ojos.

CLARINA.- Dime, española, ¿es para mí?

LOZANA.- Madona, no, que es para madona Albina, la de Aviñón.

CLARINA.- ¡Vaya a la horca, dámelo a mí!

LOZANA.- No lo hagáis, señora, que si vos supieseis lo que a ella le cuesta, que dos cueros de olio se han gastado, que ella compró que eran de más de cien años, por hacer esto poquito.

CLARINA.- No te curar, Lozana, que non vollo que lei sea da tanto que abia questo, que yo te daró olio de ducenti ani, que me

donó a mí micer incornato mio, trovato sota terra. Dime, ¿ha ella casa ni viña como que ho yo?

LOZANA.- Sea de esta manera: tomad vos un poco, y dadme a mí otro poco porque le lleve, porque yo no pierda lo que me ha prometido. Que la pólvora no se halla así a quien la quiere, que se hace en el paraíso terrenal, y me la dio a mí un mi caro amante que yo tuve, que fue mi señor Diomedes, el segundo amor que yo tuve en este mundo, y a él se la dieron los turcos, que van y vienen casi a la continua. Y piense vuestra señoría que tal pólvora como esa no me la quitaría yo de mí por darla a otra si no tuviese gran necesidad, que no tengo pedazo de camisa ni de sábanas, y sobre toda la necesidad que tengo de un pabellón y de un tornalecho, que si no fuese esto que ella me prometió para cuando se lo llevase, no sería yo osada a quitar de mí una pólvora tan excelente, que si los dientes están bien apretados con ella, no se caerán jamás.

CLARINA.- Vení acá, Lozana, abrí aquella caja grande, tomá dos pilas de tela romanesca para un pabellón. Va, abre aquel forcel, y tomá dos piezas de tela de Lodi para hacer sábanas, y tomá hilo malfetano para coserlo todo. Va, abre el otro forcel, y tomá dos piezas de cortinela para que hagáis camisas, y tomá otra pieza de tela romanesca para hacer camisas a vuestro nuevo marido.

LOZANA.- Madona, mire vuestra señoría que yo de todo esto me contento; mas ¿cómo haremos, que el poltrón de mi preterido criado me descubrirá, porque ella misma le prometió unas calzas y un jubón?

CLARINA.- Bien va, abre aquella otra caja y tomá un par de calzas nuevas y un jubón de raso, que hallarás cuatro; tomá el mejor y llamá la Esclavona que tome un canestro y vaya con vos a llevaros estas cosas a vuestra casa; e id presto porque aquel acemilero no os tome el olio, que se podría hacer bálsamo, tanto

es bueno. Y guardá, española, que no des a nadie de esto que me has dado a mí.

LOZANA.- Madona, no; mas haré de esta manera, que pistaré el almáciga y la grana y el alumbre, y se lo daré, y diré que sea esa misma, y haré un poco de olio de habas, y diré que se lo ponga con el colirio, que es apropiado para los ojos, y así no sabrá que vuestra señoría tiene lo más perfecto.

CLARINA.- Andá y hacé así, por mi amor, y no de otro modo, y recomendadme a vuestro marido, micer Rampín.

Mamotreto LX
Cómo fue la Lozana en casa de la Imperia aviñonesa, y cómo encontró con dos juristas letrados que ella conocía, que se habían hecho cursores o emplazadores.

LOZANA.- Estos dos que vienen aquí, si estuviesen en sus tierras, serían alcaldes y aquí son mandatarios, solicitadores que emplazan, y si fuesen sus hermanas casadas con quien hiciese aquel oficio, dirían que más las querrían ver putas que no de aquella manera casadas, porque ellos fueron letrados o buitres de rapiña. Todo su saber no vale nada, a lo que yo veo, que más ganan ellos con aquellas varillas negras que con cuanto estudiaron en jure. Pues yo no estudié, y sé mejor el jure cevil que traigo en este mi canastillo que no ellos en cuantos capítulos tiene el cevil y el criminal; como dijo Apuleyo: «bestias letrados».

JURISTA.- ¡Aquí, aquí somos todos! Señora Lozana, hodie hora vigessima, en casa vuestra.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

LOZANA.- No sé si seré a tiempo, mas traé qué rogar, que allá está mi Rampín que lo guise. Y mirá no faltéis, porque de buena razón ellas han de venir hoy que es sábado, mas yo creo que vosotros ya debéis y no os deben.

JURISTAS.- ¿Qué cosa es eso de deber o que nos deben? ¡Cuerpo del mundo!, ¿el otro día no llevamos buen peje y buen vino, y más dormimos con ellas y las pagamos muy bien?

LOZANA.- No lo digo por eso, que ya sé que trajiste todo eso, y que bebiste hasta que os emborrachasteis (mas otra cosa es menester que traer y beber, que eso de jure antiguo se está), sino que os deben o debéis, quiere decir que era una jodía vieja de noventa años y tenía dos nueras mujeres burlonas, y venían a su suegra cada mañana y decían: «¡Buenos días, señora!» Y respondía ella: «¡Vosotras tenéis los buenos días y habéis las buenas noches!» Y como ellas veían esta respuesta siempre dijeron a sus maridos: «Vuestra madre se quiere casar». Y decían ellos: «¿Cómo es posible?» Decían ellas: «Casadla y lo veréis, que no dice de no». Fueron y casáronla con un jodío viejo y médico. ¿Qué hicieron las nueras? Rogaron al jodío que no la cabalgase dos noches; él hízolo así, que toda la noche no hizo sino contarle todas sus deudas que tenía. Vinieron las nueras otro día, y dijo la vieja: «¿Qué quiero hacer de este viejo, que no es bueno sino para comer, y tiene más deudas que no dineros, y será menester que me destruya a mí y a mis hijos?» Fueron las nueras al jodío, y dijéronle que hiciese aquella noche lo que pudiese y él, como era viejo, caminó, y pasó tres colchones. Viniendo la mañana, vienen las nueras y dicen a la suegra: «¡Señora, albricias, que vuestras hijas os quieren quitar este jodío, pues que tanto debe!» Respondió la vieja: «Mirad, hijas, la vejez es causa de sordedad, que yo no oigo bien; que le deben a él, que le deben a él, que él no debe nada». Así que, señores, ¿vosotros debéis, o deben os?

JURISTA.- ¡Voto a Dios, que a mí que me deben de esa manera más que no es de menester! Acá, a mi compañero, no sé; demandadlo a ella, que bien creo que pasa todos los dedos, y aun las tablas de la cama.

CURSOR.- No me curo, que «la obra es la que alaba al maestro». Señora Lozana, torná presto, por vuestra fe, que nosotros vamos a pescaría.

LOZANA.- Gente hay en casa de la señora Imperia. Mejor para mí, que pescare yo aquí sin jure. ¿Qué hacéis ahí, Medaldo? ¡Va, abre, que voy a casa!

MEDALDO.- Andá, que Nicolete es de guardia, y él os abrirá. Llamá.

LOZANA.- ¡Nicolete, hijo mío!, ¿qué haces?

NICOLETE.- Soy de guardia. ¡Y mirá, Lozana, qué pedazo de caramillo que tengo!

LOZANA.- ¡Ay, triste!, ¿y estás loco? ¡Está quedo, beodo, que nos oirán!

NICOLETE.- Callá, que todos están arriba. Sacá los calzones, que yo os daré unos nuevos de raso encarnado.

LOZANA.- Haz a placer, que vengo cansada, que otro que calzones quiero.

NICOLETE.- ¿Qué, mi vida, de cara arriba?

LOZANA.- Yo te lo diré después.

NICOLETE.- ¡No, sino ahora; no, sino ahora; no, sino ahora!

LOZANA.- ¡Oh, qué bellaco que eres! Ve arriba y di a la señora cómo estoy aquí.

NICOLETE.- Subí vos y tomarlos. Es sobre-tabla, y haréis colación.

LOZANA.- Por muchos años y buenos halle yo a esas presencias juntas. ¿Qué emperatriz ni gran señora tiene dos aparadores, como vuestra señoría, de contino aparejados a estos señores reyes del mundo?

CORONEL.- Española, fa colación aquí con nos. Quiero que bebes con esta copina, que sea la tua, porque quieres bien a la señora Imperia, mi patrona.

IMPERIA.- Todo es bien empleado en mi Lozana. ¡Mozos, serví allí todos a la Lozana y esperen las amas y los escuderos hasta que ella acabe de comer! Lozana mía, yo quiero reposar un poco; entre tanto hazte servir, pues lo sabes hacer.

LOZANA.- Yo quiero comer este faisán, y dejar esta estarna para Nicoleto porque me abrió la puerta de abajo. Estos pasteles serán para Rampín, aunque duerme más que es menester.

Mamotreto LXI
Cómo un médico, familiar de la señora Imperia, estuvo con la Lozana hasta que salió de reposar la Imperia.

MÉDICO.- Decí, señora Lozana, ¿cómo os va?

LOZANA.- Señor, ya veis, fatigar y no ganar nada. Estoyme en mi casa, la soledad y la pobreza están mal juntas, y no se halla lino a comprar, aunque el hombre quiere hilar, por no estar ociosa, que querría urdir unos manteles por no andar a pedir prestados cada día.

MÉDICO.- Pues vos, señora Lozana, que hacéis y dais mil remedios a villanos, ¿por qué no les encargáis que os traigan lino?

LOZANA.- Señor, porque no tomo yo nada por cuanto hago, salvo presentes.

MÉDICO.- Pues yo querría más vuestros presentes que mi ganancia, que es tan poca que valen más las candelas que gasté estudiando que cuanto he ganado después adivinando pulsos. Mas vos, ¿qué estudiaste?

LOZANA.- Mirá qué me aconteció ayer. Vinieron a mi casa una mujer piamontesa con su marido romañolo, y pensé que otra cosa era; trajeron una llave de cañuto, la cual era llena de cera y no podían abrir, pensaron que estaban hechizados; rogáronme que lo viese yo, yo hice lo que sabía, y diéronme dos julios, y prometiéronme una gallina que me trajeron hoy, y huevos con ella, y así pasaré esta semana con este presente.

MÉDICO.- Pues decime, señora Lozana, ¿qué hiciste a la llave, cualque silogismo, o qué?

LOZANA.- Yo os diré: como sacaron ellos la cera, no pudo ser que no se pegase cualque poca a las paredes de la llave; fui yo presto al fuego, y escalentela hasta que se consumió la cera, y vine abajo, y dísela, y dije que todo era nada. Fuéronse, y abrieron, y cabalgaron, y ganeme yo aquel presente sofísticamente. Decime por qué no tengo yo de hacer lo que sé, sin perjuicio de Dios y de las gentes. Mirá, vuestro saber no vale si no lo mostráis que lo sepa otro. Mirá, señor, por saber bien hablar gané ahora esta copica de plata dorada, que me la dio su merced del coronel.

MÉDICO.- Ese bien hablar, adular incógnito le llamo yo.

LOZANA.- Señor Salomón, sabé que cuatro cosas no valen nada si no son participadas o comunicadas a menudo: el placer, y el saber, y el dinero, y el coño de la mujer, el cual no debe estar vacuo, según la filosofía natural. Decime, ¿qué le valdría a la Jerezana su galantería si no la participase? ¿Ni a la Montesina su hermosura, aunque la guardase otros sesenta años, que jamás muriese, si tuviese su coño puesto en la guardarropa? ¿Ni a madona Clarina sus riquezas, si no supiese guardar lo que tiene? Y a la señora Aviñonesa, ¿qué le valdrían sus tratos si no los participase y comunicase con vuestra merced y conmigo, como con personas que antes la podemos aprovechar? ¿Qué otra cosa veis? Aquí yo pierdo tiempo, que sé que en mi casa me están esperando; y porque la señora sé que me ha de vestir a mí y a mi criado, callo.

MÉDICO.- No puedo pensar qué remedio tener para cabalgar una mi vecina lombarda, porque es casada y está preñada.

LOZANA.- Dejá hacer a mí.

MÉDICO.- Si hacéis como a la otra, mejor os pagaré.

LOZANA.- Esto será más fácil cosa de hacer, porque diré que a la criatura le faltan los dedos y que vuestra merced los hará.

MÉDICO.- Yo lo doy por hecho, que no es ésta la primera que vos sabéis hacer.

LOZANA.- Yo os diré: son lombardas de buena pasta; fuime esta semana a una y díjele: «¿Cuándo viene vuestro marido, mi compadre?» Dice: «Mañana». Digo yo: «¿Por qué no os vais al baño y os acompañaré yo?» Fue, y como era novicia, apañele los anillos y dile a entender que le eran entrados en el cuerpo. Fuime a un mi compadre, que no deseaba otra cosa, y dile los anillos y di orden que se los sacase uno a uno. Cuando fue al último, ella le rogaba que le sacase también un caldero que le había caído en el pozo; y en esto, el marido llamó. Dijo ella al marido: «En toda vuestra vida me sacaste una cosa que perdiese, como ha hecho vuestro compadre, que si no vinierais, me sacara el caldero y la cadena que se cayó el otro día en el pozo». Él, que consideró que yo habría tramado la cosa, amenazome si no le hacía cabalgar la mujer del otro. Fuime allá diciendo que era su parienta muy cercana, a la cual demandé que cuánto tiempo había que era preñada, y si su marido estaba fuera. Dijo que de seis meses; yo, astutamente, como quien ha gana de no verse en vergüenza, le di a entender la criatura no tener orejas ni dedos. Ella, que estimaba el honor, rogome que si lo sabía o podía que le ayudase, que sería de ella pagada. «Aquí está», digo yo, «el marido de la tal, que por mi amor os servirá, y tiene excelencia en estas cosas». Finalmente, que hizo dedos y orejas, cosa por cosa. Y venido su marido, ella lo reprehende haber tan poca advertencia, antes que se partiera, a no dejar acabada la criatura. De esta manera podemos servirnos, máxime que, diciendo que sois físico eximio, pegará mejor nuestro engrudo.

MÉDICO.- No quería ir por lana, y que hicieseis a mi mujer hallar una saya que este otro día perdió.

LOZANA.- ¡Por el sacrosanto saco de Florencia, que quiero otro que saya de vuestra merced!

Mamotreto LXII

Cómo la señora Imperia, partido el médico, ordenó de ir a la estufa ella y la Lozana, y cómo encontraron a uno que decía «Oliva, oliva de España», el cual iba en máscara, y dice la Imperia al médico.

[IMPERIA.-] ¿Qué se dice, maestro Arresto? ¿Retozabais a la Lozana o veramente hacéis partido con ella que no os lleve los provechos? Ya lo hará si se lo pagáis; por eso, antes que se parta, sed de acuerdo con ella.

MÉDICO.- Señora, entre ella y mí el acuerdo será que partiésemos lo ganado y participásemos de lo por venir, mas Rampín despriva a muchos buenos que querían ser en su lugar. Mas si la señora Lozana quiere, ya me puede dar una expectativa en forma común para cuando Rampín se parta que entre yo en su lugar, porque, como ella dice, no esté lugar vacío, la cual razón conviene con todos los filósofos que quieren que no haya lugar vacuo; y, después de esto, vendrá bien su conjunción con la mía que, como dicen: «según que es la materia que el hombre manea, así es más excelente el maestro que la opera». Porque cierta cosa es que más excelente es el médico del cuerpo humano racional que no el albéitar, que medica el cuerpo irracional, y más excelente el miembro del ojo que no el dedo del pie, y mayor milagro hizo Dios en la cara del hombre o de la mujer que no en todo el hombre ni en todo el mundo, y por eso no se halla jamás que una cara sea semejante a otra en todas las partículas, porque, si se parece en la nariz no se parece en la barba, y así de singulis. De manera que yo al

cuerpo, y ella a la cara, como más excelente y mejor artesana de caras que en nuestros tiempos se vio, estaríamos juntos, y ganaríamos para la vejez poder pasar, yo sin récipe y ella sin hic et hec et hoc, el alcohol, y amigos, como de antes. Y beso las manos a vuestra merced, y a mi señora Lozana la boca.

LOZANA.- Yo la vuestra enzucarada. ¿Qué me decís? Cuando vos quisierais regar mi manantío, está presto y a vuestro servicio, que yo sería la dichosa.

IMPERIA.- «Más vale asno que os lleve que no caballo que os derroque». De Rampín hacéis vos lo que queréis, y sirve de todo, y dejá razones, y vamos a la estufa.

LOZANA.- Vamos, señora, mas siempre es bueno saber. Que yo tres o cuatro cosas no sé que deseo conocer: la una, qué vía hacen o qué color tienen los cuernos de los hombres; y la otra, querría leer lo que entiendo; y la otra, querría que en mi tiempo se perdiese el temor y la vergüenza, para que cada uno pida y haga lo que quisiere.

IMPERIA.- Eso postrero no entiendo, de temor y vergüenza.

LOZANA.- Yo, señora, yo os lo diré. Cierto es que si yo no tuviese vergüenza, que cuantos hombres pasan querría que me besasen, y si no fuese el temor, cada uno entraría y pediría lo vedado; mas el temor de ser castigados los que tal hiciesen, no se atreven, porque la ley es hecha para los transgresores, y así de la vergüenza, la cual ocupa que no se haga lo que se piensa, y si yo supiese o viese estas tres cosas que arriba he dicho, sabría más que Juan de Espera en Dios, de manera que cuantas putas me viniesen a las manos, les haría las cejas a la chancilleresca, y a mi marido se los pondría verdes, que significan esperanza, porque me metió el anillo de cuerno de búfalo. Y la cuarta que penitus iñoro es: ¿de quién me tengo de empreñar cuando alguno me empreñe? Señora, vaya Jusquina delante y lleve los aderezos.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

Vamos por aquí, que no hay gente. Señora, ya comienzan las máscaras. ¡Mire vuestra merced cuál va el bellaco de Hércules enmascarado! ¡Y oliva, oliva de España, aquí vienen y hacen quistión, y van cantando! ¡Ahora me vezo sonar de recio! Entre vuestra merced y salgamos presto, que me vendrán a buscar más de cuatro ahora que andan máscaras, que aquí ganaré yo cualque ducado para dar la parte a maestro Arresto: él debe trala, que medicó el asno y meritó la albarda. ¡Pues vaya a la horca, que no me ha de faltar hombre, aunque lo sepa hurtar!

Mamotreto LXIII

Cómo la Lozana fue a su casa y envió por un sastre, y se vistió del paño que le dieron en casa del coronel, y lo que pasó con una boba. Y dice la Lozana.

[LOZANA.-] ¿Dónde metéis esa leña? ¿Y el carbón? ¿Está abajo? ¿Miraste si era bueno? ¿Subiste arriba los barriles, los presutos y quesos? ¿Contaste cuántas piezas de tela vinieron? ¿Viste si el olio está seguro que no se derrame? ¡Pues andá, llamá a maestro Gil, no sea para esa otra semana! Y mirá que ya comienzan las máscaras a andar en torno; estas carrastollendas tenemos de ganar. Torná presto porque prestéis esos vestidos a quien os los pagare. Veis, viene madona Pelegrina, la simple, a se afeitar; aunque es boba, siempre me da un julio; y otro que le venderé de solimán, serán dos. Entrá, ánima mía cara. ¿Y con este tiempo venís, ánima mía dulce, saporida? ¡Mirá qué ojos y qué dientes; bien parece que sois de buena parte! Bene mío, asentaos, que venís cansada, que vos sois española, por la vida, y podría ser, que los españoles por donde van siembran, que viente años ha que nos los tenéis allá por esa Lombardía. ¿Estáis grávida, mi señora?

PELEGRINA.- Señora, no, mas si vos, señora Lozana, me supieseis decir con qué me engravidase, yo os lo satisfaría muy bien, que no deseo en este mundo otro.

LOZANA.- ¡Ay, ánima mía enzucarada! Récipe lo que sé que es bueno, si vos lo podéis hacer. Tomá sábana de fraile que no sea quebrado, y halda de camisa de clérigo macho, y recincháoslas a las caderas con uñas de sacristán marzolino, y veréis qué hijo haréis.

PELEGRINA.- Señora Lozana, vos que sabéis en qué caen estas cosas, decime, ¿qué quiere decir que cuando los hombres hacen aquella cosa, se dan tanta prisa?

LOZANA.- Habéis de saber que me place, porque el discípulo que no duda ni pregunta no sabrá jamás nada, y esta tierra hace los ingenios sutiles y vivos, máxime vos, que sois de la Marca; mucho más sabréis interrogando que no adivinando. Habéis de saber que fue un emperador que, como viese que las mujeres tenían antiguamente cobertera en el ojo de cucharica de plata, y los hombres fuesen eunucos, mandó que de la cobertera hiciesen compañones a los hombres; y como hay una profecía que dice Merlín que ha de tornar cada cosa a su lugar, como aquéllos al cufro de la mujer, por eso se dan tanta prisa, por no quedar sin ellos, y beata la mujer a quien se le pegaren los primeros. Por tanto, si vos me creéis, hacé de esta manera: alzá las nalgas y tomadlo a él por las ancas y apretá con vos, y quedaréis con cobertera y preñada, y esto haced hasta que acertéis.

PELEGRINA.- Decime, señora Lozana, ¿qué quiere decir que los hombres tienen los compañones gordos como huevos de gallina, de paloma y de golondrina, y otros que no tienen sino uno?

LOZANA.- Si bien los miraste, en ellos viste las señales. Habéis de saber que los que no tienen sino uno perdieron el otro

desvirgando mujeres ancianas, y los que los tienen como golondrinas se los han disminuido malas mujeres cuando sueltan su artillería, y los que los tienen como paloma, esos te saquen la carcoma, y los que los tienen como gallina es buena su manida.

PELEGRINA.- Decime, señora Lozana, ¿qué quiere decir que los mozos tienen más fuerza y mejor que sus amos, por más hombres de bien que sean?

LOZANA.- Porque somos las mujeres bobas. Cierta cosa es que para dormir de noche y para sudar nos hacéis camisa sotil, que luego desteje. El hombre, si está bien vestido, contenta al ver, mas no satisface la voluntad, y por esto valen más los mozos que sus amos en este caso. Y la camisa sotil es buena para las fiestas, y la gorda a la continua; que la mujer sin hombre es como fuego sin leña. Y el hombre machucho que la encienda y que coma torreznos, porque haga los mamotretos a sus tiempos. Y su amo que pague el alquilé de la casa y que dé la saya. Y así, pelallos, y popallos, y cansarlos, y después de pelados, dejarlos enjugar.

Mamotreto LXIV
Cómo vinieron cuatro palafreneros a la Lozana: si quería tomar en su casa un gentilhombre que venía a negociar, y traía un asnico sardo llamado Robusto, y ensalmoles los encordios, y dice uno.

[PALAFRENERO.-] Señora Lozana, nosotros, como somos huérfanos y no tenemos agüelas, venimos con nuestros tencones en las manos a que nos ensalméis, y yo, huérfano, a que me beséis.

LOZANA.- Amigos, «este monte no es para asnos», comprá mulos. ¡Qué gentileza! Hacerme subir la calamita. ¡Si os viera hacer eso Rampín, el bravo, que es un diablo de la peña Camasia! ¿Pensáis que soy yo vuestra Ginebra, que se afeita ella misma por no dar un julio a quien la haría parecer moza?

PALAFRENERO.- Puta ella y vos también, ¡guay de ti, Jerusalén!

CAMARINO.- Señora Lozana, ensalmános estos encordios y veis aquí esta espada y estos estafiles: vendedlos vos para melecinas.

LOZANA.- Vení uno a uno, dejadme poner la mano.

CAMARINO.- ¡Ay, que estáis fría!

LOZANA.- Vos seréis abad, que sois medroso. Vení vos. ¡Oh, qué tenéis de pelos en esta forma! Dios la bendiga; vería si tuviese cejas.

PALAFRENERO.- Señora Lozana, si tuviese tantos esclavos que vender, a vos daría el mejor.

LOZANA.- Andá, que vos seréis mercader codicioso. Vení vos; esperá, meteré la mano.

SARACÍN.- Meté, señora, mas mirá que estoy derecho.

LOZANA.- ¡Por mi vida que sois caballero e hidalgo, aunque pobre! Y si tanto derecho tuvieseis a un beneficio sería vuestra la sentencia. Esperá, diré las palabras y tocaré, porque en el tocar está la virtud.

SARACÍN.- Pues dígalas vuestra merced alto que las oigamos.

LOZANA.- Soy contenta: «Santo Ensalmo se salió, y contigo encontró, y su vista te sanó; así como esto es verdad, así sanes de este mal, amén». Andá, que no será nada, que pecado es que tengáis mal en tal mandragulón.

PALAFRENERO.- Mayor que el Rollo de Écija, servidor de putas.

LOZANA.- Mala putería corras, como Margarita Corillón, que corrió los burdeles de Oriente y Poniente, y murió en Septentrión, sana y buena como yo.

PALAFRENERO.- Decinos ahora, ¿cómo haréis?, que dicen que habrá guerra, que ya con la peste pasada cualque cosa ganabais.

LOZANA.- Mal lo sabéis. Más quiero yo guerra que no peste, al contrario del duque de Saboya, que quiere más peste en su tierra que no guerra. Yo, si es peste, por huir como de lo ganado y si hay guerra, ganaré con putas y comeré con soldados.

PALAFRENERO.- ¡Voto a Dios, que bien dice el que dijo que «de puta vieja y de tabernero nuevo me guarde Dios»! Digámosle a la señora Lozana a lo que más venimos. Vuestra merced sabrá que aquí en Roma es venido un gentilhombre y en su tierra rico, y trae consigo un asnico que entiende como una persona, y llámalo Robusto, y no querría posar sino solo; y pagará bien el servicio que a él y a Robusto le harán y por estar cerca del río, adonde Robusto vaya a beber. Por tanto, querríamos rogar a vuestra perniquitencia que, pagándoslo, fueseis contenta por dos meses de darle posada, porque pueda negociar sus hechos más presto y mejor.

LOZANA.- Señores, yo siempre deseé de tener plática con estaferos, por muchos provechos que de ellos se pueden haber; y viendo que, si hago esto que me rogáis, no solamente

tendré a ese señor mas a todos vosotros, por eso digo que la casa y la persona a vuestro servicio. Avisadlo que, si no sabe, sepa que no hay cosa tan vituperosa en el hombre como la miseria, porque «la miseria es sobrina de la envidia», y en los hombres es más notada que en las mujeres y más en los nobles que no en los comunes, y siempre la miseria daña la persona en quien reina, y es adversa al bien común. Y es señal de natura, porque luego se conoce el rico mísero ser de baja condición, y esta regla es infalible segundo mi ver. Y avisadlo, que «no se hacen los negocios de hongos, sino con buenos dineros redondos».

Mamotreto LXV
Cómo vino el asno de micer Porfirio por corona, y se graduó de bachiller, y dice entre sí, mirando al Robusto, su asnico.

[PORFIRIO.-] No hay en este mundo quien ponga mientes a los dichos de los viejos que, si yo me recuerdo, siempre oí decir que ni fíes ni porfíes ni prometas lo incierto por lo cierto. Bien sé yo que a este Robusto le falta lo mejor, que es el leer, y si en esto lo examinan primero, no verán que sabe cantar y así me lo desecharán sin grado, y yo perderé mi apuesta. ¡Robusto canta! Ut-re-mi-fa-sol-la. ¡Di conmigo! ¡Más bajo, bellaco! ¡Otra vez! Comienza del la-sol-fa, híncate de rodillas, abaja la cabeza, di un texto entre dientes y luego comerás: Aza-aza-aza-ro-ro-ro-as-as-as-no-no-no. ¡Así! Comed ahora y sed limpio. ¡Oh, Dios mío y mi Señor! ¿cómo Balán hizo hablar a su asna, no haría Porfirio leer a su Robusto? Que solamente la paciencia que tuvo cuando le corté las orejas me hace tenerle amor. Pues vestida la veste talar y asentado y verlo cómo tiene las patas como el asno de oro Apuleyo, es para que le diesen beneficios, cuanto más graduarlo bacalario.

LOZANA.- Señor Porfirio, véngase a cenar, y dígame qué pasión tiene y por qué está así pensoso.

PORFIRIO.- Señora, no os oso decir mi pena y tormento que tengo, porque temo que no me lo tendréis secreto.

LOZANA.- No haya vuestra merced miedo que yo jamás lo descubra.

PORFIRIO.- Señora, bien que me veis así solo, no soy de los ínfimos de mi tierra, mas la honra me constriñe, que, si pudiese, querría salir con una apuesta que con otros hice, y es que, si venía a Roma con dinero, que ordenaba mi Robusto de bacalario. Y siendo venido y proveído de dinero y vezado a Robusto todas las cosas que han sido posible vezar a un su par, y ahora como veo que no sabe leer, no porque le falte ingenio, mas porque no lo puede exprimir por los mismos impedimentos que Lucio Apuleyo, cuando diventó asno, y retuvo siempre el intelecto de hombre racional, por ende estoy mal contento, y no querría comer, ni beber, ni hacer cosa en que me fuese solacio.

LOZANA.- Micer Porfirio, estad de buena gana, que yo os lo vezaré a leer, y os daré orden que despachéis presto para que os volváis a vuestra tierra. Id mañana, y haced un libro grande de pergamino, y traédmelo, y yo le vezaré a leer y yo hablaré a uno que, si le untáis las manos, será notario y os dará la carta del grado. Y hacé vos con vuestros amigos que os busquen un caballerizo que sea pobre y joven y que tenga el seso en la bragueta, que yo le daré persona que se lo acabe de sacar; y de esta manera venceremos el pleito y no dudéis que de este modo, se hacen sus pares bacalarios. Mirá, no le deis de comer al Robusto dos días, y, cuando quisiere comer, metedle la cebada entre las hojas, y así lo enseñaremos a buscar los granos y a voltar las hojas, que bastará. Y diremos que está turbado, y así el notario dará fe de lo que viere y de lo que cantando oyere. Y así omnia per pecunia falsa sunt. Porque creo que basta harto que

llevéis la fe, que no os demandarán si lee en letras escritas con tinta o con olio o iluminadas con oro, y si les pareciere la voz gorda, decí que está resfriado, que es usanza de músicos: una mala noche los enronquece. Asimismo, que itali ululant, hispani plangunt, gali canunt. Que su merced no es gallo sino asno, como veis, que le sobra la sanidad.

Mamotreto LXVI
Cómo la Lozana se fue a vivir a la ínsula de Lípari, y allí acabó muy santamente ella y su pretérito criado Rampín, y aquí se nota su fin y un sueño que soñó.

[LOZANA.-] ¿Sabéis, venerábile Rampín, qué he soñado? Que veía a Plutón caballero sobre la Sierra Morena y, voltándome enverso la tramontana, veía venir a Marte debajo una niebla, y era tanto el estrépito que sus ministros hacían que casi me hacían caer las tenazuelas de la mano. Yo, que consideraba qué podría suceder, sin otro ningún detenimiento cabalgaba en Mercurio que, de repente, se me acostó, el cual me parecía a mí que hiciese el más seguro viaje que al presente se halle en Italia, en tal modo que navegando llegábamos en Venecia, donde Marte no puede extender su ira. Finalmente desperté, y no pudiendo quietar en mí una tanta alteración, traje a la memoria el sueño que aun todavía la imaginativa lo retenía. Considerando, consideraba cómo las cosas que han de estar en el profundo, como Plutón, que está sobre la Sierra Morena, y las altas se abaten al bajo, como milano, que tantas veces se abate hasta que no deja pollo ni polla, el cual diablo de milano ya no teme espantajos, que cierto las gallinas ya no pueden hacer tantos pollos como él consuma. En conclusión, me recordé haber

visto un árbor grandísimo sobre el cual era uno asentado, riendo siempre y guardando el fruto, el cual ninguno seguía, debajo del cual árbol vi una gran compañía que cada uno quería tomar un ramo del árbol de la locura, que por bienaventurado se tenía quien podía haber una hoja o una ramita: quién tiraba de acá, quién de allá, quién cortaba, quién rompía, quién cogía, quién la corteza, quién la raíz, quién se empinaba, quién se ponía sobre las puntillas, así buenos como medianos y más chicos, así hombres como mujeres, así griegos como latinos, como tramontanos o como bárbaros, así religiosos como seculares, así señores como súbditos, así sabios como ignorantes, cogían y querían del árbol de la vanidad. Por tanto dicen que «el hombre apercibido medio combatido». Ya viste que el astrólogo nos dijo que uno de nosotros había de ir a paraíso, porque lo halló así en su aritmética y en nuestros pasos, más este sueño que yo he soñado. Quiero que éste sea mi testamento. Yo quiero ir a paraíso, y entraré por la puerta que abierta hallare, pues tiene tres, y solicitaré que vais vos, que lo sabré hacer.

RAMPÍN.- Yo no querría estar en paraíso sin vos; mas mejor será a Nápoles a vivir, y allí viviremos como reyes y aprenderé yo a hacer guazamalletas y vos venderéis regalicia, y allí será el paraíso que soñaste.

LOZANA.- Si yo voy, os escribiré lo que por el alma habéis de hacer con el primero que venga, si viniere, y si veo la Paz, que allá está continua, la enviaré atada con este ñudo de Salomón; desátela quien la quisiere. Y ésta es mi voluntad, porque sé que tres suertes de personas acaban mal, como son: soldados y putanas y usuarios, si no ellos, sus descendientes; y por esto es bueno fuir romano por Roma, que voltadas las letras dice amor, y entendamos en dejar lo que nos ha de dejar. Y luego vamos en casa de la señora Guiomar López, que mañana se parte madona Sabina. Vamos con ella, que no podemos errar, al ínsula de Lípari con nuestros pares, y mudareme yo el nombre

y direme la Vellida, y así más de cuatro me echarán menos, aunque no soy sola, que más de cuatro Lozanas hay en Roma y yo seré salida de tanta fortuna pretérita, continua y futura y de oír palabradas de necios, que dicen no lo hagáis y no os lo dirán, que a ninguno hace injuria quien honestamente dice su razón. Ya estoy harta de meter barboquejos a putas y poner jáquinas de mi casa, y pues he visto mi ventura y desgracia, y he tenido modo y manera y conversación para saber vivir, y veo que mi trato y plática ya me dejan, que corren como solían, haré como hace la Paz, que huye a las islas, y como no la buscan, duerme quieta y sin fastidio, pues ninguno se lo da, que todos son ocupados a romper ramos del sobrescrito árbor, y cogiendo las hojas será mi fin. Me estaré reposada y veré mundo nuevo, y no esperar que él me deje a mí, sino yo a él. Así se acabará lo pasado y estaremos a ver lo presente, como fin de Rampín y de la Lozana. Fenezca la historia compuesta en retrato, el más natural que el autor pudo, y acabose hoy, primo de diciembre, año de mil quinientos veinticuatro, a laude y honra de Dios trino y uno; y porque reprendiendo los que rompen el árbol de la vanidad seré causa de moderar su fortuna, porque no sería quien está encima de los que trajere y condujere a no poder vivir sin semejantes compañías, y porque siendo por la presente obra avisados, que no ofendan a su Criador, el cual sea rogado que perdone a los pasados y a nosotros, que decimos: Averte, Domine, oculos meos ne videant vanitatem sine praejudicio personarum. In alma urbe, MDXXIV.

FINIS

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

Apología.
Cómo se excusa el autor en la fin del Retrato de la Lozana, en laude de las mujeres.

Sin duda, si ningún hombre quisiese escribir la audacia de las mujeres, no creo que bastasen plumas de veloces escritores, y si por semejante quisiese escribir la bondad, honestidad, devoción, caridad, castidad y lealtad que en las claras mujeres se halla y hemos visto, porque las que son buenas no son tanto participadas en común. Por tanto, muchas virtudes están tácitas y ocultas que serían espejo a quien las oyese contar. Y como la mujer sea jardín del hombre y no hay cosa en este mundo que tanto realegre al hombre exterior, y que tanto y tan presto le regocije, porque no solamente el ánima del hombre se alegra en ver y conversar mujer, mas todos sus sentidos, pulsos y miembros se revivifican incontinente. Y si hubiese en la mujer modestia, y en el hombre temperanza honesta, gozarían con temor lo que, con temerosa audacia, ciega la impaciencia, así al hombre racional como a la frágile mujer; y cierto que si este tal jardín que Dios nos dio para recreación corporal, que si no castamente, al menos cautamente lo gozásemos en tal manera que naciesen en este tal jardín frutos de bendición, porque toda obra loa y alaba a su Hacedor cuando la precede el temor, y este tal fruto aprovecha en laude a su Criador, máxime a quien lo sabe moderar. La señora Lozana fue mujer muy audaz, y como las mujeres conocen ser solacio a los hombres y ser su recreación común, piensan y hacen lo que no harían si tuviesen el principio de la sapiencia, que es temer al Señor, y la que alcanza esta sapiencia o inteligencia es más preciosa que ningún diamante; y así, por el contrario, muy vil. Y sin duda, en esto quiero dar gloria a la Lozana, que se guardaba mucho de hacer cosas que fuesen ofensa a Dios ni a sus mandamientos, porque, sin perjuicio de partes, procuraba comer y beber sin ofensión ninguna. La cual se apartó con tiempo y se fue a vivir a la ínsula de Lípari, y allí se mudó el nombre, y se llamó la Vellida, de manera que gozó tres nombres: en España, Aldonza, y en Roma, La Lozana y en

Lípari, la Vellida. Y si alguno quisiere saber del autor cuál fue su intención de retraer reprehendiendo a la Lozana y a sus secuaces, lean el principio del retrato. Y si quisieren reprehender que por qué no van muchas palabras en perfecta lengua castellana, digo que, siendo andaluz y no letrado y escribiendo para darme solacio y pasar mi fortuna que en este tiempo el Señor me había dado, conformaba mi hablar al sonido de mis orejas, que es la lengua materna y su común hablar entre mujeres. Y si dicen que por qué puse algunas palabras en italiano, púdelo hacer escribiendo en Italia, pues Tulio escribió en latín, y dijo muchos vocablos griegos y con letras griegas. Si me dicen que por qué no fui más elegante, digo que soy ignorante y no bachiller. Si me dicen cómo alcancé a saber tantas particularidades, buenas o malas, digo que no es mucho escribir una vez lo que vi hacer y decir tantas veces. Y si alguno quisiere decir que hay palabras maliciosas, digo que no quiera nadie glosar malicias imputándolas a mí, porque yo no pensé poner nada que no fuese claro y a ojos vistas: y si alguna palabra hubiere, digo que no es maliciosa, sino malencónica, como mi pasión antes que sanase. Y si dijeren que por qué perdí el tiempo retrayendo a la Lozana y a sus secuaces, respondo que, siendo atormentado de una grande y prolija enfermedad, parecía que me espaciaba con estas vanidades. Y si por ventura os viniere a las manos un otro tratado, De consolacione infirmorum, podéis ver en él mis pasiones para consolar a los que la fortuna hizo apasionados como a mí. Y en el tratado que hice del leño del India, sabréis el remedio mediante el cual me fue contribuida la sanidad, y conoceréis el autor no haber perdido todo el tiempo, porque, como vi coger los ramos y las hojas del árbol de la vanidad a tantos, yo, que soy de chica estatura, no alcancé más alto: asentéme al pie hasta pasar, como pasé, mi enfermedad. Si me decís por qué en todo este retrato no puse mi nombre, digo que mi oficio me hizo noble, siendo de los mínimos de mis conterráneos, y por esto callé el nombre, por no vituperar el oficio escribiendo vanidades con menos culpa que otros que compusieron y no vieron como yo. Por tanto, ruego al prudente

letor, juntamente con quien este retrato viere, no me culpe, máxime que, sin venir a Roma, verá lo que el vicio de ella causa. Ansimismo, por este retrato sabrán muchas cosas que deseaban ver y oír, estándose cada uno en su patria, que cierto es una grande felicidad no estimada. Y si alguno me dirá algún improperio en mi ausencia al ánima o al cuerpo imperet sibi Deus, salvo ignorante, porque yo confieso ser un asno, y no de oro. Valete con perdón y notá esta conclusión: el ánima del hombre desea que el cuerpo le fuese par perpetuamente; por tanto, todas aquellas personas que se retraerán de caer en semejantes cosas, como éstas que en este retrato son contadas, serán pares al espíritu y no a la voluntad ni a los vicios corporales, y siendo dispares o desiguales a semejantes personas, no serán retraídas, y serán y seremos gloria y laude a aquel infinito Señor que para sí nos preservó y preservará, amén.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

Explicación.

Son por todas las personas que hablan en todos los mamotretos o capítulos ciento veinticinco; va dividido en mamotretos sesenta y seis. Quiere decir mamotreto libro que contiene diversas razones o compilaciones juntadas. Asimismo porque en semejantes obras seculares no se debe poner nombre ni palabra que se pertenezca a los libros de sana y santa doctrina, por tanto, en todo este retrato no hay cosa ninguna que hable de religiosos, ni de santidad, ni con iglesias, ni eclesiásticos, ni otras cosas que se hacen que no son de decir. Ítem, ¿por qué más se fue la Lozana a vivir a la ínsula de Lípari que a otra parte?: porque antiguamente aquella ínsula fue poblada de personas que no había sus pares, de adonde se dijeron li pari: los pares; y dicen en italiano li pari loro non si trovano, que quiere decir: no se hallan sus pares. Y era que, cuando un hombre hacía un insigne delito no le daban la muerte, mas condenábanlo a la ínsula de Lípari. Ítem, ¿por qué más la llamé Lozana que otro nombre? Porque Lozana es nombre más común y comprehende su nombre primero, Aldonza o Alaroza en lengua arábica, y Vellida lo mismo, de manera que Lozana significa lo que cada un nombre de estos otros significan. Así que Vellida y Alaroza y Aldonza particularmente demuestran cosa garrida o hermosa, y Lozana generalmente lozanía, hermosura, lindeza, fresqueza y belleza. Por tanto, digo que para gozar de este retrato y para murmurar del autor, que primero lo deben bien leer y entender, sed non legatur in escolis. No metí la tabla, aunque estaba hecha, porque esto basta por tabla.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

> **Esta epístola añadió el autor el año de mil quinientos veintisiete, vista la destrucción de Roma y la gran pestilencia que sucedió, dando gracias a Dios que le dejó ver el castigo que méritamente Dios permitió a un tanto pueblo.**

¿Quién jamás pudo pensar, oh Roma, oh Babilón, que tanta confusión pusiesen en ti estos tramontanos occidentales y de Aquilón, castigadores de tu error? Leyendo tus libros verás lo que más merece tu poco temor. ¡Oh qué fortuna vi en ti! Y hoy habiéndote visto triunfante y ahora te veo y con el dedo te cuento, dime, ¿dónde son los galanes, las hermosas que con una chica fosa en diez días cubriste y encerraste dando fin a las favoridas, pues una sábana envolvió sus cuerpos pestíferos? Las que no se podía vivir con ellas ya son sepultas, yo las vi. ¡Oh, Lozana!, ¿qué esperas? Mira la Garza Montesina, que la llevan sobre una escalerita por no hallar, ni la hay, una tabla en toda Roma. ¿Dónde es el favor? ¿Cómo van sin lumbre, sin son y sin llanto? Mira los galanes que se tapan las narices cuando con ellas pasan. ¡Oh, Dios!, ¿pensolo nadie jamás tan alto secreto y juicio como nos vino este año a los habitadores que ofendíamos a tu Majestad? No te ofendieron las paredes, y por eso quedaron enhiestas, y lo que no hicieron los soldados hiciste tú, Señor, pues enviaste después del saco y de la ruina pestilencia inaudita con carbones pésimos y sevísimos, hambre a los ricos, hechos pobres mendigos. Finalmente que vi el fin de los muchos juicios que había visto y escrito. ¡Oh, cuánta pena mereció tu libertad, y el no templarte, Roma, moderando tu ingratitud a tantos beneficios recibidos! Pues eres cabeza de santidad y llave del cielo, y colegio de doctrina y cámara de sacerdotes y patria común, quién vio la cabeza hecha pies y los pies delante. ¡Sabroso principio para tan amargo fin! ¡Oh, vosotros, que vendréis tras los castigados, mirá este retrato de Roma, y nadie o ninguno sea causa que se haga otro! Mirá bien éste y su fin, que es el castigo del cielo y de la tierra, pues los elementos nos han sido contrarios. Gente contra gente,

terremotos, hambre, pestilencia, presura de gentes, confusión del mar, que hemos visto no solamente perseguirnos sus cursos y raptores, pero este presente diluvio de agua, que se ensoberbeció Tíber y entró por toda Roma, año de mil quinientos veintiocho, así que llegó al mismo señal que fue puesto el año de mil quinientos quince, donde están escritos estos versos:

Bis denos menses decimo peragente Leone,
idibus huc Tiberis unda Novembris adest.

No se puede huir la Providencia divina, pues con lo sobre dicho cesan los delicuentes con los tormentos, mas no cesarán sol, luna y estrellas de pronosticar la meritoria que cada uno habrá. Por cierto no fui yo el primero que dijo: Ve tibi, civitas meretrix! Por tanto, señor Capitán del felicísimo ejército imperial, si yo recibiese tanta merced que se dilatase demandar este retrato en público, me sería a mí disculpa y al retrato privilegio y gracia. La cual, desde ahora, la nobleza y caballería de vuestra merced se la otorgó, pues mereció este retrato de las cosas que en Roma pasaban presentarse a vuestra clara prudencia para darle sombra y alas a volar sin temor de los vituperadores que más atildado lo supieran componer. Mas no siendo obra sino retrato, cada día queda facultad para borrar y tornar a perfilarlo, según lo que cada uno mejor verá; y no pudiendo resistir sus reproches y pinceles acutísimos de los que remirarán no estar bien pintado o compuesto, será su defensión altísima y fortísima inexpugnable el planeta Marte que al presente corre, el cual planeta contribuirá favor al retrato en nombre del autor. Y si alguno quisiere combatir con mi poco saber, el suyo mucho y mi ausencia me defenderá. Esto digo, noble señor, porque los reprochadores conozcan mi cuna, a los cuales afectuosísimamente deseo informar de las cosas retraídas, y a vuestra merced servir y darle solacio, la cual nuestro señor próspero, sano y alegre conserve muchos y felicísimos tiempos. Ruego a quien tomare este retrato que lo enmiende antes que vaya en público, porque yo lo escribí para enmendarlo por poder

dar solacio y placer a lectores y audientes, los cuales no miren mi poco saber sino mi sana intención y entreponer el tiempo contra mi enfermedad. Soy vuestro y a vuestro servicio; por tanto, todos me perdonaréis.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

Carta de excomunión contra una cruel doncella de sanidad.

De mí, el vicario Cupido,
de línea celestial,
por el dios de amor elegido
y escogido en todo lo temporal,
y muy gran administrador,
a todas las tres edades
de cualesquier calidades
donde su ley sucedió:
salud y gracia.

Sepáis que, ante mí,
apareció un amador,
que se llama «de remedio despedido»,
el cual se me querelló
de una muy graciosa dama.
Dice que, con su beldad
y con gracias muy extrañas,
le robó la libertad
de dentro de sus entrañas.

Dice que le desclavó
la clavada cerradura
con que su seso guardaba,
y también que le tomó
toda junta la cordura,
cual fortuna le guiaba;
que le mató el sosiego
sin volverle ningún ruego,
ni saber, ni discreción,
por la cual causa está ciego
y le arden en muy vivo fuego
las telas del corazón.

Este dios de afición,

cuyo lugar soy teniente,
manda sin dilación
que despache este acto presente.

Capellanes y grandes curas
de este palacio real
de Amor y sus alturas
haced esta denunciación
porque no aclame cautela,
desde ahora apercibiendo
por tres conominaciones.
Y porque le sean notorios
los sacros derechos y vías,
por término perentorio
yo le asigno nueve días,
porque es término cumplido,
como antedicho es,
ya pronunciado y sabido.

Del templo luego la echéis,
como miembro disipado
de nuestra ley tan bendita.
Todos cubiertos de luto,
con los versos acostumbrados
que se cantan al difunto;
las campanas repicando,
y el cura diga: «Muera
su ánima en fuerte fragua
como esta lumbre de cera
veréis que muere en el agua».

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

Véngale luego a deshora
la tan gran maldición
de Sodoma y Gomorra,
y de Atam y Abirón.
Véngale tal confusión,
en su dicho cuerpo
y, si no en su cuerpo,
en conclusión,
como a nadie le vino.

Maldito lo que comiere:
pan y vino y agua y sal;
Maldito quien se lo diere,
nunca le fallezca mal.
Y la tierra que pisare,
y la cama en que durmiere,
y quien luego no lo dijere
que la misma pena pene.

Sus cabellos tan lucidos,
ante quien el oro es fusco,
tornen negros y encogidos
que parezcan de giunvo.
Y sus cejas delicadas,
con la resplandeciente frente,
se tornen tan espantables
como de un fiero serpiente.
Y sus ojos matadores,
con que robó mis entrañas,
hínchense de aradores,
que le pelen las pestañas.
Y su nariz delicada,
con que todo el gesto area,
se torne grande y quebrada
como de muy fea negra.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

Y su boca tan donosa,
con labrios de un coral,
se le torne espumosa,
como de gota coral.
Y sus dientes tan menudos,
y encías de un carmesí,
se le tornen grandes y agudos,
parezcan de jabalí.
Su garganta y su manera,
talle, color y blancura,
se tornen de tan mal aire
como toda su figura.
Y sus pechos tan apuestos,
testigos de cuanto digo,
tornen secos y deshechos,
con tetas hasta el ombligo.
Y sus brazos delicados,
codiciosos de abrazar,
se le tornen consumidos,
no hallen de qué tomar.
Y lo demás y su natura,
por más honesto hablar,
se torne de tal figura,
que de ello no pueda gozar.

Denle demás la cuerda,
que ligue su corazón.

Dada mes y año el día de vuestra querella.

Epístola de la Lozana a todas las que determinaban venir a ver campo de flor en Roma.

Amigas y en amor hermanas:

Deseando lo mismo, pensé avisaros cómo, habiéndome detenido por vuestro amor esperándoos, sucedió en Roma que entraron y nos castigaron y atormentaron y saquearon catorce mil teutónicos bárbaros, siete mil españoles sin armas, sin zapatos, con hambre y sed, italianos mil quinientos, napolitanos reamistas dos mil, todos éstos infantes; hombres de armas seiscientos, estandartes de jinetes treinta y cinco, y más los gastadores, que casi lo fueron todos, que si del todo no es destruida Roma, es por el devoto femenino sexo, y por las limosnas y el refugio que a los peregrinos se hacía ahora. A todo esto se ha puesto entredicho, porque entraron lunes a días seis de mayo de mil quinientos veintisiete, que fue el oscuro día y la tenebrosa noche para quien se halló dentro, de cualquier nación o condición que fuese, por el poco respeto que a ninguno tuvieron, máxime a los perlados, sacerdotes, religiosos, religiosas, que tanta diferencia hacían de los sobredichos, como haría yo de vosotras, mis hermanas. Profanaron sin duda cuanto pudiera profanar el gran Sofí si se hallara presente. Digo que no os maravilléis porque murió su capitán, por voluntad de Dios, de un tiro romano, de donde sucedió nuestro daño entrando sin pastor, donde la voluntad del Señor y la suya se conformó en tal modo que no os cale venir, porque no hay para qué ni a qué. Porque si venís por ver abades, todos están desatando sus compañones; si por mercaderes, ya son pobres; si por grandes señores, están ocupados buscando la paz que se perdió y no se halla; si por romanos, están reedificando y plantando sus viñas; si por cortesanos, están tan cortos que no alcanzan al pan. Si por triunfar, no vengáis, que el triunfo fue con las pasadas; si por caridad, acá la hallaréis pintada, tanta que sobra en la pared. Por ende, sosegad, que sin duda por muchos años podéis hilar velas largas y luengas. Sed ciertas que si la Lozana pudiese festejar lo

pasado, o decir sin miedo lo presente, que no se ausentaría de vosotras ni de Roma, máxime que es patria común que, voltando las letras, dice Roma,

A M O R.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

Digresión que cuenta el autor en Venecia

Cordialísimos lectores: pienso que muchas y muchas tragedias se dirán de la entrada y salida de los soldados en Roma, donde estuvieron diez meses a discreción y aun sin ella, que, como dicen, amicus Socrates, amicus Plato, magis amicus veritas. Digo sin ella porque eran inobedientes a sus nobilísimos capitanes, y crueles a sus naciones y a sus compatriotas. ¡Oh gran juicio de Dios!, venir un tanto ejército sub nube y sin temor de las maldiciones generales sacerdotales, porque Dios les hacía lumbre la noche y sombra el día para castigar los habitadores romanos, y por probar sus siervos, los cuales somos mucho contentísimos de su castigo, corrigiendo nuestro malo y vicioso vivir, que si el Señor no nos amara no nos castigara por nuestro bien. Mas, ¡guay por quien viene el escándalo! Por tanto me aviso que he visto morir muchas buenas personas y he visto atormentar muchos siervos de Dios como a su Santa Majestad le plugo. Salimos de Roma a diez días de febrero por no esperar las crueldades vindicativas de naturales, avisándome que, de los que con el felicísimo ejército salimos, hombres pacíficos, no se halla, salvo yo, en Venecia esperando la paz, que me acompañe a visitar nuestro santísimo protector, defensor fortísimo de una tanta nación, gloriosísimo abogado de mis antecesores, Santiago y a ellos, el cual siempre me ha ayudado, que no hallé otro español en esta ínclita ciudad. Y esta necesidad me compelió a dar este retrato a un estampador por remediar mi no tener ni poder, el cual retrato me valió más que otros cartapacios que yo tenía por mis legítimas obras, y éste, que no era legítimo por ser cosas ridiculosas, me valió a tiempo, que de otra manera no lo publicara hasta después de mis días, y hasta que otra que más supiera lo enmendara. Espero en el Señor eterno que será verdaderamente retrato para mis próximos, a los cuales me encomiendo, y en sus devotas oraciones, que quedo rogando a Dios por buen fin y paz y sanidad a todo el pueblo cristiano, amén.

Bibliografía.

ALBORG, Juan Luis (1986). Historia de la literatura española. Editorial Gredos, S.A.

ALLEGRA, G. (1973). Pequeña nota sobre el ilustre señor de La Lozana Andaluza. En: Boletín Real Academía Española. LIII, págs. 391-397.

ALLEGRA, Giovanni (1974-75) Introduzione alla "Loçana Andaluza" di Francisco Delicado. En: Annali della facoltà di Lettere e Filosofia (Università degli Studie di Perugia), XII, Págs. 383-442.

ALLEGRA, Giovanni (1976). Sobre una nueva hipótesis en la biografía de Francisco Delicado. En: Boletin de la Real Academia Española. 1976-LVI, págs. 523-535.

ALLEGRA, Giovanni (1985). Lozana Andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra. Taurus Ediciones, Madrid.

ANDRÉ, Michel (1847). Diccionario de Derecho Canónico. Madrid.

ANÓNIMO (1948). La Conquista del Reyno de Nápoles. Madrid: La Arcadia.

ANÓNIMO (1974). Cancionero de obras de burlas provocantes a risa. Basado en la edición original de Valencia, 1519. Edición a cargo de J.A. Bellón y P. Jauralde Pou.

ARETINO, Pietro; XUÁREZ, Fernán; LLANAS AGUILANIEDO, J.M. (1900). Coloqvio de las Damas y la Cortesana del famoso y gran demostrador de vicios y virtudes Pedro Aretino. Madrid, B. Rodríguez serra, Editor.

ARETINO, Pietro; CABRERA, Sarandi; BAFFO, Giorgio (1991). Sonetos lujuriosos & pasquines del aretino. Vintén Editor. Montevideo.

ASENSIO, Eugenio (1960). «Juan de Valdés contra Delicado. Fondo de una polémica». En *Studia philologica. Homenaje a Dámaso Alonso*. 3 vols. Madrid: Gredos, 1960-63, I (1960), págs. 101-113.

BLANCO AGUINAGA, Carlos (1957). Cervantes y la Picaresca: Notas sobre dos tipos de realismo", Nueva Revista de Filología Hispánica (NRFH), XI: Págs. 313-42.

BOBES, Maire (1997). Las églogas profanas de Juan Manuel Ximénez de Urrea. En: Teatro, revista de estudios teatrales. Nº 11. Págs. 45-78.

BOTTA, Patricia (2001). Los epígrafes en "La Celestina" (títulos, subtítulos, rúbricas, argumentos, etc.), En Los orígenes del español y los grandes textos medievales: "Mio Cid", "Buen Amor" y "Celestina" (ed. M. Criado de Val), Madrid, C.S.I.C., [col. "Biblioteca de Filología Hispánica"], págs. 237-264.

BOTTA, Patrizia (2002). La Celestina vibra en "la Lozana". En: *Cultura Neolatina,* núm. 62 (2002), págs. 275-304.

BUBNOVA, Tatiana (1987). F. Delicado puesto en diálogo: las claves bajtinianas de 'La lozana andaluza', México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987.

BUBNOVA, Tatiana (1998). Delicado en la Peña de Martos. En: Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas 21-26 de agosto de 1995, Birmingham. Volumen 2. Págs. 70-78.

BUBNOVA GULAYA, Tatiana (2004). Los prólogos de Delicado, II: el texto del *Primaleón.*En: María Luisa Lobato; Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional siglo del oro, Madrid. Págs. 373-383.

CALVO FERNÁNDEZ, Vicente (2000). El cardenal Bernardino de Carvajal y la traducción latina del Itinerario de *Ludovico Vartema*. EN: Cuadernos Filológicos Clásicos. Estudios Latinos, 18: págs. 303-321.

CANET VALLÉS, José Luis (2000). Prólogo en Tragicomedia de Calisto y Melibea. Valencia : Vicent Garcia ; [Madrid] : Biblioteca Nacional Reprod. facs. de la ed. de : Valencia : Juan Joffre, 1514.

CARRERAS I ARTAU, J. (1947-1951). El lullisme de Herrera l'arquitecte de l'Escorial. En: Micel-lània Puig i Cadalfalch, Barcelona, I, pág. 59. Cfr. W.J. Bouwsma (1957). Concordia mundi: The Career and Thought of Guillaume Postel, Cambridge, Mass., págs. 78-97.

COSTA FONTES, Manuel da (1994). Trinity in La Lozana andaluza. En: Hispanic Review, Vol. 62, No. 2 (Spring, 1994), págs. 249-266.

COSTA FONTES, Manuel da (1994). The art of 'Sailing' in La Lozana andaluza. En: Hispanic Review, Vol. 66, No. 4 (Autumn, 1998), págs. 433-445.

COSTA FONTES, Manuel da (2005). The Art of Subversión in Inquisitorial Spain. Rojas and Delicado. En: Celestinesca, Número 29, págs. 247-258.

CRUZ, ANNE J. (1989). Sexual Enclosure, Textual Escape: The Picara as Prostitute in the Spanish Female Picaresque Novel. Seeking the Woman in Late Medieval and Renaissance Writings. Eds. Sheila Fisher and Janet Halley. Knoxville: University of Tenessee Press. Págs. 135 – 159.

CRUZ, ANNE J. (1999). Discourses of Poverty: Social Reform and the Picaresque Novel in Early Modern Spain. Toronto: University of Toronto Press.

DAMIANI, Bruno M. (1969). La Lozana andaluza: bibliografía crítica. En: Boletón Real Academia Española, XLIX – cuaderno CLXXXVI, enero-abril. Págs. 117-139.

DAMIANI, Bruno M. (1970-1971). Francisco Delicado. El modo de adoperare el legno de India Occidentale a critical transcription. En: Revista Hispánica Moderna, XXXVI, págs. 251-271.

DAMIANI, Bruno M. (1989). La Lozana andaluza as Precursor to the Spanish Picaresque. The Picaresque: A Symposium on the Rogue's

Tale. Ed. Carmen Benito-Vessels and M. Zappala. Newark: University of Delaware Press, 1989. Págs. 57-68.

DELICADO, Francisco (1952). La Lozana andaluza. Edición de A. Vilanova, Barcelona.

DELICADO, Francisco (1969). La Lozana andaluza, Madrid. Castalia. Edición de B. Damiani,

DELICADO, Francisco (1984). La Lozana andaluza. Editorial Castalia Edición de Bruno Damiani.

DELICADO, Francisco (1985). La Lozana andaluza. Estudio preliminar, edición y notas de Giovanni Allegra, Taurus Ediciones, Madrid.

DELICADO, Francisco (1990). La Lozana andaluza, Madrid. Castalia. Edición de B. Damiani.

DELICADO, Francisco (2004). La Lozana andaluza. Edición, introducción y notas de Carla Perugini, Sevilla. Fundación José Manuel Lara.

DELICADO, Francisco (2007). La Lozana andaluza. Linkgua ediciones, Barcelona.

DÍAZ TENA, María Eugenia (2006). Vicios y virtudes de una Reina. En: Península. Revista de Estudios Ibéricos, Nº. 3, págs. 19-36.

DOWN, Kevin (1995). The Administration of the Diocese of Worcester under the Italian Bishops, 1497-1535, in: Midland History 20, 1995, págs. 1-19.

EISENBERG, Daniel y MARÍN PINA, María Carmen (2000). Bibliografía de los libros de caballerías castellanos. Zaragoza : Prensas Universitarias de Zaragoza.

ENRIQUEZ DE RIBERA, Fadrique de (1974). Desde Sevilla a jerusalén con versos de Juan de la Encina y prosa del Primer Marqués

de Tarifa; estudio y transcripción de Joaquín González Moreno. Sevilla.

BONMATI SÁNCHEZ, Virginia (1998). El humanista Juan del Encina, discípulo de Antonio de Nebrija. En: Studia philologica valentina, Nº 3, págs. 113-120.

GIL, Juan (1986). Apuleyo y Delicado: el influjo de El asno de oro en La Lozana Andaluza. En: Habis, XVII, pp. 209-220.

ENZINA, Juan del (1496). Cancionero General. Págs. XCVv – XCVIr. Reproducida en facsímile por la Real Academia Española en Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1928 (reimp. Madrid, Arco/Libros, 1989).

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gónzalo (1989). Batallas y Quinquagenas [1550-1552]. Edición de Juan Bautista de Avalle Arce, Salamanca.

FERNÁNDEZ Y SÁNCHEZ, Teodoro (1981). El discutido extremeño Cardenal Carvajal. Cáceres.

FERRARA DE ORDUNA, Lilia (1973). Algunas observaciones sobre La Lozana andaluza. En: Archivum, XXIII. Págs. 105-115.

FOUCAULT, Michel (1964). Historia de la locura en la época clásica. Paris.

FRONTINI, Manzella (1910). La Lozana andaluza, Catania.

GALLINA, A. (1962). L'attività editoriale di due spagnoli a Venezia nella prima mettà del '500. En: Studi ispanici. Volumen I, Università degli Studi di Pisa. Studi di Filologia moderna. Feltrinelli editore, 1962-1. Págs. 69-91.

GARCÍA DE LA CONCHA, Victor (1999). Historia de España Menéndez Pidal. Tomo XXI. La cultura del Renacimiento (1480-1580). Madrid: Esposa-Calpe.

GARCIA-VERDUGO, María Luisa (1994). La Lozana andaluza y la literatura del siglo XVI. La sífilis como enfermedad y metáfora. Editorial Pliegos, Madrid.
GAYANGOS, Pascual de (1857). Libros de caballerías, con un discurso preliminar y un catálogo razonado - Madrid, - Enc. – XCII.

GERNERT, Folke (1999). Francisco Delicado *Retrato de la Lozana Andaluza* und Pietro Aretinos *Sei giornate*. Geneve. Librairie Droz S.A.

GILLET, Joseph (1930). Torres Naharro and the Spanish Drama of the 16th Century. En: Estudios Eruditos in Memoriam de Bonilla y San Martín (1875-1926), Volumen 2, págs. 437-468.

GILLET, Joseph (1943). Propalladia and other works of Bartolomé de Torres Naharro. Edición de Joseph E. Gillet, 3 vols., volumen 1, págs. 241-255.

GIOVIO, Paoli (1570). Historia del fortissimo, y prudentissimo Capitan Don Hernando de Aualos Marques de Pescara: con los hechos memorables de otros siete excele[n]tissimos capitanes del Emperador D. Carlos V. Rey de España, que fueron en su tiempo, es a saber, el Prospero Colu[a]na , el Duque de Borbón, Don Carlos Lanoy, Don Hugo de Moncada, Philiberto Principe de Orange, Antonio de Leyua y el Marques de Guastro, Recopilada por el Maestro Valles; con una adicion hecha por Diego de Fuentes donde se trata la preía de Africa y así mismo la conquista de Sena con otras azañas particulares. Ánveres.

GREGOROVIUS, Ferdinand (2003). Roma y Atenas en la edad media y otros ensayos. México: Fondo de Cultura Económica.

HERNÁNDEZ ORTIZ, José A. (1974). La génesis artística de “La Lozana andaluza”. Ed. Ricardo Aguilera, Madrid.

HUGHES, John B. (1983). La Lozana andaluza and the Comedia Jacinta. En: Essays on Hispanic Literatura in Honor of Edmund L. King. Eds. Sylvia Molloy and Luis Fernández Cifuentes. London: Tamesis, 1983. Págs. 97-121.

IMPERIALE, Louis (1997). La Roma clandestina de francisco Delicado y Pietro Aretino. New York: Peter Lange.

IZQUIERDO-VALLADARES, Rafael (1999). El tópico del "carpe diem" en la Celestina y en la comedia Thebaida. En: Revista de Folklore. -- ISSN 0211-1810. -- Valladolid: Obra Social y Cultural de Caja España. -- T. 19/2, 1999-223.

JOSET, Jacques. (1998). «Muestra el Delicado a pronunciar la lengua española». En *Estudios en honor del profesor Josse de Kock, reunidos por N. Delbecque y C. De Paepe con motivo de su jubilación*. Lovaina: Leuven University Press, 1998, págs. 297-310.

KONSTAM, Augus (1996). Pavia 1525: The Climax of the Italian Wars. Oxford: Osprey Publishing, págs. 27-28

LÓPEZ CASTRO, Armando (2001). El motivo de la vieja bebedora: Celestina y María Parda. En: La Celestina V Centenario (1499-1999). Actas del Congreso Internacional. Salamanca, Talavera de la Reina, Toledo, La Puebla de Montalbán, 27 de septiembre a 1 de octubre de 1999. Edición cuidada por Felipe B. Pedraza Jiménez, Rafael González Cañal y Gema Gómez Rubio. Universidad de Castilla-La Mancha. Págs. 391-401.

MALDONADO DE GUEVARA, Francisco (1972). La Lozana andaluza y el Quijote. En: Anales Cervantinos Tomo XI, págs. 1-16.

MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco (1973). El mundo converso de la Lozana andaluza. En: Archivo Hispalense. 1973-CLXXI-CLXXLIII, Págs. 87-97.

MARTOS RUBIO, Ana (2006). Los 7 Borgia. Nowtilus.

McPHEETERS, D.W. (1961). El humanista español Alonso de Proaza. Castalia, Valencia.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1941). Bartolomé de Torres Naharro y su Propaladia. Estudios y discursos de crítica histórica y literaria. Ed. Nacional, Santander, Aldus S.A., 1941, tomo II.

MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino (1944?). Antología de poetas líricos castellanos, III.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1943). Orígenes de la Novela, tomo IV. Consejo superior de investigaciones científicas, Madrid.

MONTESINOS, Bugeo (1519). Cancionero de obras de burlas provocantes a risa (Carajicomedia). Valencia.

NAVAGERO, Andrea (1524-1526). Viaje a España del magnífico señor Andrea Navagero, Embajador de la República de Venecia ante el Emperador Carlos V.

NAVAGERO, Andres (1983). Viaje por España (1524-1526). Traducido y anotado por Antonio María Fabie. Ediciones Turner, Madrid.

OLMEDO, Felix G. (1913). Nebrija en Salamanca (1475 -1513). Madrid.

PALAU Y DULCET, Antonio (1923-1927). Manual del librero hispano-americano: inventario bibliográfico de la producción científica y literaria de España y de la América latina desde la invención de la imprenta hasta nuestros días, con el valor comercial de todos los artículos descritos. Tomo IV.

PECCHIAI, Pio (1948). Roma nel Cinquecento, Bologna, Cappelli.

PENNEY, Clara Louisa (1954). The book called Celestina in the library of the Hispanic Society of America.

PERUGINI, Carla (2000). Las fuentes iconográficas de la *Editio Princeps de La Lozana Andaluza.* En: Salina, 14 (2000), págs. 65-72.

PIKE, Ruth (1969). The Conversos in La Lozana andaluza. En: Modern Languages Notes, 84-2. Págs. 304-308.

PONS, José Enrique (2005). Lues, luminarias, lujuria y lucro en Roma renacentista. En: Archivos de Ginecología y Obstetricia, vol. 43, nº 3, págs. 148-153.

RAMÍREZ DE ARELLANO, Rafael (1900). Antón de Montoro y su testamento. **Revista** de Archivos, Bibliotecas y Museos (RABM), 4, págs. 484-489.

RENNERT, Hugo Albert (1899). Der spanische Cancionero des Britischen Museum (Ms. add. 10431), Erlangen. En: Romanische Forschungen, X, págs. 1-176.

REYES, Alfonso (1945). La Garza Montesina. En: Capítulos de literatura española, 2ª edición, México. Págs. 91-99.

REYES, Alfonso (1957). Capítulos de literatura española: (primera y segunda serie). De un autor censurado en el "Quijote". Páginas adicionales. La casa de España en México.

REYES, Alfonso (1963). Un enigma de «La Lozana andaluza». Studia Philologica. Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso por sus amigos y discípulos con ocasión de su 60.º aniversarios – Tomo III.

RUIZ LASALA, Inocencio (1975). Historia de la Imprenta en Zaragoza con noticias de las de Barcelona, Valencia y Segovia. Zaragoza.

SADE, Donatien Alphonse François, marquis de (1912). L'Oeuvre du Marquis de Sade / introduction, essai bibliographique et notes par Guillaume Apollinaire. Paris: Bibliothèque des Curieux.

SÁNCHEZ REYES, Enrique (2008). Antología de los poetas líricos castellanos. La poesía en la Edad Media. Tomo III.

SEGOVÍA, Eduardo María de (1916). Introducción all'edizione del retrato de la Lozana Andaluza, Madrid.

SERRANO PONCELA, Segundo (1962). Aldonza la Andaluza Lozana en Roma. En: Cuadernos Americanos, CXXII, págs. 117-132.

SHOLOD, Barton.(1982). «The Fortunes of *Amadís* among the Spanish Jewish Exiles». En *Hispania Judaica. Studies on the History, Language,and Literature of the Jews in the Hispanic World. II. Literature*, eds. Josep M. Solà-Solé, Samuel G. Armistead y Joseph H.

Silverman. Barcelona: Puvill, [1982], págs. 87-99. (Sugiere que la edición de *Amadís* de Francisco Delicado [Venecia, 1533] fue hecha en parte para los refugiados hispanojudíos).

SOCIEDAD ESTATATAL (2002). Erasmo en España: la recepción del humanismo en el primer renacimiento español. Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, Madrid.

TODA, Eduard (1927-1931). Bibliografia espanyola d'Itàlia: dels origens de la impremta fins a l'any 1900. Escornalbou: Vidal-Güell, 1927-1931. 5 v.

TORRES NAHARRO, Bartolomé (1517). Propalladia, Nápoles. Edición facsímil: Real Academia Española, Madrid, Tipografía de Archivos, 1936. Serafina, II jornada.

UGOLINI, Francesco A. (1974-1975). Nuovi dati intorno alla biografia di Francisco Delicado desunti da una sua sconosciuta operetta (con cinque appendici e otto tavole fuori testo…). En: Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia. Università degli Studi di Perugia", XII (1974-1975), págs. 443-616.

VALLE DE RICOTE, Gofredo (2006), Los tres autores de la Celestina, el judeoconverso Juan Ramírez de Lucena, sus hijos Fernando de Rojas (Lucena) y Juan del Encina (alias Lucena, Bartolomé Torres Naharro y Francisco Delicado). Tomo I. Biografía, estudio y documentos del antiguo autor de La Celestina, el ajedrecista Juan Ramírez de Lucena. Editor: .ISBN – 10:84-923151-4-8 - 441 páginas. Prólogo del Prof. Ángel Alcalá – Universidad de Nueva York.

VALLE DE RICOTE, Gofredo (2008). Los tres autores de La Celestina: El judeoconverso Juan Ramírez de Lucena, sus hijos Fernando de Rojas (Lucena) y Juan del Encina (alias Bartolomé Torres Naharro y Francisco Delicado). Tomo II: bajo el seudónimo de Godofredo Valle de Ricote. El libro perdido de Lucena. "Tractado sobre la muerte de Don Diego de Azevedo". Editor: .ISBN – 10: 978-84-612-604-0-9 - 142 páginas.

VALLE DE RICOTE, Gofredo (2009). Los tres autores de La Celestina: El judeoconverso Juan Ramírez de Lucena, sus hijos

Fernando de Rojas (Lucena) y Juan del Encina (alias Lucena, Bartolomé Torres Naharro y Francisco Delicado). Tomo III: bajo el seudónimo de Godofredo Valle de Ricote. - El misterioso Juan del Encina. ISBN: 13:978-84-613-2191-9 - 351 páginas.

VALLE DE RICOTE, Gofredo (2009), Los tres autores de la Celestina, el judeoconverso Juan Ramírez de Lucena, sus hijos Fernando de Rojas (Lucena) y Juan del Encina (alias Lucena, Bartolomé Torres Naharro y Francisco Delicado). Tomo IV. La Celestina: un señuelo, Fernando de Rojas, y un autor velado, Juan del Encina". Editor Govert Westerveld, Beniel. ISBN-13: 978-84-613-2189-6 264 páginas.

VEGA, Garcilazo de la (2003). Poesías castellanas completas; edición, introducción y notas de Elías L. Rivers, Madrid.

VÍAN HERRERO, Ana (2003). El legado de "La Celestina" en el aretino español: Fernán Xuárez y su "Colloquio de las damas". En: El mundo social y cultural de la Celestina: actas del Congreso Internacional de la Universidad de Navarra / coord.. por Jesús María Usunáriz Garayoa, ignacio Arellano, págs. 323-354.

VINCENT, Jean-Baptiste (1867). Essai sur l'histoir de l'imprimerie en Belgique.

VRIES, Henk de (1990). Een eeuwenheugend lied en een roman voor eeuwen. En: André Klukhuhn (red.), *De Eeuwenden 3: Renaissance 1600, Kunst en Literatuur,* Studium General, Rijksuniversiteit Utrecht, págs. 221-252.

VRIES, Henk de (1994). ¿Quién es La Lozana?. En: Celestinesca, 18.1, págs. 51-73.

VRIES, Henk de (1994). Libro, en mi opinión, divino-»: La comedia y el acto primero. En: Dicenda. Cuaderno de Filologia Hispánica, 1987-6, págs. 235-254.

VRIES, Henk de (2000). Balads, Literature, and Hitorical Fact ("Voces corren", Celestina, Don Quijote)", En: Jahrbuch für Volksliedforschung, 44, págs. 13-23.

VRIES, Henk de (2001). Knisters en Goziedemij *“La Celestina”*. Athenaeum-Polak & Van Gennep, Ámsterdam.

ZAFRA, Enriqueta (2004). El papel de la protitución en la picaresca femenina. Tesis doctoral. Department of Spanish and Portuguese University of Toronto.

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza

Juan del Encina (alias Francisco Delicado)
Retrato de la Lozana andaluza